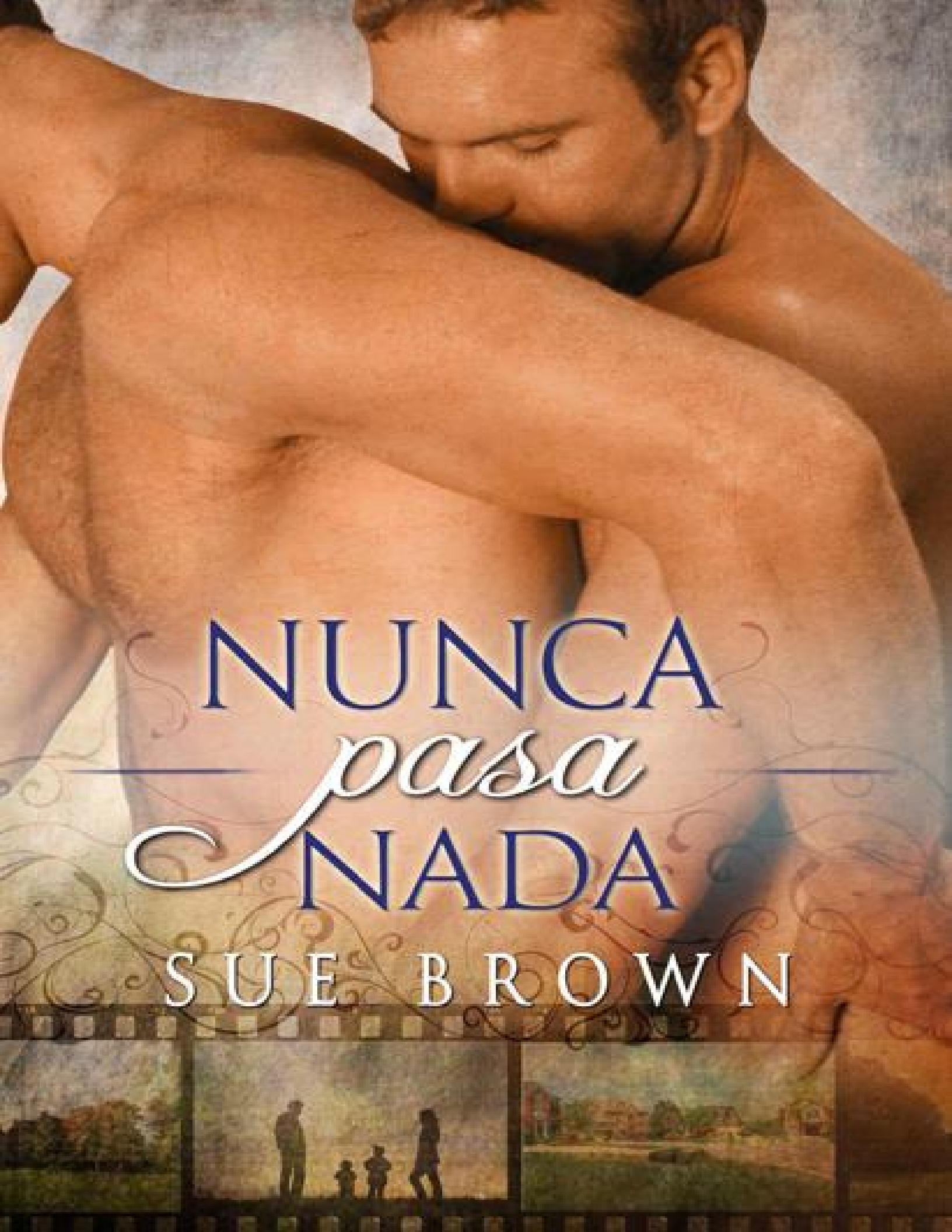


A close-up photograph of a man with short brown hair and a beard, wearing a dark necklace, embracing a woman from behind. The woman's back is to the camera, showing her shoulder blades and upper arm. The lighting is soft and warm, creating an intimate and tender atmosphere.

NUNCA *pasa* NADA

SUE BROWN



NUNCA
pasa
NADA
SUE BROWN



OceanofPDF.com



Publicado por
DREAMSPINNER PRESS

5032 Capital Circle SW, Suite 2, PMB# 279, Tallahassee, FL 32305—7886 USA

<http://www.dreamspinnerpress.com/>

Esta historia es ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan para la ficción y cualquier semejanza con personas vivas o muertas, negocios, eventos o escenarios, es mera coincidencia.

Nunca pasa nada

Edición de copyright en español © 2015 Dreamspinner Press.

Título original: Nothing Ever Happens

© 2011 Sue Brown.

Traducido por: L. A. Aguilar.

Portada:

© 2011 Reese Dante.

<http://www.reesedante.com>

El contenido de la portada ha sido creado exclusivamente con propósito ilustrativo y todas las personas que aparecen en ella son modelos.

La licencia de este libro pertenece exclusivamente al comprador original. Duplicarlo o reproducirlo por cualquier medio es ilegal y constituye una violación a la ley de Derechos de Autor Internacional. Este eBook no puede ser prestado legalmente ni regalado a otros. Ninguna parte de este eBook puede ser compartida o reproducida sin el permiso expreso de la editorial. Para solicitar el permiso y resolver cualquier duda, contactar con Dreamspinner Press 5032 Capital Cir. SW, Ste 2 PMB# 279, Tallahassee, FL 32305—7886 USA or <http://www.dreamspinnerpress.com/>.

Edición eBook en español: 978—1—62380—676—7

Primera edición en español Junio 2015

Primera Edición Marzo 2011

Publicado en los Estados Unidos de América.

OceanofPDF.com

Para mi amiga Andy Eisenberg, quien estuvo conmigo desde el inicio de esta historia. Tú me enseñaste que la vida es mucho, mucho más extraña que la ficción. Esto es para ti, amiga mía, con todo mi amor y agradecimiento.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1

ANDREW OBSERVÓ a la nueva pareja con una mirada cínica. Señor y señora Recién Casados, los anillos a juego brillando con la luz del sol, con el brazo de él alrededor de los hombros de ella, manteniéndola cerca. Solo podía ver sus espaldas mientras eran presentados a los buitres del vecindario, pero Dios, él era alto. Muy alto y con un cuerpo excepcionalmente bien formado. Su esposa era pequeña comparada con el recién casado, apenas le llegaba hasta los hombros, pero desde el punto de vista de Andrew, ella lo tenía atado en corto: sus dedos estaban enganchados firmemente en las presillas del pantalón. No dejaría que se fuera pronto. Andrew no los oía, pero podía ver al tipo riéndose de algún chiste que Allison había hecho.

Sabía cómo acabaría esto. Habría una presentación en la parrillada, intercambiarían sonrisas de cortesía y, entonces, desaparecerían detrás de su puerta principal, solo emergiendo para ir a trabajar y hacer las compras. Allí realmente ninguno era amigo de nadie; no a menos que tuvieran hijos, en cuyo caso harían planes para que los niños jugaran, compartirían el vehículo para llevarlos y tomarían ginebras furtivamente a las dos de la tarde. Aun así, tenían que fingir para los recién llegados, según las ordenes de Allison.

Si había un solo pensamiento en la cabeza de Andrew acerca de estas fiestas del vecindario, era sobre cuán rápido podría escapar de ellas. No importaba lo mucho que bebiera o que tratara de encajar, cada fiesta era larga y tediosa, incluso con el acuerdo que tenía con Stephanie de que después de mostrar buena disposición, podía retirarse a su cuarto oscuro. Estaba muy cansado de fingir ser algo que no era. Andrew Matthews, esposo modelo, padre y fotógrafo de la ciudad. Miró su reloj. Media hora; entonces podría dejar a los vecinos con sus diversiones y regresar al cuarto oscuro. Veintinueve minutos y treinta segundos. Tomó un trago de su

cerveza. Distraídamente, se preguntó cuánto tiempo llevaban casados. ¿Un mes? Seis semanas como mucho. Predijo que en nueve meses habría un pequeño recién nacido en un cochecito de bebé, o... ¡hola! ¡Tal vez la próxima semana, a juzgar por el tamaño de esa barriga! Andrew se sintió paralizado al ver el vientre de la recién casada cuando ella se dio la vuelta. O habían estado practicando antes de la boda o su intuición estaba acabada.

Escondido en la esquina, pudo observar con libertad a la mujer, notando sus tobillos ligeramente hinchados en las sandalias de tacón alto con cintas atadas a las piernas. Se sorprendió de que pudiera ponérselas. A pesar de su avanzado embarazo, era una mujer delgada, con delicada estructura ósea. Andrew notó lo atractiva que era. Luego, por primera vez, le dio un apropiado vistazo al hombre. Rayos, era joven. Demasiado joven para estar casado y esperando un hijo. Tenía el aspecto de un atleta universitario en su primera cita, con el cabello despeinado y músculos marcados, con hombros anchos y caderas estrechas.

—¿No son lindos? Todo corazones y flores. Están *taaaan* enamorados.

Andrew miró a su esposa. Stephanie estaba contemplándolos con algo parecido a disgusto; sus largos dedos envolvían con tanta fuerza una copa de vino, que sus nudillos estaban blancos. Suspiró quedamente. Ellos nunca habían sido así. Observó al hombre, tan joven y enamorado, con una gran sonrisa en su rostro mientras abrazaba a su esposa, acercándola a su costado. Andrew sintió una emoción que no había experimentado en mucho tiempo. Estaba celoso, envidioso del amor que se mostraban el uno al otro, y de las sonrisas, de su maldito afecto. Stephanie y él nunca se habían mirado el uno al otro de esa manera, jamás.

Tomó otro trago de la cerveza y dijo:

—Espera a que las noches de insomnio pasen factura. Los corazones y las flores no contarán mucho para ese entonces. —Vio la copa de Stephanie. Estaba vacía, como siempre. Se preguntó cuántas había consumido—. ¿Quieres otra? —Agitó su botella hacia ella.

Stephanie asintió.

—Sí, ¿por qué no? El alcohol es lo único que hace soportable el día de hoy. Voy a averiguar dónde está Colin. Vuelvo en un momento.

Andrew tomó la copa y se alejó hacia la cocina. La casa de Allison y Jim era igual que la suya, toda llena de relucientes electrodomésticos blancos colocados en exactamente el mismo lugar. Abrió el refrigerador y lo encontró repleto de arriba abajo con vino; Allison era bien conocida por tomarse aquellas parrilladas muy en serio. Agarró una botella abierta de vino blanco, llenó la copa de Stephanie justo hasta el borde —de lo contrario, ella solo se quejaría— y cerró la puerta de la nevera para ir en busca de la cubeta con cervezas.

—¿Hay una para mí?

Andrew se giró mientras metía la mano en el agua helada para conseguir una botella. El señor Recién Casado le sonreía con una expresión de esperanza en sus ojos.

—Por supuesto. —Le dio la que había agarrado y, a continuación, sacó una segunda para sí mismo.

—Gracias. —El hombre la destapó y tomó un largo trago, dejando escapar un gemido de placer casi obsceno, cuando el líquido frío bajó por su garganta. Andrew trató de no mirar—. Dios, lo necesitaba. —De repente, pareció recordar sus modales, y después de limpiarse la mano en sus pantalones, se la tendió—. Nathan Peterson. Acabo de mudarme al número veinticuatro.

Andrew se abstuvo de su deseo por reírse de él, para simplemente estrechar su mano y decir:

—Andrew Matthews. Mi esposa, Stephanie, y yo vivimos en el número doce.

Andrew medía más de un metro con ochenta y seis centímetros, pero aquel hombre lo empujaba tanto en altura como en lo físico; su apretón de manos fue firme aunque no para aplastarle los huesos. Repentinamente se preguntó cómo luciría en blanco y negro, sin camisa y mojado. Tal vez lavando el automóvil. Andrew prefería tomar fotos en las que la gente estuviera haciendo algo de verdad. Entonces, al ver la expresión divertida de Nathan, se dio cuenta de que había estado estrechándole la mano durante demasiado tiempo.

Riendo nerviosamente, trató de iniciar una pequeña charla.

—Así que, ¿ya conoces a todos? ¿Recuerdas sus nombres?

—Ni uno solo. Tú eres Justin, ¿cierto? —Nathan sonrió por el evidente resoplido de Andrew—. A decir verdad, es un poco abrumador. Solo llevamos aquí cuarenta y ocho horas.

—No lo dudo. Aunque pronto conocerás a todos, y serás arrastrado a estos eventos con suficiente frecuencia. Allison y Jim aman sus jolgorios de «somos todos muy buenos vecinos».

Nathan frunció el ceño, tratando de recordar quiénes eran ellos.

—Una rubia delgada y bajita, y un hombre canoso mayor que ella, ¿verdad?

Andrew asintió.

—Sí. Se encargan del programa de vigilancia del vecindario. El resto de nosotros simplemente acatamos órdenes.

—Oh. Está bien, ya entiendo. —Nathan miró su botella. Estaba vacía. Esperanzado, la agitó hacia Andrew—. ¿Hay alguna posibilidad de obtener otra?

Andrew señaló la cubeta.

—Sírvete. Nunca vuelves a casa sobrio después de una de estas reuniones. No, si quieres mantener la cordura. —Vio como Nathan hurgaba con entusiasmo en la cubeta y sacaba otra botella—. Así que, ¿pronto tendrás a tu primer hijo?

—¿Lo has notado? —Nathan parecía estar casi saltando de la emoción ante la perspectiva—. ¿Quieres un oso de goma?

Se sacó del bolsillo una bolsa de dulces medio vacía. Confuso, Andrew asintió y metió la mano en la bolsa. Agarró uno rojo, echó la cabeza hacia atrás y lo arrojó en su boca. Nathan continuó.

—Alex parece que va explotar en cualquier momento. Espero que no lo haga. Me refiero a explotar —añadió apresuradamente ante la mirada perpleja de Andrew.

—Entonces supongo que es el primero. —Andrew se rio abiertamente. El tipo era como un niño pequeño.

Nathan se rio con él, sin sentirse ofendido en lo más mínimo.

—Sí, lo es. Está previsto que nazca dentro de cuatro semanas. —De nuevo le ofreció osos de goma.

Andrew escogió uno verde y le mordió los miembros antes de decapitarlo y tragar su cuerpo.

—Jesús, ¿qué te ha hecho ese oso? —Nathan había estado observando todo el proceso con fascinación.

—No le he dado la oportunidad de hacerme nada. He acabado con él primero —dijo Andrew con aire de suficiencia, y tomó un trago, aunque el sabor amargo de la cerveza en realidad no combinaba bien con el del dulce.

—Recuérdame no meterme con tu lado malo. —Nathan arrastró las palabras.

Se sonrieron mutuamente, y entonces Andrew preguntó:

—¿Eres de Texas?

Nathan se quitó un imaginario sombrero Stetson y dijo:

—Sí jefe. Nacido y criado en San Antonio.

Andrew fingió un gruñido.

—Oh, no. ¿Un fan de los Spurs? Creo que jamás podré volver a hablarte. —Habló lentamente, permitiendo que el acento que normalmente suprimía, se hiciera más notable.

—¡Espera un momento! —Los ojos color avellana de Nathan realmente brillaron—. ¿He oído a otro fugitivo? ¿Solo que a uno del lado menos afortunado?

—Nacido en Dallas, trasladado a Santa Fe cuando tenía diez años —confirmó Andrew.

—Ah, ¿un seguidor de los Mavericks entonces? —Ante el asentimiento de Andrew, el joven continuó—. Mmm... No estoy seguro de si deberíamos estar hablando, pero ya que ambos somos nenes de mamá, dejemos a un lado nuestras diferencias, ¿al menos hasta que machaque tu trasero en el videojuego de Madden?

Andrew se estremeció ante la referencia a su madre —quizás sería mejor decir que era la oveja negra de su madre—, pero mantuvo la sonrisa pegada en su cara. Por una vez, le gustaba esa nueva adición a la zona. Esperaba que Nathan no fuera del tipo que se escondía detrás de su puerta y no salía de casa.

—Ni lo sueñes, muchacho —dijo arrastrando las palabras.

Nathan gritó de alegría.

—Competitivo, ¿eh? —Una luz desafiante entró en sus ojos—. ¿Qué tal si nos escapamos de aquí y finges que puedes tratar de vencerme? —Se abalanzó hacia delante para hundir a un asustado Andrew en un abrazo de oso.

Agitando los brazos, Andrew se sintió aplastado contra una camisa de algodón. Aspiró el olor de detergente para ropa, y debajo de este, sudor y algo que no podía definir. Sus manos, tratando de sujetarse a algo sólido, aterrizaron en la espalda de Nathan. Rayos, aquel hombre estaba acumulando músculos. Hacía que Andrew pareciera un insecto palo.

—No te atrevas a huir, Nathan Peterson —los interrumpió una voz ligera, cálida y femenina, tratando de sonar divertida pero con un claro toque de irritación.

Andrew intentó separarse y conservar algo de dignidad. Más que oír, sintió la risita de Nathan; su pecho vibraba bajo su mejilla. Y luego un brazo se deslizó sobre sus hombros, obligándolo a girarse para encontrarse con Alex. Curiosamente, Nathan no lo soltó, solo lo metió debajo de un brazo en tanto decía:

—Hola cariño, te presento a nuestro nuevo vecino, Andrew. Es un fan de los Mavs, pero no dejes que eso te desanime.

Alex hizo un gesto de exasperación.

—Disculpa a mi marido, Andrew. Es un cachorro descuidado con sus modales. Suéltalo, Nathan —le ordenó, como si estuviera hablando con un perrito.

—A Drew no le importa, ¿o sí? —Y Andrew fue apretado por un instante, antes de que Nathan obedientemente dejara caer el brazo y se

acercara a su esposa, inclinándose para besarla en la mejilla.

Andrew se debatía entre indicarle que si volvía a llamarlo «Drew», sus testículos estarían en peligro, o pedirle que volviera a ponerle el brazo encima. Pero entonces otro brazo rodeó su cintura y unas uñas afiladas se clavaron en su piel.

—Con que yo estaba esperando a que regresaras con mi bebida, y en lugar de eso te encuentro tocando al nuevo vecino. Trabajas rápido, Drew. —Stephanie había seguido a Alex hasta la cocina y había sido testigo de toda la demostración.

Andrew estaba decidido a no darle a su esposa la satisfacción de verlo sonrojarse.

—Solo estás celosa —respondió—, porque me han dado un abrazo y a ti no.

Alex se rio, sin percatarse de la tensión entre sus nuevos vecinos.

—Se le echa encima a todos. —Le dio a Nathan un codazo en las costillas—. Créeme. No entiende el concepto de espacio personal.

Nathan alzó las manos en señal de rendición.

—Es que soy muy amigable. De todos modos, Drew y yo tenemos una cita para que pueda derrotarlo.

Stephanie soltó una risa débil.

—Aun cuando sé lo mucho que le encantaría que lo aniquilaras, Andrew prometió llevar a su hijo al parque esta tarde.

Una amplia sonrisa se mostró en el rostro de Nathan. ¿En algún momento aquel tipo dejaba de reír?

—¿Tú también tienes un hijo?

—Sí, Colin. Tiene nueve años —murmuró Andrew—. Pasará a cuarto en septiembre.

—Oye, Nathan es profesor de cuarto grado. Enseñará en la escuela Castleton. —Alex miró a su marido con orgullo.

Para sorpresa de Andrew, Nathan se volvió de un rojo brillante.

—Me gradué hace poco. Este será mi primer trabajo —admitió.

—Esa es la escuela de Colin. Serás el profesor de su clase. —Stephanie los tomó por sorpresa al ir a la puerta de la cocina y llamar gritando a su hijo.

Después de un minuto, un niño flacucho y desgarrado entró por ella. Vestía unos *shorts*, no traía camisa y, como de costumbre, estaba muy sucio. Incluso sus odiadas pecas, de las que se quejaba a cada oportunidad, eran prácticamente imperceptibles por la mugre que cubría su cuerpo.

Su madre lo encaminó hacia Nathan.

—Colin, quiero que conozcas a tu nuevo maestro, el señor Peterson.

—Jesús, es enorme. —La mandíbula de Colin cayó un poco al mirarlo.

A Andrew le divirtió notar que tanto el profesor como el alumno, parecían sumamente avergonzados mientras los demás reían. Stephanie le dio un codazo a Colin.

—¿Qué has dicho?

—Encantado de conocerlo, señor Peterson —dijo el niño educadamente.

Su nuevo maestro salió a su rescate.

—Nate, por lo menos hasta septiembre. —Nathan le tendió la mano y Colin la estrechó tal como le habían enseñado—. Dejaremos lo de señor P hasta el primer día de clases, ¿de acuerdo?

Colin asintió.

—¿Puedo irme ya, mamá, por *favooooor*? —gimió, desesperado por alejarse de sus padres y, más aún, de su nuevo maestro. Todavía estaba de vacaciones. Era muy, muy pronto para pensar en la escuela.

—Diez minutos, luego tu papá te llevará al parque a jugar a fútbol. —Stephanie fue firme.

Andrew le echó un vistazo a su reloj y suspiró interiormente. No habría posibilidad de ir primero a su cuarto oscuro. Había estado muy cerca de escapar.

Colin salió por la puerta de la cocina en el momento en que obtuvo permiso de irse, casi derribando a Jim y Allison, quienes habían ido en busca de los nuevos vecinos. Se tuvieron que hacer hacia atrás mientras él pasaba corriendo, y después entraron, complacidos de ver a Andrew y Stephanie esforzándose con Nathan y Alex.

—Hola. ¿Cómo estáis? ¿Ya tenéis bebidas? Jim, necesitamos más cervezas, Nathan ya casi se la ha acabado. —Como de costumbre, Allison se hizo cargo tan pronto como entró en la cocina. Era mucho más joven que su marido, pero no había duda de que era la fuerza impulsora en su relación. Jim parecía contento con dejar que tomara las riendas y, a cambio, ella le daba un hogar bien organizado y le prestaba atención de forma cariñosa, aunque autoritaria.

Nathan les dedicó una amplia sonrisa. Andrew estaba casi cegado por la forma en que la cocina de pronto se iluminó.

—Estoy bien, gracias Allison. No voy a tomar otra. Tengo que llevar a los perros a pasear esta tarde, y Drew me ha invitado a jugar al fútbol con él y su hijo.

Andrew se atragantó con lo último de su cerveza. Mientras soltaba sus disculpas, entrecortadamente, una mano enorme le dio una palmada en la espalda.

—¿Estás bien, Drew? ¿Estás acobardándote por nuestro partido? Dame diez minutos para cambiarme e ir a por los perros, y nos vamos.

Andrew levantó su mirada y vio a Nathan hacerle un guiño apenas perceptible. A su lado, Alex parecía furiosa. Allison les sonrió a todos. Justo esto era lo que más disfrutaba, que todos sus vecinos se llevaran muy bien.

Andrew le devolvió la sonrisa a Nathan. ¿Una tarde en el cuarto oscuro, escondiéndose del mundo, o una tarde bajo el sol dándole una paliza al trasero —un trasero extremadamente bueno— de su nuevo amigo, en un partido de fútbol? No había punto de comparación.

—¿Crees que puedes derrotarnos a mí y a mi hijo? Adelante, no te tengo miedo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2

DESDE LA distancia, Nathan podía ver la concentración en el rostro de Colin mientras colocaba el volcán. Llevaba puesto su uniforme habitual de *shorts* y suciedad. A la semana de clases, había aprendido que Colin pasaba más tiempo sobre la tierra que en sus propios pies, algo que se suponía debería desaprobar. Sin embargo, profesor y alumno tenían el acuerdo tácito de que harían caso omiso de dicha directiva.

Sonrió mientras observaba el trabajo de Colin. Era demasiado evidente que se trataba del hijo de Andrew, desde la boca regordeta hasta la pálida piel pecosa y los brillantes ojos color azul claro. Sin embargo, Colin era más seguro que Andrew, con una sonrisa arrogante que lo metía en muchos líos y también lo sacaba de ellos. Andrew rara vez se mostraba con la misma intensidad que irradiaba Colin. Siempre lograba hacerlo sentir un poco protector, mientras que Colin le hacía querer chocar sus palmas la mitad del tiempo, y estrangularlo vigorosamente la otra mitad.

Nathan se acercó con la esperanza de que Andrew estuviera libre. Había estado desesperado por escapar de las mujeres de su casa, que parecían decididas a llenar todas las habitaciones con pañales, talco, chupetes y parafernalia de bebé que ni siquiera sabía que existía. Su idea de volver a casa y celebrar que durante su primera semana como profesor no había sido devorado por sus pupilos, desapareció con una manada de parientas y amigas de Alex, invadiendo su sala y cocina. Después de dos horas de ser pellizcado en el trasero por mujeres de mediana edad que habían tomado demasiados vermús, estuvo desesperado por irse. Atrapada en el sofá, Alex lo miró con furia mientras él agitaba su mano a manera de despedida, con una promesa susurrada de un baño caliente, masaje y desayuno en la cama, que la había pacificado lo suficiente como para que él pudiera escaparse a ver a los vecinos.

El camino a la casa de Andrew a estas alturas le era muy familiar. A partir del segundo en el que se había autoinvitado al parque, Andrew y él encontraron a un buen amigo en el otro, y pasaban juntos tantas tardes como Alex permitía, intentando hacer trampas en los videojuegos, encestando con Colin y, en general, actuando como si tuvieran cinco años cada vez que tenían la oportunidad. Incluso Colin no estaba muy avergonzado de que fuera uno de sus vecinos, uno en particular que le ayudaba a vencer a su padre en todos los juegos en los que se enfrentaban. En lo único que todavía no había convencido a Andrew, era en ir a correr con él y los perros por las mañanas.

—Hola, Colin, ¿está tu papá? —preguntó.

Colin estaba en el patio delantero, y le dio un breve vistazo al pasar.

—Está en la sala de entretenimiento, tocando la guitarra. Gary viene mañana. —El niño frunció el ceño al apartarse de su recreación del experimento escolar—. ¿Cree que esto va a funcionar, señor P?

—Fuera de la escuela puedes llamarme Nathan o Nate, Colin —le recordó su profesor—. Mmm... No estoy seguro. Es posible que necesite más agua mineral con gas. O si quieres hacer un verdadero desastre, intenta con Coca—Cola y Mentos. Aunque por supuesto, yo no te he aconsejado eso. ¿Quién es Gary? —Era la primera vez que oía hablar de él.

Habían pasado la primera semana del semestre construyendo lanzacohetes, explotando bombas de agua y discutiendo la forma de destruir el mundo. No había hecho mucho para ganarse el cariño del conserje de la escuela, pero incluso Colin había reconocido con sus padres que Nathan era alguien genial, para ser un profesor.

Colin se puso de pie con un brinco.

—Es el amigo de papá, Gary Stevens. Toca en una banda. Le preguntaré a mamá si tiene un poco más. Nos vemos, señor... Nate.

Nathan hizo un perezoso ademán con la mano y rodeó la casa para dirigirse a la puerta de la sala de entretenimiento, interesado en escuchar lo que Andrew estaba tocando. Estrictamente hablando, se trataba de la puerta del sótano, pero los Matthew lo habían convertido en una sala grande, con cama y sofá, donde Andrew estaba la mayor parte del tiempo. Stephanie y

Colin ocupaban el resto de la casa. Y su hijo parecía dividir su tiempo entre ambos lugares.

Para Nathan, criado en el hogar de una amplia familia feliz, esto parecía totalmente incomprensible, pero Andrew se había negado a hablar de ello y él no quería poner en peligro su creciente amistad por entrometerse de más.

Como de costumbre, la puerta de la sala de entretenimiento estaba abierta, así que podían escucharse los suaves acordes de una guitarra y a alguien cantando. Dudó un momento antes de bajar, sabiendo que Andrew pararía en el momento en que supiera que estaba allí. El acento que Andrew intentaba duramente reprimir, era más evidente cuando cantaba; su voz sonaba más sofisticada y profunda de lo usual.

La canción llegó a su fin y él bajó las escaleras, parpadeando un poco mientras sus ojos se acostumbraban a la relativa oscuridad de la sala.

—¡Hola! —gritó.

Andrew miró hacia arriba desde donde estaba sentado en el sofá, con una gran sonrisa en su rostro al darse cuenta de que se trataba de Nathan.

—Hola a ti también. Así que sobreviviste para contarlo, ¿eh, profe?

Nathan estaba muy contento de que alguien se hubiera dado cuenta de lo importante que aquella semana había sido para él. Naturalmente, en casa, todo estaba centrado en el bebé y, como el nacimiento era tan inminente, se sentía culpable hasta de mencionar la escuela.

Le devolvió la sonrisa a Andrew.

—No solo he sobrevivido; acabo de ver a tu hijo recrear nuestra lección.

—Debiste haber estado aquí ayer para presenciar la bomba de agua —dijo Andrew con ironía.

Nathan hizo una mueca.

—Oh, no, ¿fue así de malo?

Andrew le sonrió.

—Digamos que si Stephanie te hubiera visto en ese momento, aumentar tu familia ya no podría ser una opción para ti.

—Entonces creo que me quedaré aquí abajo mientras Colin está experimentando —indicó Nathan, decidiendo que ocultarse era mejor que ayudar a Colin. Cambiando de tema, mencionó—: No sabía que tocabas la guitarra. Colin ha dicho que un amigo tuyo vendrá mañana, y que tiene una banda.

Andrew asintió.

—Sí. Gary viene por aquí de vez en cuando. A veces me uno a él. Canto un poco y me paga con no vomitar sobre la alfombra.

Nathan arqueó una ceja.

—¡Genial! Así que, ¿estoy invitado?

—¿Qué demonios haces escarbando en mi jardín, Colin Matthews? ¡Y este desastre! —Los angustiados tonos de Stephanie llegaron hasta ellos.

Nathan sonrió inocentemente mientras Andrew hacía un gesto de exasperación.

—Eh, como sea, supongo que sí, si quieres venir. Para ser sincero, no creía que estuvieras interesado. Solo somos los chicos y unas cuantas cervezas. —Andrew parecía un tanto avergonzado por no haber pensado antes en ello.

—¿Por qué no? Estamos hablando de cerveza y la oportunidad de escapar de la continua conversación sobre el bebé y de mujeres locas. Entonces, ¿puedo tomar una cerveza ahora, o se supone que tengo que morirme de sed mientras me tocas algunas de las canciones? —Nathan miró expectante a su anfitrión, al tiempo que se sentaba y estiraba sus largas piernas.

Andrew le enseñó el dedo medio y siguió tocando la guitarra.

—Ya sabes dónde está el refrigerador. Sírrete, y puedes traerme una a mí también.

Nathan hurgó en el pequeño frigorífico.

—Se acabaron. Nos tomamos las últimas hace dos noches.

—Hay algunas arriba. Iré a por ellas. —Andrew colocó la guitarra en el suelo y subió las escaleras hacia el piso principal.

Nathan volvió a sentarse en el sillón con un suspiro de satisfacción. Estaba muy contento de estar lejos de las mujeres que ocupaban su casa en aquel momento.

Sintió algo clavarse en su espalda, por lo que estiró el brazo hacia atrás para tratar de empujarlo, descubriendo que era la esquina de una revista enterrada casi en su mayoría en el pliegue del sofá. La sacó, y la cubierta trasera llena de carátulas de DVD captó su atención. Los contempló, solo para ver si había algo que valiera la pena comprar, pero sus ojos se ensancharon al darse cuenta de qué clase de películas eran las que se estaban vendiendo.

Le dio la vuelta y se quedó mirando la portada; su boca repentinamente se secó. Aquel tipo de revista pornográfica era lo último que hubiera esperado encontrar en la casa de Andrew. Hojeó las páginas con curiosidad, manteniéndose atento para escuchar el sonido que lo alertaría de que Andrew regresaba. Continuó examinándola a pesar de que era la última cosa que deseaba ver. Un nombre le llamó súbitamente la atención, así que miró más de cerca la fotografía. Sin duda el modelo había sido diseñado para el trabajo, pero su expresión era lo que llamaba la atención, curiosamente vulnerable y sensual al mismo tiempo. El fotógrafo había captado algo más que el cuerpo en esa toma. Con cinismo, se preguntó si los lectores siquiera habían levantado la vista lo suficiente para verle el rostro.

—Sí, dentro de un rato le llamo —gritó Andrew mientras cerraba la puerta del sótano en la parte superior de las escaleras. Obviamente, estaba hablando con Stephanie. Después añadió dirigiéndose a Nathan—: Lo siento. Más tarde tengo que llamar al electricista.

Nathan metió rápidamente la revista detrás de los cojines del sofá donde la había encontrado, concentrándose en controlar sus reacciones lo más pronto posible. Andrew no parecía notar nada extraño mientras parloteaba sobre los problemas de electricidad que habían plagado su casa desde que se mudaron. Le entregó una cerveza y se sentó de nuevo, agarrando la guitarra y colocándola en su regazo.

—Entonces, ¿aún quieres que toque para ti? ¿Estás bien, Nathan? Estás un poco pálido. —Parecía estar preocupado mientras miraba a su amigo.

—Um, eh, sí. —Nathan le devolvió la mirada, perdiendo durante un momento la coherencia para hablar. «¿Qué diablos?» no parecía lo apropiado para decirle a un nuevo amigo, que apenas conocía.

—No tengo que hacerlo. No me ofenderé si no quieres. No todos tienen los mismos gustos. ¿Quieres ver una película? —Andrew sonaba intranquilo.

—No, no, por favor. Quiero oírte tocar. —Nathan se dio cuenta de que su falta de reacción era desconcertante para Andrew—. Estoy un poco cansado. Me reclinaré y escucharé.

Andrew le dedicó una mirada de curiosidad.

—Está bien entonces, pero podemos parar en cualquier momento.

Nathan se apoyó contra el sofá y cerró los ojos, dejando que la música lo inundara. Si era sincero, no podía decir que oyera ninguna de las notas. Estaba demasiado ocupado pensando por qué no le preguntaba qué era exactamente lo que fotografiaba en su pequeño estudio.

—¿INVITASTE A Gabe? ¿Aquí? ¿Ahora?

Alex levantó la vista del montón de diminutas camisetas y botitas que reorganizaba por enésima vez. Estaban disfrutando de un raro momento de paz en su casa mientras no había huéspedes, y Alex ansiaba tener una noche para sí misma, no una perturbada por Gabe, el mejor amigo de Nathan, quien todavía estaba firmemente decidido a revivir sus días de universitario.

—Sí, ¿te molesta? Es solo por esta noche. A Andrew lo visitarán algunos amigos y pensé que a Gabe le gustaría venir.

—A Gabe puede gustarle, pero no estoy segura de que a Andrew también. Él es un tipo agradable y normal, y Gabe... Bueno..., no lo es. —Alex buscó a su alrededor la botita de color azul pálido y limón que hacía par con la que estaba en su mano.

Distraídamente, Nathan notó que el monstruo de los calcetines había hecho de las suyas incluso antes de que naciera el bebé.

Nathan se lamió los labios, notando repentinamente la boca seca. Agradable y normal, ese era Andrew. El hombre que llevaba casado diez años, vivía en su propio sótano, tenía un hijo de nueve años y un trabajo donde tomaba fotos de hombres desnudos para revistas gais. Jesús, eran vecinos de un inmoral de la industria del porno. ¿Debería decirle eso a su esposa?

—Gabe es un buen chico, Alex. A veces es un tanto imbécil, pero es un buen tipo. Por lo menos sabes a qué atenerte con él.

Alex resopló ante eso.

—Nada bueno, si tienes algo de sentido común. ¿Dónde está ese maldito calcetín?

—Aquí está. —Nathan se agachó y recuperó el diminuto objeto de debajo de la mesa, donde había caído.

—Gracias —dijo Alex. Agacharse era casi imposible ahora. Dobló los dos calcetines juntos y los puso sobre la creciente pila de ropa pequeña.

El fuerte golpe en la puerta hizo que ambos saltaran.

—Tan sutil como siempre —se quejó Alex—. ¿No puede tocar el timbre como todos los demás? —Se levantó con gran esfuerzo y fue a abrir la puerta antes de que Nathan pudiera hacer algún movimiento.

—¡Alex! Cada vez que te veo, te pareces más a un pavo de Acción de Gracias.

Nathan hizo una mueca al oír el saludo menos que diplomático que Gabe le hacía a su esposa.

Afortunadamente, Alex se rio y le permitió entrar en la cocina.

—Me siento como un pavo en este momento, relleno y listo para ser cortado.

—Nate, fenómeno gigantón. Ven y abrazarme. —Gabe echó su maleta a un rincón de la cocina, sacó a Nathan de su taburete y lo envolvió en un abrazo de oso.

—¡Jesús, Michaels, estás más feo que nunca! —Nathan lanzó a Gabe sobre su hombro y salió corriendo con él.

Mientras corría por la calle, con Gabe golpeándole la espalda en un intento vano de conseguir que se detuviera, Nathan vio a Andrew y a Colin bajándose de su vehículo todoterreno, estacionado detrás de una espeluznante y brillante camioneta verde. Colin tiró de la camisa de Andrew para atraer su atención. Este levantó la vista y vio al maestro de su hijo, zigzagueando por la tranquila calle con un hombre adulto agitándose en sus brazos.

—Eh, señor P, ¿qué está haciendo?

Nathan se detuvo al final de la entrada de los Matthews.

—Hola, Colin. Solo estoy dándole la bienvenida a mi amigo, Gabe. — Se giró para que Gabe viera a Colin—. Saluda a Colin, Gabe.

Gabe saludó débilmente a Colin.

—Hola, Colin. —Golpeó de nuevo el hombro de Nathan—. Bájame, hombre, o voy a vomitar en tu espalda. —Se deslizó por la parte delantera de Nathan y se paró sobre sus propios pies, aunque algo inestablemente. Se tambaleó hacia un lado y descubrió que padre e hijo estaban mirándolo con expresiones sorprendentemente similares. Tendió su mano, esperando que fuera en dirección del hombre; según su cabeza, el mundo todavía estaba dando vueltas.

—Gabe Michaels. Mejor amigo de Nathan, compañero de universidad y consejero de vida para lo bueno, lo malo y lo jodidamente, perdón Colin, feo.

La boca de Andrew se contrajo por lo último, y entonces se presentó.

—Andrew Matthews, vecino, fotógrafo para cualquiera que desee que lo sea. Ya te han presentado a mi hijo.

—¿Andrew Matthews? ¿Por qué me suena ese nombre? —Gabe frunció el ceño mientras le estrechaba la mano.

Nathan entró en pánico, sabiendo que su amigo tenía una amplia selección de porno. Lo último que necesitaba era que Andrew averiguara que Nathan sabía su secreto.

—Nos tenemos que ir, Gabe. Alex debe estar esperándonos. —Y empezó a arrastrarlo lejos de Matthews. Afortunadamente Gabe no se resistió, y lo siguió obedientemente.

—Eh, esperad un minuto —los llamó Andrew—. Gary ya está aquí. ¿Por qué no venís y conocéis a todos ahora?

Nathan vaciló una fracción de segundo. Tiempo suficiente para que pudiera ver la expresión en los ojos de Andrew al darse cuenta de que estaba tratando de echarse atrás y no ir a su casa, y el tiempo suficiente para que Gabe interfiriera.

—Suenan increíbles. ¿Hay cerveza? Hay cerveza, ¿no? —Por un momento, Gabe pareció preocupado.

Andrew hizo un gesto de exasperación.

—Hay una banda allí. Por supuesto que tengo cerveza. Colin, por favor, lleva a Gabe a que conozca a los chicos. Quiero hablar un momento con Nathan.

Dándose cuenta de que había sido superado por la promesa de una cerveza gratis, Nathan vio cómo Colin guiaba a Gabe por el lado de la casa. Solo esperaba que Alex no hubiera empezado a preparar la cena, porque nada, a excepción de un terremoto, apartaría a Gabe de su cerveza una vez que la empezara.

Alzó la vista y vio a Andrew mirándolo con una expresión indescifrable en el rostro.

—Viste la revista.

De todo lo que Andrew pudiera decir, eso no era lo que esperaba. Nathan asintió, sin saber lo que vendría después.

Andrew bajó la voz. «Por supuesto, lo que menos desea es que sus amigos escuchen esta conversación», pensó Nathan con cinismo.

—¿Tienes algún problema con una revista gay? No esperaba que fueras intolerante.

—No lo soy —protestó Nathan, demasiado fuerte para su gusto.

Andrew miró rápidamente a su alrededor, comprobando que nadie estuviera escuchando.

—¿Cuál es tu problema entonces? Cuando limpié esta tarde, me di cuenta de que la encontraste. ¿Es porque soy gay?

—¿Eres qué? —La mandíbula de Nathan casi cayó al suelo.

—Soy gay. Pensé que lo sabías. —Andrew se puso blanco por la sorpresa; sus pecas destacaron cuando entendió que para Nathan aquello era una novedad.

Nathan sacudió su cabeza, diciendo:

—Amigo, no tenía ni idea. No es que me importe, de verdad. Es que no has hablado mucho acerca de ti. Creo que yo he sido el que ha hablado como por los dos en estas últimas cuatro semanas.

Esperaba que Andrew pareciera más aliviado, pero en cambio dijo entre dientes:

—¿Cuál es tu problema? Tan pronto soy tu nuevo mejor amigo, como que me ves como si fuera algún tipo de pedófilo.

—Fue la fotografía... en la revista. Tu nombre estaba en los créditos. Pensé que hacías fotos familiares y escolares. Ya sabes, cosas normales.

—Hago lo que sea que pague la hipoteca —dijo Andrew escuetamente—. Sé a la que te refieres. Lo hice como un favor para el chico. Conozco a su madre. Ella no quería que lo estafaran.

—¿Por... su... madre? —dijo Nathan débilmente. Se sentía como si midiera dos centímetros y medio, y Andrew lo miraba como si hubiera salido de debajo de una roca—. Realmente lo siento, Drew. Debí haberte preguntado. —Extendió la mano y tomó el codo de Andrew para impedir que se alejara.

Andrew se mordió el labio por un momento, negándose a mirarlo a los ojos, y dijo:

—Vamos. Vayamos a tomar una cerveza antes de que Gabe y la banda se beban todo. Te voy a presentar a Gary. Él es mi Gabe.

El alivio invadió a Nathan. Estaba tan contento de no haber arruinado por siempre su amistad con Andrew, que lo atrajo a un fuerte abrazo, manteniéndolo hasta que Andrew correspondió a este.

—Gracias, hombre. Solo tengo que decir a Alex que volveremos más tarde.

Lo soltó y corrió de regreso a su casa, sin darse cuenta de que Andrew lo seguía con la mirada, con una afligida expresión en su rostro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

—APAGA LA maldita alarma.

—No es mi alarma —murmuró Andrew, tratando de darse la vuelta y volver a dormir.

—Amigo, está sonando en mi oído. Apágala. —Gary golpeó su almohada con enojo.

—¡Ay! ¡Diablos! ¡Qué estás haciendo! —gritó con fuerza su almohada. Andrew abrió uno de sus ojos y descubrió a Gary, nariz abajo, sobre su ingle y golpeando alrededor, tratando de apagar la fuente del ruido —. Mi teléfono, en mi bolsillo —se quejó Andrew adormilado.

Hubo un momento incómodo cuando Gary hurgó en ambos bolsillos, y entonces lo oyó decir al contestar:

—Mierda, es medianoche.

Andrew gimió al pensar en quién podría estarle llamando.

—No, soy Gary. Estaba usando a Andy como almohada cuando sonó el teléfono en mi oído.

Andrew se estremeció al pensar en cómo sonaba eso. «Por favor, Dios, no permitas que sea mi madre», aunque ella conocía a Gary.

—De todos modos, nueve y media sigue siendo medianoche cuando te vas a dormir a las cinco de la mañana. ¿Qué quieres, Nate?

Andrew trató de abrir los dos ojos al darse cuenta de con quién estaba hablando Gary. Colin le había dicho que Nathan no fue a la escuela el día anterior, y el maestro sustituto no sabía cómo destruir el mundo con Lego como el señor P lo hacía.

—No, ¿en serio? Oh, bien hecho, amigo. ¿Un varoncito? Eso es fantástico. ¿Cuándo? —Hubo una pausa mientras Gary escuchaba, y entonces—: Aguarda. Me sentaré en él hasta que se despierte.

Agitando una mano hacia Gary, Andrew dijo:

—Estoy despierto. Dame el teléfono.

Gary se lo entregó. Andrew bostezó, rascándose el estómago distraídamente mientras saludaba a Nathan.

—¿Alex ha tenido al bebé?

—Sí, ayer por la noche. —El tono de Nathan sonaba cansado en su oído, su acento estaba más pronunciado de lo usual—. El bebé está en la sala de neonatología. Tiene problemas para respirar. Los médicos dicen que no es demasiado grave, pero lo tendrán allí por un tiempo.

Andrew se sentó, completamente despierto.

—Lo siento, Nathan. ¿Alex está bien?

—Sí. Está bien, pero muy cansada. Fue un parto difícil. Escucha, me dijeron que fuera a casa para que durmiera un poco y comiera. ¿Podrías recogerme? No me siento con fuerzas para conducir.

—No hay problema. Dame diez minutos para cambiarme y tomar un café. ¿Alex necesita algo de ropa extra? Podría enviar a Stephanie a que la busque mientras yo me preparo.

—Eso estaría bien. Se lo haré saber —agradeció Nathan.

Andrew cortó la conexión y se puso en pie, tambaleándose ligeramente, mientras empezaba a notar el dolor de cabeza por tomar muchas cervezas y dormir poco. Gary estaba sentado, buscando sus botas.

—¿Estás en condiciones para conducir? —Ante el asentimiento de Andrew, añadió—: Bien, vete y rescata a ese chico. Ah, encontré una. —Sacó una bota de debajo de una mesa—. ¿Andy?

—¿Sí? —Andrew se detuvo al pie de la escalera que conducía a la casa.

—Ten cuidado. —La expresión de Gary era seria.

Andrew se le quedó mirando, un poco perplejo.

—Por supuesto, conduciré con cuidado.

—Eso no es a lo que me refiero. —Gary se frotó la cara con una mano.

Era evidente que estaba incómodo, y Andrew tenía un mal presentimiento sobre lo que Gary en realidad quería decir.

—Estoy demasiado cansado para juegos, amigo. —Andrew encogió los hombros para ponerse la chaqueta.

—Nathan es un chico bien parecido, pero está casado y ahora tiene un bebé recién nacido —mencionó Gary, esperando que su amigo no se ofendiera.

Andrew soltó un corto suspiro.

—No te preocupes. Es muy heterosexual. No voy a tratar de cambiarlo. —Frunció el ceño al mirar hacia atrás, a Gary—. ¿De verdad crees que sería lo suficientemente bajo como para tratar de seducirlo?

Gary lo miró fijamente.

—Estaba más preocupado de que te enamoraras de él y salieras lastimado. No sería la primera vez.

—¿Alguna vez me vas a permitir olvidar a Matt?

Gary se levantó y puso sus brazos alrededor del otro hombre.

—No, si eso evita que cometas otra vez el mismo error. —Le dio un rápido abrazo—. Solo, no te involucres demasiado, ¿vale?

Andrew le devolvió el abrazo, consciente de que se estaba aferrando a él mientras se preguntaba si la advertencia no llegaba un poco tarde.

Una vez que escuchó la buena noticia, Stephanie fue voluntariamente a la casa de los Peterson y, rápidamente, llenó para Alex una pequeña bolsa con ropa cómoda de día y algunas prendas más de dormir. En la cima de la pila del equipaje colocó un regalo de parte de Andrew y ella, y una tarjeta hecha por Colin. Le entregó la bolsa a su esposo y le hizo prometer que le daría sus saludos a Alex.

Conduciendo velozmente hacia el hospital, Andrew se alegró de que el tráfico matutino fuera fluido; la mayoría de las personas ya estaban en sus

trabajos. Conocía el camino a la sala de maternidad y, en poco tiempo, estuvo llamando a la puerta de seguridad.

—¿Sí? ¿En qué le puedo ayudar? —La voz sin cuerpo era secamente eficiente.

—Soy yo, Janice. Andrew.

—Andrew. Hola, cariño. No sabía que tenías cita para hoy. —La voz de pronto sonó mucho más amable, y con un zumbido se abrió la entrada a la unidad.

Andrew caminó hasta la estación de enfermería. Como era habitual a esa hora de la mañana, en la sala había mucho ruido. El personal estaba ocupado tratando de que las mamás se asearan y vistieran, y unos cuantos recién nacidos lloraban estrepitosamente en las habitaciones laterales.

El personal lo saludó mientras avanzaba, y él devolvió sus saludos; conocía a la mayoría de ellos por sus nombres. Janice estaba en la estación de enfermería y le sonrió mientras se acercaba.

—Buenos días, Andrew. No esperaba verte por aquí esta mañana. ¿Cómo está Stephanie?

Andrew le dio un rápido abrazo, diciendo:

—Bien. Hoy no estoy aquí por negocios. He venido a recoger a Nathan Peterson.

—Ah, sí. Eso también es algo bueno. El pobre hombre está que no se tiene en pie, y si se cae, tiene mucho cuerpo donde hacerse daño. —Janice hizo un gesto para que la siguiera por el pasillo.

Andrew sonrió ante la imagen de un texano derribado en el suelo.

—Yo no me interpondría en su camino si eso sucede, Janice. Tú podrías ser la que resultara lastimada. ¿Cómo está su bebé?

—El bebé Daniel va bien —dijo ella, profesionalmente neutral. Él le dirigió una mirada—. No me mires así, Andrew. Sabes que no voy a decir lo que no debo. —Janice llevaba de enfermera demasiado tiempo como para no comportarse de manera profesional, ni siquiera por un amigo como Andrew.

—Lo sé, pero está bien, ¿verdad? —presionó Andrew.

—Habla con Nathan. Aquí está.

Andrew levantó la mirada y vio a su amigo acercándose por el pasillo, con aspecto de estar completamente agotado: tenía ojeras bajo los ojos y los hombros encorvados. No lo había visto desde la mañana del domingo, después de la sesión de toda la noche con Gary y la banda. Siguiendo las instrucciones de Stephanie, lo había echado junto con Gabe justo antes del almuerzo, indicando que Alex estaba esperándolos con comida para ambos. Si recordaba bien, Nathan aún llevaba la misma camisa, ahora arrugada y sucia.

—Hola, Nathan, ¿cómo estás? —Mantuvo su voz tranquila y plana.

Nathan lo miró, aliviado de ver que Andrew lo esperaba.

—Gracias por venir. Sé que podría haber tomado un taxi. Espero no haberte causado ningún problema con Gary.

Andrew movió su mano con desdén.

—No hay problema en absoluto. Tenía que marcharse de todos modos.

—Alzó la bolsa que Stephanie había empacado—. ¿Quieres darle esto a Alex antes de irnos?

Asintiendo, Nathan dijo:

—Sí. Espera un momento mientras me despido. No está lo bastante bien como para visitas en este momento.

—Dale nuestros saludos. La veremos en otra ocasión.

Andrew observó a Nathan mientras entraba en una de las habitaciones laterales. Observando el ir y venir de la gente por la sección, aguardaba pacientemente, cuando Lauren, una de las enfermeras mayores, salió de la pequeña cocina.

—¡Andrew! Me alegro de verte. ¿Estás aquí por negocios? —Se acercó y le dio un abrazo.

—Hoy no. Estoy aquí para recoger a Nathan Peterson. Nadie me ha solicitado esta semana.

—¿Solicitado?

No había visto a Nathan salir de la habitación de Alex y llegar a su lado.

Lauren sonrió y revolvió el cabello de Andrew, haciéndolo sentir como si tuviera cinco años.

—Este chico es nuestro fotógrafo favorito. Toma fotos de los recién nacidos y de la familia. La mayoría de los padres lo usan.

Nathan parecía un poco confundido.

—Pensé que solo lo hacías en tu estudio. Los agarras jóvenes.

Un tanto herido y aún molesto por su última discusión respecto a su profesión, Andrew espetó:

—¿Preocupado de que corrompa niños, Nathan? No lo estés, solo les tomo fotos cuando me lo piden. —Se sintió mal cuando Nathan pareció dolido y sorprendido por su vehemente respuesta.

—No, no. No quise decir eso, hombre. Solo quise decir...

Fue interrumpido por Lauren frunciendo el ceño, no comprendiendo el significado del altercado, que le dijo:

—¿Este dulce hombre? ¿Corrompiendo niños? Dios, difícilmente. He querido decir que toma todas las fotografías que realmente importan. Bailes de graduación, bodas, bautizos. La gente se siente segura con él. Incluso se ocupa de aquellos que...

No terminó, ya que Nathan levantó las manos en señal de rendición.

—Estoy seguro de que lo hacen, Lauren. No quise implicar otra cosa, Drew.

Andrew suspiró fuertemente.

—Yo también lo siento. Debes estar agotado. No he querido empezar una pelea. Vamos, vayamos a tu casa. Lauren, ¿llamarás si hay algún problema? Porque a menos que se presente una novedad, lo llevaré a casa para que coma y duerma.

Lauren asintió, diciendo:

—Claro que lo haré.

Cuando salieron de la unidad de maternidad, Nathan parpadeó por el frío aire matutino y la luz del sol que lo golpearon. Siguió a Andrew al coche y se desplomó en el asiento delantero con agradecimiento cuando la puerta se abrió.

Apoyó la cabeza contra la ventanilla del coche en silencio, en tanto Andrew maniobraba para salir del estacionamiento del hospital y avanzar hacia la calle.

Nathan estaba tan callado que Andrew pensó que se había quedado dormido, por lo que se sorprendió cuando de repente dijo:

—No quise decir que fueras un peligro para los niños. Sabes que nunca pensaría eso.

—Pero lo hiciste. Pensaste que estaba aprovechándome de niños pequeños —dijo Andrew en voz baja, girando hacia la autopista.

—Nunca dije eso —protestó Nathan.

—No tuviste que hacerlo. Tu reacción fue obvia. —Andrew sabía que estaba revelando cuán dolido se sentía.

Nathan se giró para mirarlo.

—Bueno, ¿qué esperabas que creyera? Eres mi vecino, tienes un hijo y tu nombre está en una revista porno.

—Esperaba que fueras más abierto. Pero debí haberlo sabido. Después de todo eres un buen chico texano. —Para Andrew era difícil contener su rencor.

—¿Qué se supone que significa eso? —Nathan se sentó más derecho, el enojo era evidente en el cansancio de su voz.

Andrew giró hacia su vecindario y resopló ligeramente.

—Nate, no peleemos ahora, ¿vale? Ni siquiera te he preguntado por el bebé. ¿Dijiste que le estaba costando un poco respirar?

—Sí, es enorme en comparación con todos los demás bebés, pero el nacimiento duró demasiado tiempo y... —Hubo un sonido como el de un sollozo reprimido, y la voz de Nathan se fue apagando.

Andrew se giró y vio a Nathan sentado, con la cara hacia el otro lado; sus hombros temblaban. Le puso brevemente una mano sobre el brazo, y después condujo los últimos minutos hacia su calle, dándole tiempo para recuperarse. Al detenerse en la entrada para el auto, Nathan se irguió y lo miró brevemente, pasándose una mano por el rostro para tratar de ocultar el último rastro de lágrimas.

—Perdón. Supongo que estoy cansado —dijo, un poco avergonzado.

Andrew sacudió la cabeza.

—No hay nada de que disculparse. Créeme, te entiendo mejor de lo que crees. Hablaremos luego. Ve a casa, dúchate y duerme un poco. Ven a cenar cuando te sientas mejor. Stephanie o yo podemos prepararte algo de comida cuando tengas hambre.

Nathan miró hacia su casa. Abrió la puerta del coche y, después, se volvió hacia Andrew.

—No quiero regresar a casa mientras ellos no estén. No parece lo correcto.

Dudó un momento, y entonces Andrew ofreció:

—¿Quieres dormir en mi cama un rato? Puedo entretenerme en el cuarto oscuro mientras estás durmiendo. Tengo trabajo que hacer de todos modos.

Asintiendo con gratitud, Nathan bajó del auto. Lo siguió al sótano y se puso de pie junto a la cama, un poco inseguro. La cama estaba hecha. Ni Andrew ni Gary habían llegado a acostarse en ella la noche anterior.

—Ten. —Andrew le lanzó un viejo pantalón deportivo y una camiseta —. Iré a decirle a Stephanie que hemos regresado. Acuéstate, Nate, antes de que te caigas y rompas algo.

—Gracias, hombre. —Nathan se dejó caer sobre la cama. Se quitó las zapatillas de tenis con la punta de los pies y se sentó sosteniendo la ropa de Andrew, como si no estuviera seguro de tener la fuerza para cambiarse.

Andrew dijo en voz baja:

—Duerme, Nate. Me mantendré en contacto con el hospital. Te prometo que te despertaré si algo cambia. —Y subió las escaleras a la casa,

dejando al hombre más joven en paz.

Nathan durmió la mayor parte del día como un comatoso, mientras que Andrew trabajaba en torno a él. El hombre de más edad no entendía por completo por qué no había querido ir a su casa, pero en realidad no importaba. Estaba oscureciendo cuando finalmente sacudió a Nathan para que se despertara, con el ofrecimiento de café recién hecho.

Desperezándose al frotarse los ojos, el pelo revuelto y sobre el rostro, Nathan se sentó, aceptando el café con un «gracias» murmurado y un «¿Qué hora es?».

—Son casi las siete. —Por el pánico en los ojos de Nathan, Andrew añadió con dulzura—: El bebé está bien. Hemos llamado tres veces al hospital. Ha estado durmiendo plácidamente. Alex también está bien. Stephanie está con ella ahora. Dice que hay una multitud de mujeres muy extrañas que no dejan de preguntar cuándo van a volver a verte. Y nos pidió que te dejáramos dormir, y que no regreses hasta que hayas ingerido una comida adecuada. Por alguna razón, no quiere que te desmayes y aplastes al bebé. Por cierto, también quiere que te bañes. Dice que apestas. —Sonrió por la manera en que Nathan farfulló su indignación—. Son sus palabras, no las mías. Aunque tiene razón. Hueles mal, amigo. —Le lanzó una toalla enorme—. Ve y aséate. Tendré un filete esperándote cuando salgas de la ducha. —El estómago de Nathan sonó agradecido, aunque en su rostro todavía había indignación. Andrew se rio y tiró de él para sacarlo de la cama—. Anda niño, báñate. Revisaré detrás de tus orejas cuando vuelvas, así que asegúrate de limpiar allí.

—Como si pudieras alcanzarlas —se burló Nathan, estirándose al máximo antes de moverse obedientemente hacia el baño.

Andrew tragó saliva. La camiseta que Nathan llevaba era una de las suyas y, por lo tanto, le quedaba un poco corta. El delgado material se levantó cuando se estiró, exponiendo los cuadriculados y planos músculos, flanqueados por los agudos huesos de la cadera. Andrew le dio gracias a Dios de que Nathan estuviera dándole la espalda antes de que pudiera ver la pura y simple lujuria que seguramente debía estar escrita por toda su cara.

No iba a hacer aquello otra vez. Se lo había prometido a Gary. Nathan estaba prohibido.

Casado, con un bebé, heterosexual.

Correcto.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

DOCE SEMANAS atrás, se había convertido en padre. Doce semanas atrás, se había convertido en padre, y aquel pequeño bulto que dormía en el hueco de su brazo había dado un vuelco a su vida. Acarició suavemente la cara del bebé, sonriendo cuando Daniel hizo una mueca. Permaneció dormido, acurrucado en el calor de su padre.

A veces Nathan no podía creer que aquella pequeña vida estuviera en sus manos. Cuando Alex y él se convirtieron en padres, fue como si todo lo que había deseado se volviera insignificante en comparación a aquella pequeña persona que los necesitaba. Desde su primera y dificultosa reparación, Daniel había capturado su corazón. Tres meses después, aún estaba fascinado con su hijo. Sin embargo, no estaba tan fascinado con las noches sin dormir, los pañales repugnantes y el constante e incesante asesoramiento; desde el cartero hasta el empleado de detrás del mostrador de la tienda local, todos habían opinado. ¿Existía alguien en el mundo que no necesitara contarles su experiencia?

Si no hubiera sido por Gabe, cuya opinión de la paternidad estaba al mismo nivel que la que tenía de Bush, y por Andrew y Stephanie, quienes el único consejo que le habían dado había sido: «Haz lo que creas que es correcto y al diablo todos los demás», Nathan pensaba que existía una buena probabilidad de que se hubiera vuelto loco en los primeros meses.

En lugar de eso, habían escuchado a sus nuevos amigos, ignorando a todos los demás, y tanto Alex como él habían experimentado los altibajos de la nueva paternidad con su hijo como guía. Nathan observó la foto de su nueva familia, tomada un par de días después del nacimiento de Daniel, por Andrew por supuesto. Era una foto excelente de los tres Peterson, dada como un regalo por parte de Stephanie. Nathan se había sentido incómodo

con la idea después de su desavenencia con Andrew, pero se presentó como un hecho consumado por las dos chicas y, tenía que admitirlo, fue lo correcto. El arte de Andrew sobresalía incluso en una foto prosaica como la de ellos.

Nathan trazó con un dedo el contorno de la cara de Daniel. Fue una simple foto la que hizo que finalmente se diera cuenta de que Andrew entendía lo que era la familia. Había estado sentado a solas en la cocina de su vecino, dormitando tranquilamente con una taza de café con leche, cuando deparó en una foto enmarcada, escondida en el fondo del aparador, apenas visible entre los restos de la vida diaria. No había nadie más en la cocina: Andrew no se había levantado todavía y Stephanie y Colin estaban ocupados en alguna otra parte, así que fue hacia ella y la sacó, soplando el polvo de la superficie. Era de un pequeño bebé en una incubadora, conectado a cables y tubos; parecía casi un extraterrestre.

—Ese soy yo.

Nathan saltó por la culpabilidad cuando Colin habló detrás de él. No lo había oído entrar en la cocina, así de absorto había estado en el pequeño bebé de la fotografía.

—Fui prema... prema... Nací antes de tiempo, así que necesité de todos esos tubos para mantenerme con vida. Papá tomó la foto por si acaso moría.

La simplicidad de la declaración le hizo comprender a Nathan por qué Andrew había entendido lo asustado que se sentía cuando Daniel estaba batallando por respirar.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital? —le preguntó, maravillado de que el pequeñito de la imagen se hubiera convertido en aquel saludable y vibrante niño que estaba frente a él.

—Pasaron cuatro meses antes de que pudiéramos llevarlo a casa, y otro año antes de que dejáramos de preguntarnos si sobreviviría —le dijo Stephanie sonriendo, mientras envolvía cariñosamente sus brazos alrededor de su hijo. Había entrado en la cocina detrás de él, por lo que había escuchado la conversación.

Nathan se quedó mirando la fotografía.

—Debes pensar que soy muy tonto por preocuparme por Daniel, después de lo que experimentaste. —Deseaba que Andrew le hubiera dicho algo al respecto cuando iban en el auto.

Ella se acercó y le apretó el brazo.

—Es tu bebé, y ninguno de nosotros hemos pensado ni por un momento que eres tonto.

Alargó la mano para agarrar su bolso, que estaba en la mesa, y sacó una foto. Era de Daniel, tomada mientras todavía estaba en la incubadora. No parecía un extraterrestre como Colin, pero aun así, parecía muy vulnerable. Nathan bajó la mirada hacia él y las lágrimas brotaron de sus ojos. Stephanie deslizó un brazo alrededor suyo y lo atrajo hacia ella.

—Alex le pidió a Andrew que la tomara mientras todavía estuvieran en el hospital, solo para recordar lo pequeño que era. Tú deberías entregársela.

—Compré una cámara para tomar todas un montón fotos, y no he hecho ni una. —Nathan se atragantó, la fotografía se agitaba en su mano.

Stephanie le dio un ligero abrazo.

—Para eso son los amigos, cariño. Ahora, ve y saca a patadas de la cama al perezoso de mi marido, y haz que te lleve al hospital. Hoy tiene dos citas allí.

—¿QUÉ ESPERABAS? —le preguntó Gary, mirando por encima de la boca de su botella de cerveza—. Es una discoteca gay. No creo que vaya a esconderse en un rincón.

Nathan observó a Andrew bailando, envolviendo con los brazos a un hombre de más edad.

—No estoy seguro exactamente. Supongo que cada vez que lo miro, hallo otra faceta de Andrew Matthews. Es confuso.

Allí estaba él, en una discoteca gay con Andrew y Gary, su primera salida nocturna desde que había nacido el bebé, y Andrew se había ido a la pista de baile casi tan pronto como atravesaron las puertas. Nathan no había estado casi con él. Terminó tratando de tener una pequeña charla con Gary

mientras bebía cerveza tras cerveza, preguntándose para qué se había molestado Andrew en invitarlo.

Los ojos de Gary se entrecerraron mientras observaba a Nathan.

—¿Qué importa? Solo lo conoces desde hace cuatro meses.

—Es mi vecino, y el padre de uno de los niños a los que les doy clases —protestó Nathan.

—¿Entonces no es tu amigo? —La voz de Gary era tajante.

Nathan miró a Gary y luego a Andrew, quien parecía más feliz y más relajado de lo que lo había visto durante semanas.

—Claro que es mi amigo. Solo que es un amigo nuevo, y cada vez que pienso que lo conozco, me entero de algo más sobre él.

—Es gay, ¿y qué? Ah, espera, se me olvidaba, eres un buen chico texano —dijo Gary sarcásticamente.

Nathan frunció el ceño.

—¿Qué pasa con esa mierda sobre los texanos? Ambos lo habéis mencionado. ¿Me llamas homofóbico porque soy de Texas? Andrew lo es también. Así que, deja eso ya.

—Sí, y mira lo que le pasó. —Gary empujó la botella, desestimando las quejas de Nathan.

Nathan dio un puñetazo sobre la mesa. Todas las botellas dieron un salto, pero afortunadamente ninguna se cayó. El barman se giró para mirarlos, para saber si había un problema, pero Gary sacudió la cabeza y él regresó a tomar las órdenes.

—No sé lo que le pasó porque no me lo ha dicho, y no me importa si es gay o heterosexual. —Por la incrédula expresión de Gary, Nathan insistió—. No me importa. Gabe es bisexual. Yo... Bueno... —Se detuvo, con la esperanza de que Gary no lo hubiera entendido.

Improbable. Gary tomó un trago de cerveza.

—¿Tú lo has..., también?

—Hemos tonteando por ahí —murmuró Nathan, levantando la etiqueta de su botella. Había sido hacía mucho tiempo, una mamada estando ebrios

después de una fiesta, y no pensaba mucho en ello. Lo había disfrutado, por lo que podía recordar, pero no había tenido el deseo de repetir la experiencia, y Gabe nunca lo había mencionado. Gabe era mucho más aventurero que él, sus hazañas sexuales cubrían casi todo lo imaginable, y ni siquiera quería pensar en muchas de ellas.

Alzó la vista y encontró a Gary observándolo fijamente, con la boca un tanto torcida como si no estuviera seguro de si debía sonreír o no.

—Sí, ya veo que tienes mucha experiencia. —Gary arrastró las palabras—. Hablarte acerca de su pasado depende de Andrew, pero es un buen hombre, Nathan. Uno de los mejores. Ha hecho lo correcto con Stephanie y Colin, y solo ocasionalmente tiene una noche para salir sin tener que fingir ser algo que no es. —Se volvió para mirarle de frente. A decir verdad, Nathan estaba un poco intimidado por aquel hombre. Era evidente que era muy protector de Andrew, y hasta el momento no parecía simpatizar mucho con él—. A Andy le agradas mucho, pero tu reacción a esa revista le preocupó. Tiene un montón de secretos que no son del dominio público, y si salen a la luz... Bueno, la vida no sería tan buena para él.

—¿Más secretos? —preguntó Nathan con ironía.

Gary agitó la botella hacia el camarero, quien asintió y se agachó para agarrar un par de cervezas frías.

—Creo que te ha hablado de muchos de ellos. ¿Y ahora qué vas a hacer al respecto? ¿Ya le has contado a tu linda esposa todo acerca de él?

Nathan sacudió la cabeza. Notó que Andrew había dejado de bailar con el hombre y que ahora estaba enfrascado en una conversación con otra persona. Nathan se sorprendía de que pudiera oír algo por encima del nivel de la música.

—No, no lo he hecho. De todas formas, hemos estado bastante ocupados con el bebé. No es que a ella le vaya a importar más que a mí.

Gary le sonrió al camarero que había traído sus cervezas a la mesa, dejando una extra, presumiblemente para Andrew.

—Gracias, Rick. —Agitó una de las botellas hacia Andrew, quien dejó a su compañero y se unió a ellos por primera vez en la noche.

Andrew se dejó caer en la silla al lado de Nathan, tomando la cerveza con entusiasmo. Estaba cubierto por una fina capa de sudor, y Nathan podía ver que su camisa se aferraba húmedamente a él.

—Dios, necesito esto —dijo Andrew, y bebió largamente.

—Bebe, Droopy. Vas varias cervezas atrasado respecto a Nate y a mí.
—Gary sonrió, revelando sus blancos y afilados dientes.

Andrew alzó las cejas ante la declaración de Gary.

—¿Has estado siendo amable, Gary?

—Todavía está vivo, ¿no? —respondió este.

—Apenas —murmuró Nathan, pero Andrew lo oyó, y le lanzó una mirada divertida.

Puso un perezoso brazo alrededor de los hombros de Nathan y lo apretó ligeramente.

—No te preocupes por Gary. En realidad es un oso de peluche.

Gary se les quedó mirando.

—Con colmillos, no lo olvides.

Nathan amortiguó su impulso inmediato por esconderse detrás de Andrew y, en lugar de eso, buscó refugio en su cerveza. Andrew aún estaba sosteniéndolo, inclinándose ligeramente a medida que bebía de nuevo de su botella de cerveza. Nathan podía sentir en oleadas el calor que provenía de él.

Se sobresaltó cuando Andrew de repente se puso de pie, arrastrándolo con él.

—Ven, vamos a bailar.

Nathan sacudió la cabeza.

—Eh, no gracias. Soy un pésimo bailarín. Tengo dos grandes pies izquierdos.

Iba a sentarse de nuevo pero Andrew se aferró a su brazo, con una gran sonrisa en la cara.

—¿Sabes lo que dicen de los hombres con pies grandes? Alex debe ser una chica muy afortunada. —Y arrastró a Nathan hacia la multitud, haciendo caso omiso de todas sus protestas.

Nathan miró a Gary por encima de su hombro, pidiéndole auxilio. El otro hombre se limitó a sonreír y lo alentó sacudiendo la mano, pero no pasó desapercibida para Nathan la mirada de preocupación en sus ojos.

Quién sabe cuántas canciones habían pasado, y Nathan estaba extremadamente cansado. Pensó con tristeza que las cervezas, combinadas con las noches sin dormir y un trabajo agotador, habían disminuido su tolerancia. Podía oír la risa burlona de Gabe. «¿Nathan Peterson dándose por vencido antes de la medianoche?». Cuando chocó con alguien por cuarta vez al caminar cuatro pasos, supo que era hora de rendirse.

Andrew había desaparecido después del final de la última melodía, apuntando en dirección al baño. Podría haber ido también, pero había quedado atrapado por un grupo de jovencitas heterosexuales que utilizaban la discoteca como punto de partida para una salida nocturna. Se habían reunido en torno a él, moviéndose y tentándolo, haciéndolo sentir como un antílope en un clan de hienas. Andrew, el bastardo traidor, se había retirado frente a la solidaridad femenina, dejándolo a merced de ellas.

Sin embargo, al final el cansancio se impuso. Afortunadamente les dijo adiós a las chicas mientras agitaba su mano, luego tropezó en busca de Andrew. Un rápido vistazo a su mesa reveló a Gary metiendo su lengua en la boca de un tipo de pelo largo, pero no había rastro de su vecino. Nathan se dirigió al baño, decidiendo que lo encontrara o no, volvería a casa. Alex estaba en casa de su tía con el bebé, pero los perros necesitarían que los llevaran a pasear temprano por la mañana y él precisaba desesperadamente un sueño reparador.

Para su gran alivio, el baño estaba vacío, así que disfrutó de un momento de intimidad muy requerido. Estaba terminando cuando la puerta de la cabina que había detrás de él se abrió de golpe. Se giró sobresaltado y descubrió a un hombre completamente apoyado contra una de las paredes, con sus manos clavándose en el cabello corto de otro sujeto, uno más joven, arrodillado delante de él. El tipo que estaba de pie tenía los ojos medio

cerrados y gemía suavemente, y no parecía haberse dado cuenta de que tenía audiencia.

Como un insecto atraído hacia la luz, los ojos de Nathan fueron cautivados irresistiblemente por la imagen del pene enrojecido deslizándose húmedamente dentro y fuera de la boca hinchada del otro hombre; sus labios estaban brillantes y resbaladizos por la saliva. El hombre en el suelo se movió, con los ojos parpadeando hacia la puerta abierta. Por un momento pareció no inmutarse por ello, pero entonces Nathan vio el momento exacto en que la lujuria y la emoción se convirtieron en pánico, ya que Andrew se dio cuenta de quién lo estaba mirando.

El hombre de repente gritó y empujó con fuerza en la boca de Andrew. Distráido por la visión de Nathan mirándole, se atragantó con el semen que llenó su boca.

Nathan se miró hacia abajo, descubriendo que estaba de pie con su pene todavía fuera. Rápidamente lo metió en sus ropas y salió del baño antes de que Andrew pudiera hacer un movimiento. Sinceramente, no quería hablar con él en aquellos momentos.

CAPÍTULO 5

Diez días antes de Año Nuevo

NATHAN ESTABA planeando sus lecciones, aprovechando el tiempo en que Daniel dormía y Alex se daba un baño caliente, cuando hubo una suave llamada en la puerta. Maldiciendo en voz baja, la abrió y halló a Andrew levantando la mano para tocar de nuevo y con aspecto de querer huir.

—Eh, ¿puedo... puedo pasar? —tartamudeó Andrew.

—Por supuesto. —Nathan dio un paso atrás, permitiéndole entrar en la casa.

No lo había visto desde la noche de la discoteca. Se había marchado inmediatamente, sin molestarse en hablar con él o Gary. La imagen de Andrew arrodillado, con la expresión de lujuria en su rostro mientras chupaba el pene de un extraño en uno de los cubículos de un baño sucio, estaba grabada en su memoria. Toda la escena y la sordidez del acto le provocaban repulsión. Trató de decirse a sí mismo que no importaba, pero sabía que se estaba mintiendo.

—Vengo en son de paz. —Andrew le tendió el paquete de seis cervezas que había traído consigo.

—Gracias. —Nathan no las tomó inmediatamente, esperando a ver primero qué era lo que quería.

Mordiéndose el labio, Andrew puso las cervezas en la mesa del recibidor.

—Tenemos que hablar, Nathan.

Un tic se mostró en la mejilla de Nathan, pero no dijo nada; se apoyó contra la puerta y cruzó los brazos.

A pesar de la falta de estímulo, Andrew continuó:

—Quiero explicar lo de la otra noche. No era mi intención que vieras... —Su voz se apagó.

—¿A ti haciéndole una mamada a un desconocido en un baño sucio? —susurró Nathan, no deseando que Alex le oyera.

Andrew suspiró.

—Eso, entre otras cosas. Gary dijo que era injusto por mi parte que esperara que lo entendieras cuando no te había contado nada acerca de mi pasado.

—¿Tú crees? —Nathan arrastró las palabras con sarcasmo.

Andrew se lamió los labios secos. Y Nathan notó cuán regordetes eran. Por supuesto, lo había notado cuando estaban envueltos alrededor del pene de aquel tipo.

—¿Vas a dejar que te explique? —Andrew no estaba suplicando, pero había algo en su voz que rogaba a Nathan que comprendiera.

Nathan negó con la cabeza.

—No, no lo creo. No creo que realmente quiera saber los sórdidos detalles. —Abrió la puerta y le entregó sus cervezas—. Adiós, Andrew.

Andrew tomó las cervezas y se fue sin decir una palabra. Nathan cerró la puerta de golpe y se apoyó en ella, cerrando los ojos, luchando contra el dolor que había visto en su mirada.

—¿Eso te ha hecho sentir mejor?

Sobresaltado, Nathan abrió los ojos y vio a su mujer, envuelta en una bata y con una toalla alrededor del pelo, mientras bajaba las escaleras.

—¿Perdón?

—No es conmigo con quien deberías disculparte. Eso ha sido muy desagradable, Nathan Peterson, y para nada algo que tú harías —dijo Alex con fiereza.

Él la miró, completamente confundido.

—Tú no entiendes...

—Entiendo muy bien. Lo descubriste haciéndole una mamada a alguien y ahora lo estás tratando como si fuera una especie de leproso. Nunca esperé que fueras un imbécil homofóbico.

Parecía furiosa. Nathan se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Estabas al tanto?

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Por supuesto que sí. Stephanie me lo contó. Estaba esperando que hablaras conmigo. Jesús, ¿no ha pasado por suficiente como para tener que lidiar con un amigo comportándose como un completo idiota?

—Oye, estoy hartándome de ser el malo de la película —espetó Nathan—. Apenas conocemos a ese hombre y ya lo estás defendiendo.

—Sé que nos dio la bienvenida a la zona y se convirtió en nuestro amigo —continuó Alex con obstinación—. Sé que se preocupó por nosotros cuando el bebé nació, y sé que él y Steph han permanecido juntos durante diez años a causa de sus padres. ¿Qué hay de malo si se desfoga de vez en cuando? No lo hace delante de Colin o Steph. Madura, Nathan. —Lo pasó rozando, dirigiéndose a la cocina—. Serías un estúpido al perder a un amigo solo porque no apruebas todo lo que hace. Tú no tienes problemas con Gabe, y él es un supremo libertino.

Nathan la siguió a la cocina.

—Andrew es el que está actuando como un cretino.

Alex se sirvió zumo de naranja y después lo miró por encima del vaso.

—Creo que ese eres tú. ¿Podrías sonar más como un niño de cinco años? Ve y habla con él. Saca todo lo que tengas dentro, porque te lo advierto, no voy a dejar de ver a Stephanie simplemente porque no puedas superar el hecho de que él prefiera un pene en vez de una vagina.

Nathan volvió a su planificación dando fuertes pisotones. Sinceramente no había esperado que Alex tomara una actitud tan liberal con el comportamiento de Andrew. No había esperado que Andrew discutiera aquello con su esposa, y mucho menos que ella lo hablara con Alex. Nathan se sintió más confundido que nunca sobre la relación de Andrew y Stephanie.

Mierda, ¿por qué no podría la familia Walton ser sus vecinos? Hubiera sido mucho más sencillo.

Nueve días antes de Año Nuevo

—BUENOS DÍAS, Colin. ¿Está tu papá por aquí?

El niño estaba tratando de encestar el balón sin mucho éxito. Parecía menos animoso que de normal. Colin miró hacia su maestro. Nathan notó que faltaba su habitual sonrisa arrogante.

—Hola, señor P. No, fue a recoger a papá Nick y mamá Ruth al aeropuerto.

—¿Papá Nick y mamá Ruth? —preguntó Nathan.

—Los abuelos Matthews. Los padres de mi papá. Van a pasar aquí Navidad y Año Nuevo. —Colin estrelló el balón en el aro, fallando nuevamente.

La pelota rebotó hacia Nathan. La atrapó, apuntó descuidadamente hacia el aro y observó cómo pasaba perfectamente a través de este.

—No pareces muy feliz. ¿Hay algún problema?

Colin vaciló. Estaba hablando con su maestro, que a su vez era amigo de sus padres. Al final, dijo:

—Papá Nick es divertido y mamá Ruth hornea buenas galletas.

Nathan contempló el rostro abatido del niño.

—¿Pero? Escucha Colin, te prometo que no voy a decir nada a tus padres.

—Papá se enfada mucho cuando mamá Ruth está aquí. A ella no le gusta que duerma en el sótano. Y ha estado de muy mal humor los últimos días. —Colin sonaba como si el mundo se fuera a acabar.

Nathan le lanzó la pelota porque no quería seguir con esa conversación.

—Ah, está bien. Prometo no decir nada. Solo voy a llevar a los perros a correr. ¿Quieres venir conmigo?

Colin se animó inmediatamente.

—Genial. Voy a ir a preguntarle a mamá. —Corrió hacia el interior, llamando a su madre. Obviamente ella aceptó puesto que estuvo de regreso en unos segundos, llevando puestas una chaqueta gruesa y unas botas.

Fueron por los springer spaniel de Nathan y pasaron una hora persiguiendo a *Tyler*, *Ruby* y *Mollie* alrededor del parque. Para cuando terminó la caminata, ambos estaban de color rojo brillante por el frío y el esfuerzo. El estado de ánimo de Colin había mejorado considerablemente, y estaba ocupado contándole a Nathan todo acerca de una salida al cine, cuando llegaron de vuelta a sus casas. El coche de Andrew estaba estacionado en la entrada.

Al principio del camino de entrada, Colin miró hacia el coche y dijo:

—Ya han llegado. ¿Quiere venir a saludar, señor P?

Nathan sacudió la cabeza.

—Hoy no. Tienes que saludar a tus abuelos. Iré a hablar con tu padre después.

—Genial.

Colin se arrodilló y le dio a los perros un último abrazo, recibiendo a cambio húmedos lametones. Después se fue corriendo.

Andrew abrió la puerta en cuanto Colin tocó. Nathan pensó que parecía cansado: su piel estaba pálida, tenía marcas oscuras grabadas debajo de sus ojos. Andrew vio a Nathan y a los perros que esperaban en la acera, y apremió a Colin para que entrara en la casa, ignorando a Nathan.

Sin saber qué era lo mejor que podía hacer, Nathan se dirigió rápidamente hacia su propia casa. No se percató de la figura que lo observaba detrás de la larga ventana que había a un lado de la puerta.

Ocho días antes de Año Nuevo

DE NUEVO estaban de pie frente a la casa de Andrew. Nathan se dio cuenta de que era una especie de punto de encuentro, para hablar sobre la fiesta de Año Nuevo a la que todos los vecinos asistirían. Allison y Jim estaban tratando de convencer a unos renuentes Nathan y Alex para que asistieran. Más bien, Allison estaba hablando y Jim escuchaba. Nathan no estaba seguro de si alguna vez Jim había tenido la oportunidad de hablar. Alex no estaba realmente convencida de que fuera a ser capaz de permanecer despierta el tiempo suficiente para que llegara el Año Nuevo. Y él se encontraba, naturalmente, reacio a ver a Andrew.

Allison y Jim vestían suéteres de Navidad coordinados, hechos a mano, de color azul con copos de nieve y renos. Siendo Allison una rubia bajita, se las arreglaba para que el atuendo luciera lindo y esponjoso en ella. Pero en el caso de Jim... Nathan decidió no pensar en cómo Allison había logrado convencer a su canoso marido de mediana edad, para que usara algo tan inadecuado.

—Tenéis que venir, chicos. Toda la gente de por aquí es bienvenida. — Allison obviamente no entendía la palabra «no».

—Los padres de Nathan pasarán con nosotros Año Nuevo, Allison. No creo que sea justo dejarlos para que cuiden al bebé —dijo Alex.

Nathan gimió para sus adentros, sabiendo lo que seguía.

Allison ondeaba sus manos en señal de protesta.

—Pero cariño, tráelos a ellos también. Cuantos más seamos, mejor. No, no hay excusas. Venid a la fiesta, cuidaremos del bebé y de sus encantadores padres.

Ellos se miraron entre sí y se rindieron. Podrían hacer acto de presencia y luego escabullirse para volver a casa.

—Está bien, nos veremos ese día —aceptó Alex.

—¡Maravilloso! —trinó Allison—. Por cierto, este año es en casa de Stephanie y Andrew. Estoy segura de que estarán encantados de saberlo, dado lo buenos amigos que sois.

Día de Navidad

—SUBE AL coche, Colin, y no pongas los dedos en las ventanillas. Vas a dejar marcas de grasa.

Nathan regresaba de pasear a los perros cuando vio a una mujer desconocida, de pie junto al auto de Andrew. Iba vestida con un suave traje de color lila y un sombrero. Un hombre vestido formalmente —el cual supuso que era el marido de ella— se subió al asiento del pasajero. Colin llevaba puesta una camisa elegante y pantalones largos, y tenía una expresión malhumorada. Alguien había hecho obviamente un esfuerzo por controlar su pelo, ya que parecía como si hubiera sido sometido con fijador. Nathan sonrió. Nunca lo había visto así de pulcro, y solo podía imaginar el trauma necesario para mantenerlo de esa manera.

La mujer miró hacia la casa.

—¡Daros prisa vosotros dos, o llegaremos tarde! Podríais hacer un esfuerzo. No es más que una vez al año —espetó con impaciencia.

Stephanie salió, con aspecto nervioso.

—Lo siento, mamá Ruth. Solo quería asegurarme de que el pavo se estaba cocinando. Oh, hola, Nathan. Feliz Navidad.

—¡Hola, señor P! Feliz Navidad —interrumpió una alegre voz.

Nathan se volvió y vio a Colin asomando la cabeza por la ventanilla del coche.

—Feliz Navidad, Colin. ¿A dónde vas?

—A la iglesia. —Colin hizo una mueca—. Mamá Ruth nos hace ir cada año.

Su abuela suspiró.

—Una vez al año, Colin. ¿Es mucho pedir? Nick, ve a buscar a Andrew. Me pregunto qué es lo que entretiene a ese chico.

Nathan se limitó a sonreír y se despidió de todos; movió las correas de los perros y los animó a avanzar. Justo cuando llegó a su entrada, miró hacia atrás. Andrew iba detrás de su padre. Estaba vestido de una manera

similar a él, haciéndolo parecer mayor de sus veintiséis años, y llevaba lentes, que hacían hincapié en la madurez.

Al abrir la puerta del conductor, Andrew vio a Nathan. Un color brillante tiñó sus mejillas, pero esta vez inclinó ligeramente su cabeza hacia él.

Nathan también la inclinó. Después de todo era Navidad. Paz y buena voluntad a todos los hombres, y toda esa basura.

Seis días antes de Año Nuevo

NATHAN DORMITABA tranquilamente en el sillón y Daniel estaba recostado sobre su pecho, resoplando tranquilamente en su sueño, cuando el timbre de la puerta sonó, despertándolo con un sobresalto.

—¡Yo voy! —gritó Alex, corriendo por las escaleras. Abrió la puerta y se encontró con Stephanie y una pareja mayor.

Stephanie le sonrió a modo de disculpa.

—Hola, Alex, ¿podemos ver al bebé? Los papás de Andrew han estado oyendo mucho sobre el pequeño Daniel por Colin.

—Claro que pueden. Entren. —Alex los hizo pasar a la sala, donde Nathan se frotaba los ojos, somnoliento.

—Nathan, los padres de Andrew han venido a ver al bebé. —La voz de Alex advertía que fuera educado.

Curvando un brazo protector alrededor de Daniel, Nathan se sentó. Stephanie se acercó y lo besó en la mejilla, extendiendo los brazos para recibir al bebé. Él se puso de pie, entregándole a Daniel. El bebé gimió protestando por el movimiento, y después se acomodó en ella, metiéndose el pulgar en la boca y acurrucándose de nuevo para dormir.

Stephanie lo presentó a Nick y Ruth. Nathan les estrechó la mano a los dos y luego los invitó a sentarse, disculpándose por su somnolencia.

—Daniel durmió mal anoche, así que me ocupé de él para que Alex pudiera dormir un poco. Supongo que a mí también me pasó factura.

Ruth le sonrió.

—Está bien, cariño. Es bueno ver a un hombre joven cuidando tan bien de su esposa —le dijo, acariciando suavemente la mano del bebé—. Desearía que mi Nick hubiera sido tan útil. ¿Puedo cargar al bebé? —Ante el asentimiento de Alex, levantó al bebé de los brazos de Stephanie. Estaba tan concentrada en el bebé que no vio cuando su esposo hizo un gesto de exasperación hacia Stephanie—. Por supuesto —continuó—, Andrew fue muy bueno con Colin. Siempre estaba cuidándolo, ¿no es así, Stephanie? —Miró a Nathan—. Lo cuidaba mientras Stephanie iba a trabajar después de que naciera. —Frunció el ceño a su nuera, quien descaradamente hizo caso omiso de la mirada—. Me parece muy extraño que la madre trabaje y el padre cambie los pañales. De alguna manera eso no está bien.

Los labios de Stephanie se apretaron con fuerza, pero no dijo nada. Nathan se dio cuenta de que aquello era una vieja discusión. Alex deslizó un brazo alrededor de la cintura de su marido.

—Nathan gana más que yo ahora que es un profesor titulado. No tenía ningún sentido que yo trabajara, por lo menos mientras el bebé es tan chiquito.

Ruth asintió.

—Justo esa es la forma en que debe ser, querida. Las mujeres son mucho mejores en el cuidado de los bebés que los hombres —sentenció.

Nathan pensó que en la habitación había al menos dos personas, si no eran tres, que no estaban de acuerdo con ella. Sin embargo, era obvio que no lo dirían para no diferir públicamente de la señora Matthews, a juzgar por la forma en que Nick y Stephanie mantenían la cabeza baja.

Nick se animó a sí mismo para decir:

—Andrew y Stephanie hicieron muy buen trabajo con la educación de Colin, querida.

—Ya lo sé, Nick, pero sigo pensando que después de todo el trabajo por el que pasamos, habría sido justo que Stephanie criara al bebé —espetó ella.

Stephanie miró apenada a Nathan y Alex.

—Lo siento, chicos, no necesitáis estar oyendo los viejos argumentos de la familia, sobre todo después de pasar una mala noche.

Alex le sonrió con simpatía.

—Está bien.

No estaba bien para Nathan, y le estaba siendo difícil controlar su expresión, resistir la urgencia de arrancar al bebé de los brazos de Ruth antes de que contaminara a todos con sus puntos de vista anticuados. No era de extrañar que Gary y Andrew tuvieran una cínica imagen de los texanos. Deseaba que Andrew pudiera conocer a su propia madre, una encantadora y alegre mujer que creía firmemente en que los hombres debían contribuir en la crianza de sus propios hijos.

Extendió su brazo y quitó a Daniel de Ruth, ignorando su graznido de protesta. Acomodó a Daniel en el hueco de su brazo y, con educación pero con firmeza, soltó:

—Es hora de alimentar y bañar al bebé.

Captando la indirecta, Stephanie comenzó a guiar a Ruth y Nick fuera de la sala.

—Gracias por permitirnos ver al niño. ¿Vais a venir a nuestra casa para Año Nuevo?

Alex miró a Nathan antes de asentir.

—Creo que sí, si podemos llevar a los padres de Nathan.

Stephanie le dio un abrazo.

—No hay problema. Me encantaría verte allí. Eh... ¿Nathan?

Nathan la miró.

—¿Sí?

Ella se acercó a donde él estaba y le dijo en voz baja para que Ruth y Nick no oyeran:

—Ve a ver a Andrew antes de que vayas a la fiesta. Se lo debes.

Atrapado entre las dos mujeres, no tenía otra opción, así que asintió. Nathan solo esperaba que no fuera demasiado tarde para reparar el daño.

Cinco días antes de Año Nuevo

NATHAN LLAMÓ suavemente a la puerta del sótano de la casa de Andrew. No quería ir a la puerta principal por si acaso la señora Matthews decidía imponer más de su filosofía sobre la crianza de los hijos. El coche estaba en la entrada, así que sabía que Andrew estaba en casa. Esperó un par de minutos y luego volvió a tocar. Esta vez oyó sonidos dentro de la habitación y un: «Espera. Ya voy».

La puerta se abrió de golpe. Un poco nervioso, como si hubiera sido perturbado por la llamada, Andrew sonrió a su visitante hasta que se dio cuenta de quién se trataba.

—¿Qué quieres? —espetó, poniendo una expresión tensa e inflexible sin apartarse de la puerta.

Nathan levantó el paquete de cervezas que llevaba en la mano.

—Decir lo siento por ser un completo imbécil, y espero que podamos ser amigos de nuevo.

—No, no creo que podamos, Nathan. No creo que pueda estar siempre preguntándome si algo va a molestarte. Lamento que me vieras haciéndole una mamada a ese tipo, pero eso fue todo lo que pasó. —Miró a Nathan con tristeza—. De todos modos gracias por las disculpas. Adiós.

La puerta se cerró en la cara de Nathan, y él se quedó solo, en el frío.

Cuatro días antes de Año Nuevo, por la mañana

—YA ESTAMOS aquí. Ahora, ¿dónde está ese nieto mío? ¿Por qué todavía no está en mis brazos?

La madre de Nathan era como una brisa de verano soplando a través de la casa. Entró dando abrazos a Alex, uno especialmente apretado a su hijo menor y, a su nuevo nieto, un beso en la frente y un abrazo que se prolongó

hasta que su abuelo pidió el turno. De mala gana, Teresa renunció a cargarlo, a condición de que Daniel volviera a ella en breve.

Alex hizo un gesto de exasperación hacia Nathan, pero ella adoraba a Teresa y John Peterson, y sabía que era solo teatro. Tras la muerte de sus padres, se había sentido sumamente sola en el mundo. La familia de Nathan no había reemplazado a la de ella, pero la había hecho sentir tan bienvenida que la soledad se alivió un poco.

Por su parte, Nathan sintió que por primera vez en semanas, podía relajarse y sonreír de nuevo. Su madre estaba allí, y para ella no existía nada que fuera demasiado para lidiar.

Después de que el entusiasmo inicial se calmara, Nathan les dio un *tour* por la casa y el vecindario. Allison y Jim estaban en su patio, lavando su automóvil. Nathan notó que los suéteres de Navidad se habían convertido en unos rojos de Santa Claus y elfos. Ambos se acercaron tan pronto como los vieron con sus padres, y se presentaron.

Colin estaba jugando al baloncesto con su padre y su abuelo. Agitó la mano alegremente hacia su maestro, y Nick hizo una inclinación de cabeza diciéndoles buenas tardes a todos. Nathan le devolvió el saludo, explicando a Teresa y John quién era.

—¿Estás teniendo problemas con sus padres, Nathan? —preguntó Teresa.

Nathan la miró.

—¿Por qué dices eso?

Teresa dirigió a su hijo su mejor expresión posible de «¿Con quién crees que estás hablando, jovencito?».

—Debido a que el hombre extremadamente apuesto está haciendo todo lo posible para evitar cruzar su mirada con la tuya.

—Es una historia muy larga, mamá. —Nathan se retorció bajo su escrutinio.

Teresa lo tomó del brazo.

—Entonces volvamos a casa y me cuentas todo.

Nathan frunció el ceño con suspicacia.

—¿Ha estado Alex hablando contigo? Es algo trivial, de verdad.

—Pudo haberme dicho una o dos cosas recientemente. —Teresa se mantenía insistente mientras dirigía a Nathan de regreso a su casa—. Y por supuesto que el hecho de que él te esté fulminando con la mirada ahora que estás de espaldas, no te afecta.

Nathan se detuvo y miró por encima de su hombro, notando la expresión asesina de Andrew antes de que este se diera cuenta de que había sido descubierto y apartara la mirada rápidamente.

—Ajá. ¿Deberíamos tener esa conversación? —Teresa asintió con satisfacción.

—¿No te parece que Nathan es lo bastante mayor para que resuelva sus propios problemas, Teresa? —preguntó John.

—Tonterías, nunca tendrá la edad suficiente para hacer frente a sus problemas. Soy su madre, Jonny. Tengo derecho a interferir.

29 de diciembre, 3 a.m.

—¿QUÉ DIABLOS?

—¿Gabe, eres tú, amigo? —Nathan estaba acurrucado en la mecedora de la cocina, susurrando lo más silenciosamente que podía. Daniel había terminado su comida nocturna y poco a poco iba quedándose dormido en su regazo.

—¿N... Nate? ¿Qué hora es? Rayos, son las tres de la mañana. ¿Qué quieres? ¿Estás bien? No es Daniel, ¿o sí? —El balbuceo incoherente de Gabe llegó a su fin cuando se detuvo para tomar aliento.

Nathan sonrió.

—Todos estamos bien. Solo tenía que hablar contigo.

—¿En la maldita madrugada? —Entonces Nathan oyó un murmullo quedo—. No, está bien, cariño, vuelve a dormir. Es solo el imbécil de mi mejor amigo despertándome. Tiene un bebé.

—Lo siento. No pensé que podrías tener compañía —se disculpó Nathan.

Gabe bostezó ruidosamente al teléfono.

—¿Qué pasa? Debe ser importante si estás llamando fuera del horario de oficina.

Nathan vaciló. Ahora no estaba seguro de qué decir.

—¿Nate? —Gabe empezó a sonar un poco molesto.

—Es Andrew.

—¿El vecino? ¿Qué pasa con él?

—No me habla. Lo descubrí chupándosela a un tipo en una discoteca gay, y luego lo ignore, y ahora no me deja disculparme, y Alex piensa que soy un idiota, y mi madre dice que es por tú sabes quién, y no sé qué hacer. Realmente quiero hacer las paces. —Nathan se detuvo, dándose cuenta de que estaba sonando, otra vez, como un niño de cinco años.

—Jesús. —Hubo una pausa—. Has estado muy alterado por ese tipo desde que lo conociste.

No era una pregunta.

—Sí —suspiró Nathan. Cómo no, Gabe se había dado cuenta.

—¿Por qué?

NATHAN SE preguntaba si el Año Nuevo por fin llegaría para que pudieran volver a su cotidianidad. Entre la rutina de darle de comer en las noches al bebé y tantas mujeres en la casa todo el tiempo, acariciando y arrullando al niño, sentía la necesidad de escapar.

No estaba durmiendo muy bien. O estaba pendiente de Daniel antes de que su llanto perturbara al resto de la casa o trataba de ignorar otras cosas que habían empezado a consumir sus pensamientos. Apartando todo de su mente, se levantó del espacio al lado de Alex, dejando de mala gana el calor de la cama para ir al baño. Se vistió en silencio, apretó ligeramente un dedo en la boca de su dormido hijo y bajó las escaleras.

Los perros brincaron felices de verlo entrar en la oscura cocina. Nathan abrió la puerta trasera para que pudieran ir a hacer sus necesidades en el patio e hizo una mueca al aspirar una bocanada de aire frío. Silbando por lo bajo, les puso sus correas y se dirigió al parque. Correr una larga distancia debería aclarar su mente y darle un poco de paz.

Todavía estaba oscuro cuando llegó al parque, pero los caminos estaban bien iluminados. Conocía la zona lo suficientemente bien como para evitar las partes con hielo. Después de estirar y calentar, comenzó a correr; lentamente al principio, luego aumentó el ritmo. Los perros felizmente se mantenían a su lado mientras corrían, desviándose de vez en cuando para oler un arbusto o saludar a los pocos perros que había por allí. No había mucha gente a esa hora de la mañana, y la mayoría de las que estaban eran personas que Nathan conocía por ser tan madrugadoras como él. Saludó con la cabeza a algunas de ellas mientras pasaba a su lado, pero por lo general iba concentrado en mantener su mente en blanco, sintiendo solamente la presión del ejercicio en su cuerpo y disfrutando de estar solo.

Se sintió ligeramente sofocado mientras subía una pendiente. Se esforzó, pensando tristemente que su entrenamiento físico había pasado a segundo plano desde que Daniel llegó a su vida. Cuando alcanzó la cima de la colina, perdió el equilibrio sobre una placa de hielo. Movié los brazos tratando de conseguir estabilizarse, pero se estrelló contra el suelo junto con lo que fuera que hubiera golpeado. Al aterrizar en la tierra fría, descubrió que estaba medio encima de un hombre que maldecía sonoramente debajo de él.

—Jesús, lo siento, hombre. ¿Estás bien? —Nathan rodó apartándose de él, e hizo una mueca cuando se golpeó el tobillo.

—No estoy seguro. No estoy acostumbrado a ser noqueado por un abominable hombre de las nieves. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? —se quejó el otro hombre, todavía acostado boca abajo en la vereda.

Los perros corrieron a ver lo que estaba sucediendo y olfatearon entusiastamente el rostro del desconocido.

—¡Tyler, Ruby, quietos!

Nathan trató de evitar que los perros lamieran al pobre sujeto, y entonces se dio cuenta de la postura rígida del hombre.

—Oye, perdón por esto. Mis perros pueden ser un poco enérgicos. ¿No te gustan los perros? Permíteme, te voy a ayudar a levantarte.

El hombre se dio la vuelta, mostrando la cara por primera vez.

—No, gracias —dijo Andrew—. Puedo solo.

Se puso de pie, haciendo una mueca mientras lo hacía, dejando a un sorprendido Nathan en el suelo.

—Andrew, lo siento mucho. No era mi intención...

Andrew se sacudió la ropa, observando sus manos raspadas. Con la luz naciente, Nathan pudo ver un corte en su mejilla del que había comenzado a salir sangre. Andrew le dio la espalda y Nathan miró a su alrededor. Se dio cuenta de que a un lado había un trípode sosteniendo una cámara, y afortunadamente no había sido afectado por la caída.

El suelo estaba realmente gélido; notó por primera vez el frío, que parecía helarlo hasta los huesos. Trató de levantarse pero cayó cuando un dolor agudo atravesó su tobillo torcido. Reprimiendo un grito, lo intentó de nuevo, esta vez llamando la atención de Andrew.

—¿Qué te pasa? —Andrew sonó menos gruñón, su voz reflejaba preocupación.

—Mi tobillo. Duele. —Nathan se quedó sin aliento, al tiempo que se las ingenió para ponerse sobre las manos y rodillas.

—Quédate ahí. Echémosle un vistazo antes de que te levantes. —Andrew se puso junto a él y le facilitó el volver a sentarse en la tierra—. Aguarda un minuto. —Fue hacia el equipamiento que estaba cerca de la cámara y sacó un cojín—. Ten, siéntate en esto.

Nathan logró situarse en el cojín sin golpear demasiado su tobillo. Andrew se arrodilló frente a él, sujetándole el pie. Antes de que lo tocara, lo miró.

—¿Está bien si lo reviso? —dijo.

Nathan asintió, mordiéndose el labio, ya que incluso el más mínimo movimiento estaba empezando a doler mucho. Gentil pero minuciosamente, Andrew le examinó el tobillo.

—No creo que te lo hayas roto, Nate, pero vas a necesitar que te lo inmovilicen. —La voz de Andrew era más suave ahora.

—Pero los perros... Alex —protestó Nathan.

Andrew le apretó el brazo.

—No hay problema. Me encargaré de los perros. Avisaré a Alex y la llevaré a la sala de emergencias.

El dolor del tobillo estaba dominando su pensamiento, pero sabía que Andrew había llamado al 911 y estaba hablando con el operador. Empezó a temblar por el frío y el estado de *shock*. Andrew sacó una manta y lo envolvió con ella; después se sentó a su lado para tratar de mantenerlo caliente. *Tyler* y *Ruby* se habían dado cuenta de que algo andaba mal con su dueño, así que se sentaron al otro lado, mientras que *Mollie*, indiferente a su difícil situación, se alejó hacia otra parte para investigar la madriguera de un topo.

Unas pocas personas se detuvieron para preguntar si podían ayudar, algunas de ellas los reconocieron. Andrew les aseguró que Nathan estaba bien, y ellas continuaron con su trayecto. Nathan terminó apoyándose contra Andrew mientras este deslizaba un brazo a su alrededor para mantenerlo apoyado.

Concentrándose en tratar de no berrear como un bebé por el dolor, Nathan habló muy poco. De repente, se le ocurrió un pensamiento y dijo:

—¿Andrew?

—¿Eh? ¿Estás bien así? —Andrew arregló la manta brevemente.

—Estoy bien. Escucha, Drew... —Nathan se detuvo, sin saber qué decir.

Andrew dejó de respirar. Al menos eso es lo que parecía. Las pequeñas bocanadas de vaho cesaron. Nathan volvió la cabeza y vio que estaba mirando fijamente al suelo frente a sí; el corte en la mejilla se había secado formando una costra oscura.

—Lo siento, de verdad. Fui un completo idiota contigo, una y otra vez.
—Hubo una larga pausa. Andrew no dijo nada, y tampoco comenzó a respirar—. Drew, di algo, cualquier cosa, por favor. ¿Respiras? Haz algo, maldita sea.

Andrew suspiró ruidosamente.

—Un día tendrás que decirme por qué.

Nathan se estremeció, y Andrew se arrimó más.

—Lo haré —prometió Nathan. Estaba decidiendo si debía continuar o simplemente rendirse al dolor, cuando vio acercarse a los paramédicos.

A los pocos minutos estaba sobre una camilla, siendo llevado a la parte trasera de la ambulancia. Andrew estaba esperando afuera pacientemente con los perros, ahora sujetos a sus correas.

—Regresaré con los perros y llevaré a Alex al hospital —gritó mientras cerraban las puertas.

Nathan cerró los ojos mientras se alejaban; el dolor en su tobillo competía con el conocimiento de que Andrew quería una explicación que no estaba seguro de estar dispuesto a dar.

Víspera de Año Nuevo por la tarde, en el sótano de Andrew

—HOLA, ME alegro de verte. No estaba seguro de que hubieras recibido mi mensaje. —Andrew contuvo sus ganas de saltar a los brazos de Gary.

Andrew había abierto la puerta ante el impaciente toque. Gary estaba de pie en la entrada, guitarra en mano y con aspecto de necesitar dormir durante cinco días. Andrew miró a su alrededor para ver si alguien más estaba allí.

—¿Nadie más ha venido contigo?

Gary pasó un brazo alrededor de Andrew.

—No, todos están en una especie de concierto. Pensé que podrías necesitar algo de apoyo, ya que tu madre está aquí.

—No tienes ni idea. —Andrew dejó que Gary entrara en el cuarto y pateó la puerta para cerrarla tras él.

Tan pronto como el mundo exterior estuvo oculto, atrajo al hombre más bajo a un abrazo y un beso. Gary serpenteó sus dedos por el cabello de Andrew, usando su mano libre para tirar de su trasero, acercándolos. El beso fue exigente y apasionado; sabía a cigarrillos, marihuana y café fuerte, resultaba cómodamente familiar. Andrew se inclinó hacia el abrazo, sintiéndose seguro y feliz por primera vez en días. Enredó sus dedos en las presillas del pantalón de Gary, tirando del hombre con más fuerza.

Gary frunció el ceño y se apartó del beso.

—¿Qué ha pasado, Drew? Estás aferrándote como si tu vida dependiera de esto.

Andrew dio un paso atrás, saliendo de los brazos de Gary. Se pasó las manos por el pelo, provocando que este se levantara en todas direcciones.

—No pasó nada. —Por el bufido de incredulidad de Gary, se corrigió —: Bueno, algo sucedió, pero no fue importante.

—Sí, claro. Vamos, cuéntale a tu tío Gary. ¿Quién molestó a mi niño?
—Gary sonaba como si estuviera canturreándole a un bebé.

Andrew se rio.

—Eso te hace sonar como un perverso.

—Solo soy perverso con lindos jovencitos de buenos traseros. — Gary lo miró lascivamente, moviendo las cejas, ignorando su «Uff» de disgusto.

Andrew le mostró el dedo medio pero no detuvo a Gary cuando este lo atrajo para darle un abrazo.

—¿Vas a dejar de evitar el tema y decírmelo?

Andrew apoyó la cabeza en el hombro de Gary.

—La noche que estuvimos en la discoteca, Nathan me encontró haciéndole una mamada a un tipo en el baño. Salió corriendo y no quiso hablar conmigo después. Ha sido difícil desde entonces.

Maldiciendo entre dientes, Gary abrazó a su amigo.

—¿Qué demonios esperabas?

—Un poco de comprensión, maldita sea. ¿Es mucho pedir? Siempre hay algo más con él, pero o no puede o no quiere decírmelo. —Andrew dejó que su frustración saliera a flote.

—Olvídalo, Andrew. No vale la pena preocuparse. No necesitas ese fastidio. —Gary desestimó el problema del vecino—. Ahora, ¿tenemos tiempo para un poco de diversión antes de la fiesta?

—¿Eso significa que quieres que te joda antes de que mi madre venga y nos descubra? —Andrew sonrió.

Gary negó con la cabeza.

—No. Significa que quiero joderte duro y rápido en la ducha, antes de que venga tu madre aquí y descubra a su hijito siendo muy, muy travieso.

Andrew se rio y lo arrastró hacia el baño. Gary era el mejor amigo con derechos que pudiera tener.

Después de la ducha, Andrew llevaba su pantalón de mezclilla con los dos primeros botones desabrochados, mientras buscaba por la sala una camisa de vestir para la fiesta. Gary estaba acostado en la cama, vestido solamente con un pantalón deportivo. Estaban hablando sobre el concierto en el que Gary había estado la noche anterior, cuando, sin llamar, Ruth abrió la puerta de la casa y bajó las escaleras.

—Stephanie quiere saber si vas a ir a traer más cerveza, Andrew. Está preocupada... Oh... Gary. Hola. No me había dado cuenta de que estabas aquí. De verdad, no deberíais estar acostados semidesnudos. Alguien podría tener una idea equivocada. —Ruth frunció los labios mientras observaba la escena.

—Estamos preparándonos para la fiesta, mamá. Gary necesitaba ducharse después del largo viaje. —Andrew le dio a su madre un abrazo, tratando de tranquilizarla. Vio a Gary haciendo un gesto de exasperación y frunció el ceño sobre la cabeza de Ruth. Le dio gracias a Dios de que no hubiera llegado quince minutos antes, cuando estaban en la ducha disfrutando de una sesión de sexo lento y sin prisa, a pesar de la promesa de Gary. La puerta cerrada del baño nunca había sido un obstáculo para su madre.

—Bueno, vestíos los dos. Son casi las siete y tenéis que ayudar a Stephanie y Allison. —La voz de Ruth era aguda y persistente.

Gary se arrastró fuera de la gran cama y apretó a Ruth en un abrazo.

—Feliz Año Nuevo, Ruth.

Ella se movió un poco con desaprobación, pero al final, correspondió al abrazo. No importaba lo mucho que lo intentara, a Ruth le resultaba difícil permanecer enojada con Gary por mucho tiempo. Era amigo de Andrew desde hacía muchísimo tiempo.

NORMALMENTE AQUELLAS fiestas del vecindario eran más o menos un infierno. Después de la primera vez que asistió a una, Andrew había logrado un acuerdo con Stephanie por el que podía escapar a su cuarto oscuro después de portarse amablemente con los vecinos. Ella había estado lo suficientemente borracha como para aceptar. Y solo había una cosa peor que la asistencia a aquellas reuniones: ser los anfitriones. Andrew no estaba seguro de por qué se molestaba Allison en turnarlos. Todo era organizado por ella de principio a fin, incluyendo el menú, el tipo de cerveza y la lista de invitados. La familia anfitriona tenía permitido un cierto número de invitados adicionales, a discreción de Allison. «Después de todo, cariño, esta es una fiesta para los de nuestro vecindario y no para la gentuza», le había dicho ella la vez que se había atrevido a cuestionar el plan maestro. Había aprendido a no decir nada y simplemente hacer lo que se le indicaba. ¿Quién era él para contradecir a la mujer con la tabla sujetapapeles?

La presencia de Nathan en los últimos meses había aliviado algo el aburrimiento. Se quedarían tanto como fuera educado y luego escaparían con Colin, con el pretexto de pasear a los perros de Nathan. Incluso la tensión entre ellos no importaba cuando jugaban fútbol en el parque, con todos los perros esforzándose lo que podían para robar el balón. De hecho, cada vez más y más hombres habían comenzado a preguntar si podían retirarse de la reunión para unirse al partido de fútbol callejero. Allison no podía argumentar en contra, dado que, después de todo, era un evento de la comunidad.

Sin embargo, la fiesta de Año Nuevo era uno de los acontecimientos más importantes en el calendario social, y no había manera de que alguien se excusara para ir a jugar.

Cuando Andrew y Gary se dirigían a comprar más cerveza, Gary preguntó:

—¿Vendrá Joe?

—Por supuesto que sí —respondió Andrew, frenando en un semáforo.

—¿Tu madre lo sabe? —La voz de Gary era exasperada y alegre al mismo tiempo.

Andrew lo miró.

—¿Lo de él y Stephanie? No. Explotaría.

Gary suspiró con impaciencia.

—¿Cuándo vais a enfrentaros a tu madre? Cielos, Andrew, han pasado diez años. Colin tiene edad suficiente para sobrellevarlo, y lo más importante, vosotros ya no sois dos niños.

—Lo sé, lo sé, es solo... —La voz de Andrew se apagó. Gary conocía las razones por las que Stephanie y él estaban juntos.

—¿Sí? —Parecía que aquella noche no era la noche para que Gary se rindiera.

Andrew respiró hondo.

—¿Qué haríamos respecto al dinero? No puedo mantener dos casas y ella tampoco.

—Te he dicho siempre que puedes vivir conmigo —señaló Gary.

—Pero Colin... —soltó Andrew, recurriendo a la siguiente gastada excusa.

—En algún momento no muy lejano, Drew, tendrás que enfrentarte a la realidad. Eres un hombre gay atrapado en un matrimonio. O afrontas el hecho de ser gay o permaneces atrapado, pero tarde o temprano tendrás que elegir. Antes de que la decisión sea tomada por ti. —El tono de Gary era brusco pero se convirtió en uno amable.

A Andrew le preocupaba eso. Seguramente Gary no iba a hacer algo estúpido como declararlo gay ante todos los vecinos, ¿o sí?

—¿Qué significa eso?

—Significa que darle una mamada a ese tipo frente a tu vecino de al lado, un vecino con problemas, fue estúpido, ¿y qué pasa con vosotros? Apenas os conocéis y los dos estáis actuando como si tuvierais cinco años —espetó Gary.

—No lo hago. —Andrew pudo sentir que hacía un puchero. Tal vez Gary tenía razón.

—¡Ves! Cristo, cualquiera pensaría que andas loco por ese idiota. No lo estás, ¿verdad? —Gary no parecía dispuesto a dejar el tema.

—¡No! —Andrew sabía que había perdido la discusión, pero no iba a admitir ninguna atracción.

—No eres muy convincente, Droopy. —Gary se acomodó en su asiento.

Andrew negó con la cabeza mientras volvía toda su atención al tráfico.

—No me llames así.

Víspera de Año Nuevo, aproximadamente las 9 p.m.

LOS PETERSON y su invitado, Gabe, dejaron su casa para hacer el corto trayecto hasta la número doce, donde se realizaba la fiesta. Nathan estaba caminando lentamente con muletas. A pesar de las protestas de Alex, estaba decidido a ir a la fiesta de Año Nuevo. Se lo debía a Andrew. Stephanie le había asegurado que podría encontrar un rincón tranquilo para sentarse durante la noche. Nathan tragó saliva cuando accidentalmente puso algo de peso sobre su tobillo.

Iba a ser una larga noche.

Andrew vio a Nathan apoyarse cansadamente contra la pared. Estaba sentado en un taburete, lo cual indicaba que el esfuerzo de sentarse y levantarse del sofá era demasiado. Los Peterson habían llegado hacía un par

de horas, y ahora la fiesta estaba en pleno apogeo, todos estaban disfrutando de la comida y bebida proporcionadas por Andrew y Stephanie. Todos excepto él. Había líneas de dolor alrededor de sus ojos y su boca, y hacía una mueca cada vez que se movía.

Se dio cuenta de que Andrew lo observaba e hizo un claro esfuerzo por sonreír. Andrew se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Quieres ir a casa?

Nathan vaciló, no quería parecer grosero, pero entonces asintió.

—Sí. La pierna me duele un carajo. Aunque no quiero arrastrar a Alex conmigo. No sale muy a menudo. No estoy seguro en dónde están mis padres en este momento. Estuvieron hablando acerca de ir con Jim para tener un rato de tranquilidad antes de la medianoche.

—Irás a buscarlos. ¿Está bien si te acompaño a casa? —Andrew dudó en preguntar. Por el asentimiento de cabeza, apretó suavemente el hombro de Nathan y fue a buscar a Alex.

Ella estaba en la cocina hablando con Stephanie y Joe. A diferencia de su marido, estaba disfrutando de la fiesta. Desde que el bebé había nacido, rara vez tenía la oportunidad de pasarlo bien. Ahora estaba aprovechando la salida, gracias al ofrecimiento de Teresa de cuidar al niño y a las generosas bebidas de Stephanie. Andrew sonrió mientras Alex se reía de algo que Stephanie estaba diciendo. Se balanceaba suavemente, haciéndolo deducir que llevaba camino de acabar completamente ebria.

Alex levantó la vista mientras él se acercaba.

—Hola cariño, esta es una gran fiesta. —Sí, estaba borracha.

—Nathan necesita ir a casa. Pero quiere que te quedes, así que yo lo acompañaré. —Andrew correspondió a su sonrisa.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Joe—. Nathan es un tipo grande. Andrew negó con la cabeza.

—No hace falta. Creó que se lo pediré a Gabe. Por cierto, ¿dónde está? Se sorprendió cuando los tres parecieron ligeramente avergonzados.

—Eh... Gabe y Gary, ellos, eh... —tartamudeó Stephanie.

—Se están besando en tu cuarto. —Alex rio, un tanto fuerte. Se rio de nuevo e hipó mientras agarraba su bebida.

Habría sido cómico si alguien hubiera visto a Andrew, Stephanie y Joe, mirar simultáneamente alrededor examinado si había alguna persona que pudiera estar escuchando. Afortunadamente, ninguno de los vecinos ni sus padres estaban en la cocina. Allison encabezaba una charla en la sala, y los mayores habían desaparecido con Jim para escapar un rato del ruido.

—Supongo que no tengo cama para esta noche —suspiró Andrew.

—Está bien, cariño. Toma la cama de Gabe. No va a estar en casa —señaló Alex.

Andrew asintió.

—Muchas gracias Alex. Creó que haré eso. —Miró al amante de su esposa—. Si necesito que me ayudes, te llamaré a gritos. Depende de cómo esté Nathan.

—No te preocupes.

Andrew volvió a entrar en la sala. Allison estaba en un acalorado debate con Michael y su esposa sobre el estado de la economía. Nathan estaba tratando de escuchar, pero sus ojos se cerraban más de lo que permanecían abiertos.

—Vamos, grandulón. Vayamos a tu casa. —Andrew habló en voz baja.

Nathan forzó sus ojos para que se abrieran.

—¿Y Alex?

—Está bien. Ebria, pero bien. —Andrew trató de maniobrar alrededor de Nathan sin darle en el pie.

Nathan sonrió y resopló ligeramente.

—No tiene muchas libertades últimamente.

—Lo sé. Ahora vamos a levantarte. —Andrew esperó a que Nathan hiciera el primer intento, después deslizó sus brazos por debajo de los de él y los colocó alrededor de su espalda mientras este se levantaba del taburete.

—Mierda. —El exabrupto salió cuando Nathan intentó ponerse erguido, apoyándose en gran medida en Andrew. Después de un minuto o

dos, consiguió equilibrarse.

Andrew lo soltó un poco y lo contempló. Gotas de sudor habían surgido sobre la frente y el labio superior de Nathan, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Te tengo —dijo Andrew con dulzura, apretando su agarre en los brazos de Nathan—. No voy a soltarte. —Sin pensar en ello, extendió una mano y le acarició el rostro.

Por un breve momento Nathan se inclinó hacia el contacto, pero entonces se dieron cuenta de lo que estaban haciendo.

Andrew dejó caer su mano, pero no lo soltó. Se inclinó para recoger las muletas, que estaban escondidas detrás del taburete, y se las entregó. Esperó hasta que estuviera listo, y a continuación situó una mano en la parte baja de su espalda, acompañándolo hasta la puerta. Nathan se apoyó pesadamente en las muletas mientras se abría paso lenta y dolorosamente.

—¡Mierda! Nunca pensé que un esguince dolería tanto —jadeó.

Andrew le frotó la espalda.

—Lamento que cayeras sobre mí de esa manera, Nate.

—Yo también —coincidió Nathan—. Pero no fue tu culpa. ¿Dónde está mi bebé?

—Daniel está con tu madre y la mía, en casa de Allison. Pensaron que allí estaría más tranquilo que aquí —explicó Andrew.

Nathan se detuvo de repente. Andrew vio el color desvanecerse de su cara.

—¿Vas a vomitar? —quiso saber Andrew.

—No. Sí. Quizás. No aquí. —Nathan respiró profundamente y recuperó un poco el color—. Sácame de aquí, por favor, antes de que haga el ridículo —suplicó.

Allison dejó de hablar durante un momento para dar un beso de despedida a Nathan, y los demás le desearon feliz Año Nuevo. Andrew notó la mirada especulativa de ella mientras abandonaban la sala.

Se detuvieron en el vestíbulo para conseguir el abrigo de Nathan. Para entonces, Nathan a duras penas mantenía la calma, así que no se quejó cuando Andrew le ayudó a colocárselo.

Alex salió a darle un abrazo, seguida por Stephanie y Joe. Lo rodeó con sus brazos y atrajo su cara para darle un beso. El movimiento obviamente le dolió, y para Andrew fue difícil no gruñir a Alex por hacer daño a su marido. Nathan se separó, sonriendo a su esposa.

—Diviértete, Lexi. Tómate un trago de Año Nuevo por mí. No tengas prisa en volver.

Ella osciló suavemente, pero Andrew pudo ver la preocupación en sus ojos mientras acariciaba el rostro de su esposo. El gesto fue casi idéntico al que Andrew había hecho unos minutos antes, y el mismo pensamiento debió haber pasado por la mente de Nathan, porque sus ojos miraron brevemente hacia Andrew.

—No te preocupes por Daniel. Tu madre lo tendrá en su habitación durante la noche —le dijo Alex, con gentileza en sus ojos.

Nathan asintió. Colin salió de la habitación de los niños para darle un abrazo a su padre antes de irse. Tanto Nathan como Andrew dieron un suspiro de alivio al dejar el ruido detrás.

—Al fin —dijo Andrew por los dos, mientras caminaban.

Nathan suspiró ruidosamente.

—Solía amar las fiestas. Ahora solo quiero regresar para abrazar a Daniel o pasear a los perros. Incluso para vencerte en el baloncesto.

Andrew resopló mientras procesaba ese comentario.

—¿Debería considerarme afortunado porque me prefieres a mí, antes que a las fiestas?

—Ah, bueno, si te refieres a las fiestas de Allison, tal vez voy a tener que pensarlo de nuevo. —Nathan fingió pensarlo.

—¡Imbécil!

—¡Ya quisieras!

Se sonrieron el uno al otro alegremente, pero entonces Nathan tropezó y movió bruscamente su pierna mala.

—¡Rayos!

Andrew estuvo a su lado al instante, pasando un brazo alrededor de él para darle algo en que apoyarse. Las lágrimas contenidas anteriormente se derramaron sobre sus mejillas cuando el dolor se hizo demasiado abrumador.

—Oye, cuidado. —Andrew no sabía si debía fingir o no que había visto las lágrimas. Al final, sacó un pañuelo y las limpió. Mientras, sostenía el papel contra la nariz de Nathan dijo—: Sopla.

Obedientemente, Nathan se sonó, y se atragantó un poco mientras se reía y trataba de reprimir un sollozo al mismo tiempo. Se recuperó lo suficiente para murmurar «Gracias», y siguieron avanzando hacia la casa de Nathan.

Tres perros muy emocionados los saludaron a su llegada. Andrew decidió que lo más fácil era encerrarlos en la cocina con la comida como soborno. Y aunque Nathan se quejó por consentirlos, no detuvo el plan de Andrew. Una vez que Andrew tuvo encerrados a los perros y a Nathan dentro de la casa, miró las escaleras.

—No creo que puedas subirlas —comentó mientras lo ayudaba a quitarse el abrigo.

—Dormiré en el sofá cama del estudio —acordó Nathan con cansancio.

Andrew revisó el estudio. La cama estaba preparada, y ya había una camiseta y unos pantalones de pijama en el edredón.

Nathan se desplazó con las muletas hacia la cama y se sentó en ella con alivio.

—Te dejaré para que te cambies. ¿Quieres algo de beber? —ofreció Andrew, sintiéndose un poco incómodo.

—Eh, solo un poco de agua, gracias. Necesito tomar mis medicinas. —Nathan empezó a quitarse la camisa.

Apresuradamente, Andrew salió de la habitación, pero no antes de que alcanzara a apreciar la piel desnuda y un destello de un pezón oscuro. Se dio la vuelta antes de que su rostro pudiera traicionarlo.

Cuando regresó, Nathan no parecía haber progresado mucho. Su camisa estaba desabrochada, pero eso era todo. Con los hombros encorvados, permanecía sentado en el sofá cama, con un aspecto terriblemente abatido. Levantó la cabeza cuando Andrew entró.

—Creo que no me cambiaré. Es un trabajo demasiado duro.

—¿Te duele mucho? —preguntó Andrew.

Nathan asintió; las líneas alrededor de su boca estaban más pronunciadas.

—Ten, tómame las pastillas. —Andrew se las ofreció con un vaso de agua, y se dio cuenta de que la mano de Nathan temblaba ligeramente cuando ingirió obedientemente la medicina. Esperó unos minutos, luego retiró el vaso de la mano de Nathan—. Vamos, te ayudaré a cambiarte. Te sentirás mejor.

Nathan no discutió, así que Andrew deslizó la camisa por sus hombros, observando el movimiento de los músculos bajo la piel bronceada. Se moría de ganas por fotografiarlo, pero no pensaba que fuera a apreciar la oferta de una sesión al desnudo.

Cuando Nathan estuvo libre de su camisa, Andrew dijo:

—Acuéstate sobre tu espalda y podremos quitar los pantalones. —Andrew se sonrojó cuando la mirada de Nathan se cruzó con la suya—. Quiero decir... —tartamudeó.

—Lo sé —murmuró Nathan, mientras se desabrochaba el cinturón.

Con cuidado, Andrew deslizó los pantalones desabrochados por las piernas largas de Nathan, poniendo todo su empeño en no golpearle el tobillo. Nathan no dijo nada, pero sus ojos estaban completamente cerrados, y Andrew pudo ver que sus manos se cerraban de vez en cuando. Hizo todo lo posible para ignorar lo que estaba cubierto por los ajustados bóxers negros.

—¿Quieres dejar la ropa cómoda donde está?

—Sí. —Nathan se sentó, con la respiración ligeramente entrecortada —. Necesito orinar.

—Debiste haber ido antes —lo regañó Andrew gentilmente.

Nathan sonrió débilmente.

—Antes no tenía ganas, papá.

Andrew frunció el ceño.

—¿Quieres que vaya a por, eh, una botella o algo así?

—¡Por supuesto que no!—Nathan se arrastró al borde del sofá cama y se puso de pie; el brazo de Andrew lo rodeó mientras conseguía equilibrarse —. Creo que los medicamentos para el dolor deben estar haciéndome efecto —murmuró.

—Vamos. Antes de que te caigas y te rompas el otro tobillo —instó Andrew, entregándole las muletas.

Andrew guió a Nathan en la ida y el regreso del baño, un proceso que pareció más lento ya que el medicamento comenzaba a funcionar.

En el momento en que llegaron de nuevo a la cama, Nathan estaba sudando y se había puesto muy pálido. Andrew agarró un cubo de basura y lo colocó prudentemente a su alcance.

Nathan cayó en la cama con un suspiro de alivio y se tumbó cerrando los ojos. Andrew lo arropó; después revisó que estuvieran a su alcance los medicamentos, el cubo de basura y, a pesar de las protestas de Nathan, una botella.

—No soy un maldito inválido —se quejó Nathan.

—Sí, lo eres. ¡Cállate! —le dijo Andrew con firmeza, e hizo un sonido de desaprobación cuando Nathan le sacó la lengua—. ¿Qué, no te educó bien tu madre?

—Si ella no está aquí para verlo, entonces no importa cómo me comporte. ¿Por qué? ¿Vas a decírselo? —bromeó Nathan, abriendo un ojo.

—No soy un soplón —le informó Andrew bruscamente—. Ahora cállate y duérmete.

—Sí, Drew.

Andrew vio las líneas de dolor suavizarse mientras el malestar disminuía. Le susurró las buenas noches y se volvió para irse. Echó un vistazo a su reloj y vio que faltaban veinte minutos para las doce. Si se daba prisa, podía unirse a tiempo a la fiesta para celebrar el Año Nuevo. Trató de ignorar la voz en su cabeza que le tentaba a recostarse al lado de Nathan.

—¿Drew? —La voz de Nathan era apenas un susurro.

—¿Sí? —Andrew miró por encima de su hombro. Nathan lo miraba somnoliento.

—Quiero hablar contigo. Necesito hablar contigo. —Los medicamentos hicieron que Nathan arrastrara un poco las palabras.

Andrew sacudió la cabeza.

—Eso puede esperar, Nate, hasta que te sientas mejor.

—Ahora. Siéntate aquí. —Nathan dio unas palmaditas en el lugar junto a él en la cama.

«Jesucristo, ¿estaba toda esta noche diseñada como una especie de castigo? “No debes desear al guapísimo vecino. Solo voy a tentarte con su cuerpo y hacer que formes un charco con tu propia saliva en cada oportunidad”». Andrew se mordió el labio. «Sé un hombre, Matthews. Puedes hacer esto».

—¡Siéntate! —Nathan sonó como si le estuviera hablando a uno de los perros.

Andrew se sentó.

—Ten. —Nathan le pasó una almohada. «¿Qué he hecho yo para merecer esta tortura, Señor?»—. Ponte cómodo.

Andrew se apoyó contra la cabecera de la cama, asegurándose de no golpear la pierna de Nathan. El otro hombre estaba acostado con los ojos cerrados, pero Andrew sabía que no estaba dormido porque tenía el ceño ligeramente fruncido.

—Tengo una hermana. Su nombre es Amy. Es cuatro años menor que yo.

Andrew se sobresaltó y abrió los ojos. Había esperado tanto tiempo a que Nathan hablara, que debió haberse quedarse dormido. Lo miró con culpabilidad, pero el otro hombre todavía tenía sus ojos cerrados y no parecía haberse dado cuenta del lapsus de Andrew.

—No sabía eso —dijo apresuradamente—. Me has hablado de Bob, pero no de Amy. ¿Ella no ha querido venir para Año Nuevo?

—No sé dónde está. Desapareció hace un par de años. —La tristeza en la voz de Nathan era desgarradora.

Andrew tragó saliva con fuerza; sabía que no quería escuchar la historia que seguiría.

—Lo siento, Nate. Eso debe ser difícil para tu familia.

—Sí, lo es. Lo peor es por qué desapareció. —El tono de Nathan era más duro ahora.

—No tienes que hablar de eso, si no quieres hacerlo —le aseguró Andrew.

Nathan sacudió la cabeza, despacio y cuidadosamente.

—Yo creo que sí, Drew. Tienes que escuchar si vamos a aclarar esto.

Matthews respiró profundamente.

—Está bien. Entonces, ¿qué sucedió?

—Amy tenía catorce años, y era alta, muy alta. Muy bonita también. Acababa de irme a la universidad, Bob estudiaba en la facultad de Medicina. Solo estaban Amy y mis padres. Supongo que tal vez estaba un poco aburrida. Entonces alguien le dijo que sería lo suficientemente buena para ser modelo y eso fue emocionante para ella. Así que no se lo dijo a nadie, pero fue y se tomó algunas fotos. —Nathan se detuvo para respirar profundamente.

—Nathan... —Andrew comprendió súbitamente a dónde podía ir a parar aquello.

La voz de Nathan se llenó de angustia.

—Pero el fotógrafo no era, no lo hizo..., no era como tú.

Andrew frotó el brazo de Nathan con dulzura.

—Está bien. Ya lo entiendo.

—Le dijo que nunca triunfaría a menos que se desnudara, por lo que ella lo hizo. Entonces... —Nathan se calló—. No se lo dijo a nadie, ni siquiera a sus amigos. Nos enteramos cuando uno de sus supuestos amigos comenzó a mostrar la revista pornográfica en la escuela.

—Así que cuando viste la revista... —Andrew sabía que tenía que escuchar el resto de la historia.

Nathan habló con enojo.

—Sí. Pero eso no fue lo peor. Ella, uh, comenzó a trabajar en clubes. Mintió acerca de su edad.

—¿Como una camarera?

—No. —La voz de Nathan era sombría.

—Oh, diablos, Nate. ¿Por qué lo hizo? —Andrew se frotó los ojos con la mano, sintiéndose más viejo que su edad.

—Obtuvo dinero. Necesitaba dinero. Lo suficiente para alimentar su hábito. Mi hermana era drogadicta. El fotógrafo... se convirtió en su novio. La enganchó a la heroína.

Andrew no sabía qué decir.

Nathan abrió los ojos y lo miró directamente.

—La última vez que la vi, estaba chupándosela a un tipo en un cubículo del baño. Yo había ido a buscarla.

—Diablos. No es de extrañar que me odieras.

Los ojos de Nathan parpadearon hasta cerrarse.

—No te odiaba. Simplemente no lo pude manejar. Tan pronto eras un hombre casado, como que... Lo siento, fui un imbécil. Todos no dejaban de decirme que eras un tipo decente.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes, pero ahora lo entiendo. —Andrew no pudo resistir pasar la mano por el edredón, sobre el brazo de Nathan.

De repente se oyeron tenues aclamaciones provenientes del exterior.

Nathan se acurrucó en el cobertor.

—Ahora me dormiré —murmuró—. Feliz Año Nuevo, Drew.

Andrew le sonrió afectuosamente.

—Feliz Año Nuevo, Nathan. Que duermas bien. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, después se levantó de la cama.

Acababa de llegar a la puerta, cuando Nathan volvió a hablar.

—Verte con ese hombre. Lo odié. —La voz de Nathan era adormilada ahora.

—Lo sé, Nate. Lo siento mucho —suspiró Andrew. Miró a Nathan. Solo podía ver su cabello sobresaliendo del edredón.

—Deseaba haber sido yo. Me odie a mí mismo. Y te odie a ti.

Andrew hizo una pausa antes de responder.

—Yo también —dijo en voz muy baja.

No hubo respuesta, salvo un pequeño suspiro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

—¡DATE PRISA, papá! ¿Qué estás haciendo ahí? El señor P ya empacó y está listo desde hace horas —gritó Colin desde la parte superior de las escaleras del sótano, a donde había llegado corriendo.

Se oyó a Andrew maldecir fuertemente como respuesta.

—El señor P nos castiga cuando maldecimos —le informó Colin, dándose importancia.

—Al perfecto señor P le van a cortar los testículos si tengo que escuchar esto todo el fin de semana.

—¡He oído eso! —gritó el perfecto señor P desde lo alto de las escaleras, sonriendo a Colin.

—¡Mierda!

Nathan rio disimuladamente cuando oyó a Andrew maldecir de nuevo, dándose cuenta de que inadvertidamente había hablado en voz alta.

—Mmmm... Colin, tenemos que pensar en un castigo por cada vez que tu padre diga una palabrota este fin de semana. ¿Cuál debería ser?

—¡Genial! Eh, ¿podríamos obligarlo a cocinar? —Las ideas de castigo de Colin carecían un poco de imaginación.

—¿Alguna vez has probado la comida de Nate? —dijo Andrew mientras subía las escaleras—. Por supuesto que voy a cocinar.

—Eso es verdad, Colin. Puedo ser un maestro increíble, pero mis habilidades son tristemente deficientes en el departamento culinario. —Nathan puso una mano sobre su corazón, fingiendo sinceridad.

Ante la expresión de incompreensión de Colin, Andrew dijo:

—Eso significa que no puede cocinar. —Suspiró teatralmente—. ¿Qué es lo que tu profesor te enseña, si no entiendes estas cosas?

Colin sabía la respuesta a esa pregunta.

—Esta semana hicimos estallar el aula y tuvo que llamar a los bomberos.

Nathan gimió. Andrew se volvió hacia él, con una ceja levantada.

—¿Debería preguntar?

—Mejor no. Un pequeño experimento que se fue de las manos. En este momento, no soy muy popular con el director, el señor Skinner.

—¡No me extraña! —Andrew sonrió al pensar en la reacción del director.

Stephanie salió de la cocina sosteniendo una gran taza de café. Los ojos de Andrew se iluminaron.

—¿Es para mí? —preguntó.

Ella sonrió mientras él extendía sus manos codiciosamente hacia la taza.

—No lo era, pero si de esa manera sales más rápido de casa, adelante —dijo, entregándosela con un resignado gesto de exasperación.

Nathan miró mientras Andrew se bebía el café.

—Realmente deberías pensar en reducir la cafeína —opinó—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó cuando Andrew masculló en su taza—. Espero que no hayas maldecido otra vez.

Andrew le mostró su dedo medio mientras bajaba las escaleras. Salió unos minutos más tarde con una enorme mochila y varias bolsas.

—Solo vamos a estar ahí una noche, Drew. No necesitas un esmoquin para el bosque. A las ardillas no les importará —indicó Nathan.

—¡Ja, ja! —dijo Andrew con amargura—. Son bolsas de la cámara. No me arrastrarás al infierno sin alguna forma de entretenimiento.

Nathan le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Cualquiera diría que no estás deseando este viaje.

—¿Tú crees? —Andrew soltó su equipaje en el suelo con un suspiro agradecido—. ¿No habría sido posible ir a un lugar con una cama y almohadas?

—¡Gallina!

—Lo soy.

Nathan le hizo un guiño a Colin.

—Tu padre tiene que salir más al campo. Experimentar de primera mano la naturaleza.

—La última vez que lo hice, un estúpido idiota chocó conmigo y me aplastó —le recordó Andrew.

—Sí, bueno, cuanto menos se hable de eso, mejor —murmuró Nathan. Agarró algunas de las maletas para ponerlas en su camioneta—. ¿Listo para irnos?

—No. —Andrew apretó su taza con café.

—Bien. Vamos, Colin. ¿Dónde está tu amigo? —Nathan sonrió ampliamente.

Colin iba a llevar a su mejor amigo, Bobby, con él. Andrew y Nathan, como padre y maestro, pensaron que era una muy mala idea. Bobby era... muy animado. En realidad, Nathan tenía un montón de otras palabras para describir a Bobby, pero «animado» era la única que usaría frente a Colin. Desafortunadamente, Colin era terco y Bobby era su mejor amigo, así que no hubo negociación e invitaron a Bobby.

Cuando Andrew le preguntó a regañadientes a la madre de Bobby si su hijo podía ir a una acampada, pudo escuchar los gritos de alegría mientras se alejaba. Andrew le dijo a Stephanie que, para ser exactos, ella se había atragantado con su café, e inmediatamente había hecho reservas en el hotel de lujo más cercano para pasar el fin de semana. Por tanto, no había marcha atrás.

—Recogeremos a Bobby en su casa —informó Andrew a Nathan cuando el equipaje estuvo en la camioneta—. Espero que estés listo para esto.

—¿Para Bobby? No estoy seguro de si alguna vez estaré listo para él. Es como preguntar si estás listo para un terremoto. Es mejor decir preparado. —Nathan tenía un aspecto claramente travieso en su rostro.

Andrew tuvo otro mal presentimiento sobre aquel viaje.

—Eh, ah... ¿Debería preocuparme? —Los planes de Nathan siempre parecían implicar explotar cosas.

Nathan le dio una palmada en la espalda.

—No. Vas a estar bien. En cuanto a Bobby..., hay que esperar y ver.

—¿Estás seguro de que tengo que ir a este viaje?

—¡Sube!

Andrew subió.

—HOLA COLIN. Hola señor P, Andrew. Hazme sitio, Colin. ¿Dónde está tu consola DS? ¿Tienes algo para comer? No me gustan esos. ¿Tienes Cheetos? ¿Vamos a ir a McDonald's? No me gustan los *nuggets*. ¿Vamos a tardar mucho en llegar allí? Mi mamá dice que te diga que necesito ir al baño cada hora. ¿Vamos a dispararle a algo? ¿Ya estamos cerca? Adiós, ma.

Y esa fue la introducción de Bobby para la acampada.

Dos horas y Nathan estaba listo para matar al pequeño mocoso. Sin duda, sería homicidio justificado por su comportamiento irrazonable. ¿Cuántas veces un niño tenía que preguntar «¿Ya llegamos?», antes de que entendiera que no?

Miró a Andrew, quien parecía bastante relajado. ¡Cabrón! Tan pronto comenzaron el viaje, se había puesto sus auriculares y se olvidó del mundo gracias a algo con un ritmo realmente irritante. Lo peor era el sinsentido que tarareaba y los golpecitos que se daba en la pierna. Oh, sí, los golpes en la pierna en verdad lo molestaban. No le extrañaría que Andrew empezara a tocar una guitarra invisible de repente.

Y sí, acababa de empezar a hacerlo.

¡Cabrón!

Llegar al campamento hizo mucho para recuperar parte de su jovialidad. Los chicos salieron disparados del auto en cuanto este se detuvo; reían y exploraban los alrededores, mirando en todos los rincones. Entonces Nathan les impuso la tarea de encontrar el mejor lugar para montar las tiendas de campaña.

En algún momento, Andrew se había quedado dormido, y no despertó incluso después de haber llegado. Estaba echado contra la puerta, con la boca abierta y resoplando levemente mientras dormía.

Nathan miró a su amigo con cariño. Podría dejarlo dormir un rato o podría despertarlo e involucrarlo en la diversión. Realmente no había punto de comparación. Hizo lo que cualquier amigo haría en esas circunstancias.

Abrió la puerta del copiloto y observó a Andrew desplomarse sobre el duro suelo.

—Buenos días, dormilón. Despiértate, ya amaneció —exclamó en voz alta.

—Mierda. —Los ojos de Andrew se abrieron al golpear el suelo, sus brazos se agitaron inútilmente. Alzó la vista y vio a Nathan de pie a su lado, riéndose de él sin arrepentimiento—. ¡Tú, hijo de puta!

—¡Sí! Me la debías, Matthews, por cada vez que he tenido que escuchar «¿Ya llegamos?» —señaló Nathan, con una sonrisa maliciosa.

Aún boca abajo en el suelo, Andrew le sonrió a su amigo. Trató de poner una expresión inocente, pero falló por mucho.

—Lo siento, amigo, no lo oí. Estaba durmiendo.

Nathan se inclinó y tiró de Andrew hasta dejarlo en pie.

—En el trayecto de regreso, yo usare el iPod.

—No, si yo lo agarro primero.

—Papá, señor P. Vengan. ¡Lo hemos encontrado! Es perfecto. —Colin corrió hacia ellos, Bobby venía pisándole los talones.

Andrew revolvió el cabello de su hijo, riendo mientras Colin se liberaba y le tiraba de la mano, rogándole que fuera a ver.

—Está bien, vayamos a ver ese lugar. Nathan es el líder, él puede decidir.

Los dos hombres se sonrieron mutuamente por encima de las cabezas de los niños, y se dejaron arrastrar para inspeccionar el posible sitio para montar las tiendas.

Tras mostrarse satisfecho con el lugar, Nathan puso a todos a trabajar para instalar las tiendas de campaña y organizar el sitio. Había pocos campistas en aquel momento, así que ocuparon mucho espacio. Los chicos compartirían una tienda de campaña y los hombres otra.

La idea de estar tan cerca de Andrew le provocó algunos momentos de incomodidad a Nathan, pero se dijo a sí mismo que estaba siendo un estúpido. Ambos estaban en un estrecho contacto todo el tiempo. Tal vez era porque la tienda era un espacio muy reducido, demasiado personal, y él todavía tenía fuertes emociones por la imagen de Andrew dándole una mamada a aquel tipo en la discoteca.

Mientras tanto, Andrew se quejaba de que no había bebido suficiente café por la mañana, y decía que cómo esperaban que funcionara, y mucho menos que fuera feliz, si no conseguía más cafeína. Colin le informó a Nathan de que su padre se pondría más quejumbroso si no era complacido pronto. Alzando las manos en desesperación por no poder terminar rápido, Nathan mandó a los niños en una misión para buscar troncos y palos para el fuego. Había hoyos excavados en el campamento para permitir el uso seguro de fogatas.

—Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que Bobby haga algo estúpido —dijo Andrew, mientras martillaba las estacas en el suelo.

—Me sorprenderá si tarda mucho en hacerlo —coincidió Nathan—. Todavía tengo pesadillas sobre el paseo por el zoológico.

Se refería a una excursión escolar que terminó abruptamente cuando Bobby decidió que quería compartir su almuerzo con los leones. Nathan aún despertaba con sudores fríos al pensar en lo rápido que su incipiente carrera como profesor podría haber terminado si Bobby hubiera logrado terminar su ascenso por encima de la valla. Le agradecía a Dios que,

además de ser alto, tuviera largos brazos que le permitieron capturar al niño para bajarlo.

Estaban clavando la última estaca, cuando Colin regresó corriendo a las tiendas de campaña, sin Bobby. Los hombres se miraron el uno al otro con resignación.

—¡Papá! Bobby se ha caído en el arroyo. Está agarrado a una rama y se va a ahogar. —Colin parecía más entusiasmado que preocupado.

Andrew miró su reloj.

—Ha tardado una hora completa. Eso tiene que ser una especie de récord.

Nathan se levantó, estirando los músculos de su espalda. No estaba muy preocupado. En comparación a los leones, un poco de agua era un juego de niños.

Sacaron a Bobby del arroyo, chorreando agua y muy apenado. Andrew le dio una toalla y Nathan, su mejor sermón como maestro. Bobby asintió arrepentido y accedió a ser un poco más cuidadoso.

Y lo fue, por lo menos durante un par de horas, hasta que asaron malvaviscos y tomaron chocolate caliente.

Nathan cuidaba a los dos niños, quienes reían mientras empujaban sus esponjosas golosinas en las llamas. Incluso a la luz del fuego, podía ver las manchas de tierra que cubrían la cara de Colin. A pesar del frío, estaba vestido con una fina camiseta y un *short*. Bobby estaba más limpio, pero solo ligeramente; tenía el pelo desaliñado colgando lánguidamente alrededor de sus orejas mientras se inclinaba hacia adelante, empujando más el palo.

—Bobby, ten cuidado. Te vas a... —dijo Nathan, al darse cuenta de lo que Bobby hacía—... ¡quemar!

Bobby comenzó a chillar cuando una chispa prendió las puntas de su cabello. Andrew le echó su sudadera sobre la cabeza, evitando rápidamente otro desastre. Hizo un gesto de exasperación a Nathan al tiempo que sentaba a Bobby, entregándole una varilla nueva; la otra había sido arrojada a la fogata en medio del pánico.

—Pensaba que estabas preparado para esto —dijo Andrew, recordándole su conversación anterior.

—Recuérdame nunca decir eso de nuevo. —Nathan se estremeció—. Nada podría prepararme para esto.

Vio como Andrew inspeccionaba su sudadera buscando marcas de quemaduras. El cabello de Andrew estaba más largo que cuando se conocieron y se rizaba alrededor de sus orejas; las puntas atrapaban la luz del fuego. Sus lentes se habían deslizado por la nariz, así que distraídamente, Andrew se los acomodó con un dedo. El gesto dejó una pequeña mancha de ceniza en su nariz.

Andrew levantó la mirada, captando la de Nathan. Avergonzado por haber sido descubierto admirándolo tan abiertamente, este se sonrojó, pero Andrew solo le dirigió una tímida sonrisa. Nathan tragó saliva y después le devolvió la sonrisa.

Algo había cambiado en aquella fracción de segundo. Pero no estaba seguro de qué.

NATHAN SE despertó lentamente. Podía oír a los niños riéndose en su tienda de campaña y los sonidos de los pájaros dándole la bienvenida al nuevo día. La luz solar se filtraba tenuemente a través de la tienda mientras sonreía perezosamente para sí mismo.

Giró la cabeza para mirar a Andrew, todavía dormido. Sabía que iba a tener que recurrir a medidas drásticas para conseguir que se levantara. En casa, raramente lo hacía antes de las once, e incluso a esa hora era por obligación.

Andrew tenía el pelo despeinado y aspecto desaliñado. Estaba durmiendo boca abajo, con el rostro aplastado en la cama de aire y babeando ligeramente. Nathan sonrió, considerando tomarle una foto furtivamente para un chantaje futuro. Mientras lo miraba, Andrew se movió; su saco de dormir quedó atorado alrededor de sus piernas, dejando su espalda y trasero al descubierto.

Al igual que él, Andrew se había metido en el saco de dormir con una vieja camiseta y un pantalón deportivo. La camiseta se había arrugado en torno a su pecho, y los pantalones, flojos después de muchos lavados, reposaban debajo de sus caderas.

Nathan se dio cuenta de que había mucho más para ver de Andrew de lo que normalmente exponía. Sintiendo un poco culpable por contemplarlo tan descaradamente, pero incapaz de resistir la tentación, se puso tranquilamente de lado y estudió a su amigo sin ser visto.

Por primera vez se dio cuenta de que las pecas de Andrew no estaban solo sobre su rostro. Estudió el patrón de estas, las cuales se extendían sobre la espalda, el pliegue de su trasero, y se deslizaban por debajo de la cintura del pantalón. Su piel era pálida en comparación con la de Nathan, lo que demostraba la cantidad de tiempo que pasaba encerrado en su cuarto oscuro y no afuera. Se preguntaba si se quemaría fácilmente con el sol. Había algunas líneas blancas que desaparecían debajo de la cinturilla. Mirando un poco más cerca, notó que eran como delgadas marcas. Pensó en qué era lo que habría causado que se formaran cicatrices.

Luego desvió su atención hacia la parte superior, mirando el fino vello que cubría los brazos de Andrew. Para un hombre que pensaba que el ejercicio era una pérdida de tiempo de buen dormir, sus brazos estaban bien ejercitados. Por supuesto, el equipo de la cámara pesaba una maldita tonelada, así que probablemente eso ayudaba. Sus largos dedos estaban levemente curvados, lo que llevó a sus pensamientos a divagar en cómo se sentirían alrededor del pene de un hombre, de su pene, y eso hizo que sus mejillas se calentaran.

Se tomó un tiempo para estudiar el rostro de Andrew; había pecas por doquier, incluyendo las orejas. Colin era igual. Dios, el hombre tenía unas largas y lindas pestañas. Nathan se mordió el labio. Aquello era como estudiar a una chica, excepto que no estaba seguro de haber pasado alguna vez tanto tiempo examinando a una novia.

Andrew bostezó, sorprendiendo a Nathan. Vio cómo el hombre se volvía sobre su espalda, con el ceño fruncido mientras sus piernas atoradas se lo obstaculizaron por un momento, hasta que se hundió de nuevo en un sueño profundo.

Su estómago estaba expuesto, la camiseta arrugada casi hasta sus pezones. Solo había un muy leve rastro de vello por debajo de su ombligo, dirigiéndose a... Oh, diablos. La boca de Nathan de repente se puso muy seca. La pretina del pantalón de Andrew se había bajado tanto que la punta de su pene se asomaba, y estaba duro, su erección matutina estaba allí para que él la viera. Dormido, Andrew se rascó el estómago, dejando a su pene más expuesto, rojo y goteando contra su vientre.

Nathan se dio la vuelta, con el rostro encendido por la vergüenza. Tenía que salir de allí antes de que hiciera algo realmente estúpido, como tocar. Se zafó de su saco de dormir, tratando de no despertar a Andrew.

La cremallera de la tienda se deslizó con facilidad y Nathan salió, aspirando con gratitud una bocanada profunda del fresco aire matutino. Trató de ser lo más silencioso posible para que los niños, que parecían estar jugando a algo que implicaba gritar mucho pero permanecer dentro de la tienda de campaña, no se dieran cuenta de que estaba despierto.

Se puso sus zapatillas de deporte y se alejó, necesitando desesperadamente aliviarse en todos los sentidos. No estaba seguro de qué era más urgente. Al final, se apoyó en un árbol, con la cabeza descansando en el brazo, y se masturbó tan rápido y silenciosamente como pudo. Un intenso orgasmo lo dejó jadeando contra el árbol y con imágenes indeseadas en la cabeza.

Después, volvió a las tiendas y encendió el fuego. Andrew finalmente salió, con el ceño fruncido, vistiendo una sudadera que le iba grande, la sudadera de Nathan, y exigiendo café. Nathan trató de actuar con la mayor normalidad posible; le dio café negro y dejó que se reincorporara a la raza humana a su propio ritmo.

Los chicos habían ido a alguna parte, y los dos hombres se sentaron en silencio alrededor del fuego, disfrutando de la paz.

Hasta que Bobby se quedó atascado en un árbol.

Bobby no tenía la intención de quedar atrapado en el árbol. Probablemente no tenía la intención de hacer un montón de cosas. Aunque eso no lo detenía.

«Mierda, es un árbol muy alto».

Nathan vio a Bobby aferrándose a una rama, a unos quince metros de altura. Estaba colgando precariamente sobre una ramificación delgada, negándose a moverse. Colin estaba al pie del árbol, mordiéndose el labio. La risa por la situación de su amigo se había convertido rápidamente en un par de lágrimas cuando se dio cuenta de que estaba genuinamente atrapado. En aquellos momentos estaba aferrándose a la mano de Andrew mientras los dos hombres discutían qué hacer. La sugerencia de Colin de cortar el árbol fue vetada rápidamente.

Se enfrentaban a la perspectiva de que uno de los dos debía subir para rescatar al niño. Andrew suspiró. No había nada que pensar. Él era más ligero y ágil que Nathan y, además, a este no le gustaban las alturas.

—¿Tienes la constitución del abominable hombre de las nieves y no te gustan las alturas? —Andrew miró a Nathan con incredulidad, mientras el maestro murmuraba sus razones para no subir al árbol.

Nathan pateó la tierra con la punta de su zapatilla deportiva.

—Siempre le he tenido miedo a las alturas. Me marean y debilitan. Lo siento, hombre.

—Está bien. Yo voy por él. —Andrew miró al niño petrificado en el árbol. Había dejado de llorar, pero estaba claramente aterrorizado—. Bobby, voy a subir.

Andrew soltó la mano de Colin y caminó alrededor del árbol, evaluando la mejor manera para treparlo. Después se quitó la sudadera de Nathan y comenzó a subir, dándole a este una excelente vista de su trasero. Nathan apartó los pensamientos que se originaban en su mente.

En un par de minutos, Andrew llegó a donde estaba Bobby. Nathan vio que Andrew se preparaba para ayudar al niño a bajar, persuadiéndolo y calmándolo para que se soltara de la rama. Andrew fue muy paciente con él, dándole palmaditas en la espalda cuando los nervios le pudieron.

Andrew esperaba mientras Bobby soltaba lentamente su férreo agarre, lo que le permitió maniobrarlo hasta la siguiente rama. Poco a poco, rama por rama, Andrew lo convenció para descender del árbol hasta que Nathan fue capaz de alcanzarlo y cargarlo. Por un segundo, el chico se asió a él, y a continuación se quedó de pie en el suelo, mirando hacia donde había estado.

—¡Ha sido genial! —Bobby bailó alrededor, apuntando hacia la copa del árbol—. ¡Tengo que hacerlo de nuevo!

—¡No! —Ambos hombres le gritaron simultáneamente; Andrew seguía sentado en el árbol.

—Tengo otros planes —dijo Nathan apresuradamente—. Vosotros dos id al campamento y os mostraré lo que haremos. ¡Id directos allá, sin distracciones!

Les miró con el ceño fruncido. Estaban claramente aterrorizados mientras se reían y decían:

—Por supuesto señor P. Lo que usted diga, señor. —Colin y Bobby salieron corriendo, jugando a atraparse el uno al otro, mientras desaparecían entre los arbustos.

—Se nota que de verdad te tienen miedo, profe. Te respetan mucho.

Nathan miró a Andrew, todavía sentado en una de las ramas más bajas.

—¿Vas a bajar pronto, o te quedarás ahí sentado inútilmente?

Andrew sacudió la cabeza.

—¿Para estar allí con Bobby? Creo que podría ser más seguro el permanecer aquí.

—Puede que tengas razón, pero de ninguna manera cuidaré a ese niño yo solo. —Nathan resopló de mal humor. Estaba claro que realmente no había estado preparado para cuidar de Bobby.

—Cobarde. —Andrew le sacó la lengua groseramente.

Cualquier otra cosa que Andrew fuera a decir, se perdió en un chillido decididamente impropio de un hombre, cuando Nathan tiró de sus piernas y lo derribó del árbol. Solo que, obviamente, no había tomado en cuenta el tamaño y peso del hombre.

Acabó estrellado contra el suelo con Andrew encima de él.

—¡Uf! —El aire salió completamente de sus pulmones—. ¡Rayos!

Nathan jadeó mientras trataba de convencer a sus pulmones de que funcionaran de nuevo. No era una tarea fácil, ya que había un peso muerto sobre su pecho. Abrió los ojos y descubrió a Andrew mirándolo con

preocupación. Estaba tan cerca que Nathan podía ver cada mota de color en sus ojos y sentir el olor a café que no había tenido tiempo de terminarse.

Andrew lo miraba como si estuviera paralizado. Nathan se percató de que le estaba mirando la boca. Se lamió los labios nerviosamente, y Andrew siguió el movimiento; su lengua, inconscientemente, imitó la acción de Nathan.

Sintió endurecerse, y los delgados pantalones hacían poco para ocultar su reacción a que Andrew estuviera encima de él, pero no era el único. Estaban recostados, por lo que sus penes se frotaban uno contra el otro, cada pequeño movimiento de sus cuerpos aumentaba la excitación de ambos.

—Ah, diablos, Nathan —susurró Andrew suavemente. Nathan lo sintió inclinarse hacia adelante, presionando sus cuerpos incluso más cerca—. Esto no es justo.

Andrew rozó sus labios con los de Nathan, después se apartó y se puso en pie. Miró al hombre, mordiéndose los labios, pero no dijo nada mientras se alejaba hacia el campamento.

Nathan se tumbó en el suelo, sintiéndose como si hubiera pasado un mal trago. Rayos. ¡Rayos!

CAPÍTULO 7

ANDREW ESTABA inquieto.

Mientras se aproximaban a la discoteca, la inquietud se volvió una insistente hambre, y necesitaba satisfacerla o iba a hacer algo estúpido.

Había estado intranquilo durante semanas; siendo completamente sincero, desde la acampada. Gary había tratado de calmarlo, pero nada funcionaba, y al final se hizo evidente que había una sola cosa por hacer. Gary fue y habló con Nathan.

La discoteca era nueva. Gary y Nathan lo habían sacado a rastras de su cuarto oscuro y lo habían llevado a la ciudad para pasar un fin de semana de chicos. Eso estaba bien, excepto que Gabe iba con ellos, y eso dejó bastante claro que Gary y Gabe quería pasar tiempo de calidad en los rincones oscuros, lo que significaba que no tenía ni siquiera a Gary para saciar su hambre. Era una noche; podía hacerlo, tal vez, si conseguía el permiso.

Andrew estaba inquieto.

Hicieron cola pacientemente para entrar en la discoteca; sin embargo, Andrew no podía quedarse quieto. Se balanceó de lado a lado hasta que Nathan estuvo prácticamente conteniéndolo para que frenara sus movimientos. Cuando cruzaron las puertas, Andrew se comportó como un tigre olfateando su presa. Había visto a un pelirrojo en la fila por delante de ellos y quería acercarse a examinarlo. Mientras avanzaba para estar más cerca de su presa, Nathan tiró de su brazo para llamar su atención.

—¿Realmente necesitas esto? —Sus ojos comunicaban todas sus palabras no dichas. «¿Tienes que joder con algún extraño?».

Andrew asintió, casi vibrando bajo la mano de Nathan. Estaba ansioso por irse antes de que la urgencia se convirtiera en una acción de la cual se

arrepentiría. «Por favor, aléjate».

—¿Por qué?

—Porque no puedo tener lo que quiero, Nathan —susurró Andrew. «Porque no puedo tenerlo contigo».

Nathan lo observó durante un largo momento, después dejó caer su brazo.

—Ten cuidado, Drew. Por favor.

—Te lo prometo. Solo es aliviar la presión, eso es todo. —«Evita que haga algo estúpido».

—Lo siento, Andrew. —«Desearía ser yo».

Andrew miró hacia otro lado.

—Lo sé. —«Sí».

Gary puso su brazo alrededor de Nathan.

—Déjalo ir, Nate. Será más feliz una vez que haya pasado un buen rato.

Andrew estaba inquieto. El retraso hacía que sus nervios aumentaran, pero tenía que hacérselo entender a Nathan.

Lo miró, rogándole su comprensión. Nunca antes había sentido que tenía que pedir permiso, pero esta vez era diferente. Nada era hablado en voz alta, solo con miradas y gestos.

Nathan asintió bruscamente, y Andrew le sonrió agradecido. Se abrió paso entre la multitud, sin mirar atrás. En alguna parte de ese lugar, había alguien que podía aliviar la presión que se acumulaba en su interior.

Bailó durante horas, a veces solo, a veces envolviendo a otro hombre. Andrew quería más, joder más, pero no había nadie que le llamara la atención. El hombre que había visto en la fila no estaba por ninguna parte. ¿Dónde estaba?

Andrew estaba tan inquieto que no podía aguantar más.

Regresando del baño, pasó por los rincones oscuros. Gemidos y murmullos llenaron sus oídos, por lo que el dolor en su interior aumentó

aún más.

Mientras caminaba, una mano le tapó los ojos y otra lo tomó del brazo con firmeza. Andrew entró en pánico cuando fue conducido, incapaz de ver, hasta que fue estrellado contra una pared, y su rostro empujado en la textura áspera de la misma.

Andrew luchaba por liberarse. No dejaría que intentaran violarlo sin oponer resistencia. Pero las manos no lo soltaban. En lugar de eso, se vio obligado a pegarse más contra la pared por otro cuerpo. Pudo oler a sol y sudor cuando el desconocido moldeó su cuerpo alrededor de él.

No podía ver nada. Una franja de luz se extendía desde una puerta, pero estaban demasiado lejos para que pudiera ser de alguna utilidad. Respiró hondo, intentando calmar su pánico.

—Suéltame. —Trató de gritar, pero las palabras no salieron. Fue inmovilizado por las enormes manos que cubrían a las suyas y la sensación de un duro pene restregándose en su cadera.

Cuando notaron que su lucha disminuía, las manos se deslizaron a lo largo de sus brazos y le dieron la vuelta, todavía dentro de los confines de los brazos.

—¿Qué...? —Un dedo fue colocado sobre su boca, impidiéndole preguntar.

Una mano fue a sus hombros, empujándolo firmemente hacia el suelo. Estaba claro lo que el hombre quería. Aunque no era lo que Andrew necesitaba. Él quería ser jodido hasta el cansancio, no darle a alguien una rápida mamada.

Podía elegir. ¿Pero el hombre? Olía a sol y sudor.

Las manos de Andrew se deslizaron a lo largo del cuerpo que estaba delante de él. No podía ver nada, pero podía sentir la fuerza de los músculos bajo la suave mezcilla. Se arrodilló hasta llegar al vértice de las piernas. Haciendo una pausa por un instante, tocó el bulto, apretándolo suavemente. La mano en su pelo tembló. Andrew sonrió y apretó la cara contra la entrepierna, oliendo el detergente superpuesto con la excitación. Con su boca delineó la erección a través de la tela, sintiendo contraerse al pene

debajo de sus labios. ¿Este tipo quería una mamada? Podía hacer eso, pero a cambio, conseguiría lo que quería.

Atacó la hebilla. Por un momento las manos del hombre se agitaron en torno a él, como si estuviera indeciso. Parecía un extraño comportamiento después de su agresión anterior. Andrew hizo una pausa, dejando que las manos se posaran en las de él, y juntos desabrocharon el cinturón. Bajó la cremallera y lo acarició a través de los bóxers, que estaban húmedos.

Una mano empuñó su cabello, tirando insistentemente. «Tosco bastardo». No lo haría sin condón. Andrew metió la mano en su bolsillo. Siempre llevaba suministros. Expertamente, lo liberó de los confines de sus bóxers y rodó el preservativo sobre su pene. Jesús, aquel hombre era grande. Sin preámbulo, tomó la cabeza en la boca.

Podía oír el gemido del hombre mientras sus caderas empujaban inevitablemente y penetraba una y otra vez su boca. Andrew agarró al hombre por las caderas, calmándolo. ¿Quería una mamada? Sí, recibiría su mamada, pero bajo sus términos.

Andrew le bajó los pantalones y la ropa interior, liberando al hombre lo suficiente para poder atenderlo con una mano; ahuecando y acariciando sus testículos, le lamió el eje, aprendiéndose la forma y la textura bajo el látex. Lo deslizó lentamente dentro de su boca, llenándola, empujándolo a la parte posterior de su garganta.

Quería... Andrew quería más. La inquietud volvió, pero el hombre olía a sol y sudor.

Lo mantenía sujeto por las caderas, sintiéndolo temblar bajo sus dedos. Podía escuchar todos los ruidos a su alrededor, quedos gemidos de deseo y frases alentadoras, pero nada provenía del hombre que tenía en la boca. La única indicación eran las manos, apretando y relajándose en su cabello mientras lenta y cuidadosamente, lo chupaba hasta llevarlo a la inconsciencia.

Exploró la cabeza, chupando lánguidamente mientras su lengua lamía la parte inferior; después, unos empujes profundos los volvieron locos. A Andrew le dolía la mandíbula y su cabello parecía que iba a ser arrancado de raíz, pero continuó, con sus manos resbalándose por el redondo trasero

del hombre, los firmes músculos flexionándose bajo sus manos mientras lo acercaba.

El hombre estaba a punto de terminar. Andrew cambió a empujes menos profundos para acercarlo más al orgasmo, y luego lo soltó con un ruidoso «pop». Oyó una sorpresiva protesta cuando se levantó.

—¡Jódeme! —ordenó.

Luego se dio la vuelta, sin esperar a la reacción del otro hombre. Andrew se desabrochó los pantalones y los bajó a sus muslos; después puso las manos contra la pared y aguardó. El tipo no había hecho ningún movimiento. Andrew no estaba seguro de si podría manejar un rechazo en aquel momento, pero esperó, aparentemente relajado. Justo cuando pensó que lo había echado a perder, el hombre exhaló ruidosamente y se puso detrás de él, al igual que en el inicio, moldeándose en torno a Andrew una vez más; el sol y sudor llenaron sus fosas nasales.

—¿Estás seguro? —preguntó el hombre, arrastrando quedamente las palabras en el oído de Andrew, alzándole el cabello con su aliento.

—Hazlo. Yo estoy preparado —admitió Andrew.

Los dedos que habían estado acariciando sus caderas se clavaron en él. Enseguida, Andrew fue empujado contra la pared y finalmente, finalmente, llenado; su inquietud fue llevada hasta la sumisión cuando el hombre lo empaló en un empuje.

Ambos estaban demasiado excitados como para hacer que se prologara. El hombre estaba aferrándose con crueldad a sus caderas mientras empujaba erráticamente en él, y Andrew se retorció, animándolo, sin importarle si alguien escuchaba sus incoherentes plegarias. Podía sentir endurecerse sus testículos, y envolvió una mano alrededor de su pene, hasta ahora intacto. El primer contacto fue suficiente para que llegara al orgasmo; delgados hilos blancos se escurrieron entre sus dedos. Apretó el pene que estaba en su trasero y llevó al otro hombre al éxtasis, con las caderas moviéndose en un vaivén mientras eyaculaba en su interior.

Los dos hombres descansaron lánguidamente contra la pared, todavía envueltos el uno en el otro mientras se recuperaban de sus orgasmos. Andrew se sentía como si hubiera sido liberado del molesto dolor dentro de

él, y sonrió al tener los brazos del otro hombre rodeándolo y sujetándolo firmemente contra su pecho todavía jadeante por el esfuerzo, y su rostro enterrado en el cuello.

Su sonrisa se desvaneció cuando sintió el calor de las lágrimas deslizándose por su cuello. No dijo nada, pero rodeó los brazos del hombre, mientras ambos se estrechaban. Después de un momento, pareció calmarse, por lo que Andrew dijo:

—Está bien, Nate. De verdad.

Después se quedó solo cuando el hombre se apartó y lo dejó en la oscuridad, todavía apoyado contra la pared.

—Está bien —repitió Andrew en voz baja para sí mismo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

IRA Y resentimiento retorcían sus entrañas mientras veía a Andrew caminar hacia la multitud sin mirar atrás. Hastío, mientras bebía cerveza tras cerveza, con poco que hacer, más que ver a Gary y Gabe besuqueándose o, peor aún, vislumbrar en unas cuantas ocasiones a Andrew abrazando a otros hombres. Cuando volvió del baño, lo encontró solo, así que por un breve instante Nathan no pensó en las consecuencias de sus acciones.

Estaba somnoliento. El caluroso verano en Texas se notaba menos bajo los árboles, por lo que Nathan cabeceaba en la hamaca tranquilamente, mientras su pequeño hijo dormía acurrucado contra él. A Daniel le estaban saliendo los dientes. Sus brillantes mejillas rojas y el constante mal humor habían resultado agotadores para sus padres y abuelos. Para darles a todos un descanso después de una noche de insomnio, Nathan lo había llevado consigo a la hamaca. El calor del mediodía y el suave movimiento, arrullaba al niño gruñón, y no pasó mucho tiempo antes de que sucediera lo mismo con su padre; sus sueños fueron inundados por una persona.

La sensación de los músculos moviéndose debajo de la piel, las manos explorando en la oscuridad. La ligera rugosidad donde debería haber suavidad, fuerza compacta casi a su mismo nivel en vez de un cuerpo ágil y pequeño. Lo «incorrecto», que lo inquietaba pero que le hacía desearlo más. La sorpresa de que se le ofreciera... la sensación. La estrechez, lo resbaladizo... ofrecido pero no sometido. El olor a especias y alcohol, al sudor por el baile, los ruidos de los demás... Todos sus sentidos gritando «Incorrecto».

Un zumbido en la pierna le molestaba. Nathan lo apartó como a un molesto insecto hasta que se dio cuenta de que era su teléfono el que vibraba. Buscó a tientas, esperando que se detuviera antes de responder.

—Diga —respondió en voz baja, con cuidado de no despertar a Daniel.

—¿Has hablado con él? —El tono brusco de Gabe perturbó su adormecimiento.

—No.

—Estúpidos idiotas. —Gabe cortó la conexión.

Perplejo, Nathan se quedó sosteniendo el teléfono debajo de la oreja.

Suspirando al darse cuenta de que Gabe seguía enojado con él, acarició el suave y oscuro cabello de su hijo. Daniel resopló suavemente, arrugando la cara mientras dormía.

—Es muy fácil para ti, pequeño. Comes, juegas, duermes. Esa es tu vida. No tienes ni idea, y espero que nunca la tengas. —La voz de Nathan era gentil y triste.

«No tienes idea de lo que se siente al comprender que quieres algo más que tu existencia ordenada».

Tenía trabajo, perros, amigos y una hermosa familia, algo importante, pero quería más. Pudo tenerlo, solo una vez. En la oscuridad, en el anonimato. Había pensado... No, había esperado que Andrew no se percatara de quién era. Confiaba en que solo lo considerara como sexo anónimo. Un poco de excitación que mitigara su deseo. Nathan empujó en él su ira, su necesidad, su confusión, y al final, en el breve instante apoyado contra el otro hombre, sacando fuerzas de él, su consuelo fue la falta de culpa por parte de Andrew, la falta de conocimiento de lo que habían hecho.

Hasta que el nombre fue susurrado. «Está bien, Nate».

—¿Estás bien, Nathan?

«¡No!».

—Eh, ¿doctor Bob? —Nathan levantó la cabeza y vio a su hermano mayor, agitando una cerveza fría hacia él.

—¿Hay espacio ahí para mí?

Nathan se hizo a un lado, protegiendo a Daniel mientras Bob se subía a la enorme hamaca. Ambos la habían construido en el verano que Nathan cumplió dieciséis años. Había sido lo suficientemente grande como para dar cabida a los tres hermanos. Una vez que su hermano se acomodó, puso a Daniel encima de su pecho y tras aceptar una cerveza, la bebió con gratitud.

Los hermanos holgazanearon en silencio durante unos minutos, el movimiento natural de la hamaca los adormiló.

—¿Qué pasa, hermano?

La voz de Bob lo sobresaltó, perturbando al niño. Nathan lo tranquilizó para que se durmiera de nuevo, posponiendo el momento en que tendría que responder.

«¿Qué pasa? No pasa nada. Tengo una vida perfecta».

—¿Qué te hace pensar que pasa algo? —respondió, tratando de conseguir más tiempo.

Bob únicamente levantó una ceja, con un gesto de «No te lo crees ni tú», uno que los hermanos mayores perfeccionaban a través de los años, y dijo gentilmente:

—Pareces... distante, casi triste. No con tu molesta y parlanchina manera de ser habitual.

Al darse cuenta de que no iba a librarse de su hermano con una distracción, Nathan buscó una evasiva. Pasándose una mano impaciente por el pelo, dijo:

—Solo estoy cansado, por Daniel y el nuevo trabajo, y todo eso. Lo que está sucediendo es simplemente demasiado. —Su boca se curvó en una suave sonrisa mientras miraba hacia abajo a su pequeño hijo acurrucado en su cadera—. Hay días que no paro.

Levantó su mirada y encontró a su hermano observándolo con una expresión indescifrable en el rostro. Vio que Bob tomaba un largo trago de cerveza, al parecer reflexionando sobre sus palabras.

—Claro que un montón de cosas han pasado en el último año —concedió su hermano. Y Nathan dejó escapar un suspiro de alivio—. ¿Estás seguro de que eso es todo?

—¿A qué te refieres? —Nathan encubrió un momento de pánico con otro sorbo de cerveza.

Bob levantó la etiqueta de la botella de cerveza, deslizándola por debajo del papel húmedo. Parecía muy incómodo, pero Nathan no estaba seguro de lo que quería decir.

—Mamá mencionó que estabas teniendo problemas con un vecino.

La respiración de Nathan se detuvo en su pecho.

—Un poco, hace un tiempo —admitió con cautela—. Pero ya no. Somos amigos desde hace meses.

—Eh, Alex mencionó algo acerca de un infernal viaje de campamento. —Bob seguía levantando la etiqueta, negándose a mirarlo.

—Sí, fui con Andrew, su hijo y un amigo al parque un fin de semana. Estuvo bien. Aparte del incidente del árbol... y del arroyo... y del fuego.

Bob sonrió y quiso saber más. Nathan dejó escapar un suspiro de alivio cuando comenzó a contarle las travesuras de Bobby en la acampada, esperando haber desviado de sí mismo la atención de su hermano.

Habían agotado el tema del campamento así que lo cambiaron al del último partido, cuando de repente Bob dijo:

—Cuando estuve contigo justo antes de Navidad, lo vi.

—¿A quién? —preguntó Nathan. No, no había funcionado.

—A Andrew. No os hablabais, pero él te observaba desde la distancia. —El tono de Bob volvió a ser serio.

Nathan frunció el ceño. No estaba seguro de a dónde quería llegar Bob.

—En esa época quería matarme, seguramente. Estaba siendo un completo imbécil con él. Bob, ¿realmente de qué se trata esto?

—Te estaba mirando como si fueras el sol, la luna y las estrellas, envueltos para regalo de Navidad. —Bob se removió incómodamente en la hamaca antes de volver a mirarlo.

Nathan abrió la boca para burlarse, pero la expresión en el rostro de su hermano lo detuvo antes de que las palabras fueran pronunciadas.

—Debes estar malinterpretándolo —murmuró Nathan.

—¿Tú crees? —cuestionó Bob—. Mira, Nate, no quiero meterme en tus asuntos y no habría dicho nada, pero... —Y entonces Bob añadió el argumento contundente—: Mamá me preguntó si estaba pasando algo. Ha estado preocupada desde que lo conoció en Año Nuevo. Dijo que algo no andaba bien.

Nathan lo miró con incredulidad.

—¿Qué? ¿Qué carajo tú y mamá creéis que está pasando? ¡Es mi vecino y amigo, eso es todo! —Su voz se levantó con ira, perturbando a Daniel, quien frunció el ceño y gimió en su sueño. Nathan respiró profundamente y le acarició el cabello, tratando de calmar a ambos—. Mira, los dos estábamos descontentos por la pelea y no había sol, luna o lo que sea. Jesús, Bob, ¿qué crees que soy?

«Sí, Nate, sigue diciéndote eso a ti mismo. Ni siquiera puedes ocultarlo de tu madre y hermano mayor. Dios sabe lo que ella diría si se enterara de lo que su niño ha estado haciendo. Su niño acechando a su amigo, empujándolo en un cuarto oscuro y obligándolo... No, no obligándolo. Hubo un momento en el que pude sentir el pánico de Andrew, pero de pronto pareció relajarse bajo mis manos, y tomó el control... ofreciéndose... Rayos..., ofreciéndose a sí mismo».

Miró a su hermano, sin realmente verlo, todavía perdido en la oscuridad, perdido en la sensación de la lujuria e ira. Enojado con Andrew por llamarlo por su nombre, por perder el reconfortante manto del anonimato, por hacerlo enfrentarse a su adulterio. Justo aquella misma mañana...

—Oye, cariño, ¿estás aquí conmigo?

Abrió los ojos y vio que el rostro preocupado de Alex lo observaba. Preocupación aproximándose a enojo. Sacudiendo la cabeza, se dio cuenta de que había estado divagando mientras hacían el amor. Tras disculparse, la culpa en su interior le hizo prestar especial atención a las necesidades de Alex, hasta que ella estuvo casi sollozando al tener su orgasmo. Su gratitud

lo consumió aún más, ya que no podía sacar de su mente el pensamiento de otro cuerpo reaccionando bajo el suyo.

—Oye, ¿Nathan? ¿Sigues aquí conmigo? —Bob frunció el ceño, pero sus ojos reflejaban preocupación.

Nathan tragó saliva y asintió.

—Sí, lo siento. Estoy bien. —Tomó un largo trago de cerveza, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Patrañas —dijo su hermano sin rodeos—. No estás bien. No soy estúpido, Nathan, y tampoco lo es mamá. Si no te esfuerzas en actuar de manera más convincente, nunca te creerá.

—No es...

—¿Te acostaste con él?

Nathan se le quedó mirando con la boca abierta. Bob le devolvió la mirada.

—Yo, yo...

—Bueno, ¿lo hiciste?

Nathan se mordió una uña de la mano y asintió.

Bob suspiró ruidosamente.

—Por Dios, hermanito, te has metido en un lío. ¿Alex lo sabe?

—No, por supuesto que no. No es nada. —Miró hacia Bob de forma suplicante—. No quise que sucediera.

«Tal vez la primera vez podía ser excusada, Nathan Peterson, pero ¿qué hay de la siguiente? Esa no fue con ira, ¿o sí?».

El acusatorio redoble de tambores en su cabeza comenzó a sonar más fuerte mientras su hermano resoplaba y decía:

—¿Nada? ¿Estás seguro? ¿Qué pasó? Comienza desde el principio. —Se inclinó para sacar de debajo de la hamaca un par de cervezas, donde se habían conservado frías—. Creo que vamos a necesitar estas.

Nathan aceptó la suya y bebió de ella mientras se preguntaba por dónde empezar. ¿La acampada, Año Nuevo, la primera vez en la discoteca, o cuando se conocieron y la sensación que le provocó el abrazar a Andrew?

Fue perturbado cuando Bob palmeó su pierna.

—Está bien, puedes hablar conmigo. Todo irá bien, Nathan. No me desagrada... Me refiero a la idea de tú y Andrew.

—¿No? —Nathan levantó una ceja mientras observaba a su hermano. Bob no había sido conocido por sus ideas liberales mientras estaban creciendo.

Bob negó con la cabeza.

—Al ser médico, ves muchas cosas. Los viejos prejuicios y todo eso que sueltas cuando eres niño, no parece importar más. También he hecho nuevos amigos, amigos gays. Así que no importa lo que me digas, Nathan. Estoy preocupado por ti, ¿de acuerdo?

Un nudo se formó en la garganta de Nathan, por lo que tuvo que tragar saliva un par de veces antes de que pudiera hablar. Nunca había sido muy cercano a su hermano, siempre le había parecido que Bob lo trataba como si lo considerara molesto e inoportuno, ¿pero ahora? Ahora quería descansar su cabeza en el hombro de Bob y desahogar sus ojos. Sujetó un hilo suelto de la camiseta de Daniel cuando empezó a hablar.

—Hace unas semanas fuimos a una discoteca. No pasó nada antes de eso, lo juro, excepto que los dos sabíamos que lo queríamos. —Habló entrecortadamente.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Se te lanzó? —preguntó Bob suavemente.

—Más bien al revés. —Ante la mirada sorprendida de su hermano, Nathan añadió—: Lo sé, es solo que no pude soportarlo más; toda la tensión y las miradas. Nunca antes había hecho nada como esto.

—Así que, ¿la del club fue la única vez?—Bob parecía que podía lidiar con eso.

A Nathan le costó un gran esfuerzo admitir avergonzadamente:

—No.

—¿Habéis continuado desde entonces? —Bob sonaba como si estuviera tratando de ser comprensivo.

Nathan sacudió la cabeza.

—No exactamente. No iba a ser así. Iba a ser sexo anónimo en la discoteca. Se suponía que él no iba a saber que se trataba de mí. —Ante la mirada perpleja de Bob, Nathan añadió—: Lo arrastré a un espacio oscuro antes de que me reconociera.

—Tú, él, no... No creo que pueda preguntarlo —tartamudeó Bob—. Entonces..., ¿sabía que eras tú?

—Sí.

—Y, ¿qué pasó? —preguntó Bob otra vez.

«¿Qué pasó? Lo que pasó fue una estupidez», pero Nathan no podía sacarlo de su cabeza. Era lo primero que pensaba al despertar y lo último antes de irse a la cama.

—¿Estás seguro de que quieres oír esto? —Nathan no estaba seguro de que fuera una buena idea desahogarse con su hermano. No era como si ellos alguna vez hubieran compartido sus problemas.

Bob lo miró seriamente.

—¿Qué si quiero oírlo? No. Pero necesitas decírselo a alguien antes de que te consuma, y sería una mierda de hermano si no te ofreciera un hombro. Vamos, no te lo voy a preguntar de nuevo.

Nathan suspiró y se recostó en la hamaca. Daniel se giró, extendiéndose sobre su regazo, gimoteando levemente mientras chupaba su mano.

—Me escapé cuando dijo mi nombre. —Decirlo en voz alta le hizo sentirse aún más cobarde.

Una vez más, Bob tiró de la etiqueta de la botella de cerveza.

—Andrew soltó tu nombre cuando tú, eh...

Nathan se ruborizó.

—No, fue después. Me dijo que todo estaba bien, y salí corriendo.

—Entonces, ¿qué pasó? —Bob era sin duda persistente.

Nathan ordenó los acontecimientos en su mente.

—Fui a donde estaban Gary y Gabe, y les dije que iba a volver al motel. Después me fui de la discoteca.

Bob pareció confundido.

—¿Por qué te estabas quedando en un motel?

—Era un fin de semana para chicos. Andrew estaba, eh, inquieto. Gary pensó que una salida nocturna a una discoteca nueva le haría bien. Le daría la oportunidad de divertirse un poco. Así que fuimos a Waterstown. Ahí hay una gran discoteca ga... —Nathan no sabía exactamente cuánto revelar.

—¿Discoteca gay? —preguntó Bob—. ¿Andrew es gay? Pero está casado con esa hermosa morena, eh, ¿Stephanie?

Nathan miró a Bob cuidadosamente. No importaba lo que hubiera dicho antes, no estaba seguro de que su hermano estuviera tan relajado como le había hecho creer.

—Sí, es gay. Su madre lo obligó a casarse con Stephanie cuando ella quedó embarazada. Tenían solo dieciséis años. Estaba tratando de ser un buen chico cristiano heterosexual.

Bob hizo un gesto de comprensión.

—Eso es duro. Un error, y tienes que cargar con una esposa y un hijo. —No parecía estar criticando a Andrew, y Nathan respiró con más fluidez.

—Andrew es un gran padre, pero a veces necesita relajarse un poco.

—¿Y va a una discoteca? —Bob parecía más feliz de haberlo entendido en su propia mente.

—Sí. Él y Gary se divierten, pero son más amigos que otra cosa. Personalmente no me gusta ir a las discotecas, pero Gabe quería reunirse con Gary otra vez —continuó Nathan.

Bob se atragantó con un trago de cerveza, escupiéndolo hacia el frente.

—¿Gabe? —jadeó débilmente—. ¿Gabe Michaels? ¿Batea para el otro equipo ahora? —Se sacudió por un minuto, tratando de encontrar un pañuelo para limpiarse la nariz.

Encogiéndose de hombros ligeramente, Nathan simuló muy bien una sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Es una sorpresa para los dos.

—Estoy seguro —murmuró Bob.

—De todas formas, me fui de la discoteca, pero estaba compartiendo una habitación con Andrew, porque los otros dos querían estar juntos. Así que al final tuve que enfrentarme a él. —Nathan acarició la espalda de Daniel con su mano, buscando consuelo.

—Oh, mierda.

Nathan se pasó una mano por el pelo.

—No sabía qué iba a hacer o decir, y cuando llegó, hice lo peor posible.

—¿Pegarle?

—Besarlo.

Bob frunció el ceño.

—Acababas de tener sexo con él. ¿Por qué el besarlo fue el gran problema?

—No fue... No fue un buen beso. —«Por Dios, ¿podría sonar más infantil?».

Dada la ceja arqueada de Bob, estaba claro que pensaba lo mismo.

—¿Qué tipo de beso fue, exactamente?

—Lo empujé con fuerza contra la pared cuando entró a la habitación y le di un beso.

En todo caso, las cejas de Bob estaban en peligro de desaparecer bajo su flequillo.

—Imagino que Andrew estaba un poco harto de ser empujado.

—Supongo —convino Nathan—, porque me apartó bruscamente. Perdí el control y, dando fuertes pisotones, me metí en el baño y cerré la puerta con seguro.

—¡Ay! ¿Cómo tomó tu berrinche?

—Fue un poco más que un berrinche —insistió Nathan.

Bob le dirigió una mirada de hermano mayor.

—Sí, claro. Entonces te has comportado como un idiota. ¿Qué más?

—Me senté en el inodoro y espere. No pasó nada.

—¿No tocó ni gritó?

—No. De hecho, al final abrí la puerta y me encontré que Andrew se había acostado.

Bob se quedó boquiabierto mirando a su hermano.

—¿Te refieres a que...?

Nathan asintió.

—Estaba desnudo, bajo las sábanas, y dormido.

—¡Dios! Necesito más cerveza, mucha más cerveza. No te muevas. — Bob se levantó de la hamaca y se alejó hacia la casa.

—Y un biberón con leche para Daniel. Creo que va a despertar pronto —le dijo Nathan antes de que se fuera.

—¿Quién te dijo que yo era tu sirviente? —se quejó Bob.

—Está bien; me levantaré y despertaré a Daniel, y tú tendrás que cuidarlo. —Nathan hizo ademán de levantarse.

—No, no. —Bob habló apresuradamente—. No se me ocurriría despertarlo después de la noche de insomnio que obviamente ha tenido.

Nathan fue magnánimo al no sonreír demasiado mientras lo veía partir. Se echó hacia atrás y cerró los ojos, aunque no se durmió como antes. Esta vez los acontecimientos de esa noche no estaban reproduciéndose como una vieja película ante sus ojos. Bob tenía razón. Tenía que hablar con alguien sobre aquello. Alguien que no fuera Gabe o Gary o, Dios no lo permitiera, Andrew. Si iba a tomar alguna decisión sobre su vida, necesitaba el apoyo de su familia.

El tintineo de las botellas alertó a Nathan del regreso de su hermano, lo que le permitió estar preparado para el brusco balanceo de la hamaca. El movimiento de vaivén despertó a su pequeño hijo, quien se puso a llorar, y

unos minutos después, la leche caliente lo tranquilizó lo suficiente para que los dos hombres pudieran reanudar su conversación.

Bob esperó hasta que Daniel se acomodara antes de decir:

—¿Así que Andrew estaba roncando y tú...?

—Lívido.

—Me imagino. Entonces, ¿qué hiciste?

—¿Qué podía hacer, despertarlo? —inquirió Nathan—. Me desvestí y me metí en la cama, tratando de calmarme lo suficiente para dormir.

—¿Y lo hiciste?

—No. Estaba demasiado enojado. —Nathan sonrió con tristeza a su hermano. Cuando era niño su temperamento había sido legendario, y su hermano fue en su mayoría el receptor.

Bob le dirigió una mirada inquisitiva.

—Hasta ahora no he escuchado mucho más que un rápido toqueteo en una discoteca.

«¿Un rápido toqueteo? ¿Así es como mi hermano clasifica una mamada y una jodida?». Nathan se preguntó si él mismo era el extraño, si le estaba dando demasiada importancia. Tal vez lo era.

—Él no estaba dormido.

—¿Eh? —Fue increíble la cantidad de entonación que su hermano logró modular en una sola palabra.

Nathan negó con la cabeza.

«Cómo podría describir que había estado tendido allí en la oscuridad, con los puños apretados, deseando gritar a Andrew para despertarlo y... ¿Y qué, rogar su atención? ¿Cómo podría describir cómo fue el silencio lo que le hizo darse cuenta de que Andrew fingía dormir? No había resoplidos, ni una respiración profunda, solo silencio; una expectante y silenciosa espera».

Se enderezó sabiendo lo que iba a hacer. ¿Lo más sensato, darse vuelta e irse a dormir? No. Se levantó de la cama y cuidadosamente, a tientas, caminó hacia la otra cama; llegó y se sentó, asegurándose de no hacerlo

sobre Andrew. No hubo ni un movimiento ni un ruido por parte de él, tampoco dio ninguna indicación de que estuviera despierto.

Nathan vaciló solo un momento, y luego le puso una mano en el hombro, diciendo:

—¿Drew?

Andrew hizo un pequeño ruido, casi un suspiro, casi un sollozo, y después estiró un brazo y tiró de él para darle un beso.

—Lo volviste besar —comentó su hermano—. ¿Fue un buen beso?

«¿Un buen beso? Este fue un beso como el de Westley y Botón de Oro, Shrek y Fiona, Brad y Angelina. ¡Pero aumentado mil millones de veces!».

—¿Eh?

Consternado, Nathan miró a su hermano.

—Sí, hermano mío. Lo has dicho en voz alta. —Bob ni siquiera trató de ocultar su sonrisa—. Así que, ¿fue un buen beso?

—¿No acabo de decir eso? —murmuró Nathan.

Daniel se terminó la última gota de leche del biberón, y después de unas cuantas esperanzadas succiones, soltó la tetina y miró a Nathan somnoliento. Sus mejillas aún parecían enrojecidas e hinchadas.

—¿Todavía estás cansado, hombrecito? —susurró Nathan, y lo apoyó sobre su hombro, dándole dulcemente palmaditas en su espalda. Daniel eructó perezosamente y, después de refunfuñar durante unos minutos, se volvió a dormir.

—Todavía parece un poco afiebrado —observó Bob.

—¿Esa es su opinión profesional, doctor Peterson?

Bob se rio.

—Es la del tío que espera dormir un poco esta noche. Así que lo besaste y estallaron fuegos artificiales. ¿Después qué?

Nathan acarició la espalda de Daniel. El bebé estaba caliente y pegajoso por el calor del verano, y Nathan se preguntó si debía llevar a

Daniel a la casa para darle un baño de agua fría. Cualquier cosa para evitar responder a la maldita pregunta.

—¿Nathan? —insistió su hermano.

—Entonces me hizo el amor.

Y eso es lo que lo hacía tan condena y aterradoramente real. Andrew no jodió con él o lo clavó contra el colchón. Le hizo el amor. Si hubiera sido otra mamada o un revolcón, habría sido increíble y más fácil de descartar como un hecho aislado. Pero desde el principio, Andrew le dejó claro que quería algo más que sexo.

Nathan rodó y se halló sobre su espalda. Andrew tiró de la sábana sobre sus cabezas, lo que los confinó en su propio mundo privado. Nathan estaba asustado por la intimidad de aquella acción. Por una fracción de segundo el impulso de salir fue casi abrumador; entonces Andrew acunó su cabeza con las manos y lo besó de nuevo, cualquier deseo de alejarse se derritió bajo sus labios.

Nathan no quería decirle a Bob cuán espléndido había sido Andrew, y cuán fácilmente le había hecho superar sus temores. No quería decirle cómo era ser reducido a tres palabras, a susurrar «Por favor» y «Más» mientras Andrew pasaba horas besando, lamiendo y tocándole el cuello y pecho, antes de que cualquier otra cosa pasara. No quería que Bob supiera lo que se sentía tener los dedos de Andrew enroscados alrededor de él, cuán correcto parecía el ser sostenido así. Y sobre todo, no quería hablar sobre lo que se sentía al ser penetrado por primera vez, primero por los dedos de Andrew, luego por su pene mientras le susurraba suaves palabras de apoyo en la oreja; el paso de «Es demasiado» a la arrebatadora sensación que le hizo proferir: «Más, ahora».

¿Cómo podía decirle a Bob que nunca se había sentido así cuando Alex y él hacían el amor? Que su bella esposa, a la que adoraba, nunca lo había conmovido de esa manera.

Alzó la vista y vio que Bob lo miraba fijamente, con una extraña expresión en su rostro. Era casi como si estuviera celoso.

—Estás muy callado —comentó Nathan.

Bob suspiró, dando golpecitos distraídamente en la parte superior de la botella vacía de su cerveza.

—Es mucho para procesar —admitió.

—Lo sé —convino Nathan—. Yo... Lo siento si piensas que he cometido un error, Bob.

Bob miró seriamente a su hermano.

—Creo que has hecho tu vida más complicada, y tienes que pensar mucho en lo que realmente quieres. Cielos, eres un padre maravilloso, un maestro excepcional, y has sido un gran esposo. Solo estás muy confundido en este momento.

—He sido un gran esposo. Ya no. He cometido adulterio. —Y, Dios, se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en ello.

—Te has enamorado —señaló Bob. Se sentó, haciendo que la hamaca se columpiara violentamente—. No será fácil, cualquiera que sea la decisión que tomes.

Nathan sacudió la cabeza.

—No hay nada que decidir. Tengo una esposa y un hijo al que cuidar.

Bob le dirigió una mirada seria.

—¿Así que quieres convertirte en otro Andrew? ¿Atrapado en una relación en la que no quieres estar, porque no eres lo suficientemente valiente como para tomar lo que deseas?

Nathan no podía creer lo que su hermano estaba diciendo.

—Tengo un hijo que me necesita. Perderé mi trabajo si esto sale a la luz, si dejó a Alex por Andrew.

—Probablemente —convino Bob—. Pero hay otros trabajos de enseñanza, y eres un hombre decente. Apoyarías a Alex y Daniel.

—Es muy pronto, demasiado, para tomar esta decisión. —Las palpitaciones en la cabeza de Nathan estaban empezando de nuevo.

—Habla con Andrew. Por lo menos ten esa conversación —insistió Bob, mientras se bajaba sin gracia de la hamaca.

—¿Cómo sabes...?

Bob soltó un bufido.

—Porque soy tu hermano, estúpido. Y no he pasado la última hora escuchándote hablar de él, para no darme cuenta de que probablemente no has charlado con él desde esa noche. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, tienes razón. Es que parecía un poco difícil mantener una conversación a plena luz del día. —«Incluso si te despiertas con la cabeza en su pecho y la mano alrededor de su pene».

—Es hora de hacer algo maduro, hermano. Ahora voy a echarme una siesta, para amortiguar los efectos de las actividades de mi sobrino para esta noche. —Bob se inclinó y besó la parte superior de la cabeza de Daniel.

—Bob —dijo Nathan, repentinamente con la voz ronca—. Gracias.

Bob le revolvió el cabello, un gesto que había hecho desde que Nathan era un niño pequeño.

—No te preocupes. —Entró en la casa.

De nuevo a solas, excepto por el pequeño dormilón de su hijo, Nathan se mordió el labio mientras pensaba en su siguiente movimiento.

Marcó un número en su teléfono y esperó pacientemente.

—¿Andrew?

CAPÍTULO 9

ANDREW EMPEZÓ el día como un hombre casado, con la certeza de que nunca pasaba nada en su pequeño mundo, aparte del diminuto detalle de que ahora un hombre ocupaba todo su tiempo.

Terminó el día como un hombre honesto, por primera vez en su vida adulta, aunque no sabía qué demonios acababa de pasar.

ANDREW SALIÓ cuidadosamente de su cuarto oscuro, con los brazos llenos de equipamiento que organizar.

—¿Necesitas una mano?

Sobresaltándose por la voz inesperada, miró por encima de su hombro. Stephanie dejó su bolso y se dirigió hacia él con los brazos extendidos.

—Gracias —accedió Andrew.

Stephanie tomó lo que pudo en sus manos, y lo colocó sobre la encimera que había detrás de ella. Andrew hizo lo mismo con el resto de los artículos, después dio un paso atrás para mirar a su esposa.

—Eh, no es que sea un ingrato, pero ¿por qué estás aquí? —preguntó.

Stephanie rasguñó un pedazo desportillado en la encimera.

—Necesito hablar contigo sin que Colin escuche. Es más difícil ahora que está de vacaciones. Se ha ido unas horas a casa de Bobby.

Andrew levantó una ceja, pero se limitó a decir:

—¿Quieres un café?

Ella asintió, con una expresión de alivio por posponer la conversación durante unos minutos más. Andrew la observó discretamente mientras

preparaba una taza de café. Stephanie estaba preocupada por algo. Estaba mordiendo su cabello mientras esperaba a que él regresara. No la había visto hacer eso desde que estuvo reuniendo el valor para hablarle de Joe.

«Oh, Dios...».

Unos minutos después, estaba empujando una gran taza de café delante de Stephanie, con una sensación de ansiedad atenazando su estómago. Esperó hasta que bebiera un poco, luego puso una mano sobre la de ella.

—¿Vas a decírmelo ahora, Steph? Vamos, no voy a morderte.

Ella lo miró, y entonces le espetó:

—Joe y yo queremos casarnos.

Andrew tragó saliva, después le dirigió una débil sonrisa.

—Ya era hora, cariño.

—¿No te importa? —preguntó Stephanie en voz baja—. ¿Tu madre, Colin...?

Andrew le apretó la mano.

—¿No crees que ya es hora de que nos enfrentemos a mi madre? Ha controlado nuestras vidas durante mucho tiempo. Y nuestro chico es fuerte. Lo superará.

Stephanie soltó un débil sollozo.

—¿Y tú, Andrew? ¿Vas a superarlo?

—Tengo que hacerlo, ¿no es así? Todavía tengo un hijo a quien mantener. ¿Joe quiere hacerse cargo de la hipoteca? —Andrew trató de sonreír, pero sabía que se notaba que era forzado.

Ella asintió.

—Estará feliz de hacerlo, pero no tienes que irte de inmediato. El sótano es tuyo mientras arreglamos todo.

—Creo que voy a irme a vivir con Gary, me lo ha estado ofreciendo desde hace años. Colin ya no es tan pequeño. No me necesita tanto. —Andrew se mordió el labio para impedir que siguiera temblando.

Stephanie no se dejó engañar y le acarició la mejilla con suavidad. Su relación había sido estrecha, aunque poco convencional a lo largo de los años, y herir a su marido era lo último que quería hacer.

—Siempre te necesitará, tú lo criaste, ¿recuerdas? No te vamos a echar. No voy a dejar que eso suceda. Aunque será bueno para ti tener un poco de tiempo a solas. Tienes que estar lejos durante una temporada.

Andrew la miró con cautela.

—¿Por qué tengo que irme lejos?

Con su mano cayendo sobre la mesa, Stephanie dijo:

—Nunca te he juzgado ni criticado tus decisiones. Siempre has sido discreto al mantenerte lejos de casa, pero esto que estás haciendo ahora... es peligroso y alguien va a salir lastimado. —Lo miró a los ojos—. Tú no juegas con fuego. No a la vuelta de la esquina.

Profundamente afectado, Andrew preguntó:

—¿Cómo lo sabes? —No se había dado cuenta de que Stephanie conocía sus sentimientos por Nathan.

Ella le dirigió una sonrisa triste.

—¿Te has dado cuenta de la forma en que lo miras? Está escrito en tu cara, y lo mismo le pasa a él. Incluso después de la fiesta de Año Nuevo, Jim me preguntó si estábamos bien. Eso sí, Allison probablemente le aconsejó que lo hiciera.

—Tenía dolor. Lo llevé a casa. —Andrew estaba furioso; «¡Esa vieja bruja entrometida!»—. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Dejarlo en agonía?

—Oye, soy yo con la que estás hablando. Sé que estabas haciendo lo correcto, en ese entonces. —Stephanie hizo una pausa—. ¿Pero ahora? Es un poco más que eso, ¿verdad? Andrew, la gente está empezando a murmurar, y eso está hiriendo a Alex. Nathan ha estado realmente apagado desde que volvió del fin de semana fuera. Está distante y de mal humor.

—¿Ella dijo eso? —cuestionó Andrew con voz ronca.

Stephanie asintió.

—No sé lo que pasó, cariño, y no lo quiero saber, pero vete con Gary durante unas semanas. Disfruta un poco de la vida. Olvídate de Nathan.

Andrew se encogió de hombros.

—Si te pidiera que te olvidaras de Joe, ¿podrías hacerlo?

—¿Yo? Probablemente. Dolería, pero podría hacerlo. —Sin embargo, Stephanie no podía mirarlo a los ojos.

—No estoy seguro de que pueda olvidarme de él, Steph. Lo amo —admitió Andrew, diciéndolo en voz alta por primera vez.

Ella le apretó la mano.

—Cariño, sé que es así, y Dios sabe que si hay alguien que merece amar, eres tú, pero está casado y tiene un hijo. No está disponible. Vete y consigue algo de espacio para respirar, para todos. ¿Sí?

Andrew asintió lentamente. El trabajo estaba tranquilo y no sería difícil conseguir quien lo cubriera en el hospital durante unas pocas semanas. La enormidad de lo que Stephanie le acababa de decir se estrelló sobre él como una ola gigantesca. No había tenido ni idea de que había sido tan evidente.

Stephanie lo observaba atentamente.

—¿Sabes?, es la primera vez en diez años que te he visto mostrar tantas emociones. Ya era hora de que empezaras a vivir de nuevo. —Se puso de pie y él hizo lo mismo—. Supongo que será mejor que vayamos y se lo digamos a nuestro hijo.

Andrew tragó saliva con dificultad; no era una conversación que deseara en absoluto.

—HOLA, MAMÁ. —Andrew sujetaba el teléfono con tanta fuerza, que sus nudillos estaban blancos.

—¿Andrew? ¿Eres tú? ¿Por qué tu voz está tan ronca? ¿Qué sucede?
—Las angustiadas preguntas que su madre soltó, bombardearon su dolorida cabeza.

«¿Ronca? Tal vez porque acabo de decirle a mi hijo que no me volverá a ver durante semanas. Tal vez porque le dije a mi hijo, al que crié, que alguien más va a ser su papá a tiempo completo. Tal vez sea porque mi hijo y yo hemos estado llorando durante las dos últimas horas.

»¿Cuál es el problema? Eh, ¿por dónde empiezo? Aún soy... gay. He tenido sexo con uno de mis vecinos... otra vez. Al menos este no se quedará embarazado. Pero el pequeño problema es que está casado y ya tiene un hijo.

»Ah, y me voy a divorciar porque mi mujer está enamorada de otro hombre».

—Andrew, ¿sigues ahí?

—Mamá, tengo algo que decirte.

—Sabía que algo andaba mal. ¿Qué pasa, hijo? ¿Necesitas que vaya para allá? Puedo tomar un vuelo hoy. —Sonaba como si ya estuviera buscando su maleta.

«¡Dios, no!».

—Mamá, por favor, necesito que no hables durante un minuto —susurró Andrew. Su estabilidad emocional era frágil, y su madre no le estaba ayudando.

Hubo un silencio de ofensa en el otro extremo de la línea.

—Stephanie y yo vamos a divorciarnos. —Andrew sabía que el cansancio en su voz se estaba mostrando.

El silencio continuó durante más de un minuto.

—¿Mamá? ¿Me has oído?

—Andrew Timothy Matthews... —La voz de su madre era fuerte ahora. «Oh, oh»—. Por favor, dime que me acabas de decir una especie de broma de mal gusto. No te vas a divorciar. Nunca. No lo voy a permitir.

Andrew cerró los ojos mientras escuchaba a su madre hablar sin consideración ni reparo. Los notaba doloridos y arenosos; realmente deseaba haber tenido la sensatez de quitarse los lentes de contacto antes de

llamar a su madre. Se sorprendió de que no se hubieran caído con todo el llanto que acababa de derramar.

—¿Andrew? Dime algo, hijo.

Andrew hizo una mueca.

—Estoy aquí.

—Hoy iré para allá. Dile a Stephanie que arregle una habitación. Veré si el pastor Jim está disponible. Él también necesitará una.

—¡No, mamá, definitivamente no! No puedes tomar un vuelo para acá. No voy a estar aquí. Voy a estar con Gary durante un tiempo. Además, no hay nada que el pastor pueda hacer para cambiar nuestra decisión. Es algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

—No digas cosas como esas. ¿Qué pensarán los vecinos? Estás casado ante los ojos de Dios. El divorcio es un pecado, ¿y qué hay de Colin? ¿Qué pasa con él?

—Me doy cuenta de que estás más preocupada por lo que los vecinos piensen que por tu nieto —señaló Andrew secamente.

—No me hables así, Andrew Matthews, ¡no te lo permito! —espetó Ruth.

Andrew suspiró.

—Lo siento, mamá. Pero, sinceramente, no hay nada que puedas hacer al arrastrar al pastor Jim hasta aquí. Stephanie... Stephanie ha conocido a otro hombre, y quiere casarse. Me alegro por ella. Ya es hora de que se establezca con él. Joe es un buen hombre y la hará feliz.

—Tú eres su marido.

—De nombre solamente. Tú lo sabes.

—¡Andrew! —El tono de su madre provocó claros ecos en el sótano.

—Soy gay, ¿recuerdas?

—Difícilmente lo podría olvidar —replicó ella—. Pero seguramente ya superaste esa tontería.

Andrew contó hasta diez y luego añadió otros diez extra para asegurarse.

—No es algo que pueda cambiarse, mamá.

—Pensé que te quitamos esa tontería cuando tenías quince años.

—Tú y el pastor hicisteis todo lo posible —dijo Andrew con gravedad—. Todavía tengo las cicatrices para probarlo.

—Obviamente no fue lo suficiente si sigues profiriendo esa abominación.

Andrew frotó con las yemas de sus dedos las cicatrices de su trasero. Incluso a través de la tela de sus pantalones podía notar las líneas largas, interrumpidas por las marcas de la hebilla.

—No le puedes quitar la homosexualidad a alguien a base de golpes. Pensé que tú y el buen pastor por fin lo habíais entendido.

—Pero has estado casado durante diez años. Dejaste embarazada a Stephanie.

—Y hemos estado pagando por ello desde entonces, al permanecer en un matrimonio falso que ninguno de los dos quería. Solo me acosté con ella para que me dejaras tranquilo. ¡Simplemente no fui lo suficientemente listo como para usar un condón! —gritó Andrew, frustrado por el enorme fanatismo de su madre y los diez largos años que había soportado vivir una mentira.

—¿Cómo puedes decirme esas cosas? —Ruth se atragantó. Andrew sabía lo que venía a continuación y silenciosamente pronunció las palabras con ella—. Soy tu madre. Te amamante cuando eras un bebé, limpie tu rodilla cuando te caíste...

—Y me golpeaste con un cinturón, con hebilla y todo, cuando me descubriste besando a Nick bajo las gradas.

—Fue por tu propio bien —se quejó ella.

—Sí, tal fue así que he pasado una década fingiendo ser algo que no soy, y condenaste a Stephanie a vivir de la misma manera. —Andrew exhaló ruidosamente—. Mira, ha sido un día infernal y... Aguarda, mamá. —Se calló cuando escuchó los gritos de Colin al otro lado de su puerta.

Ignorando el irritado graznido de su madre, fue a ver de qué se trataba la conmoción. Andrew encontró a su hijo protegiendo la puerta, literalmente, aunque no pudo ver de qué hasta que Colin se hizo a un lado y vio a Nathan, quien parecía conmocionado.

—¡Es todo por su culpa! —Colin estaba gritándole a su antiguo maestro—. Eran felices antes de que usted apareciera, y ahora... —Tomó una bocanada de aire que se transformó en un sollozo—. Ahora se van a separar y es por su culpa. ¡Aléjese de mí! —gritó, cuando Nathan pretendió moverse hacia él.

Andrew le colgó a su madre sin decir adiós y emergió a la luz del sol para tratar de detener la confrontación.

—Colin, ¿qué te pasa? ¿Por qué le gritas a Nathan?

Puso una mano sobre el hombro de Colin. Su hijo lo miró, con el rostro sucio e hinchado por las horas de llanto.

—Te vi... y ahora vas a dejar a mamá... vas a irte con Gary... Te vi encima de él cuando volví al árbol... Eras feliz antes de que él llegara y te hiciera llorar... Todo es por su culpa... Lo besaste y ahora ya no me quieres.

Nathan lo miró horrorizado, y dijo:

—Colin, yo... —Se detuvo cuando Andrew negó con la cabeza brevemente.

Andrew se arrodilló en el caliente pavimento y giró a Colin para que quedara de espaldas a Nathan. Su boca se oprimió en rebeldía como si estuviera esperando una reprimenda de su padre por gritarle a su maestro, pero no pudo evitar que las lágrimas rodaran por su rostro; frescos rastros de lágrimas cayeron a la tierra. La mirada de Colin fue directa al suelo.

—Mírame, Colin. —Andrew habló en voz baja, y esperó a que el niño levantara su mirada hacia él, antes de seguir. En su visión periférica pudo ver a Stephanie llegar corriendo por un lado de la casa, obviamente alertada por los gritos, pero no le hizo caso e ignoró a Nathan, solo centrándose en la figura angustiada de su hijo—. Colin. —Continuó con el mismo tono suave—. ¿De verdad crees que me voy porque ya no te quiero?

El sonido de los sollozos de Colin le desgarró el corazón. A pesar de las desafiantes palabras que le había dicho a su madre, su hijo era una de las pocas cosas buenas que había obtenido de su matrimonio falso, y la angustia de Colin era demasiado para soportar.

—¿Lo crees? —preguntó de nuevo.

Colin sacudió la cabeza.

—Pero él te hizo llorar, y lo besaste y ahora te vas a ir.

—Mamá y yo te explicamos por qué me voy. No tiene nada que ver con Nathan. Es solo por un par de semanas. Voy a regresar, Colin. Te lo prometo. —Andrew sabía que lo decía en serio. Tenía que tomarse un respiro de todo, ordenar los embrollos en su cabeza.

—¿Vas a regresar? —Colin lo estaba mirando, con sus grandes ojos azules fijos en él.

—Por supuesto que sí, Colin. —Stephanie se arrodilló al lado de Andrew—. Es tu padre y te ama.

El rostro de Colin se arrugó de nuevo, pero esta vez con alivio. Sus padres lo atrajeron a sus brazos y durante unos minutos se acurrucaron juntos en la entrada; era una pequeña familia tratando de confortarse los unos a los otros.

Nuevas lágrimas se derramaron por las mejillas de Andrew, irritando sus ojos ya inflamados, mientras enterraba su rostro en el cabello de su hijo. Alzó la vista y vio a Nathan torpemente parado, sin saber si marcharse o quedarse.

—Entra. —Andrew hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Nathan parecía indeciso mientras se acercaba.

—¿Estás seguro, Andrew? Puedo volver más tarde.

—No, necesito hablar contigo y no voy a estar durante unos cuantos días. —Los brazos de Andrew se tensaron al notar a Colin moverse bruscamente en sus brazos.

Nathan entró en el sótano, dejando a la familia en la puerta. Andrew acarició el cabello de su hijo. Lo tenía más largo que el año anterior y se le

enroscaba alrededor de las orejas.

—Colin, tengo que hablar con Nathan. —Su hijo abrió la boca para decir algo, pero Andrew lo detuvo—. Colin, sé lo que viste y hablaré contigo acerca de ello, pero no ahora. Por favor, déjame hablar con Nathan; luego iré a buscarte.

Esperó a que Colin asintiera antes de soltarlo, y después se puso de pie, apretando con su mano el hombro de Stephanie. Andrew se desperezó y, mientras lo hacía, se dio cuenta de que Allison y Jim estaban en el patio delantero de ellos, mirando la pequeña escena. Habían sido testigos de todo. No tenía ninguna duda de que probablemente también los habían escuchado. A veces sus malos pensamientos le hacían creer que Allison incluso tenía micrófonos ocultos en cada casa del vecindario. «¡Mierda!».

Los vecinos apartaron su mirada rápidamente cuando se dieron cuenta de que los habían descubierto escuchando, pero Andrew alcanzó a ver la expresión en el rostro de Allison. Era muy parecida a la que había puesto en Año Nuevo, cuando le ayudó a Nathan a ir a su casa, solo que con un poco menos de especulación y mucho más de conocimiento.

Andrew entró en el sótano y cerró la puerta. Por un breve instante, se apoyó contra ella cerrando los ojos. Las últimas horas habían sido muy duras, con conversaciones difíciles, y la que tendría a continuación tampoco la deseaba. Abrió los ojos y vio a Nathan mirándolo fijamente; su rostro era indescifrable.

—Hola —dijo estúpidamente, sin saber por dónde empezar. Se preguntó si Nathan, si se lo pedía amablemente, lo envolvería en uno de esos grandes abrazos de oso suyos y lo dejaría llorar como una Magdalena. Lo cual le recordó algo—. Espera, tengo que quitarme los lentes de contacto. Los ojos me están matando.

Pasó junto a Nathan, todavía de pie en silencio en medio de la habitación. Su silencio empezaba a ser preocupante.

Un par de minutos más tarde, después de una breve batalla, se libró de las lentillas. Se echó agua en la cara y miró su reflejo en el espejo. Tenía aspecto de estar destrozado. Su semblante estaba tan pálido que las pecas destacaban, y sus ojos estaban enrojecidos e hinchados.

Plasmando una sonrisa en su rostro, volvió a entrar en la sala. Un par de brazos lo rodearon y, al fin, su cabeza descansó en el pecho de Nathan.

—Yo... —empezó, con su voz amortiguada por los pliegues de la camisa de Nathan.

—Shhh...

Más que oírlo, Andrew notó el tranquilizante sonido, y su cabeza fue acariciada de manera similar a como había acariciado la de Colin unos minutos antes.

Andrew abrió su boca para hablar de nuevo pero en lugar de eso se puso a llorar en el pecho de Nathan; los sollozos se intensificaron cuando finalmente dejó escapar el sufrimiento y la angustia acumulados durante el día. Encontró a sus manos aferrándose a la camisa de Nathan, enredando los dedos en el blando material mientras lloraba por el dolor y la confusión.

Nathan no dijo nada y tampoco lo soltó. Al contrario, los condujo hacia atrás para que ambos se sentaran en la cama de Andrew, y después continuó sosteniéndolo hasta que este terminó con sus lágrimas. Durante unos minutos se quedaron en la misma posición. Andrew estaba demasiado agotado para moverse, además de que el latido del corazón de Nathan le ayudaba a calmarse. Se preguntó si debería estar avergonzado por descomponerse de esa manera frente a su amigo, pero en ese momento no tenía la energía para realmente preocuparse por ello.

Aunque finalmente, Andrew levantó la cabeza y lo miró. Nathan aflojó un poco los brazos, pero no lo soltó por completo.

—Pareces una mierda —le dijo sin rodeos.

—Me siento como una mierda —coincidió Andrew, separándose para pasarse una mano por la cara.

Nathan lo soltó y fue al baño. Volvió con una toalla pequeña que usó para limpiarle el rostro, sosteniéndolo por la barbilla con una de sus grandes manos, mientras pasaba el paño frío por los ojos y las mejillas.

—Esto es agradable —murmuró Andrew, dejando que Nathan se hiciera cargo de él como si fuera un niño pequeño.

Nathan se detuvo por un minuto mientras enjuagaba el paño, y después le volvió a limpiar cuidadosamente la cara y terminó, secándolo con una toalla.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Mucho mejor —murmuró Andrew, empezando a sentirse un tanto avergonzado por la forma en que había perdido por completo el control.

—No lo hagas —dijo Nathan.

Andrew lo miró con un poco de confusión, ya que no había dicho nada.

—No te avergüences —repitió Nathan—. Parece que ha sido un día horrible.

Andrew asintió.

—Lo ha sido.

—¿Quieres contármelo? —Nathan caminó hacia donde estaba la cafetera. Como era habitual, Andrew había preparado café pero olvidado beberlo. Nathan sirvió dos tazas, vertiendo crema y azúcar en la suya, y las llevó consigo a la cama.

Andrew lo miró, pensando que hasta que lo conoció, no había tenido crema ni azúcar en el sótano. Aceptó la taza murmurando un «Gracias» y tomó un largo trago, ignorando la sensación casi de dolor que notó cuando el caliente líquido negro bajó por su garganta.

—Debes tener una garganta de hierro —comentó Nathan, no por primera vez.

Andrew lo ignoró, concentrándose en ingerir tanto café como le fuera posible antes de que tuviera que hablar.

Nathan dejó que el silencio se prolongara un poco más, y luego dijo:

—¿Entonces, tú y Stephanie finalmente os vais a separar?

Andrew asintió.

—Sí. Joe le pidió que se casara con él. Está harto de esperar. No puedo culparlo.

—No, en absoluto. Llevan juntos mucho tiempo. —Nathan hizo una pausa y continuó—: Ya me he dado cuenta de que se lo dijeron a Colin. ¿Qué hay de tus padres?

—Estaba hablando con mi madre cuando lo de Colin. Siento que estuviera tan enojado. No sabía que nos había visto... en el campamento.

Nathan agitó su mano en un gesto desdeñoso.

—No te preocupes, lo entiendo, y no es como si no nos hubiéramos, eh, besado. Yo, eh, me preguntaba qué quiso decir con que te hice llorar.

Andrew sintió sus mejillas arder, y agarró un hilo suelto de su edredón para evitar la mirada de Nathan.

—Me vio después de que me echaste de tu casa, justo antes de Año Nuevo. Sabía que iba a verte. Me descubrió regresando a los pocos minutos, aún con las bebidas, y yo, eh, estaba llorando un poco. —Levantó la visita y notó la expresión de sorpresa en Nathan—. Estaba enojado y molesto —dijo a la defensiva.

—Lo siento —susurró Nathan—. No tenía ni idea. Fui un completo idiota.

—Está en el pasado. Lo había olvidado hasta que Colin lo mencionó. Normalmente no soy así de débil. —Andrew se puso más rojo cuando Nathan arqueó una ceja—. Excepto hoy, tal vez.

Nathan pasó un brazo alrededor de él, abrazándolo fuertemente hasta que se relajó contra su hombro.

—¿Dónde vas a vivir? ¿En el estudio? Hay un apartamento encima, ¿no?

—Sí, pero lo alquilo, y el contrato de arrendamiento aún no vence. Me iré a vivir con Gary por un tiempo, hasta que pueda encontrar un nuevo lugar. Quizás me quede allá de forma permanente. —Andrew se inclinó buscando el calor del costado de Nathan.

Sintió que el brazo alrededor de su hombro se tensaba; entonces Nathan se apartó. Andrew lo miró, confundido por su alejamiento.

—¿Estás pensando en mudarte a Los Ángeles... de forma permanente? —preguntó Nathan muy lentamente.

Andrew asintió.

—Tengo algunos contactos allí y sería más fácil empezar mi negocio en algún lugar donde me conocieran en vez de comenzar de nuevo en una pequeña ciudad. —No podía descifrar la expresión de Nathan, pero por la contracción en su mejilla, habría dicho que estaba claramente molesto.

—¿Y qué hay de m... Colin?

«¿M...? ¿Mí?».

—Stephanie va a reducir las horas de su trabajo por un tiempo. Con el dinero que Joe aporte, ella estará feliz de encargarse de nuestro hijo hasta que sea más independiente. —Andrew optó por responder lo que en realidad Nathan había preguntado, y no lo implícito.

—Veo que has pensado en todo —soltó Nathan, hundiendo las manos en sus bolsillos.

—Eso espero. Claro, siempre y cuando surja trabajo, puedo conducir o tomar un vuelo entre aquí y Los Ángeles, y Colin puede venir a visitarme —explicó Andrew pacientemente.

—Bueno, eso está bien entonces —dijo Nathan.

«¿Qué es lo que me estoy perdiendo?».

Nathan se dirigió a la puerta. Andrew se sentó, estúpidamente paralizado en su lugar mientras el hombre que amaba se iba, y se preguntó una vez más qué era lo que se estaba perdiendo.

Nathan había puesto una mano en la puerta cuando se detuvo, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo hacia Andrew. Se colocó delante de él y le gritó:

—Dime algo, ¿ibas a decirme que te irías o solo te ibas a largar con Gary y dejar que me enterara a través de los vecinos? ¿Cuándo te vas exactamente?

—Mañana, a primera hora —le dijo Andrew débilmente, inclinándose un tanto hacia atrás—. Le llamé y va a reunirse conmigo en Los Ángeles pasado mañana.

—Así que si yo no hubiera venido, ¿no te habrías molestado en decírmelo?

—¡Claro que lo hubiera hecho! —Andrew estaba harto de que todos estuvieran gritándole aquel día. ¡Él ni siquiera había comenzado a hacerlo! —. Nathan, Stephanie me lo ha dicho esta mañana. Sabía que iba a verte hoy. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Cuál es el maldito problema?

—¿Problema? No hay problema, Andrew. ¿Por qué debería haber un problema? Lárgate a Los Ángeles, deja atrás tus problemas familiares, a m... —Nathan ahora tenía los puños apretados.

De repente, Andrew se levantó, forzándolo a que diera un paso atrás.

—De nuevo hay una «m». Todo esto es acerca de ti, ¿no? A ti te importa un comino Colin o Stephanie. Todo se trata del hecho de que te dejo aquí. Ah, no, no te vas a ir esta vez.

Le tiró del brazo mientras trataba de salir, obligándolo a pararse en seco.

—Quítame las manos de encima —espetó Nathan.

—¿Qué eres, una especie de virgen quejumbrosa? —Aun así, Andrew lo soltó—. Cielos, mi esposa acaba de decirme que quiere el divorcio, estoy perdiendo mi hogar, mi madre quiere que el pastor venga a pegarme en el trasero como hizo antes. —Andrew asintió con furia al ver la expresión de sorpresa de Nathan—. Oh, sí, puedes ver las cicatrices si piensas que estoy mintiendo. Mi hijo no me habla porque cree que estoy jodiéndome al vecino y abandonándolo, y el vecino... El puto vecino, o debería decir el vecino con el que en realidad sí jodí, quien se escapa a cada oportunidad, está enojado conmigo porque voy a tratar de recuperar mi vida. Dime, ¿he olvidado mencionar algo? —Se quedó sin aliento, su pecho subía y bajaba mientras trataba de calmarse. Diablos, sentía como si fuera a sufrir un derrame cerebral.

Nathan sacudió la cabeza.

—No, lo has cubierto todo. —Parecía aturdido por la ira de Andrew.

«¡Muy bien! Ya era hora de que dejara de pensar que soy un puto juguete con el que puede jugar cuando le da la gana».

—Voy a ir con Gary para pensar. Tú... tú tienes un montón de cosas que pensar. Yo soy el último de tus problemas.

—Pero tenemos que hablar. Necesito hablar de ello —dijo Nathan con desesperación. Agarró a Andrew por los brazos, casi sacudiéndolo.

Andrew se encogió de hombros. Hablar era lo que había estado haciendo todo el día, y mira lo que había conseguido. Observó al hombre que estaba frente a él. Dios, amaba a ese hombre, y necesitaban arreglar lo que sea que tuvieran, pero simplemente no podía lidiar con eso en aquellos momentos.

—Nate, ha sido un día horrible y mañana me espera un largo camino por delante. Dejémoslo por hoy.

—¿Así que eso es todo? ¿Vamos a terminar así? —La voz de Nathan se entrecortó un poco.

Andrew lo miró con tristeza.

—Nunca comenzamos, Nathan. Tuvimos sexo, eso fue todo.

—No te creo. —Nathan estaba como si Andrew le hubiera golpeado en el estómago—. Fue más que sexo. —Las palabras de su hermano volvieron a él. «¡Un toqueo en la oscuridad!».

—¿Lo fue? Eres un hombre casado, Nathan, con una bella esposa y un hermoso bebé. Un hombre heterosexual. No puedo esperar otros diez años para que decidas lo que eres. Lo hice una vez. Su nombre era Matt. Esperé dos años, solo para que él decidiera que estaba más enamorado de su esposa que de mí. Es tiempo de que también me comporte con más madurez. No voy a esperar más para que otra persona decida mi felicidad. —Andrew vio como el dolor abrumaba a Nathan.

«Así se hace, Drew. Deshazte del hombre ahora que está decaído».

Andrew observó como Nathan se giraba y salía de su casa y de su vida. Las lágrimas que no habían estado lejos de derramarse, emergieron de nuevo, pero resopló con fuerza, negándose a sucumbir. Como le había dicho a Nathan, al día siguiente tenía un largo viaje y todavía no había empacado. ¿Llorar desconsoladamente? Eso podía esperar.

LA ALARMA sonó al alba como un claxon en su oído. Gimió cuando se dio la vuelta y extendió un brazo para golpear la maldita cosa y silenciarla. Rodando sobre su espalda, Andrew se rascó el estómago y se puso a pensar en si las mañanas y los despertadores habían sido inventados por el diablo, como instrumentos de tortura. Miró hacia el bulto en la cama junto a él. No se había movido en absoluto, y parecía estar roncando ligeramente bajo el edredón.

Tragó saliva mientras lo contemplaba. Por la noche, Colin había bajado las escaleras hasta el sótano y preguntado si podía dormir en su cama por última vez antes de que se fuera a Los Ángeles. Andrew había puesto palomitas de maíz en el microondas, y juntos bebieron refresco y vieron su película favorita antes de ir a la cama.

Tan cuidadosamente como pudo, se levantó de la cama y caminó hacia el baño para ducharse. Cuando salió, Colin estaba sentado en la cama, bostezando y frotándose los ojos. Estaba relativamente limpio, por una vez, debido a la insistencia de su padre de que tenía que bañarse antes de meterse en la cama.

Colin lo miró; su labio inferior temblaba un poco al recordar lo que ocurriría ese día. Andrew se sentó en la cama y lo llevó a su regazo, envolviéndolo en un abrazo de oso.

—Voy regresar pronto. Lo prometo —le susurró en su suave cabello.

Notaba las lágrimas tibias sobre su pecho, y las suyas también se unieron a estas mientras los dos pensaban en las próximas semanas.

—¿Puedes volver para cuando se reinicien las clases? ¿Sí, papá? Siempre me has llevado a la escuela el primer día. —Colin parecía mucho más joven de lo que era al suplicarle que regresara.

Andrew lo abrazó con más fuerza. Era una tradición, y no iba a romperla.

—Prometo que estaré aquí. Desayunaremos tortitas y después te llevaré a la escuela.

—¿Joe va a ser mi papá ahora?—preguntó Colin en voz baja.

Andrew hizo una mueca. ¿Podría ser apuñalado con más fuerza?

—Yo soy tu padre y siempre lo seré. Él solo va a cuidar de ti cuando yo no esté aquí, Colin. Vas a obedecerlo, ¿de acuerdo? ¡Lo digo en serio! —añadió mientras miraba la cara rebelde de su hijo.

Colin se relajó contra él.

—Está bien —resopló—. Pero no voy a llamarlo papá.

Andrew lo apretó con fuerza y se bajó de la cama.

—No, no lo hagas. Ese es mi título. Me tengo que ir, hijo. Lo siento.

Las lágrimas amenazaban con salir de nuevo, pero Colin asintió.

—Voy a ir a buscar a mamá —dijo, y subió corriendo las escaleras hasta la casa.

Andrew respiró hondo al ver a su hijo salir. «Rayos, esto es muy duro».

EL AUTO estaba cargado y no había razón para retrasar su salida por más tiempo. Andrew se giró para decir adiós y se encontró a Colin esperándolo, casi pisándole los talones. Se arrodilló y lo abrazó sin decir palabra; los brazos de Colin se enroscaron férreamente alrededor de su cuello durante largos minutos.

Pero tenía que irse. Se desprendió de Colin y se lo entregó a Stephanie. Le dio un beso en la mejilla a la que pronto sería su exmujer, y dijo:

—Te llamaré cuando llegue.

Estaba en el auto, listo para salir, antes de que mirara a Colin y se despidiera con su mejor «¡Volveré!». Sonrió mientras el niño hacía un gesto de exasperación.

Mientras se alejaba, Andrew revisó el espejo retrovisor. Colin estaba envuelto en los brazos de Stephanie, pero tenía los ojos secos, determinado a ser valiente por su padre. Fuera de la vista de su familia, Andrew no era tan valiente, y las lágrimas fluyeron libremente.

Pasó por delante de la casa de Nathan. Las persianas estaban cerradas y no había señales de vida. A esa hora, Nathan normalmente estaría preparándose para salir a correr con los perros. Andrew nunca había ido con él, prefiriendo el calor de su cama. Por una vez, deseó haber hecho el esfuerzo de levantarse más temprano, para disfrutar de la salida del sol en vez de verla a través de una neblina borrosa de lágrimas.

Tenía una última cosa por hacer antes de irse, algo que no había discutido con nadie.

Se detuvo frente a la entrada del parque, el parque de ambos, a donde habían escapado de la primera parrillada para jugar al fútbol con Colin y los perros. En el transcurso del año, más y más hombres se les habían unido, y la intimidad se había perdido, pero todavía tenía un lugar especial en su corazón. Allí era donde se había sentido vivo por primera vez en años. Recordó la conversación con Stephanie de hacía un par de días. Suprimir cualquier emoción había sido fácil y mucho, mucho más seguro. Entonces Natán había entrado en su vida y luego ¡zas! Las barreras fueron derribadas con un brazo alrededor de sus hombros y su nariz embriagada por el aroma a sol y sudor.

Andrew se bajó del auto y cruzó las puertas. Hizo una pausa, tomando una bocanada profunda de aire fresco matutino, y comenzó a vagar por el parque. No tenía un itinerario, solo quería caminar y recordar.

Corrió brevemente para llegar a la colina donde Nathan lo había derribado. Ese fue el momento en que se dio cuenta de que no importaba lo que aquel hombre hiciera o cómo se comportara con él: había algo especial en Nate Peterson. Algo que le hacía querer perdonar todo el daño y los estúpidos malentendidos que le había causado.

Se detuvo en la cima, haciendo una pausa para recuperar el aliento. Bueno, no era un maniático del ejercicio como el hombre que lo perseguía en sus sueños.

—Deberías venir conmigo unas cuantas veces en vez de holgazanear en la cama.

Andrew cerró los ojos. Aquello era injusto. Atormentarlo así. Una rápida visita y se habría ido.

—¿Ni siquiera vas a decir hola? —El relajado acento se había convertido en algo más agudo, casi suplicante.

Andrew abrió los ojos y se dio la vuelta. Nathan estaba apoyado en un árbol con los perros a su lado, jadeando fuertemente. Estaba enrojecido y sudoroso, como si acabara de correr con todas sus fuerzas para llegar a ese punto. Pudo ver que intentaba parecer despreocupado por la forma en que estaba apoyado de manera informal contra el tronco del árbol, pero la tensión era muy evidente y clara en las líneas alrededor de su boca y en las sombras oscuras bajo sus ojos.

Dio un paso hacia Nathan, abriendo la boca para saludarlo. En lugar de eso, soltó un chillido rotundamente impropio de un hombre cuando fue envuelto en los brazos de Nathan, quien lo giró y lo empujó contra el tronco para poder meterle un musculoso muslo entre sus piernas. Trató de protestar; mejor dicho, trató de pensar en algo de qué protestar, mientras sin su consentimiento, su mano rodeó el cuello de Nathan, tirando de él para darle un beso. Su otra mano se deslizó bajo su camiseta sin mangas, sintiendo el movimiento de los sólidos músculos bajo la piel húmeda.

—¡Rayos!

Nathan gimió profundamente en su garganta, el retumbo se traspasó a Andrew a través de los labios aplastándose juntos, de las lenguas resbalando sobre los dientes y entrelazándose brevemente. Andrew podía sentir el roce del mentón de Nathan contra su propia incipiente barba y la presión del cuerpo de él, enorme y abrumador, forzando a su espalda dolorosamente contra la corteza del árbol.

Era estúpido y peligroso besarse así a la intemperie, pero Andrew no podía resistirse. Lo único que quería hacer era frotarse en el muslo de Nathan, hacerlo tan rápido como pudiera. Las manos del hombre estaban en todas partes: ahuecándose en el rostro, deslizándose sobre su trasero, desabrochándole el cinturón y... Diablos... Tener las manos así debería ser ilegal en todos los estados. Nathan agarró el miembro de Andrew y lo masturbó vigorosamente, frotando el pulgar sobre la hendidura. Andrew estaba siendo controlado, empujado tan fuerte que casi estaba sobre las puntas de sus pies, y lo odiaba, le encantaba, rayos, lo necesitaba mucho.

En su desesperación, puso las manos sobre los hombros de Nathan para tratar de recuperar un poco de control.

Otra pasada del dedo sobre la cabeza y eso fue todo, llegó al orgasmo, derramándose en la mano de Nathan, casi sollozando por el alivio. Nathan levantó la mano; no parecía saber qué hacer con una palma llena de semen. Andrew inclinó la cabeza y lamió un camino en el desastre. Nathan pareció ligeramente asqueado por un momento, hasta que Andrew lamió otra vez, y otra vez, largos y húmedos lametones sobre su palma, que lo hicieron estremecerse y temblar bajo su lengua. Lentamente Andrew le limpió la mano, chupando cada dedo hasta que no quedó nada de sí mismo; después le dio un beso, compartiendo el último resto

El beso siguió y siguió hasta que la fuerza de Nathan se agotó y bajó a Andrew al suelo. Las manos de Andrew se deslizaron por su pecho, frotándole los duros pezones bajo la camiseta sin mangas de color negro.

—Quiero chupártelo —gruñó, rozando con sus labios la oreja de Nathan.

Nathan se estremeció.

—¡Dios, sí!

Andrew miró por encima de Nathan. Era temprano, pero las personas utilizaban el parque para pasear a sus perros y correr. Ellos estaban a la vista de cualquier persona que utilizara aquel camino, y aunque ahora no era un secreto que era gay y se sentía orgulloso de serlo, Nathan todavía tenía que vivir allí. «Un poco tarde para ser prudente, Andrew».

Había un grupo de arbustos a un lado de ellos, así que arrastró a Nathan hasta allí para estar en un lugar más aislado. Los perros los siguieron, un poco contrariados porque su paseo se había interrumpido. En el momento en que estuvieron escondidos, Andrew se dio vuelta y avanzó hacia él, se aferró al dobladillo de la camiseta y tiró de esta para sacársela por la cabeza.

—Eh, Drew, ¿vas a desnudarme en público? —Había diversión en la voz de Nathan mientras era controlado por Andrew.

Andrew lo ignoró mientras comenzaba a besarle el cuello y el pecho, cuidando de no dejarle marcas, deseando poder morder y chupar, que se le

permitiera reclamarlo como suyo. Su lengua resbaló sobre un pezón, lamiendo a su alrededor y luego tiró suavemente mientras sus dedos jugaban con el otro. Nathan estaba murmurando algo, pero no podía entenderlo. Lo comprendió cuando comenzó a presionarlo con urgencia sobre sus hombros.

Andrew continuó succionando ligeramente todo el torso con sus besos, descendiendo; se detuvo solo un instante para apreciar la suave piel tonificada y el vientre plano que estaba allí para que lo tocara. En la noche de la discoteca, se habían explorado en la oscuridad. Ahora estaban a plena luz del día e iba a mirar, sabiendo que nunca podría conseguir otra oportunidad.

Alzó la vista y vio que Nathan lo observaba fijamente, como si él también estuviera tratando de memorizar todo lo que Andrew Matthews era. Andrew se había perdido en su mirada, abrumado por la oscuridad de sus ojos.

—Te necesito. Necesito esto —susurró Nathan, rompiendo el momento.

Andrew asintió y le bajó bruscamente los *shorts* deportivos.

—¡Cuidado! —protestó Nathan, y sus ojos se pusieron en blanco cuando fue engullido—. Oh, Dios, Andrew.

Andrew lo deseaba. Deseaba que aquel momento nunca acabara. Quería oírlo gimiendo su nombre una y otra vez mientras su lengua jugaba con la cabeza de su miembro. Nathan era enorme y estaba duro, y diablos, necesitaba aquello en su boca, volver a probar su sabor, la textura. Lo tragó hasta donde pudo, hasta que la cabeza estuvo empujando en la parte posterior de su garganta. Nathan había estado inquieto, sus manos se movían errantes por la cara y el pelo de Andrew; luego, cuando este logró tomarlo por completo, repentinamente se paralizó murmurando:

—Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, rayos, por favor.

Y llegó al clímax; interminables torrentes calientes bajaron por la garganta de Andrew. Nathan trató de retirarse, pero Andrew lo retuvo poniéndole las manos en el trasero, sosteniéndolo en su lugar hasta que hubo terminado. Lo soltó conforme se fue suavizando, y descansó su

mejilla por un minuto contra el vello corto, inhalando el olor que lo anclaba a ese hombre. Nathan ahuecó las manos en su cara, acariciándole con los dedos la mejilla mientras se recuperaba del orgasmo.

El ladrido de un perro a lo lejos lo sobresaltó, de pronto haciendo a Andrew consciente de lo vulnerables que eran. De mala gana, le subió los *shorts* y buscó la descartada camiseta. Nathan la halló y la recogió; la sacudió enérgicamente para quitarle las hojas y ramas que se aferraban al material.

Entonces le sonrió.

—Parecerá que estuve revolcándome sobre los arbustos.

Andrew le devolvió la sonrisa; entonces el pensamiento de lo que habían estado haciendo golpeó sus mentes y notó que la mirada de Nathan se convirtió en una excitada y dura, y Dios, quería mucho más de aquel hombre. Aquello no había sido suficiente.

—Andrew, tengo que...

Andrew dio un paso atrás.

—Te tienes que ir. —No era una pregunta.

Nathan asintió.

—No quisiera, pero... —Sus ojos parecían preocupados, y eso fue más que nada lo que impidió que Andrew se alejara cuando estaba a punto de ser abandonado otra vez. Aquello era por lo que no podía quedarse, el permanecer siempre por detrás de la familia. Necesitaba más que eso.

Se encogió de hombros, aparentemente indiferente.

—Lo entiendo, Nate. De todos modos tengo que continuar con mi camino. Me espera un largo trecho que conducir.

Nathan le miró desesperado mientras comenzaban a caminar para salir de los arbustos; les silbó a los perros, quienes se habían desperdigado cuando se aburrieron. *Tyler* y *Ruby* se encaminaron hacia ellos, encantados de ponerse en movimiento de nuevo. Como de costumbre, *Mollie* estaba distraída en sus propias cosas.

En silencio, caminaron hacia la puerta donde estaba estacionado el auto. Andrew trató de pensar en algo, cualquier cosa para retrasar el momento de la separación, pero su estúpido, senil e inútil cerebro estaba en blanco.

—Seis meses.

—¿Qué? —Andrew frunció el ceño cuando Nathan de pronto se detuvo, agarrándolo del brazo para impedirle irse. La mirada del más joven se clavó en él, rogándole que escuchara.

—Dame seis meses.

«¡Oh!».

Andrew sacudió la cabeza.

—Nate, he pasado por esto. Ya no voy a esperar más. ¿No son suficientes diez años? —Lo miró. Nathan estaba muy pálido y tragó saliva convulsivamente, pero notó un ligero brillo en sus ojos.

—Te amo —espetó Nathan.

Cerrando los ojos para no ver la cara seria de Nathan, se preguntó por qué Dios le estaba haciendo aquello tan difícil.

—Yo también te amo, Nate. —Miró a su alrededor. No había nadie a la vista, por lo que corrió el riesgo de rozar rápidamente sus labios contra los de él. No estaba muy seguro de por qué se preocupaba por un beso, considerando lo que acababan de hacer—. Pero eso no cambia el hecho de que tengo que ordenar mi vida.

—En Los Ángeles. —Nathan tenía el ceño fruncido, formando una línea profunda entre sus cejas.

—Tal vez —concedió Andrew, ignorando su mirada furiosa—. Estaré de vuelta en un par de semanas, de momento. Le prometí a Colin que estaría aquí para el comienzo del nuevo año escolar, y tengo negocios que finalizar.

—¿Por qué no puedes vivir en Castleton, cerca de tu hijo, y por qué no, cerca de mí? —dijo Nathan con terquedad.

—¿Te refieres a ser como solíamos ser antes? —dijo Andrew, alzando la voz con ira—. ¿Escapadas al parque y salidas nocturnas a la discoteca? ¿Es eso suficiente para ti? Porque no lo es para mí. O tal vez eso es lo que quieres. Puedo ser tu aventura, donde obtienes un poco de emoción cuando las cosas se ponen demasiado aburridas en casa.

La cara de Nathan estaba blanca y compungida.

—Eso es injusto.

—¿Lo es?—Andrew también podía ser directo.

Nathan exhaló sonoramente, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Carajo, Drew, ¿qué quieres de mí? ¿Quieres que deje a mi esposa e hijo, por no hablar de mi trabajo, para el que me he preparado tanto y en el que soy bueno?

—Yo... yo... Diablos, no quiero que lastimes a Alex ni a Daniel, pero sí, te quiero para mí. En mi cama, en mi vida... todo el tiempo. —La ira se desvaneció en los ojos de Nathan por la sinceridad de Andrew—. Pero no quiero seguir esperando algo que nunca sucederá. Estoy muy cansado de esperar. Quiero una relación. Tengo casi treinta años y nunca he tenido una verdadera relación con nadie.

—No quiero vivir en Los Ángeles. Eso es demasiado lejos de Daniel —espetó Nathan.

Los ojos de Andrew se abrieron como platos.

—¿Nate?

Nathan humedeció sus labios como si estuviera repentinamente nervioso.

—Vete por un tiempo. Ordena tus pensamientos. Te veré cuando regreses. Pero... no hagas grandes planes sin hablar conmigo primero, ¿de acuerdo?

Había una extraña sensación en la boca del estómago de Andrew, una muy extraña y aterradora. Pensó que tal vez, esta vez... Asintió, con los ojos fijos en Nathan, y después se volvió hacia el auto. Era hora de marcharse.

—Saluda a Gary de mi parte. Dile que mantenga sus manos lejos de ti
—gritó Nathan; el relajado acento texano calentó su corazón.

Andrew sonrió mientras seguía caminando.

—No prometo nada. Un hombre tiene que divertirse mientras espera.

—¡Oye!

Andrew estaba seguro de que se suponía que no tenía que oír el «No con mi hombre».

NUNCA HABÍA pasado nada en la vida de Andrew de lo que tuviera el control. Siempre había sido la marioneta de otra persona. Desde el momento en el que anunció que creía que podía ser gay, su madre había controlado su existencia. Lo había sermoneado, golpeado y, finalmente, obligado a contraer un matrimonio que no quería, porque no había sido lo suficientemente valiente como para oponerse a ella y decirle: «Esto es lo que soy, Andrew Matthews, un hombre gay».

Y allí estaba él, con veintisiete años de edad y apenas dando esos pequeños pasos hacia el mundo. Conduciendo sin mirar atrás y dejando atrás a su hijo y al hombre que amaba, al menos por un tiempo. No era el final, pero sin duda era un nuevo comienzo.

Ya era hora de que la aguja del tocadiscos bajara para comenzar a tocar una nueva canción.^{1}

CAPÍTULO 10

—YA HE regresado —anunció Andrew mientras entraba de espaldas hacia el pasillo con una enorme maleta, un trípode y una cámara en precario equilibrio en sus brazos—. ¿Compraste cervezas? Puedo ir a por ellas si no lo hiciste —dijo, sin esperar una respuesta. Trató de darle con el pie a la puerta para cerrarla, y maldijo cuando rebotó y chocó contra él, casi tirándolo.

—A ver, deja que te ayude. —Dos grandes manos se acercaron a él, tomando la bolsa y el trípode—. Gary está en la cocina con Gabe. Hallarás allí un montón de cerveza si llegas a ella antes de que lo hagan esos dos.

Un gran cuerpo caliente se pegó contra él por un breve momento, trayéndole recuerdos que había hecho todo lo posible por reprimir. Luego se alejó, dejándole el corazón trabado en su pecho.

—¿Na... Nathan?

Andrew se volvió lentamente y vio al hombre que lo perseguía en sueños de pie delante de él, sosteniendo el equipamiento de la cámara en sus brazos. Estaba sonriéndole tímidamente, como si no estuviera muy seguro de su recibimiento. Cristo, estaba fantástico, y más musculoso si ese breve roce entre ellos no le había mentido.

—Hola —dijo Nathan con voz ronca.

—Yo... tú... eh —tartamudeó Andrew, incapaz de formar una frase coherente, y se ruborizó cuando Nathan arqueó una ceja, claramente divertido por su balbuceo.

—También me alegro de verte. Vine con Gabe. Llegamos hace un par de horas.

Andrew frunció el ceño.

—Gary no mencionó que fueras a venir.

Nathan parecía avergonzado.

—Le pedí que no lo hiciera. Quería que fuera una sorpresa. Tenía la esperanza de que estuvieras contento de verme. Estás contento de verme, ¿verdad? —preguntó con incertidumbre.

—Sí, por supuesto —murmuró Andrew. Por supuesto que estaba contento de verlo. Pero podría haberle advertido para poder prepararse, reunir algunas defensas. Y no actuar como un estúpido cuando se vieran de nuevo. Dios, no quería mantener una conversación educada. Deseaba joder con él hasta la extenuación, allí mismo, en aquel momento, en la maldita alfombra del pasillo que olía a cerveza, cigarrillos y al gato callejero que parecía que le gustaba ir a visitarlos. Claro, como si eso fuera a pasar. ¿Para qué demonios estaba allí entonces?

La sonrisa de Nathan había flaqueado.

—Perdón. No pensé. Yo, eh, puedo encontrar un motel o algo así. —Se pasó una mano por el pelo, despeinándose.

Andrew quería arreglárselo como si se tratara de Colin.

—No, perdona, es que me he sorprendido mucho al encontrarte aquí. Por supuesto que estoy contento de verte. ¿Cómo estás? ¿Qué tal Alex y Daniel? —Se apresuró a tranquilizarlo.

Nathan parecía incómodo. Eso era comprensible. Le estaba hablando sobre la mujer a la que le había sido infiel con él.

—Están bien. ¿De verdad no te importa que esté aquí? Quiero decir, no han pasado seis meses todavía.

Como si Andrew necesitara que le recordara la promesa que había conseguido de él. En realidad habían pasado cuatro meses y doce días, ¿pero quién llevaba la cuenta? Probablemente también podría decir cuántas horas si se lo pedían. ¿Por qué Nathan estaba allí?

—En serio, está bien. Deshagámonos de estas cosas y vayamos a por una cerveza.

Lo condujo a su habitación. Batallaron brevemente con el armario para guardar el equipo. Andrew cerró la puerta del desorden y se volvió para

mirar a Nathan, quien lo miraba fijamente. Esperó un minuto, pero Nathan no le dijo nada y su expresión tampoco cambió.

—¿Qué te pasa? —preguntó Andrew, moviéndose nerviosamente un poco ante el escrutinio.

—Has cambiado —comentó Nathan en voz baja.

Andrew frunció el ceño.

—Supongo que tengo el cabello un poco más largo. Y me salieron más pecas por el sol.

Sacudiendo la cabeza, Nathan dijo:

—Eso no es todo. Pareces más libre, más... —Su lengua se trabó en las siguientes palabras—. Más obviamente gay.

Andrew soltó un bufido.

—Amigo, soy gay. Tú más que nadie deberías saberlo.

—Pero antes no lo parecías.

—Ahora ya no vivo en los suburbios. Supongo que puedo ser un poco más abierto. He pasado la mitad de mi vida tratando de encajar en el rol de padre ideal heterosexual. ¿Puedes culparme por querer terminar con eso? —La voz de Andrew se hizo más aguda hacia el final.

Nathan se acercó y le puso una mano en el brazo en un gesto tranquilizador.

—No he dicho que te culpé, o que me importe. Tienes muy buen aspecto. Las mechas rubias realmente te quedan bien. Solo necesito acostumbrarme, eso es todo.

—Pero no dejarías que te vieran caminando por la calle con un maricón —dijo Andrew amargamente, no realmente calmado. Evidentemente no importaba lo que hubiera pasado entre ellos. Nate nunca haría frente a la idea de ser gay o por lo menos a la de ser bisexual. Estaba engañándose a sí mismo si pensaba de otra manera.

—Sí lo haría, contigo —dijo Nathan con sencillez, inclinándose hacia delante para besarlo.

Andrew se aferró a la camisa de Nathan, atrayéndolo para que cada parte de ese cuerpo musculoso estuviera contra él, y que lo partiera un rayo si el hombre no parecía más grande y más fuerte que nunca. Todos los asuntos y preocupaciones fueron olvidados en su deseo por tocar y sentirlo una vez más.

—No juegues conmigo —dijo intercalando entre cada palabra besos que se volvieron más salvajes a medida que se aproximaba el final de la orden. Andrew podía sentir los dedos de Nathan clavándose con más fuerza en su espalda.

—Te deseo —gimió Nathan contra sus labios, y después solo sus labios se tocaron mientras se desabotonaban las ropas con prisa por desnudarse: sin delicadeza, ni sutileza, solo con un deseo urgente por sentir piel.

Nathan no perdió el tiempo; una vez que ambos estuvieron desnudos, levantó a Andrew en sus brazos y lo arrojó sobre la cama. El chillido que soltó este, fue tragado cuando Nathan se colocó encima de él y de nuevo le cubrió la boca con la suya.

—¡Diablos! —gimió Andrew en su boca, y se retorció debajo de él; la acción provocó que sus penes se deslizaran uno contra el otro.

—¡Cristo! Deja de hacer eso, no voy a aguantar. —Nathan estaba prácticamente perforando su labio.

Andrew sonrió maliciosamente, moviéndose un poco, y Nathan gruñó, su desesperación vibró en la boca de Andrew.

La sonrisa desapareció cuando Nathan empujó sus caderas contra las de Andrew con tanta fuerza, que este siseó agudamente y tuvo que meter la mano entre ellos para sujetar la base de su pene.

—¿Algún problema, Drew? —preguntó Nathan mientras con una mano acariciaba la suave piel del costado y de la cadera de Andrew.

Andrew no se molestó en contestar, no podía concentrarse en poner «acabar» y «joder» en una frase coherente. En lugar de eso, le empujó el hombro, esperando que lo entendiera. Hubo una corta pausa mientras se daba cuenta de lo que Andrew quería, y entonces obedientemente descendió hacia el pie de la cama para poder concentrarse en el asunto en cuestión.

Un largo lametón desde los testículos hasta la punta del miembro de Andrew, lo tuvo arqueándose fuera de la cama. Solo las enormes manos de Nathan colocadas en sus caderas lo detuvieron, y entonces se aferró a las sábanas, almohadas y todo lo que tenía a su alcance, mientras lo engullía.

—¡Joder, mierda! —gritó, sin importarle que probablemente podía ser oído por la mitad de los apartamentos. Nathan no le había hecho esto antes, pero era evidente que había estado tomando notas. Cada truco y giro que Andrew había hecho con él, estaba siendo devuelto con creces y, rayos, ¿qué era eso con la lengua?

Gimió por la pérdida cuando Nathan lo liberó, y lo siguiente que supo fue que estaba boca abajo, con una almohada debajo de sus caderas.

—¿Qué...? —Trató de mirarlo por encima de su hombro—. ¿Nate, estás seguro de esto?

Nathan le devolvió la mirada, con sus labios hinchados y brillantes.

—¿Quieres que me detenga?

—Claro que no.

—Entonces cállate y déjame continuar.

Andrew se calló, cualquier inquietud persistente fue silenciada por la cálida lengua lamiendo su columna vertebral. Siguió la curva de la columna hasta llegar a su trasero. Hubo una vacilación y luego recibió besos calientes en un glúteo, luego en el otro, hasta que esa lengua traviesa lamió sus testículos. Andrew no podía respirar correctamente, ni hablar; tampoco pensar más allá de: «Hazlo ya, por favor». El aire estaba atrapado en su pecho mientras sus bolas eran absorbidas por un calor acogedor. Todo su mundo se redujo a aquella cama y aquel hombre.

Se halló gimiendo en su almohada mientras Nathan lamía la delgada piel detrás de sus testículos y se trasladaba hasta penetrarlo con su lengua, abriéndolo con ella, una y otra vez; el calor, el sudor, la intensa excitación de eso obligándole a empujar contra la cara de Nathan. Este no pareció prestarle atención, y continuó lamiendo y penetrando hasta que Andrew le estuvo rogando que le permitiera correrse, «por favor».

—Que boca tan obscena tienes, Drew.

—Que lengua tan obscena tienes, Nate. Ahora ponla de nuevo en donde le corresponde —logró soltar Andrew.

Nathan lanzó una carcajada.

—¿Vas a suplicar?

—Por favor —suplicó Andrew. Era un hombre necesitado, y en ese momento lanzaría su vida por la borda si eso significaba que iba a conseguir que esa lengua regresara a donde la necesitaba.

—Me encanta oír tu voz. Áspera y necesitada —dijo Nathan antes de hacer lo que se le había pedido, penetrándolo con la lengua e introduciéndola tan lejos como podía, hasta que Andrew estuvo casi gimoteando en éxtasis.

Andrew necesitaba más.

—Jódeme —le ordenó.

—Sí.

Andrew se estiró y agarró el lubricante y los condones de la mesita de noche; después hubo un dedo preparándolo, y luego dos, dilatándolo para un enorme pene.

—Diablos, tus dedos son grandes —murmuró.

Nathan deslizó una mano alrededor de él para colocarla posesivamente en su vientre mientras lo invadía con sus dedos.

—¿Es demasiado para ti? —quiso saber, con los labios moviéndose en el cuello de Andrew.

—Nunca. —Andrew se atragantó, sintiendo los dedos deslizarse en su próstata. Protestó por la falta de estos cuando Nathan los retiró.

Nathan alzó ligeramente a Andrew, para luego bajarlo en su pene, embistiéndolo.

—¡Jesús!

—¡Diablos!

Ambos gritaron cuando la sensación los golpeó, y entonces no hubo marcha atrás. Andrew se sujetó a la cabecera para darle a Nathan el control

y este lo agarró de las caderas, lo suficientemente fuerte como para dejarle moratones, y se movió hacia dentro y fuera de Andrew, sin ritmo ni delicadeza, mientras se abría paso en él.

Andrew jadeó mientras sus testículos se endurecían, y entonces soltó una mano para tocarse; hilos blancos salieron disparados contra la cabecera y las almohadas de la cama. Más que oírlo, sintió el gemido de Nathan cuando alcanzó su propio orgasmo, y Andrew acabó sentado en el regazo del hombre mientras este se estremecía y jadeaba en su oído; al final se desplomó contra su espalda.

Pasaron varios minutos antes de que alguno de los dos reuniera la energía para moverse; Andrew disfrutaba de la resbaladiza intimidad del cuerpo de Nathan alrededor de él. Pero, al final, tuvo que moverse cuando un calambre amenazó los músculos de su muslo. Se separaron, y se apoyó en sus temblorosas piernas para ir a buscar una toalla con la que limpiarse. Se la lanzó a Nathan y se subió de nuevo a la cama. Nathan se limpió y extendió una mano con la que atrajo a Andrew para acurrucarse con él en la cama.

—Realmente debería ir a saludar a Gabe —comentó Andrew, sin hacer ningún movimiento para abandonar la seguridad del abrazo de Nathan.

—Dentro de un rato —acordó Nathan.

Andrew cerró los ojos, solo por un minuto. Gabe podía esperar.

ANDREW SE despertó, y por un momento fue incapaz de procesar por qué había una persona caliente y sudorosa enroscada alrededor de él en su cama. Entonces recordó y la más amplia sonrisa se deslizó por su rostro. Nathan estaba allí, en Los Ángeles, y lo había chupado y habían jodido sensacionalmente. No era de extrañar que su trasero estuviera dolorido.

No quería moverse, pero la naturaleza lo llamaba y la mano de Nathan estaba extendida en su vientre, presionando la vejiga, por lo que la necesidad era más urgente. Al final, se liberó suavemente, sonriendo mientras Nathan resoplaba en el cálido espacio que acababa de desocupar.

Se puso un pantalón deportivo y una camiseta, y se dirigió al baño para después ir en busca de una cerveza.

Andrew podía oír a Gabe y Gary jugando a Guitar Hero en la sala. Se arregló lo mejor que pudo y fue a donde estaban. El juego obviamente había terminado, porque Gabe le miró con una gran sonrisa extendida en su rostro.

—¿Has terminado de saludar a Nate?

Andrew se sonrojó un poco, pero se limitó a decir: «Sí», y fue a por la cerveza.

Unos minutos después, se sentó junto a su compañero de piso, con una botella en mano.

—No me dijiste que íbamos a tener invitados este fin de semana —le reprochó con suavidad.

Gary levantó las manos en señal de rendición.

—Me hicieron jurar que mantendría el secreto. Nathan quería que fuera una sorpresa.

—Sí, algo así ha sido. —Andrew le dirigió una mirada que decía que él se merecía más lealtad. Gary asintió, un poco en tono de disculpa.

—¿Dónde está mi chico? —preguntó Gabe, mientras se rascaba la pierna.

—Está durmiendo. —El color escarlata de nuevo se deslizó por el rostro de Andrew, pero mantuvo la compostura.

Gabe soltó una risita.

—Me lo imagino. Ha sido una semana muy complicada para Nate, con eso de que se enteró del nuevo bebé y todo.

Andrew se preguntó si era posible romperse en mil pedazos sin que nadie se diera cuenta. Ciertamente ni Gary ni Gabe parecían haberse dado cuenta de que estaba destrozado. Podía oír a Gabe balbuceando acerca de Nathan, Alex y el bebé.

«Bebé».

Nathan y Alex estaban esperando otro bebé y él no lo sabía. Había pensado —había dolor en su pecho— tontamente, como así fue, que Nathan finalmente había decidido que quería estar con él. Estúpido, estúpido... Nadie lo quería. Dolor, sufrimiento... Alguien estaba gimiendo, tratando de respirar, necesitaba que se callaran para poder morir en paz...

—¿Andy?

«Dolor».

—¿Andy?

«¿Por qué Gary continua diciendo mi nombre?».

—Andy, amigo, mírame.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no está hablando?

Andrew podía oír a Gabe. Parecía presa del pánico. Quería preguntarle por qué, pero en realidad el dolor en su pecho era quien dominaba sus pensamientos.

—Está hiperventilando. Hay algunas bolsas de papel en uno de los cajones de la cocina. Ve y tráeme una de esas —ordenó Gary—. Andy, concéntrate en mi voz. —Parecía muy tranquilo. A Andrew le gustaba la calma. Quizá Gary pudiera barrer los pedazos de su corazón y tirarlos a la basura, entonces podría descansar—. Andy, respira en la bolsa.

Lo estaba intentando maldita sea, pero el dolor era demasiado.

... Respiración...

... Respiración...

... Respiración...

... Menos dolor...

—Bien, está bien ahora. Lo estás haciendo muy bien. —La mano de Gary frotaba suavemente de forma repetitiva en su espalda baja—. ¿Estás conmigo ahora?

Andrew asintió y se apoyó en Gary. Un vaso de agua se presionó en su mano y bebió de este espacio. Levantó la mirada y vio el rostro preocupado de Gabe a centímetros del suyo.

—Perdón por asustaros —se disculpó débilmente.

Gabe le dio unas palmaditas en el brazo.

—Cielos, eso ha sido aterrador. Pensé que estabas teniendo un ataque al corazón. ¿Estás bien ahora, amigo?

—Sí, parece más dramático de lo que es. Estoy bien.

—Pero, ¿por qué tú...? Oh, mierda, no lo sabías, ¿verdad? No te lo ha dicho. ¡Ese estúpido hijo de puta no te ha dicho lo del bebé! —La voz de Gabe se elevó con agitación.

Andrew jadeó cuando su pecho tuvo otra punzada. Gary lo abrazó acercándolo y dijo:

—Cállate, Gabe. Tiene que mantenerse calmado ahora.

—Lo siento —murmuró Gabe—. Pero...

—No sabía lo del bebé —confirmó Andrew, deseando poder ir a acostarse en su cama.

—¿Qué está pasando? —La aguda voz de Nathan cortó sus pensamientos mientras este lo miraba en los brazos de Gary—. Drew, ¿qué ha pasado?

Andrew no le hizo caso y se volvió hacia Gary.

—Tengo que hacer una llamada telefónica. ¿Me puedes pedir un taxi?

—Por supuesto. —Gary asintió y le ayudó a ponerse en pie, sirviéndole de apoyo cuando se tambaleó ligeramente.

—Drew, ¿a dónde vas? ¿Qué está pasando? —preguntó Nathan con incertidumbre. Por la indiferencia de los demás, parecía que fuera transparente.

—Asegúrate de que se haya ido cuando regrese —le dijo Andrew a Gary—. Voy a quedarme con Rich esta noche.

—¿Rich? ¿Quién es Rich? Andrew, ¿por qué me dejas? —Nathan se movió hacia adelante para impedirle que se fuera de la sala.

—Fuera de nuestro camino —le advirtió Gary, con un toque de disgusto en su voz.

—Le he dicho lo del bebé —aclaró Gabe rápidamente, antes de que Nathan pudiera decir algo más.

Andrew observó la deformación de la cara de Nathan. Cualquier esperanza de que todo hubiera sido un gran error, desapareció, y con la ayuda de Gary, pasó junto a él y entró en su habitación para tomar su teléfono.

La habitación olía a sexo. Al sexo que habían tenido. Andrew quería vomitar. Sin decir una palabra, Gary empujó a Andrew sobre la cama y se fue a abrir una ventana. Su teléfono estaba en la mesita de noche donde lo había puesto antes. Gary marcó el número y se lo entregó a Andrew cuando empezó a sonar.

—¿Hola, Andy?

Andrew apretó el teléfono con fuerza al oír la voz sorprendida de Rich. Trató de hablar pero su garganta se había atascado.

—¿Estás bien? —oyó que preguntaba Rich.

Gary le arrebató el teléfono y habló.

—¿Rich? Sí, bien, gracias. Escucha, Andy necesita un lugar para pasar la noche. ¿Está bien si lo mando para tu casa? Puede tomar un taxi. —Hubo una pausa, y luego—: Se lo diré. Como en unos quince minutos. Sí, nos vemos dentro de un rato.

Puso el teléfono donde lo encontró y comenzó a rebuscar en los cajones de Andrew.

—Vendrá a recogerte.

—¿Qué? No, quiero decir, puedo tomar un taxi —protestó Andrew.

Gary se encogió de hombros.

—Rich ha insistido, y por una vez, creo que tiene razón. ¿Esta ropa está bien? —dijo, mostrándole lo que había metido en una pequeña maleta.

Andrew asintió con indiferencia. Estaba demasiado cansado para discutir con Gary.

Hubo un quedo toque en la puerta y Nathan entró; Gabe lo seguía. Si Andrew hubiera tenido la energía, se habría reído de la forma en que Gary

se colocó entre él y Nathan.

—¿Qué quieres?

Nathan se detuvo en cuanto entró en la habitación.

—Solo quiero hablar con Andrew —le respondió.

Gary resopló.

—Hombre, eso debiste hacer hace un par de horas. Ahora es un poco tarde para eso.

—No quise... Yo solo... —intentó Nathan.

—¿Un revolcón de despedida? —Andrew se levantó con cansancio—. Está bien, Gary. Lo entiendo, Nate, de verdad. Viniste a decírmelo en persona, supongo que debería estarte agradecido por eso.

Nathan apartó a Gary para ponerse frente a Andrew. Extendió la mano para sujetarlo, pero se detuvo cuando lo vio alejarse.

—No vine para eso. Quería... quería explicar por qué...

—Vaya forma de explicar —gruñó Gary.

—Cállate, Gary —dijeron los dos.

—Solo quería volver a verte —dijo Nathan con impotencia—. Ella... No puedo dejarla con dos bebés. Pero cuando te vi...

—Lo que sea. —Andrew estaba cansado de ser razonable y no quería escuchar excusas. Agarró la maleta y el teléfono, y lo esquivó por segunda vez, liberándose de la mano que Nathan extendió para detenerlo.

El timbre de la puerta sonó. Andrew fue a abrir la puerta. Como era de esperar, se trataba de Rich; su semblante era de preocupación. Envolvió a Andrew en un rápido abrazo y le dio un beso en la parte superior de su cabeza.

—Gracias por venir tan rápido —murmuró Andrew, enterrando el rostro en su hombro. Notó que Rich le acariciaba la cabeza.

—No hay problema. ¿Estás listo?

Andrew asintió y salió sin molestarse en decir adiós.

—Por favor, Andrew, no te vayas. Tenemos que hablar.

Endureciendo su expresión, Andrew se giró hacia Nathan.

—Lo entiendo, de verdad. No puedes dejar a tu esposa y eres un hombre decente. Pero no voy a esperar ni a fingir más. Vuelve con tu esposa y tus hijos. No voy a molestarte. Volveré mañana. Asegúrate de haberte marchado para entonces. Adiós, Gabe. —Volvió su atención a Rich—. Vayámonos de aquí.

Rich deslizó su brazo alrededor del hombro de Andrew y lo condujo fuera del apartamento. Y casi valió la pena escuchar a Nathan decir furiosamente: «¿Quién diablos es Rich?», y a Gary: «No es tu puto asunto», cuando la puerta se cerró detrás de ellos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

IBA A vomitar, a desmayarse, a comportarse como un maldito llorón tan pronto como pusiera un pie en el lugar que solía llamar hogar. Los nudillos de Andrew se volvieron blancos cuando el auto se detuvo en la calle y pudo ver su vieja casa con un desconocido Impala azul estacionado en la entrada.

—¿Estás bien?

Dios, si oía esa pregunta una vez más... De todos modos ya era muy tarde para eso. Andrew pudo ver a Colin salir disparado desde la esquina de la casa para ir a saludarlo, justo cuando estacionaron detrás del Chevy. No podía decir «Llévame a casa», ¿o sí?

Una cálida mano se posó sobre sus puños cerrados y los apretó suavemente.

—Vamos, entremos. Te sentirás mejor una vez que hayas tomado un trago.

Obediente, Andrew salió del coche, y fue envuelto en los brazos de su hijo. Su hijo, quien al parecer había crecido repentinamente unos diez centímetros, ahora le llegaba más allá de los hombros. Automáticamente sus brazos rodearon a Colin, sosteniéndolo cerca, y durante unos minutos hundió la cabeza en el pelo un tanto grasiento de su hijo; estaba feliz de abrazarlo por primera vez en meses. No hablaban, Andrew sentía los hombros de su hijo temblar ligeramente contra su pecho. Lo sostuvo un poco más fuerte y cerró los ojos.

—Colin, ¿vas a dejar que tu padre entre?

El familiar tono de desaprobación de su madre penetró en su abrazo y Andrew suspiró, sabiendo que tenía que enfrentarse de nuevo al mundo.

Colin sorbió y levantó la cabeza; había un brillo travieso en sus ojos al sonreír a su padre.

—Está enojada conmigo porque te he saludado primero. Ha estado diciéndoles a todos que ella debía ser quien te recibiera. Solo quiere mostrar que es grandiosa. —Ante la expresión desconcertada de Andrew, añadió—: Sí, eso es lo que pensamos, así que mamá se aseguró de que estuviera ocupada hasta que llegaras.

Andrew le sonrió, uniéndose a la conspiración del menor de los Matthews. Pasó un brazo alrededor de sus hombros y se volvió para saludar a su madre, sabiendo que no podía postergar por más tiempo el momento.

—Mamá, estás más bella que nunca. —Le dio un beso en la mejilla. Ella olía a rosas y lirios.

Su madre le brindó una cálida sonrisa, y Andrew pudo ver que Ruth realmente estaba tratando de parecer alegre, lo cual debió haber ido en contra de todo lo que ella creía. Solo los labios ligeramente fruncidos desmentían sus sentimientos.

Andrew se volvió hacia el hombre que había estado esperando pacientemente en el otro lado del coche, mientras que los saludos se efectuaban. Le hizo señas para que se acercara y el hombre se movió para estar junto a él. Tomando una respiración profunda, Andrew lo tomó de la mano y dijo:

—Mamá, quiero que conozcas a mi novio, Rich.

Rich le tendió la mano a la mujer y Andrew contuvo la respiración cuando ella vaciló antes de tomarla, diciendo:

—Es un placer conocerte al fin, Rich.

—También lo es para mí, señora Matthews. —La voz de Rich era ligera y agradable, sin mostrar signos de nerviosismo, cuando por primera vez se presentó ante la abiertamente homofóbica madre de su novio.

Ella le dedicó una sonrisa tensa.

—Por favor, llámame Ruth. Todos me dicen así.

Andrew la miró con recelo, más preocupado por cuán encantadora estaba siendo en vez de mostrar su habitual hostilidad sobre su

homosexualidad. Sin embargo, su fachada amistosa no mostró ningún signo de caérsele mientras los guiaba hacia la casa para que saludaran a Stephanie y Joe, y eso dejó a Andrew completamente desconcertado.

Andrew pasó su brazo alrededor de Rich y siguió a Colin y a Ruth a la casa. No pudo evitar mirar hacia la casa con el número veinticuatro, para ver si había alguna señal de vida. Rich notó la dirección de su mirada y Andrew se sonrojó por la culpabilidad, pero su novio se limitó a asentir y dirigirle una sonrisa tranquilizadora. Se tomaron de las manos mientras Colin los apremiaba para que fueran a la cocina, y después de más de dos años, Andrew estaba en su vieja cocina, rodeado de su familia.

NATHAN OBSERVÓ el regreso de Andrew desde una larga, larga distancia, dado que Stephanie le había dejado muy claro que, a pesar de su amistad, no era bienvenido a ningún lugar cerca de su casa mientras que el hombre estuviera de visita.

Solo que no era así, ¿o sí? No era únicamente la visita de Andrew. Era la de Andrew y Rich. Rich y Andrew. Drew y Rich. Cualquier forma en que lo dijera, era una mierda.

Así que ahora estaba mirando desde su habitación mientras Andrew bajaba del Mercedes recién comprado y estiraba la espalda. El conductor hizo lo mismo, y Nathan quiso vomitar al ver el afecto en el semblante del novio de Andrew. Los nervios se le crisparon más cuando incluso, desde la distancia, pudo notar que Rich era un hombre bien parecido; la luz del sol hacía sobresalir los destellos rojos en su cabello oscuro.

Por lo que todos decían, Rich era un buen hombre y adoraba a Andrew. Era mayor que Andrew, tenía aproximadamente unos cuarenta años, y era un contable competente. Llevaban juntos casi dos años, lo que Nathan supuso que coincidía con su desastrosa visita a Los Ángeles. Hacía casi dos años y medio que no había podido estar cerca de Andrew. Ahora era el trigésimo cumpleaños del hombre y había vuelto a casa para celebrarlo con su hijo.

Colin salió disparado desde la esquina de la casa y fue cubierto por los brazos de su padre. Llegar a la adolescencia no había disminuido su

exuberancia, o su necesidad de estar realmente sucio de pies a cabeza. Nathan contempló con una sonrisa cómo Andrew besaba y abrazaba a su hijo estrechamente; el chico estaba casi tan alto como su padre. Solo podía imaginar lo mucho que la separación de Colin había afectado a Andrew. Podía ver a Colin hablando, y entonces distinguió a la señora Matthews de pie en la puerta principal. Se dio cuenta de que Rich estaba acercándose para también saludar. La sonrisa se borró de su cara cuando se dio cuenta de lo contento que Colin estaba por ver a Rich. Vio como Andrew puso su brazo alrededor del hombre, y si eso no le sentó como una puñalada, el que Andrew mirara brevemente hacia su casa, lo hizo. Y el aliento se atoró en su garganta mientras se hacía para atrás, no queriendo ser visto pero deseando ser descubierto, deseando y sufriendo cuando los tres empezaron a caminar hacia la casa. Sin embargo, el novio lo vio.

Nathan se quedó junto en la ventana hasta que se perdieron de vista. No estaba seguro de si Andrew había mirado de nuevo hacia su casa, solo un poco, antes de entrar. Su hija resopló en sus brazos. Nathan le dio unas palmaditas en la espalda, calmándola suavemente hasta que se quedó dormida. Andrew parecía feliz. Y él estaba contento por ello. Dios sabe que algo bueno tenía que salir de aquel lío.

Se giró y se encontró con que Alex lo observaba desde la puerta.

—Andrew está en casa —le dijo él.

—Tal vez ahora puedas dejar de espiar por la ventana —espetó ella, y se dirigió al piso inferior.

Mordiéndose el labio, Nathan fue tras ella, con Jess acunada en el hueco de uno de sus brazos. Abajo, Daniel estaba jugando con sus trenes de juguete. Alex pateó uno quitándolo del camino mientras pasaba a su lado, ignorando el gemido de descontento de su hijo.

Nathan bajó deprisa las escaleras y recogió el pequeño juguete que estaba debajo de la mesa del vestíbulo.

—Aquí tienes, amigo. No hay necesidad de llorar —murmuró mientras se lo entregaba al niño.

Su hijo se calmó inmediatamente y continuó con su juego. Nathan le revolvió el pelo cariñosamente y siguió a su esposa a la cocina.

Alex estaba limpiando la encimera. Frotando con tanta fuerza que estaba seguro de que se imaginaba que se trataba del rostro de él lo que estaba limpiando.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó sin más—. No tienes que desquitarte con Daniel.

Ella se negó a responder.

PASARON CASI cinco horas antes de que Andrew lograra hablar tranquilamente con su exesposa. Stephanie mandó a Colin a la cama con la promesa de que podría quedarse despierto hasta muy tarde la siguiente noche. Ruth y Nick habían ido a conocer al nuevo bebé de Nathan y Alex, y Joe y Rich estaban comparando los campos de golf y los *handicaps*, en la sala de entretenimiento instalada en la antes sala de Andrew.

Andrew estaba bebiendo un Jack Daniels y observando a Stephanie mientras ella preparaba la comida para la parrillada del día siguiente. No podía creer cuán familiar resultaba ser todo. Habían pasado muchas tardes de esa manera, Andrew llevando a Colin a acostarse mientras Steph cocinaba y preparaba lo del día siguiente.

—Como en los viejos tiempos —comentó ella mientras picaba cebolla, y la añadía a medida que lo hacía a la creciente montaña en frente de ella.

Él asintió.

—Así es. Es agradable. Realmente no me canso de esto. Nosotros no comemos mucho en casa en Los Ángeles.

—¿No cocináis para nada? —Stephanie se frotó los ojos cuando el efecto de los vapores de la cebolla fue demasiado.

Sacudiendo la cabeza, Andrew tomó un trago de su bebida.

—No mucho. A Rich lo invitan tanto que tiendo a salir a comer con él, y cuando no, agarro cualquier bocadillo.

Stephanie picó otra cebolla y la empujó hacia la pila.

—¿Crees que tenemos suficiente? —preguntó.

—¿Para la fiesta, o para toda la población de Castleton?

—¡Oye! No voy a permitir que Allison critique la cantidad de comida con la que alimento a mis invitados. —Stephanie se mordió el labio inferior mientras observaba la comida preparada.

—Ella no va a venir, ¿o sí? —inquirió Andrew con una mueca de horror.

Sonriendo, Stephanie le lanzó un pedazo de cebolla.

—¿De verdad crees que pude mantenerla lejos cuando supo que vendrías? Me costó mucho evitar que viniera esta noche. Todos los de la calle vendrán mañana.

—Excepto Nathan.

—Excepto Nathan —confirmó Stephanie.

Andrew trazó la decoración de la copa con la punta de sus dedos.

—Realmente no es justo mantenerlo alejado.

Stephanie levantó la vista.

—No me importa si lo es o no. Me importas tú. Me importa que disfrutes de tu fiesta de cumpleaños con nuestros amigos y tu hombre. Nathan puede irse al infierno.

Viendo la expresión de determinación en su rostro, Andrew no tuvo ninguna duda de que le había dicho algo similar a Nathan.

—Gracias, Steph —le dijo en voz baja, conmovido por su actitud protectora.

Habían trabajado muy duro en protegerlo después de su ruptura. Todos sus amigos y su familia lo hicieron, incluso su madre, a su manera, al no hacer demasiadas preguntas. En dos años, no le habían mencionado el nombre de Nathan. Aun cuando trataba de sacarlo en la conversación, ellos cambiaban de tema. Gary había dejado claro que Gabe no era bienvenido mientras fuera todavía amigo de Nathan, lo cual acabó con la relación. Andrew aún se sentía culpable por ello, a pesar de que Gary le aseguró que había sido solo por diversión y sexo.

Y aquella noche, cuando Alex fue con la invitación de conocer a la niña, un poco inseguros al recibirla, se habían aglomerado alrededor de Andrew, no dejando que Alex entrara hasta que estuvieron seguros de que Nathan no estaba con ella.

Casi había tenido que abrirse paso para darle un abrazo y prometerle que podía traerle a la niña mientras él estuviera en Castleton. Ella parecía... extraña a su alrededor, rígida y tensa, aunque sus palabras fueran lo suficientemente amables y pareciera estar bien con la idea de que la madre de Andrew fuera a su casa. Hubiera dado lo que fuera por ver la reacción de Nathan cuando Ruth estuviera en su puerta.

—¿Cómo le va a Daniel con su nueva hermanita?

Stephanie sonrió.

—No creo que a sus cuatro meses, ella realmente tenga mucho impacto en él.

Andrew frunció el ceño. Cuatro meses sonaba incorrecto. Si Alex estaba embarazada hacía más de dos años, la niña debía ser mayor.

—¿Cómo estás? De verdad, quiero decir. —Stephanie interrumpió sus pensamientos.

Andrew la miró.

—Bien. —Ante su mirada escéptica, Andrew agregó—: Estoy mejor. Tengo días buenos y días malos, ¿sabes? —Comenzó a tirar sin cesar de la etiqueta de la botella de *bourbon*. Era un hábito que solía volver loca a su exesposa en su época de casados. Sonrió mientras Stephanie le quitaba la botella y la colocaba sobre la mesa que había detrás de ella—. La mayoría de las veces estoy bien.

—Rich dijo que estás viendo a un terapeuta. ¿Eso está ayudando?

Andrew se encogió de hombros, pensando en la última sesión que había soportado con el hombre que parecía sacado de los años setenta y que era muy aficionado a preguntar: «¿Cómo estamos hoy?»; eso lo volvía loco. Quería señalar que si se trataba de una sesión de terapia mutua, Andrew también debería cobrarle una cantidad exorbitante. Sin embargo, eso hacía feliz a Rich, y Andrew suponía que ayudaba... un poco.

ERAN LAS cinco y media de la mañana y Nathan estaba cansado de mirar al techo. Se levantó de la cama, con cuidado de no despertar a Alex. Todavía estaba oscuro, pero no podía dormir. Decidió llevar a los perros a correr al parque, antes de que los niños se despertaran y le exigieran su atención. Ahora solo eran dos, *Mollie* había muerto el año anterior.

Solo le tomó unos minutos ponerse sus zapatillas y salir de la casa con los dos perros pisándole los talones. Últimamente, recibían poca atención, por lo que disfrutarían de la oportunidad de correr sin niños. Nathan se sentía con ganas de sacar su frustración y miseria durante kilómetros.

Corrió por el vecindario, devorando metro tras metro; su mente todavía era un tumulto de ira, y más ira, al pensar en Andrew y el devastador efecto que había causado en su propia vida.

Mudarse a Castleton había parecido una aventura. Con su esposa, un bebé recién nacido y una carrera completamente nueva que tanto le había costado conseguir. Un nuevo vecindario con nuevos amigos. ¿Y ahora? Consumido por los celos, infiel a su esposa, deseando a Andrew tanto que podía gritar, y no se le permitía acercársele a menos de un metro de distancia. ¿Por qué no lo abofeteaban con una orden de alejamiento si ya estaban en esas?

¿Y por qué él era el malo de la película? Andrew había estado encima de él antes de que tuviera la oportunidad de hacer cualquier otra cosa más que comentar algo sobre su cabello, y entonces habían estado discutiendo. ¡Maldición! Un paso. ¡Maldición! Un paso. ¡Maldición! A cada paso que daba soltaba otro impropio.

Nathan corrió a través del parque, prestándole poca atención a lo que le rodeaba, dándoles la oportunidad a los perros de que olfatearan sus rastros. Tendía a correr en círculo, por lo que sabían que su amo volvería a ellos.

Subió corriendo la colina, mordiéndose el labio para tratar de evitar que las imágenes de Andrew contra el árbol, pasaran intermitentes y en cámara lenta por su cabeza. Llegó a la cima de la colina y descubrió que los

perros ya estaban allí, deambulando felizmente mientras Andrew les rascaba las orejas. Andrew... acariciando a sus perros... Andrew.

—¿Qué quieres? —Nathan no estaba de humor para portarse de forma amable; estaba enojado, maldita sea. No le hacía sentir mejor el verlo con una ceja arqueada.

—A ti.

Oh, mierda, no había nada que pudiera obligar a Nathan con más fuerza a permanecer allí.

—Quiero decir... Quiero hablar contigo —corrigió Andrew.

«¿Hablar? Eso debiste hacerlo hace años, amigo».

—No debería haberme ido de esa manera.

«¿Tú crees?». Nathan estaba apretando sus dientes con tanta fuerza que su mandíbula le dolía.

—Es que... yo estaba... Nathan, ¿vas a decir algo o solo vas a tener esa expresión enojada conmigo? —Andrew se puso de pie y empezó a caminar hacia él.

Nathan se alejó.

—¿Dónde están tus perros guardianes?

Andrew le sonrió y una vez más Nathan se quedó petrificado por lo guapo que era.

—Supongo que dormidos, si es que tienen algo de sentido común. Sabía que la única posibilidad de hablar contigo era hacerlo ahora. —La cara de Andrew se puso seria—. Realmente quiero hablar contigo, Nate.

—¿Por qué ahora? —Nate estaba todavía demasiado enojado por la forma en que había sido controlado por una mirada suplicante.

—Porque antes no estaba lo suficientemente bien como para hacerlo.

Andrew estiró una mano, pero Nathan dio otro paso atrás. De ninguna manera quería ser tocado. Los toques le hacían dejar de pensar, y no pensar lo conducía a otras cosas que definitivamente no quería considerar.

—¿Has estado enfermo?

¿Andrew había estado enfermo y ninguno de esos hijos de puta había pensado en decírselo? El estómago de Nathan se revolvió ante la idea.

Frunciendo el ceño, Andrew preguntó:

—¿No te lo dijo Stephanie?

—¿Decirme qué? —Nathan maldijo cuando su voz se levantó por la ira—. Drew, nadie ha mencionado tu nombre en meses. Ni siquiera yo estoy autorizado a decir tu nombre.

—Eso se aplica también para mí. Supongo que pensaron que eso era lo mejor. Tuve... —Andrew hizo una pausa—. Un colapso nervioso. Creo que podría ser llamado así.

Nathan se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Debido a mí?

Andrew resopló con fuerza.

—¿Podrías ser más arrogante?

Sin contar con el humor para andarse con estúpidos rodeos, Nathan persistió:

—¿Fue por mi culpa, por lo que hicimos?

—¿Te refieres al sexo? —Andrew se encogió de hombros—. En parte, supongo. —Ante la mirada de Nathan, agregó—: Estoy bromeando.

—No es gracioso, hombre.

—Tampoco lo fue en aquel entonces —admitió Andrew en voz baja.

—Así que, ¿qué pasó?

Los perros se apiñaron a su alrededor, confundidos por la repentina hostilidad de Nathan, y Andrew se quedó perdido en su propio mundo de dolor. ¿Y Nathan? Estaba a unos treinta segundos de golpearlo o besarlo. Ninguna de las dos opciones le sería de utilidad.

Andrew lo miró, confundido.

—Eh, tuve un colapso nervioso, como ya te dije. Abandoné la casa de Gary y no regresé.

—¿A dónde fuiste? —preguntó Nathan, aunque ya había adivinado la respuesta.

—Me quedé con Rich hasta que pude volver a trabajar. —Andrew hizo una pausa, y se perdió de nuevo en su propio mundo.

Nathan se sentó en una zona de hierba húmeda y aguardó. Andrew pareció inseguro por un momento, y entonces también se sentó. Curiosamente, los perros parecían más tranquilos por esto, así que se alejaron a inspeccionar los cubos de basura en busca de sobras de comida.

Pasaron varios minutos antes de que Andrew hablara otra vez. Nathan había esperado pacientemente en lugar de tratar de apurarlo.

—Realmente no sé por dónde empezar —dijo finalmente.

—Dime por qué tuviste un ataque de pánico. —Ese parecía un buen sitio para empezar, tan bueno como cualquier otro podía serlo.

—No lo sé. Sufrí una fuerte impresión, supongo. Pasé de estar teniendo sexo apasionadamente, a enterarme de que ibas a tener otro bebé, y todos estaban muy tranquilos al respecto. Como si estuviera bien que te acostaras conmigo cuando Alex estaba embarazada.

—No esperaste precisamente a escuchar las últimas noticias —señaló Nathan, herido por la insinuación de que todo había sido culpa suya.

—Tampoco me rechazaste —replicó Andrew.

Nathan miró a lo lejos; la parte de su mente que todavía funcionaba quiso comprobar a dónde se habían ido sus perros.

—No quería hacerlo. Necesitaba... algo.

Andrew suspiró suavemente

—Yo lo necesitaba también. Te necesitaba, y pensé que por eso estabas allí..., para estar conmigo para siempre. La verdad es que soy un estúpido. Mi suerte nunca ha sido muy buena —dijo, sin rastro de amargura—. Cuando me di cuenta de que había sido solo un revolcón de despedida... Bueno, mi mente se colapsó. Mi terapeuta cree que me cayó de golpe la adolescencia.

Nathan parpadeó. Eso era nuevo. Andrew siguió hablando.

—Pasé la mayor parte de mis años de adolescente, ocultándole a mi madre el hecho de que era gay; después tuve que lidiar con un recién nacido y un matrimonio. Realmente nunca fui un adolescente. Él piensa que solo necesitaba un poco de descanso. Y lo tuve. Me acosté en mi cama, lloré mucho, dejé de comer, me comporté como un adolescente hasta que...

—¿Hasta que qué?

—Me di cuenta de que había un hombre que me hacía sentir bien conmigo mismo. —Andrew miró a Nathan, quien se percató de cómo sus ojos se suavizaron al hablar de su pareja.

Nathan frunció el ceño. Había pensado que Andrew solo había salido con Rich.

—¿Rich?

Asintiendo, Andrew volvió a sonreír; su sonrisa era tierna mientras pensaba en su novio. Nathan quería quitársela a golpes.

—Lo conozco desde hace años, así que solo tuve que meditar lo que pensaba de él. Me abrazó, me dio de comer; no dijo nada hasta que estuve dispuesto a escuchar, y entonces hizo que volviera a enfrentarme al mundo exterior como un adulto. Le debo mucho.

Con vergüenza e ira, Nathan escuchó.

—¿Por qué no me lo dijeron? ¿Gary, Joe, Steph? No tenía ni idea. ¿Estabas enfermo y creyeron que no me interesaba saberlo? —No quería que el otro hombre notara la indignación en su rostro. Levantó la mirada, y descubrió que Andrew lo observaba con los ojos muy abiertos. Su rostro estaba tan pálido que cada peca, cada lunar, se destacaba en sus facciones.

—Y si te hubieras enterado, ¿qué? ¿Habrías ido corriendo a verme para quedarte para siempre?

—Drew, yo...

Andrew le dirigió una triste sonrisa cínica.

—Ya no importa. Lo hecho, hecho está, Nate. Pensaron que era lo mejor. No podría haber manejado el que trataras de ser amable conmigo.

—Pero...

—Ya lo superé. He vuelto a ser un chico grande. Y en el proceso he encontrado el amor con un hombre maravilloso. —La cara de Andrew se suavizó.

Nathan abrió la boca para hablar, pero Andrew lo interrumpió.

—Nate, quiero que vayas a la parrillada. Para mostrar a todos que el tiempo ha pasado.

¡Por supuesto que no! Nathan quería mantener sus testículos intactos.

—No creo que sea muy buena idea, ¿tú sí? —Se removió inquieto en el suelo húmedo, tratando de estirar las piernas. Detenerse tan repentinamente después de correr había acalambrado un poco sus músculos. No estaba preparado para que de pronto, Andrew se deslizara entre sus piernas y colocara las manos en uno de sus muslos—. ¿Qué carajo crees que estás haciendo?

—Cállate y déjame trabajar. —Andrew tenía el ceño fruncido mientras sus largos dedos buscaban los nudos en los músculos del muslo.

—Solo tengo que levantarme. —Nathan estaba casi retorciéndose en su intento por escapar de él—. ¡Andrew, quítate! —Lo empujó y se puso en pie—. ¿Qué demonios ha sido eso? —Apretando la mandíbula, miró hacia abajo con indignación al otro hombre.

—Tienes un calambre —indicó Andrew innecesariamente—. Únicamente estaba tratando de ayudar.

—Tú... Nosotros... Con el contacto... suceden cosas. —Nathan era maestro. Debería poder formular una oración coherente. «Sí, pero no con Andrew tan cerca de mi pene».

—Sucedían. —Andrew destacó el tiempo pasado—. Vamos, Nate. —Levantó una mano para que lo ayudara a ponerse en pie. Automáticamente, Nathan le dio un tirón hacia arriba—. Esto es importante. Les mostraré a todos que no hay nada entre nosotros.

Los dos hombres se miraron en silencio. El parque estaba tan tranquilo que Nathan podía oír la rápida respiración de Andrew.

—¿Es verdad lo que dices? —dijo Nathan finalmente—. ¿No sientes nada por mí?

—Solo amistad —le aseguró Andrew—. Y podemos mostrar eso a todos, así dejaran de entrometerse y me... nos darán una oportunidad para tratarnos de nuevo.

—Así que amigos, ¿eh? ¿De los que se toman de la mano?

Andrew miró hacia abajo y vio que sus manos estaban todavía entrelazadas. Estaba sujetando fuertemente la de Nathan. La soltó a toda prisa, pero Nathan suspiró.

—¿A quién estás tratando de convencer, Andrew? ¿A ellos o a ti mismo? Disfruta tu fiesta.

Haciendo caso omiso de la mirada afligida de Andrew, silbó a los perros para atraer su atención. Ya era hora de ir a casa y no de mirar hacia atrás para saber si Andrew lo estaba mirando. Nathan podía hacer eso.

CALIFICAR TRABAJOS escolares era una calamidad en el mejor de los casos. Hacerlo cuando tus pensamientos continuaban vagando a unos cuantos cientos de metros, jodía a lo grande.

Nathan se quitó los lentes y se frotó las sienes con cansancio. Había estado leyendo treinta variaciones diferentes de: «¿Qué es lo que voy a ser cuando sea mayor?», durante más de tres horas. Para ser justos, las respuestas no eran todas iguales. Todos los chicos querían hacer explotar cosas. Sí, señor Skinner, el señor Peterson seguía impartiendo el cuarto grado con explosiones en el aula. Sin embargo, se tuteaba con todos los del cuerpo de bomberos de Castleton. Las chicas eran un poco más inventivas, pero ninguna parecía tener ninguna ambición más allá de Castleton. Era deprimente.

Todo estaba tranquilo en casa. Los niños estaban con Alex en la casa con el número doce, y a excepción de los resoplidos de los perros, no había otro ruido que interrumpiera sus errantes pensamientos. La reunión con Andrew lo había desconcertado. No habría dejado pasar la oportunidad de unirse a la fiesta, si no hubiera tenido que lidiar con los dos perros guardianes, Gary y Stephanie. Nathan no estaba seguro cuál de ellos tenía los dientes más afilados, y tampoco estaba dispuesto a averiguarlo.

Maldición, necesitaba un descanso. Sacó un refresco del refrigerador y salió al patio trasero. Hacía frío, pero no era insoportable; se sentó en el escalón mirando al patio. En el último año había puesto mucho esfuerzo en diseñar un entorno favorable para los niños, y estaba empezando a dar sus frutos. Justo a tiempo. Daniel daba señales de seguir los pasos de Colin y Bobby, con su propensión por el lodo y el desorden. ¿Debería impedir que su hijo jugara con el de Andrew? Tal vez deberían alejarse de allí. Comenzar de nuevo en otro vecindario.

Desde donde estaba podía oír el ruido de la fiesta. Los gritos y las risas. Muy pronto los hombres se pondrían inquietos y se escaparían al parque con los niños. Nathan podía sentir su mejilla contraerse.

Tyler se había acostado sobre los pies de Nathan. Distraídamente, le rascó detrás de las orejas y el perro cerró los ojos en éxtasis. Un ruido repentino por el lado de la casa, perturbó a ambos. *Tyler* se sentó, gruñendo ligeramente. Mientras Nathan se ponía de pie, *Ruby* pasó junto a él, ladrando con fuerza.

—Oye, *Ruby*. ¿Dónde está *Tyler*?

Al oír su nombre, *Tyler* fue corriendo detrás del otro perro. Nathan frunció el ceño al oír la voz de Colin. Siguió a los perros y se reunió con él en la esquina de la casa. El muchacho estaba enrojecido como si hubiera corrido una gran distancia.

—Hola, señor P. Nos vamos al parque. Venga.

—Pero...

—Peterson, trae tu trasero aquí.

Nathan se quedó boquiabierto. ¿Gary estaba gritándole que fuera? Instintivamente se cubrió los testículos.

Colin se rio de él.

—¿Algún problema, señor P?

—Claro que sí, eh, no, eh... —Nathan se calló cuando Colin le dirigió una mirada de complicidad.

—No se preocupe. Papá tiene a Gary controlado. Prometió que no molestaría a mamá Ruth y a los vecinos este fin de semana.

Gary asomó la cabeza por la puerta del jardín. Nathan dio un paso hacia atrás. No importaba que el tipo tuviera la mitad de su tamaño. Siempre le había provocado terror.

—No prometí nada de eso, Colin. Pero no voy a morder, Nathan... Por ahora.

Nathan habría estado más convencido si Gary no le hubiera enseñado los dientes al sonreír. El muy bastardo era plenamente consciente del efecto que tenía en él.

—Colin, trae a los perros. Los chicos se están poniendo impacientes —ordenó Gary.

Tyler y *Ruby* avanzaron con entusiasmo, pero Nathan los sujetó de sus collares para impedirles que se fueran.

—Alto.

Ellos lo miraron, confundidos por el cambio de órdenes.

—Lleva tu trasero al parque —dijo Gary con cansancio—. Los chicos quieren jugar y que estés allí. Él quiere que estés allí. Voy a ser amable por su bien.

Nathan estaba entre la espada y la pared y se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que pasar la tarde en el parque. ¿Poner notas o jugar al fútbol? ¿A qué demonios estaba esperando? No tenía que acercarse a Andrew, Rich o Gary en absoluto.

—Solo voy a cerrar con llave la casa. Colin, ven a por las correas. Gary, agarra a los perros.

A los pocos minutos, estaba en la acera uniéndose a los otros. Daniel había estado con su mano en la de Andrew, pero al ver a su padre, lo soltó y corrió hacia él.

—¡Danny!

Nathan utilizó la distracción de cargar a su hijo para sobreponerse a la incomodidad de ver a Andrew y Rich. Daniel se rio alegremente y empezó a hablarle acerca del helado que Colin le había estado dando, el cual, según Nathan, parecía consistir en dulces, dulces y un poco de helado mezclado con ellos.

—¿Tu mamá te vio comer todos esos dulces?

Daniel negó con la cabeza.

—No son *dulses*. Es helado. Colin me lo dio —explicó, dándose importancia.

Su padre miró hacia Colin, quien le dirigió una mirada inocente abriendo mucho los ojos. Nathan hizo un gesto de exasperación y se volvió hacia su hijo.

—Apuesto a que sabía asqueroso, ¿eh?

—Oh, no, papi. Sabía *dico*.

Daniel continuó tratando de convencer a su padre mientras se dirigían hacia el parque. Nathan acababa de entrar en el tema de los gusanos de gomita con sabor a col, cuando cruzaron las puertas.

—Eso es repugnante, amigo. —Gary hizo una mueca mientras Nathan bajaba a Daniel para que corriera y se uniera a Colin y a los perros que rodaban sobre la hierba.

Nathan abrió la boca para responder, pero Andrew se le acercó, con Rich pisándole los talones.

—Nate, este es Rich.

Era un tipo apuesto. Un poco por debajo de un metro ochenta y dos —Nathan sintió una infantil sensación de satisfacción porque el hombre tuviera que mirar hacia arriba para ver su cara—, pelirrojo y con los ojos grises. Era un cuarentón pero se mantenía bien, y le mostraba una amistosa y amplia sonrisa mientras se estrechaban las manos.

Nathan quería odiarlo, aunque solo fuera para sentirse mejor, pero Rich era un tipo realmente agradable que no parecía tener ningún problema en conocer al hombre que había causado el colapso nervioso de su novio.

—Nathan. Genial, al fin te han traído. Ven. Estás en mi equipo. Colin, vamos. ¡Tenemos que hacer picadillo a tu padre! —Michael corrió y le lanzó el balón a Nathan.

En cuestión de minutos, se halló corriendo al lado de Rich y Colin con Andrew y Gary en el lado opuesto. Durante un rato, dejó todos los

problemas e incomodidad a un lado mientras jugaban al fútbol, hasta que se agotaron y reposaron en el césped.

Afirmando que era demasiado viejo para jugar, Jim se había mantenido al margen cuidando de Daniel y los perros. Mientras los hombres se relajaban, les tendió botellas de refresco y agua.

—¿Qué vas a querer, Nate?

—Agua, gracias, Jim.

Gary se dejó caer a su lado. Nathan no le hizo caso durante unos minutos mientras observaba a Colin jugar con Daniel y los perros. Podía sentir a Gary inquieto junto a él.

Finalmente perdió la paciencia.

—Suelta de una vez cualquier amenaza o advertencia que desees hacer.

—¿Tengo que hacer alguna amenaza?

—No, que yo sepa, Gary. Me alejé cuando quisiste que lo hiciera. Y estar aquí ahora no ha sido mi elección. —Desde donde estaba sentado, podía ver a Andrew acurrucado contra Rich mientras hablaban con algunos de los vecinos.

—Lo sé. No ha sido la mía tampoco. Si por mí fuera, nunca habrías estado ni a tres metros de él.

Nathan oyó la dureza en su tono. Al parecer, Gary solo podía comportarse amablemente durante un rato. Lo mismo ocurría con él.

—Solo quiero dejar claro, por si acaso buscas que te vuelvan a lustrar el bate, que no lo obtendrás de mi chico —puntualizó Gary.

—Ese es el problema, ¿no es así, Gary? Ya no es tu chico. Has perdido a tu amigo con derechos, al igual que yo. —Nathan se volvió para dirigir a Gary una sonrisa cruel.

—¿Habéis terminado la discusión sobre quién es mejor? —Una fría y exasperada voz sobresaltó a ambos.

Nathan miró hacia arriba. Andrew y Rich se encontraban tras ellos. Andrew parecía furioso, tenía los labios apretados con tanta fuerza que Nathan podía verlos completamente blancos. Rich no dijo nada. Sabía

decisión. Se quedó mirando al suelo, preguntándose cuál de ellos huiría esta vez.

—Sí, creo que sí. Nate y yo hemos hablado acerca de ti y decidido que no vales la pena, así que en lugar de eso vamos a ir a emborracharnos.

Nathan se sobresaltó cuando Gary dejó caer un pesado brazo sobre sus hombros, apretándolo en una advertencia tácita.

Los ojos de Andrew se abrieron como platos, y entonces se echó a reír, inclinándose para golpear a Gary en la cabeza.

Gary se encogió de miedo teatralmente.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso? ¿Y por qué Nathan no ha sido golpeado?

—Porque no acaba de decirme que no valgo la pena —señaló Andrew.

—¿No lo ha hecho? ¿No lo has hecho? —le preguntó a Nathan.

Nathan negó con la cabeza.

—No, tú lo insultaste por tu cuenta.

Gary hizo una mueca.

—Maldita sea, es mucho más divertido ser grosero con él que con otra persona. ¿Dónde está Gabe cuando se le necesita?

UNA HORA más tarde, el grupo que estaba en el parque decidió de mala gana regresar a las mujeres de sus vidas, y a la fiesta. Aunque Jim no parecía ansioso por volver con Allison y su tabla sujetapapeles.

En el camino de vuelta a casa, Andrew notó que Nathan lo observaba y luego lo evitaba. Le tomó unos minutos darse cuenta de que no estaba seguro de si la invitación al parque se extendía también a la casa.

—Te espero mientras te ocupas de los perros, Nate —gritó, mirando a Rich en busca de su aprobación.

Su novio asintió, y Andrew se apartó de su lado para ir con Nathan. Colin se les unió, llevando a Daniel en sus brazos. El niño estaba casi dormido, con la cara enterrada en el cuello de Colin.

Gary se encogió de hombros y condujo al resto de los hombres al patio trasero de Joe y Stephanie.

Nathan llevó a *Tyler* y *Ruby* alrededor de la casa y los dejó en la cocina. Después de unos minutos, se reunió con Andrew y Colin. Daniel aún estaba rendido en los brazos de Colin.

—¿Quieres que yo cargue a Daniel? —ofreció—. Sé que pesa mucho.

—Así está bien. —Colin se aferró al niño, protectoramente.

Andrew no se había dado cuenta de que, a pesar de la década entre ellos, Colin y Daniel se llevaban muy bien. Hubo una punzada en su pecho cuando reconoció que no había estado presente para ver crecer esa amistad, y a nadie se le había ocurrido, o no habían querido, mencionárselo. Y se preguntó cuántas otras cosas se había perdido.

Sonrió a Nathan.

—Vayamos a ver si Gary nos ha dejado alguna cerveza.

—¿Puedo...? —dijo Colin.

—¡No! —Ambos hombres lo interrumpieron.

Stephanie distinguió la expresión malhumorada en el rostro de Colin cuando entraron en la casa. Ella arqueó una ceja mirando a Andrew, quien articuló: «Cerveza».

—Ah... Pongamos a Daniel en el estudio. Así podremos oírlo cuando se despierte.

Colin siguió a Steph al estudio y acostó al niño en el sofá. Los dos hombres observaron mientras ella colocaba cojines a su alrededor para evitar que se cayera.

—Vendré de vez en cuando para ver cómo está —le prometió Colin a Nathan.

—No sabía que los chicos se llevaran tan bien —le comentó Andrew a Nathan cuando Colin salió corriendo hacia la cocina en busca de una bebida no alcohólica.

Nathan le dirigió una pequeña sonrisa.

—Yo tampoco puedo entenderlo. Son como hermanos más que vecinos. Creo que eso cambiará cuando Jess camine y Daniel realmente se dé cuenta de que tiene una hermana. También Colin descubrirá a las chicas en algún momento.

—Dios nos ayude —murmuró Andrew—. Primero tendrá que descubrir lo que es el agua y el jabón. ¿Una cerveza?

—Por supuesto que sí.

—¿CÓMO VAS?

Tratando de pescar una cerveza en la enorme cubeta con hielo derritiéndose, Andrew se giró y se encontró a Rich justo detrás de él. Le sonrió a su novio y tiró de él para darle un abrazo.

—Bien. ¿Y tú? —Enterró la nariz en su cuello, disfrutando de la calidez y el aroma ligeramente picante de su colonia.

Rich se inclinó hacia la caricia, por lo que Andrew sintió calidez y protección.

—Mejor ahora que no me estás obligando a correr por ese parque. Soy demasiado viejo para eso.

Andrew levantó la vista y lo miró lascivamente.

—¿Ah, sí? ¿También eres demasiado viejo para otras cosas?

Rich le dedicó una sonrisa pícaro, con sus ojos arrugándose en las esquinas.

—¿Quieres encontrar un lugar tranquilo y averiguarlo? —Se frotó sutilmente contra Andrew.

—Cie... —Andrew contuvo el gemido que burbujeaba por salir—. Cuando quiera, señor Andrews. Mientras que sea muy, muy lejos de mi mamá.

—¿Cómo de lejos tiene que ser?

—Por lo menos a dos estados de distancia —dijo Andrew, medio bromeando.

Rich rio disimuladamente mientras se inclinaba hacia delante para darle un beso.

—Entonces mejor lo dejamos para más tarde.

—Más tarde —accedió Andrew, deslizando las manos por el trasero de Rich para acercarlo más. Mientras lo besaba, una parte de su cerebro estaba sorprendida por su atrevimiento de hacerlo en donde cualquiera podía verlo: su madre... Nathan...

—No tienes que hacer esto, ¿sabes? —susurró Rich en su oído.

—¿Qué? —preguntó Andrew, moviendo la cabeza de modo que sus labios descansaron contra los de Rich.

—Besarnos públicamente. No tienes que demostrarle nada a nadie.

Andrew le dio otro beso.

—Tal vez eso quiero —dijo, casi entrecortadamente—. Nunca he podido hacerlo antes.

Está bien, quizás parte de él estaba actuando como un adolescente rebelde, pero nadie se quejaba cuando Stephanie besaba a Joe, ¿verdad? Aparte de su madre, por supuesto. Realmente esperaba que su madre hubiera visto eso.

Se arriesgó a dar una rápida mirada. Nathan los estaba observando desde la puerta de la cocina. Había sido testigo de todo el intercambio. «Qué bueno», pensó Andrew. Nathan también necesitaba ver aquello.

En la mente de Andrew había existido la idea de que, si sus amigos pudieran verlo actuar normalmente con Nathan, las cosas volverían a ser como eran antes de irse a Los Ángeles; podía ser solo su amigo, a pesar de la atracción mutua.

Le dio otro beso a Rich y retrocedió, agitando su mano hacia Nathan para que se aproximara.

—¿Quieres otra cerveza, Nate?

Nathan asintió y tomó la botella que Andrew le entregaba, estremeciéndose cuando sus dedos se rozaron brevemente. Andrew fingió que no lo había notado y rebuscó en la cubeta para sacar otras dos botellas.

Dándole una a Rich, preguntó:

—¿Daniel sigue durmiendo?

—Profundamente. Colin lo hizo correr bastante. Por supuesto, estará despierto toda la noche si duerme demasiado tiempo. —Nathan tomó un trago de cerveza—. Lo despertaré dentro de un rato y le daré un refrigerio.

—No estoy seguro de que Daniel sea el único cansado. ¡Mirad! —Rich señaló hacia la puerta abierta del estudio. Gary y Colin se habían acurrucado en el sillón al lado de Daniel. Habían comenzado a jugar con la Xbox de Colin, pero se quedaron dormidos a mitad del juego. Gary roncaba con la boca abierta. No era un espectáculo agradable.

Andrew vio a Jess, acunada en los brazos de su madre. Acababa de ser alimentada y estaba hipando ligeramente en el hombro de su madre. Ruth le palmeaba suavemente la espalda; su cara era de gentileza mientras le murmuraba palabras de amor a la pequeña niña.

Rich siguió la dirección de su mirada.

—Tienes una hermosa niña, Nathan.

—Así es —convino Nathan—. Hemos tenido mucha suerte con nuestros hijos. Aunque hemos echado de menos tu toque mágico con las fotos, Drew. El otro hombre fue bueno, pero de alguna manera no tan bueno como tú con la foto de Daniel.

—Las cámaras están en el coche. ¿Quieres que les tome algunas antes de que nos vayamos mañana?

La cabeza de Nathan se giró bruscamente y lo miró con consternación.

—¿Te vas mañana? ¿Tan pronto? —Ante la mirada confundida de Andrew, Nathan se puso rojo—. Es que pensé que te quedarías aquí unos cuantos días.

—Tengo una reunión el lunes —explicó Rich—. Y Andrew tiene una sesión fotográfica.

—¿Ya trabajas de nuevo?

—Sí. —Andrew no dio más detalles. Era para una revista gay, y él recordaba claramente la última vez que Nathan vio una de sus fotos en una

revista porno.

Nathan frunció el ceño y parecía que estaba a punto de cuestionarlo, cuando Joe interrumpió.

—¿Dónde hay más cerveza? —preguntó, agitando la botella vacía.

—En la cubeta, aunque pronto necesitarás poner más. No querrás que Allison se queje, ¿verdad? —bromeó Andrew.

Rich frunció el ceño.

—¿Allison?

—La pequeña rubia.

—La de los temibles suéteres de pareja.

—La de la tabla sujetapapeles.

Su entrecejo se alisó mientras los otros hombres le hablaban a la vez.

—¿La que se quejó sobre la altura del césped en el patio?

Joe asintió.

—Esa misma. Mi habilidad para podar no es igual que la de Andrew. Así que siempre está quejándose de mí. La semana pasada fue por la maleza en el jardín delantero.

Nathan balbuceó mientras se ahogaba con su cerveza.

—¿A ti también? Me dio un sermón por un poco de mala hierba. Pensé que eran flores.

Mientras observaba a los dos hombres intercambiar historias de horror acerca de sus encuentros con Allison, Andrew sintió una punzada de celos. Este era su mundo antes de que Joe se mudara. Ahora Joe tenía su casa, su hijo, sus amigos y hasta sus terroríficos vecinos. Era feliz en Los Ángeles, pero a veces, a menudo, si era sincero, echaba de menos la vida que había dejado atrás.

Un toque en su brazo llamó su atención. Se giró y vio una comprensiva expresión en el rostro de Rich. De inmediato se sintió culpable, aunque no tenía por qué sentirse así.

Rich lo acercó a él.

—Vendremos más a menudo —le susurró al oído.

Andrew respiró hondo. Estaba bien. Podía ocuparse de eso. Ya no estaba solo.

ALEX ESTABA totalmente borracha y reía sin parar. La mayoría de ellos estaban igual. Sin embargo, eso no parecía molestar a Ruth, lo cual Andrew no comprendía, porque si había una cosa con la que podía contar, era la desaprobación de su madre por el sexo, el alcohol y cualquier cosa entretenida, sobre todo cuando a Andrew se refería. Pero allí estaba ella, sin labios fruncidos ni comentarios mordaces.

Se estremeció un poco y Rich lo apretó en sus brazos.

Andrew inclinó la cabeza para darle un beso en la mandíbula para así tranquilizarlo.

—Estoy bien. Un poco cansado, eso es todo. —No le había pasado inadvertido que los dedos de Nathan estaban apretados alrededor de la botella de su cerveza.

Alex estaba hablándole en voz baja a su madre, acerca de Jess. Andrew estaba a punto de preguntarle a Nathan sobre la discrepancia con la edad de Jess, cuando Ruth dijo:

—Es hermosa, Alex. ¿Nathan y tú vais a tener más hijos?

La joven se echó a reír.

—Eso espero. Nathan querrá un montón de niños con los que jugar.

Andrew miró de reojo el rostro de Nathan. Estaba extrañamente inexpresivo.

La señora Matthews le dio un suave beso en la frente a la niña dormida.

—Siempre quise más nietos, pero Andrew y Stephanie no parecían querer más.

Stephanie apretó los labios. Era una frecuente y vieja queja de su exsuegra.

—Tú sabes por qué no tuvimos más, mamá Ruth.

—Lo sé, pero ya que teníais a Colin, ¿os habría hecho daño tener otro?
—Así que, entonces, no se había producido un cambio de personalidad.

—Andrew y yo no teníamos ese tipo de relación. —Steph estaba obviamente tratando de no perder la paciencia con Ruth.

Andrew podía sentir que sus mejillas comenzaban a calentarse. Podía sentir la tensión en los brazos de Rich mientras lo rodeaba.

Su madre dio un suspiro.

—Deberías haber sido más como Alex, en lugar de alentar a Andrew en su... enfermedad.

—Andrew es gay, no está enfermo, Ruth —replicó Stephanie automáticamente. Tomó un largo trago de su bebida—. ¿Qué quieres decir con más parecida a Alex?

Los tres hombres notaron como Alex puso una tonta sonrisa. Distraídamente, Andrew recordó el número de veces que Steph había acabado ebria en aquel tipo de eventos. Desde que estaba con Joe, no parecía sentir la necesidad de hacerlo. Estaba feliz y relajada, y se le notaba.

—Quedar embarazada lo habría mantenido contigo, querida, en vez de dejarte para estar con ese hombre.

Joe resopló con fuerza. Andrew desenroscó sus dedos de donde estaban clavándose en el brazo de Rich. Notó que Nathan le dirigía una mirada comprensiva.

—Para tu información... —comenzó a decir Stephanie con vehemencia.

—O solo di que lo estás. —Alex hipó en su vaso—. ¿Hay más vino?
—preguntó, agitando el vaso hacia Stephanie.

—Ten. ¿A qué te refieres con decir que estás embarazada? —Stephanie rellenó el vaso de Alex. Miró hacia el lugar donde los tres hombres estaban de pie, inmóviles. No parecía que Alex supiera que estaban allí.

Alex se encogió de hombros.

—Nathan me iba a dejar por Andrew. Lo oí hablando con Bob sobre eso, así que fingí estar embarazada. Sabía que no me dejaría con dos niños. Sería fácil decir que lo había perdido y después volver a intentar tener otro. No iba a perder lo que era mío.

Andrew se preguntó si Rich podía escuchar el estruendo de la sangre en sus oídos mientras trataba de respirar. Vio cómo se drenaba el color de la cara de Nathan, y quedó tan pálida que pensó que se desmayaría. Obviamente, ese mismo pensamiento se había producido en Joe, porque había ido a pararse junto a él y estaba hablándole, con la mano en su brazo. Andrew no podía oír lo que estaba diciéndole por el ruido en sus propios oídos.

Eran como figurillas de un reloj a las que hubieran detenido, todos miraban a la mujer que había hecho aquella devastadora confesión en su estado de embriaguez. Nathan estaba mirando a su esposa como si nunca la hubiera visto antes. Rich se aferraba a Andrew como si necesitara apoyo. Si Andrew hubiera estado pensando con claridad, habría puesto una sonrisa cínica mientras su madre mecía al bebé y le sonreía con aprobación a la mujer que le había hecho tanto daño. La aceptación de su sexualidad, obviamente, solo era superficial. Nadie se movía excepto Alex, quien se estaba sirviendo otro vaso de vino.

Andrew no estaba mirando a Ruth en absoluto. Su vista estaba fija en Nathan.

Egoístamente, en lo único que podía centrarse era en la idea de que Nathan había pensado en dejar a Alex para vivir con él. Había planeado dejarla.

Nathan había querido estar con él.

CAPÍTULO 12

NATHAN NOTABA que estaba temblando cuando salió de la casa, y su angustia le hacía difícil pensar con claridad. No sabía a dónde ir, lo único que sabía era que por el momento no quería encontrarse con Alex. No podía garantizar que fuera responsable de sus acciones.

—Vamos. —La voz de Andrew detrás de él, calmó el remolino en su cabeza durante un momento.

Dejó que lo tomara del brazo y lo llevara al sótano. Una vez dentro, Andrew lo empujó hacia el sofá cama. Nathan vio que Andrew subía corriendo las escaleras que llevaban a la casa y cerraba la puerta.

El torbellino en su cabeza coincidía con la agitación en su estómago. Nathan se concentró en el tejido de su pantalón de mezclilla. Cuando eso no sirvió de nada, cerró los ojos para tratar de controlarse.

Sintió que la cama se hundía cuando Andrew se sentó a su lado.

—Bebe esto.

El olor a licor fuerte asaltó su nariz justo antes de que tomara un trago. Nathan tosió y farfulló mientras ardía el recorrido del líquido por su garganta, pero sirvió, calmó la agitación en su cuerpo.

—Más —instó Andrew, mientras frotaba confortantes círculos en su espalda.

«Probablemente ni siquiera se da cuenta de lo que hace», pensó Nathan mientras obedientemente bebía un poco más.

—Suficiente —dijo, cuando Andrew trató de hacerle beber otra vez. Ya tenía mejor control de sí mismo.

—¿Seguro?

Nathan lo miró. Parecía que quería decir algo, pero se esforzaba por encontrar las palabras. Finalmente Andrew le devolvió la mirada.

—¿Es verdad?

—¿Qué? —dijo Nathan estúpidamente.

—Que ibas a dejarla para estar conmigo. ¿Querías estar conmigo? — El dolor que se mostraba abiertamente en los grandes ojos de Andrew, era casi insoportable.

Nathan asintió. Las implicaciones de lo que acababan de oír los estaban afectando duramente.

—Debió haberme oído hablar con Bob acerca de eso. Él ha sido, era, la persona con la que me desahogaba. Ni siquiera tenía idea de que ella se hubiera dado cuenta de que había algo entre nosotros.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Andrew le dirigió una mirada incrédula—. Un ciego podría haber sabido que algo estaba sucediendo.

—¿Qué? —Nathan sentía que estaba repitiéndose estúpidamente.

Andrew se sentó otra vez junto a él, dejado más espacio entre ellos.

—No fuimos exactamente sutiles. Con tontas discusiones, dejándonos de hablar; o estando muy unidos. Alex no es estúpida. Tenía forzosamente que averiguarlo.

—Pero fingir un embarazo...

—Estaba protegiendo a su familia, Nate. No tiene mucho y no iba a perderlo sin luchar.

—¿Por qué la defiendes después de lo que nos hizo? —¿Nathan quería matar a la perra y Andrew la estaba defendiendo?

Andrew suspiró y dijo:

—No hubo nosotros. Había un tú y ella. Entiendo por qué lo hizo. Si tú... hubieras sido mío, tampoco te habría dejado ir. —Su mano se deslizó sobre la de Nathan y sus dedos se entrelazaron.

—Lo tenía todo planeado. Mis padres accedieron a ayudarme con la pensión de Alex y Daniel mientras me establecía contigo. Entonces, justo

cuando me decidí a contárselo, me dijo que estaba embarazada, y yo no podía hacerlo, no podía dejarla sola con dos hijos.

—No, no podías —afirmó Andrew, apretándole la mano con suavidad.

—Quería decírtelo. Fui a decírtelo —corrigió Nathan—. Entonces nos... distrajimos, y te fuiste y yo... —Se calló, sin saber qué decir.

—No te di una oportunidad, ¿no es así? Lo siento. Rich me estuvo importunando bastante por alejarme así de ti.

Nathan encontró eso muy difícil de creer dadas las circunstancias.

Andrew vio la expresión de su rostro, y añadió:

—Sé lo que debes estar pensando.

Nathan esperaba sinceramente que no fuera cierto; si no, estaría en problemas.

—Pero Rich creyó que debía ponerme en contacto contigo —explicó Andrew—. Durante meses trató de convencerme para que te llamara.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Nathan; su voz era áspera por el dolor de la admisión de Andrew.

Se sorprendió cuando Andrew se arrodilló delante de él, le quitó el vaso y unió las manos a las suyas.

—Porque había un nuevo bebé en camino, Nate. No podía apartarte de Alex. Te amaba, pero tu familia era más importante. Ellos te necesitaban.

Nathan se estaba ahogando en la mirada de Andrew, por lo que apartó sus ojos y contempló las manos de ambos, sus largos dedos enganchados en los pálidos de Andrew.

—No lo digas. —A estas alturas, Nathan ya no quería oír confesiones de amor—. No me necesitas ahora que tienes a Rich.

Los dedos de Andrew se apretaron casi dolorosamente, y su voz, cuando llegó, sonó ronca, expuesta.

—No vuelvas a confundir el amor que tengo por Rich por lo que sentía por ti. Te necesitaba, Dios sabe que te necesito... necesitaba. —Se trabó por la torpeza—. Pero nunca fuiste mío y tú ni una vez me dijiste que me deseabas, solo a mí. Y estaba muy cansado de ser la segunda opción.

Nathan lo miró, y se sintió destrozado por el dolor en esos ojos enormes. Vio el sendero de una sola lágrima por la mejilla de Andrew. Liberó una mano para limpiarla.

—¿Y ahora?

Andrew le dirigió una sonrisa que casi llegaba a sus ojos.

—Ahora estoy con un hombre al que amo mucho, y sin equipaje, y tú tienes dos hijos maravillosos y una esposa a la que tienes que aprender a amar de nuevo.

—¿Lo amas más...?

Andrew colocó un dedo sobre sus labios.

—No tienes derecho a preguntar eso, Nate. Solo alégrate por mí.

—No tienes derecho a pedirme eso, Andrew. Has dejado mi vida en ruinas. Yo era feliz antes de conocerte. Éramos muy felices, Alex y yo.

—¿Y ahora? —Andrew hizo la misma pregunta que Nathan.

—Me siento como si hubiera tenido la oportunidad de ganar la lotería y que luego me dijeran que fue un error, que otro tenía el boleto ganador.

Con una sonrisa triste, Andrew dijo:

—Bienvenido a mi mundo.

Se oyó un golpe suave en la puerta exterior.

—¿Andrew? ¿Está Nathan ahí? ¿Está bien? —Stephanie sonaba ansiosa.

—Sí. Está lavándose —respondió Andrew—. Danos cinco minutos y saldremos.

—De acuerdo.

La oyeron alejarse y Andrew retrocedió un poco para darle a Nathan algo de espacio.

—Gracias —dijo Nathan brevemente.

Andrew se sentó sobre sus talones.

—No hay problema. Aunque será mejor que regresemos. Es posible que ya hayamos conseguido que las murmuraciones comiencen de nuevo.

—Que se vayan al infierno.

La corta respuesta puso una sonrisa genuina en el rostro de Andrew, y por un breve momento, disminuyó el nudo bajo el esternón de Nathan. Se inclinó hacia delante y puso un casto beso en la boca de Andrew. Tomado por sorpresa, los labios de Andrew se abrieron bajo los suyos y el beso casto se convirtió en algo más, no sexual, sino más desesperado y apegado.

Sabían que era un adiós, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a dejar que el otro se fuera. No se acercaron, sabiendo cuál sería la inevitable consecuencia del contacto entre sí. Nathan podía sentir a Andrew temblando bajo su boca, y se apartó, tratando de recuperar el control.

—Ya es hora de detenernos.

Andrew asintió; sus ojos azules estaban desenfocados y su boca, roja e hinchada por los besos de Nathan.

—Solo... —Nathan hizo una pausa mientras trataba de ordenar sus pensamientos—. No niegues lo que sientes por mí. Nada de esa basura de «No siento nada». Esto... —dijo rozando los labios de Andrew con sus dedos—... demuestra lo contrario.

—No más mentiras —prometió Andrew.

Nathan se puso de pie, arrastrando a Andrew con él.

—Sé feliz, Drew.

—También tú, Nate.

De alguna manera aquella cruda despedida era la conversación más sincera que jamás hubieran tenido.

EL SR. RICHARD ANDREWS Y EL SR. ANDREW MATTHEWS

INVITAN AL SR. Y LA SRA. PETERSON, Y A SUS HIJOS

A ACOMPAÑARLOS

EN EL HOTEL GRANDE

PARA CELEBRAR SU MATRIMONIO

Llegó en el correo un pequeño sobre de color blanco y aspecto inocuo. Tenía la fecha, la hora y, debajo de eso, Andrew había garabateado: «Si no podemos hacerlo de verdad, por lo menos podemos tener una gran fiesta. Esperamos veros allí. Colin dice que cuidará de Daniel».

LA LLAMADA telefónica siguió a la llegada de la invitación.

—Oye, ya me he enterado de que tu chico se casa.

—Gabe. —Nathan tendría que haber esperado aquello.

—Tengo una invitación para la despedida de soltero, ¿o debería ser de soltera, dado que Droopy definitivamente ha conseguido un hombre rico?

—Gabe. —Nathan espetó su nombre en una gruñida advertencia de «No me provoques».

Como siempre, Gabe prefirió ignorarlo.

—¿Crees que llevará un vestido, o irá de rosa, o...?

Nathan exhaló. Molestarse con Gabe era una pérdida completa de energía.

—¿Realmente quieres algo, imbécil, o simplemente has llamado para fastidiarme?

—Eso es solo un extra. Llamo para informarte de que Joe y Michael te llevarán a Los Ángeles. Todo está organizado. Solo tienes que parecer muy, muy desocupado, eso es todo. —Estalló en carcajadas.

Nathan aguardó pacientemente a que terminara.

—Todavía no sé si puedo ir. No he hablado con Alex —dijo en un tono evasivo.

Y de todos modos no iba a hacerlo. De ninguna manera iría a Los Ángeles para ir de discotecas con Andrew. Discotecas, cuartos oscuros, los dos con el mismo control que tenía Daniel en su triciclo.

Hubo una pausa en el otro extremo.

—No irás, ¿verdad? —Gabe conocía a Nathan demasiado bien.

—No, no iré.

—¿Qué pasa con la boda?

Nathan negó con la cabeza a pesar de que Gabe no podía verlo.

—Lo dudo. No podemos darnos el lujo de quedarnos allá y está demasiado lejos para ir y regresar el mismo día.

—Podrías quedarte en casa de Gary, o en la de Andrew —sugirió Gabe.

Sintiéndose como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago, Nathan dijo:

—No creo que sea una buena idea, ¿tú sí?

—Supongo que no —concedió Gabe—. Bueno, eh, seguiremos hablando. Hasta luego, amigo.

Nathan se quedó escuchando el tono de la llamada terminada.

ALEX RESPONDIÓ al toque en la puerta cuando Nathan estaba en medio de la planificación de su clase; tenía el comedor cubierto de libros y gráficas.

—¿Nate? —Alex asomó la cabeza por la puerta—. Stephanie quiere saber si la cena para la noche del viernes está bien.

—Sí, está bien. —Nathan no levantó la vista de sus papeles.

—Y Joe quiere saber qué debería llevar para la despedida de soltero. Nunca ha estado en una discoteca en Los Ángeles. —Alex sonaba perpleja, como de hecho debía estarlo. Nathan no le había mencionado en absoluto lo de la boda.

Nathan levantó la vista.

—Dile que venga más tarde, después de que termine esto.

Alex frunció el ceño.

—Nate...

—Más tarde, Lexi, estoy ocupado.

Volvió a su trabajo, con los ojos firmemente fijos en el planificador que tenía frente a él. La oyó murmurar un gruñido de frustración y después unos pasos se alejaron rumbo a la puerta principal. Nathan exhaló lentamente y luchó fuertemente contra las emociones que se acumulaban en su interior. Oyó cerrarse la puerta delantera y luego Alex regresó.

—¿Vas a explicarme de qué se trata todo esto? ¿Qué despedida de soltero? Más específicamente, ¿quién se casa?

—Andrew.

—¿Andrew? —repitió Alex.

—Ese mismo. Ahora, si me disculpas...

—Ah, no, Nathan Peterson, no te vas a librar de esto tan fácilmente. ¿Se casa y no me lo has dicho?

—¿Por qué diablos iba a hacerlo después de todo lo que pasó? —le gritó Nathan.

Alex lo miró fijamente, y luego preguntó en voz baja:

—¿Envió una invitación?

Nathan asintió, cansado de la conversación.

—Sí. La tiré. ¿De verdad crees que quiero verlo casarse?

—¿Pensaste siquiera en que quizás él podría querer verte allí? —inquirió Alex quedamente.

Nathan se encogió de hombros. No importaba, él no iría.

ENTONCES RECIBIÓ un mensaje de texto de Gary.

¡De nuevo estás siendo un idiota!

Nathan pulsó «Borrar».

—¿REALMENTE TIRASTE la invitación?

Eran las siete y media de la mañana. Nathan llegaba tarde a la escuela. No quería tener esa conversación en aquellos momentos. Estaba buscando las llaves del auto bajo el montón de ropa de bebé que había en la mesa de la cocina cuando Alex se lo preguntó.

—Ahora no, Alex. Ya voy lo suficientemente atrasado.

Daniel brincaba para darle un abrazo. Nathan no se dio cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que las manos del niño estaban cubiertas de yogur. Mientras bajaba a su hijo, se percató de que tenía dos huellas de manos en su camisa.

—¡Diablos! Ahora tengo que cambiarme. ¿No podrías haberle limpiado las manos antes de que bajara?

—Lo hice —espetó Alex—, después de su desayuno. Agarró el tuyo, lo dejaste en la mesa. Te he dicho que no dejes las cosas ahí cuando hayas terminado.

Nathan se puso rojo mientras se quitaba la camisa. Sin decir palabra, Alex le entregó otra. Él se la puso por la cabeza, casi arrancándole los botones al tratar de pasar sus brazos por los puños abotonados.

—¿Dónde está la invitación?

Nathan resopló con exasperación.

—Te dije que...

—La tiraste. Sí, te oí, pero estás mintiendo. Te conozco, Nathan. ¿Qué hiciste?

En silencio, se acercó a la pila de papeles sobre la cómoda, a la que Alex había bautizado como el agujero negro de Nathan. Todas y cada una de las cosas que eran aspiradas a ese revoltijo, jamás salían de nuevo. Él se la entregó.

Alex la leyó y levantó la vista. Nathan recordó una vez más todo lo que había perdido, y se formó un nudo de desesperación bajo su esternón.

—¿No quieres ir?

Él se encogió de hombros.

—No, pero tú puedes hacerlo si lo deseas. Es una fiesta y nuestros amigos estarán allí. Así puedes emborracharte.

Ella se estremeció y dejó caer la invitación como si le quemara los dedos.

—Por favor, Nathan —susurró—. ¿No podemos olvidarlo? Él es feliz ahora. ¿Qué hay de nosotros?

Nathan resopló una corta risa.

—Es un poco tarde para pretender ser una familia feliz, ¿no te parece?
—Ignoró su mirada afligida y se volvió para salir.

—Me fuiste infiel, ¿lo recuerdas, Nathan Peterson?

Nathan hizo una mueca cuando ella respondió con la fría y dura verdad. Oh, sí, lo recordaba.

Así que, sí, Nathan sabía que su infidelidad había sido el comienzo.

EN ALGÚN momento, Colin llegó a la pubertad, y nadie más que Stephanie estaba preparado para ello. Durante meses, Stephanie había estado tratando con un adolescente con continuos cambios de humor. A pesar de que era maestro, Nathan no esperaba que Colin cambiara tan drásticamente como lo hizo.

Lo único que hacía era estar en su habitación, y cuando salía era para irse con sus amigos: un grupo de adolescentes que afirmaban su individualidad al vestirse de la misma forma. El amistoso y abierto Colin de años atrás desapareció bajo el tinte y las ropas de color negro, y la única respuesta que daba a cualquier pregunta era un gruñido.

Cada vez eran más fuertes los enfrentamientos con Joe. Mientras que antes Colin había estado dispuesto a aceptar la disciplina impuesta por su padrastro, ahora discutía sobre cada punto y dejaba a Joe y Stephanie desesperados. Al final, después de otra tormentosa discusión en la que terminó gritándole a Joe: «¡Tú no eres mi padre!», llamaron a Andrew y le pidieron que hablara con su hijo.

Un fin de semana por la tarde, Nathan se encontró con Rich en el umbral de su casa. Cuando abrió la puerta, el novio de Andrew estaba allí con aspecto desesperado y esperanzado a la vez.

—¿Rich? Eh, ¿puedo ayudarte?

—Tengo que escapar. Andrew y Steph están riñendo a Colin y diciéndole lo que tiene que hacer. Es un poco pesado estar ahí. ¿Puedo ocultarme un rato? —Sus ojos grises se arrugaron en los extremos, al igual que los de Andrew, y de repente Nathan se dio cuenta de por qué Andrew se sentía tan atraído por él—. Tengo un soborno. —Sacó un paquete de seis cervezas.

No podía decir que no. Alex había salido con los niños mientras que él completaba algunos informes. En verdad, aquella distracción era justo lo que necesitaba. Dio un paso atrás e invitó a Rich a entrar.

—¿Quieres ver el partido de los Spurs?

Rich hizo una mueca, pero dijo:

—Vería la pintura secarse si eso me librara de «la conversación».

Nathan sonrió.

—Así de mal, ¿eh?

Rich se estremeció mientras agarraba una cerveza.

—No tienes ni idea. Nunca había visto a Drew reprender a nadie. —Tomó un largo trago—. Incluso yo quería decir «¡Sí, señor!».

—Espera, ¿Andrew era el que le estaba regañando? —Nathan se sorprendió, ya que nunca había considerado a Andrew como una persona estricta.

—Créeme, he terminado sintiendo lástima por Colin.

Nathan estaba teniendo dificultades para imaginárselo.

—¿Cómo se lo ha tomado Colin?

—Bueno, no dejaba de murmurar: «Lo siento», y no con desprecio, así que creo que ha entendido el mensaje. Se lo pensará dos veces antes de volver a ser grosero con Joe. No creo que esperara que Andrew fuera tan

firme. Pensé en darle al chico un descanso y dejarlos solos. —Rich agitó su botella hacia Nathan—. Así que aquí estoy.

Nathan hizo pasar a Rich a la sala y apuntó el control remoto hacia la pantalla de plasma. Un par de minutos más tarde, el partido estaba en marcha, y él estaba tratando de no pensar en lo extraño que era estar viéndolo con el novio de su examante.

Estaban en la segunda mitad, cuando hubo otro toque a la puerta. Andrew y Joe estaban al otro lado, sujetando unas cervezas. Los dos hombres tenían el semblante tenso y Nathan se apartó sin decir palabra.

Joe se acomodó en la silla grande. Andrew se dejó caer junto a Rich, dejando que Nathan se sentara al otro lado de él. Tanto Andrew como Joe abrieron una cerveza y vaciaron sus botellas casi de un trago.

—Dios, no quiero hacerlo de nuevo. —Andrew se estremeció visiblemente mientras Joe asentía con la cabeza.

Rich y Nathan se sonrieron mutuamente. Nathan abrió otras dos botellas sin preguntarles y se las entregó.

—¿Tendré que ir a por más al sótano? —preguntó con amabilidad. Ambos asintieron—. Está bien, cuando el partido haya terminado.

Aparte de la presencia de Rich en lugar de Gabe, aquello era como en los viejos tiempos. Discutieron amigablemente sobre los respectivos equipos durante el partido. Con unas cuantas cervezas, Nathan se sentía animado y entumecido por la placentera propagación del alcohol a través de sus extremidades. Estaban desplomados en el sofá, con las piernas ligeramente tocándose entre sí, mientras se relajaban. Había pasado mucho tiempo desde que había disfrutado de una tarde de solo hombres, y sobre todo, de una improvisada.

—¿Hay más cerveza, Nate? —Joe agitó su botella esperanzadoramente.

—Por supuesto.

Nathan se impulsó para levantarse. Para su sorpresa, Andrew también se puso de pie.

—Yo te ayudo. De esa manera se puede conseguir más cerveza. —Se inclinó para darle un beso a Rich. Nathan se dio la vuelta cuando Rich pasó una mano alrededor de su cuello y lo atrajo más cerca.

—¡Cerveza ahora, besaros más tarde! —exigió Joe.

Andrew le dio a su novio un último y prolongado beso y se enderezó.

—Listo —dijo, pasándose la lengua por el labio inferior.

Nathan quería gruñir. Eso, o aplastar sus labios sobre los de Andrew para limpiar de su cara el beso de Rich.

—Solo somos cuatro —aclaró Nathan, para distraer sus pensamientos—. Podría invitar a Michael y a Jim.

—Estoy en ello —dijo Joe sacando su teléfono.

—Alex me matará. Salió con los niños para darme oportunidad de trabajar —dijo Nathan, mientras él y Andrew bajaban las escaleras hacia el sótano—. No estará contenta de verme embriagado después de una tarde con los chicos.

—Steph se lo explicará. Ella es buena en eso. —Andrew se balanceó ligeramente—. Podríamos ir a mi sala de entretenimiento si está realmente enojada. Aunque la televisión de allí es una porquería.

Nathan hurgó en la esquina en busca de más botellas. Cuando salió triunfante con dos paquetes de seis, Joe gritó desde arriba:

—Gary y Gabe están aquí. Se necesita mucha más cerveza.

—¿Gary y Gabe? ¿Qué carajo está pasando, Drew? —Nathan puso las cervezas en el suelo. Andrew estaba mirando el techo del sótano—. ¿Y bien? —preguntó con severidad.

Andrew tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Pensamos que si Mahoma no va a la montaña...

—¿Me tendisteis una trampa? —Nathan lo miró boquiabierto.

—No es exactamente una trampa. Es más aprovechar una oportunidad para reunir a los chicos. Steph y Joe me pidieron que hablara con Colin, y quería pasar un rato contigo que no implicara a uno de nosotros teniendo

una crisis nerviosa. Pensé... Rich pensó que podrías sentirte mejor si él estuviera aquí. Tendríamos menos tentación de echarla a perder.

—¿Y la despedida de soltero?

—Vamos a morir de sed, chicas. —El dulce tono de Gabe interrumpió su conversación.

—Deberías comprarte tu propia cerveza, idiota —gritó Andrew.

Hubo un ruido en la escalera y Gary apareció en la penumbra. Parecía que examinaba la distancia entre los dos hombres y luego asintió con la cabeza.

—¿Estuviste de acuerdo con esto? —preguntó Nathan con incredulidad.

Sacudiendo la cabeza, Gary dijo:

—No. Pensé que era una idea estúpida. Vosotros dos, cabrones, no podéis mantener vuestras manos fuera del otro. Pero fui invalidado por el jefe.

—¿Andrew?

—Yo, en realidad.

Hubo una tos tranquila proveniente de la parte superior de las escaleras. Nathan levantó la mirada y vio a Rich mirando a Andrew con una tierna sonrisa. Fue correspondido con una de timidez, que Nathan nunca antes había visto en Andrew.

Nathan negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

Gary le sonrió.

—No tienes que entenderlo. Simplemente relájate y disfruta de una tarde con los chicos. Alex está con Steph. Lo único que tienes que hacer es embriagarte y consumir comida rápida.

Nathan se dio por vencido. Emborracharse hasta desmayarse parecía una idea excelente. Con el novio y los perros guardianes allí, Andrew y él no podían meterse en ningún problema. Les entregó las cervezas a Gary y

Andrew, y se volvió para subir las escaleras. Aquello era demasiado distinto a sus planes de una tranquila tarde de trabajo.

En algún momento de la tarde, Gary sacó una guitarra. Había pasado mucho tiempo desde que Nathan había escuchado cantar a Andrew. Había olvidado el placer que le provocaba el liberarse y cantar desde *country* hasta *rock*, mientras permanecía sentado con la espalda apoyada contra el pecho de Rich.

Michael, Jim y Joe hicieron una versión extremadamente afeminada de *It's Raining Men*, y Joe fue besado sonoramente por Gary al final de la canción. Joe les hizo prometer que nunca se lo contarían a Stephanie y que jamás lo besarían de nuevo, no fuera que acabara marcado para toda la vida. Jim recibió una ovación de pie con su interpretación de *Stand by Your Man*, que había realizado con unos melocotones por debajo de su horroroso suéter.

—Está bien, Nate, ¿qué vas a cantar para nosotros? —preguntó Andrew, sonriéndole alentadoramente.

Nathan sacudió la cabeza.

—Me has oído cantar antes. ¿Quieres que asuste a los vecinos?

Michael soltó un bufido.

—Están todos aquí. No te vas a librar tan fácilmente.

Gabe tenía un brillo perverso en sus ojos, pero antes de que pudiera abrir la boca, Nathan se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Si sugieres *I Will Survive*, les daré tus testículos a los perros para que se los coman.

Gabe hizo un mohín pero estaba claro que su intento había sido frustrado, y le lanzaron restos de pan de ajo cuando propuso como alternativa *Dancing Queen*.

Por último, casi nerviosamente, Jim sacó un cigarrillo de marihuana. Mientras Gary y Jim gritaban de emoción, Michael, Joe y Andrew lo miraron asombrados.

—Pero tú... Allison... te mataría —tartamudeó Andrew.

La expresión de Jim fue risueña mientras le daba una calada y se lo pasaba a Rich.

—Estará con su madre hasta el lunes. Soy viejo, no estúpido. Además, no toda mi vida ha sido regida por Alli. Es bueno recordar eso de vez en cuando.

Fue la mejor tarde que Nathan había tenido en meses, y para cuando todos se fueron, se dio cuenta de que el nudo de tensión que se había formado bajo su esternón, complicándole respirar, había desaparecido.

Jim y Michael se marcharon tambaleándose casi a la medianoche, y por la embriaguez de ambos, necesitaron sostenerse entre ellos mismos, e incluso entonces, Nathan tuvo que indicarles la dirección de sus casas. Gary y Gabe se habían acomodado en una de las habitaciones de invitados con solo un «Buenas noches, cabrones», como despedida.

Lo cual dejaba solo a Andrew y Rich.

Al despedirse, Andrew le dio un abrazo. Y Nathan se aferró a él ferozmente, dándose cuenta en ese momento de que Rich no iba a enojarse con él. Andrew enterró su rostro en el cuello de Nathan por un minuto; la estrechez de su abrazo decía más de lo que cualquier palabra pudiera.

Entonces, Andrew le dio un beso en la boca y retrocedió, permitiéndole a Rich que fuera a despedirse. Rich se acercó y también lo abrazó, dándole las gracias por esa tarde, y después se marcharon.

A pesar de sí mismo, Nathan miró a la pareja desde la puerta, observando la forma en que Andrew pasó un brazo alrededor de los hombros de Rich mientras se movían hacia la casa con el número doce. Por primera vez, la cercanía entre ambos no le dejó un sabor amargo en la boca.

«Dios bendiga el alcohol», pensó mientras llamaba a *Tyler* y *Ruby* para dar un paseo nocturno.

CAPÍTULO 13

AL SENTIR los suaves besos en su mandíbula, Andrew despertó del agotamiento que lo había derrumbado en el sofá.

—Mmm... Hola —murmuró, y volvió la cara sin abrir los ojos, buscando con su boca a Rich a tientas. No estaba seguro de si en ese momento forzar a sus párpados a abrirse sería una opción. Lo besaron suavemente y después una cálida mano acarició su rostro.

—¿Un día largo, cariño?

—Largo y estresante —puntualizó Andrew, luchando para sentarse y saludar a su hombre apropiadamente, pero Rich lo presionó contra los cojines.

—Vuelve a dormir. ¿Quieres salir a cenar más tarde?

Lo único que Andrew quería eran diez horas de inconsciencia, pero sabía que Rich debía estar hambriento después de un arduo día de trabajo. Estaba a punto de aceptar cuando fue besado de nuevo.

—Soy un estúpido. Pediré algo para llevar. Vuelve a dormir.

Andrew sonrió con agradecimiento y se acurrucó de nuevo, teniendo vagamente la sensación de que una manta lo cubría mientras se hundía de nuevo en sus sueños.

Se despertó unas horas más tarde por una tenue agitación en su hombro.

—Drew, la comida está lista.

Se sentó, su cabeza estaba confusa y descentrada. Abrió los ojos y vio a Rich sonriéndole, con un plato en una mano y una taza enorme, de lo que sin duda era café, en la otra.

—¿Primero café o comida caliente? —Rich hizo un gesto de exasperación cuando las manos de Andrew se dirigieron directamente hacia el café—. En serio, no deberías atiborrarte de café tan tarde. Perdón, ¿qué ha sido eso? —preguntó al ver que Andrew le hacía un gesto con la mano que ciertamente no fue un gracias. Chasqueó la lengua—. Andrew, ¿tu madre estaría contenta de verte ser tan grosero con tu marido? ¿No te enseñó modales?

Andrew levantó la cara de la taza ahora vacía.

—¿De verdad quieres saber lo que mi madre me enseñó?

La alegría abandonó la cara de Rich.

—En realidad no, mi amor.

Una noche de copas con Steph le había hecho saber a Rich mucho más sobre el estilo de crianza que la señora Matthews utilizaba en sus hijos que lo que Andrew le había contado, y había visto las cicatrices en su espalda, líneas blancas de un delgado cinturón de cuero. Andrew había restado importancia al asunto, pero a veces se despertaba hallando a Rich trazando sus cicatrices con la yema de los dedos, y Andrew recordaba el dolor y la humillación en cada marca y borde. Se había percatado de que Rich miraba a Ruth con aversión absoluta cuando pensaba que nadie lo estaba observando, aunque sabía que él era demasiado educado para decirle algo a la cara. Andrew caminaba entonces hacia su esposo y borraba con un beso aquella expresión de su rostro agradeciéndole, sin decir palabra, su apoyo.

Rich le quitó la taza a su hombre y le entregó el plato, ignorando la mueca de protesta.

—Come primero, y luego te bebes una taza de café descafeinado. —
Riéndose de la cara indignada de Andrew, Rich fue a la cocina.

—Eso no es café de verdad —le gritó Andrew.

—No, pero es lo único lo que vas a obtener. Empieza, estaré contigo en un minuto.

Andrew sonrió y se sentó con su plato de comida china. Rich regresó con otra taza de café y un plato para él. Se sentó junto a Andrew y comieron en silencio durante unos minutos.

Vieron el programa de Conan O'Brien mientras cenaban; el relajado estilo satisfacía la falta de capacidad intelectual que Andrew tenía después del día que acababa de pasar. Inevitablemente, su mente vagó a la sesión que había hecho hacía unas horas, y los problemas que había encontrado.

Había estado construyendo lentamente un negocio desde su regreso al trabajo después de su colapso nervioso. Le ayudó el que trabajara con la banda de Gary. Después de años de tocar en clubes pequeños, finalmente tenían una reputación para hacerlo en lugares más grandes y había recibido una cierta publicidad positiva en la prensa musical. Andrew había tomado algunas de las fotos de la banda que se publicaron, lo que hizo que recibiera solicitudes de otros grupos prometedores para una sesión fotográfica.

Después de años de fotos de graduaciones y de bebés, finalmente obtenía algo de reconocimiento por su arte. Sin embargo, una parte de él echaba de menos el pequeño estudio en Castleton y los viajes a las escuelas y los hospitales. Puede que hubiera sido un trabajo mundano, pero él era muy apreciado y respetado por los padres de los niños. Eso era muy distinto a la otra parte de su negocio, de la cual no estaba tan seguro.

Años atrás le había tomado unas fotos a un tipo que quería entrar en el negocio del porno. Lo había hecho como un favor a su madre, quien trabajaba en la unidad de maternidad donde Andrew ejercía su profesión. Las fotos se publicaron en una revista, y el joven tuvo una breve carrera como estrella del porno gay antes de, afortunadamente, decidir estudiar en la universidad. Aunque esto no le impidió recomendarlo como fotógrafo a todos sin excepción para ser quien les hiciera su primer portafolio. Andrew había sido visitado por numerosos chicos y chicas, y algunos de ellos, como la de hoy, lo hicieron sentirse justo como el hombre que Nathan le había acusado de ser: un vil perverso y explotador de carne joven.

La chica era tan joven y estaba tan aterrorizada que Andrew terminó insistiendo en que se pusiera sus ropas de nuevo, le preparó chocolate caliente y la envió a su casa después de contarle el destino de la hermana de Nathan. También había hecho una llamada para asegurarse de que hubiera llegado a casa, y otra muy breve pero acentuada, a la amiga que le había recomendado que fuera a verle. No sabía si la joven seguiría su consejo, pero él no iba a ser responsable de ayudar a corromper a un menor de edad.

—¿Quieres hablar de ello? —La voz de Rich se entrometió en su oscura meditación—. Estás sobrecalentándote el cerebro, vaquero.

Andrew suspiró y se dejó caer en el sofá. Se frotó las sienes como si eso fuera a despejar su cabeza.

—Fue... una chica muy joven que debería haber estado probándose vestidos en el centro comercial en vez de quitárselos delante de mí. —Ante la mirada inquisitiva de Rich, continuó—. La envié a su casa con una historia de terror y la sugerencia de volver a la escuela.

Rich lo rodeó para frotarle el cuello con sus firmes dedos, buscando nudos y tensiones. Un gemido de agradecimiento escapó de los labios de Andrew mientras se relajaba en el contacto. Rich trabajó en silencio durante unos minutos y luego dijo:

—No tienes que seguir haciendo esas sesiones de fotos. Sé lo mucho que las odias. —Cuando Andrew estaba a punto de contestar, agregó—: No puedes ser responsable de todo el mundo, Andrew.

—No me siento responsable.

—¿No?

Andrew se incorporó, apartándose del masaje.

—¿Qué quieres decir? No me siento responsable de cada cliente que viene a mí.

Rich se detuvo un momento, como si tuviera que elegir cuidadosamente sus palabras. Mientras esperaba a que hablara, Andrew pudo ver lo cansado que parecía, las líneas alrededor de sus ojos eran más profundas y su rostro estaba más demacrado, lo que le hizo sentir culpable por discutir aquello con él.

—¿Por qué sigues tomando fotos pornográficas? Tus fotos de músicos se están incrementando y no necesitas el dinero del porno para apoyar a tu familia. He visto lo que ganas, ¿recuerdas?

Andrew sacudió la cabeza.

—Eso no quiere decir que esté financieramente seguro. ¿Qué hay de los gastos de Colin para la universidad?

Rich deslizó su mano en la de Andrew y entrelazó sus dedos.

—Drew, tú no estás solo ahora. Puedo ayudarte con eso. —Por la negación de la cabeza de Andrew, añadió—: Sé que no quieres ser mantenido, pero somos pareja; es más, esposos. Lo que es mío es tuyo y todo eso. Lo que te quiero decir es que no sigas haciendo algo que odias solo porque sientes que es necesario. No puedes proteger a todos esos jóvenes, y no todos ellos van a terminar como Amy Peterson.

Eso dolió.

—Yo... yo no creo eso —susurró Andrew.

—¿No? —preguntó Rich de nuevo—. Piensa en ello, ¿de acuerdo?

Andrew asintió. No quería pensar. Solo quería dormir y olvidarse de la asustada chica de catorce años, y de todos los demás iguales a ella. Esperaba que aquella noche, por lo menos, una joven a la que no conocía pero quien había dado forma a los dos últimos años de su vida, no se presentara en sus sueños.

Todavía estaba oscuro cuando se despertó de nuevo, esta vez en la comodidad de su propia cama. No estaba seguro de qué lo había perturbado; extendió una mano y descubrió el espacio vacío a su lado. Rodó y enterró su nariz en el calor remanente, deseando que Rich regresara y se acurrucara con él. Oyó la descarga del tanque del inodoro y se relajó, medio durmiéndose otra vez mientras aguardaba a que Rich se le uniera.

Andrew estaba casi dormido cuando sintió el hundimiento de la cama y la piel fría apretándose contra su espalda. Murmuró en protesta cuando se estremeció.

—Perdón por despertarte, nene —le susurró Rich al oído.

—¿Crees que esto pertenece a un niño? —Andrew pasó el brazo de Rich alrededor de sí mismo, y lo empujó hacia su pene, ya medio duro.

—No, señor Matthews, creo que eso demuestra que eres todo un hombre —concedió Rich mientras ahuecaba su mano en el miembro y lo acariciaba lentamente.

Reprimiendo un gemido, Andrew empujó contra él, sintiendo el pene de Rich hincharse y endurecerse contra su espalda.

—Eso está... ah... bien.

Incitó a la mano a ir más abajo. Obedientemente, Rich deslizó su mano sobre los testículos, sujetándolos por un segundo antes de arrastrar ligeramente los dedos hacia atrás en la delgada y enrojecida piel.

Rich sonrió contra su oreja.

—¿Solo bien? —cuestionó, provocando a la piel hasta que Andrew estuvo retorciéndose contra sus dedos.

—Incluso es agradable. —Andrew jadeó al sentir un dedo presionar contra él.

—Solo agradable, ¿eh? Debo estar perdiendo mi toque. ¿Me detengo entonces?

—¡No te atrevas! —Andrew atrapó la mano de Rich entre sus muslos, por si acaso intentaba cumplir su amenaza.

—Si me comprometo a continuar, ¿considerarás soltarme?

Andrew volvió la cabeza para poder capturar la boca Rich con la suya.

—Nunca voy a soltarte. ¿Lo entiendes? —Su voz era feroz en la oscuridad.

—Sí. —Rich sonó ronco, como si estuviera a punto de llorar.

Andrew le dio un duro beso y se echó hacia atrás, dejando que sus muslos se relajaran y dándole acceso completo a Rich.

—¡Jódeme! —dijo con sencillez.

Rich lo tomó por sorpresa cuando lo empujó hacia atrás contra las almohadas y se acomodó entre sus piernas. Incluso en la oscuridad de la habitación, podía sentir que lo miraba a los ojos.

—No, no voy a joderte. —Cuando Andrew abrió la boca para protestar, Rich añadió—: Pero voy a hacerte el amor, ahora y siempre.

Andrew lo atrajo hacia abajo para darle un agresivo beso en los labios, conmovido por la intensidad de los sentimientos que había entre ellos.

—¿Qué he hecho para merecerte, Rich? Después de todos estos años... de estar tan solo.

—No pienses en ello, cariño. Ahora estás aquí conmigo.

Rich se deslizó hacia abajo, repartiendo besos mientras descendía por el cuerpo de Andrew, e hizo una pausa para lamerle los pezones hasta que lo tuvo arqueándose debajo de él.

Hasta mucho después, cuando Andrew yacía sudoroso y estrujado por las manos expertas de Rich, no preguntó:

—¿Por qué te levantaste?

Rich murmuró algo con voz adormilada contra su pecho. Andrew le pidió que lo repitiera.

—Indigestión. Estoy bien ahora.

Frunciendo el ceño, Andrew pasó sus manos por el suave cabello que le hacía cosquillas en el pecho.

—¿Indigestión de nuevo? ¿Qué es, la cuarta vez en dos semanas? Será mejor que vayas al médico, amor.

Rich hizo un ruido que podría haber significado cualquier cosa, pero entonces dijo:

—Lo haré. La próxima vez. Duerme ahora.

ANDREW ESTABA revisando algunas de sus fotos cuando Nathan lo llamó. Estaba acurrucado en el sofá con los pies apoyados en el regazo de Rich. Su esposo parecía un pez de colores mientras dormía. Estaba en una época del año atareada para él. Andrew lo veía poco, se iba antes de que Andrew estuviera consciente y regresaba a altas horas de la noche, cuando él normalmente estaba en la cama.

Rich había regresado después de medianoche el día anterior, casi demasiado cansado para mantenerse en pie. Andrew lo vio y se puso firme al insistirle que se tomara libre el día siguiente antes de que le diera un síncope. Rich había protestado, pero Andrew había amenazado con llamar a la oficina y hablar con su secretaria, Ida, si no obedecía.

Ida daba miedo. Era la estereotipada secretaria matriarcal que dirigía su oficina con mano de hierro. Nadie se metía con ella y vivía para contarle.

Con una excepción: adoraba a Andrew, y él correspondía a esa adoración con flores, pasteles y visitas a galerías y museos a los que no necesariamente habría ido por ella misma. Cuando Andrew lo amenazaba con la ira de Ida Reynolds, Rich sabía que era el momento de rendirse.

Por tanto, cuando Nathan llamó en la tarde del sábado, Rich había salido de la cama al mediodía para compartir el desayuno con él, y se había vuelto a quedar dormido antes de que fuera preparado.

Andrew estaba escuchando su iPod mientras trabajaba y no se dio cuenta cuando su teléfono comenzó a vibrar. Hasta que el movimiento que vio por el rabillo del ojo llamó su atención, no lo agarró.

—¡Sí! —dijo tan silenciosamente como pudo en su prisa.

—¿Eh... Andrew?

—¿Nathan?

—Hola. ¿Cómo estás?

«Bien. Excelente. Muy nervioso. Duro. Feliz de oírte. Diablos. Por favor».

—Bien, gracias, ¿y tú?

—Bien, bien.

Hubo una larga e incómoda pausa. «Di algo, imbécil».

—Eh... ¿Necesitas algo, Nate?

Hubo otra pausa y luego un suspiro.

—Que tomes algunas fotografías de mi familia.

—¿Quieres decir de Alex, tú y los niños?

—Además de mis padres, Bob y su familia. Pronto será el cumpleaños de mi madre, y ella quería algunas fotos de todos nosotros. No nos hemos tomado ninguna desde que Amy desapareció. Mira, sé que estás ocupado, pero mi madre vio tus fotos, y necesitábamos a alguien que pudiera comprender cuán difícil es. Si no puedes... —Las palabras de Nathan salieron rápidamente.

—Me encantaría. —Andrew cortó su balbuceo.

—¿Lo harás?

Andrew pudo oír otro suspiro, como si Nathan estuviera soltando su respiración contenida.

—Por supuesto que lo haré. Déjame comprobar mi agenda. ¿Tienes alguna fecha en mente?

Tan cuidadosamente como pudo, Andrew bajó sus pies del regazo de Rich y fue a por su agenda. Discutieron las fechas durante un rato, llegando a tres posibilidades.

—Voy a llamar a todos ahora y averiguar cuál es la mejor para que vengan. No sabes cuánto te lo agradezco, Drew.

Andrew sonrió con tristeza.

—No te preocupes. En realidad tengo una idea que podría hacer esto más fácil para tus padres. Necesito hablarlo con Rich; cuando me llames, te lo haré saber.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nathan, con un poco de recelo.

—Oh, no hay nada de qué preocuparse. Simplemente es un lugar donde podamos tomar las fotos para que sea menos formal. Si quieres, Stephanie y Joe pueden estar allí. Colin puede entretener a los niños. Es una casa grande donde todos pueden quedarse.

—No estoy seguro de que nos podamos permitir eso en este momento. Estamos con el dinero muy limitado.

—No te costará ni un centavo. Es la casa de Rich. Un sitio donde él solía vivir. Allí hago un montón de sesiones cuando está desocupada. Todos pueden quedarse el fin de semana y darle a tus padres la oportunidad de relajarse; bueno, a todos realmente. Pregúntale a Steph al respecto.

—Suenan grandioso. —La incertidumbre emergió a través de la voz de Nathan—. Pero, ¿estás seguro de que a él no le importará?

—Voy a preguntarle. Hablaremos más tarde.

—Por supuesto que la puedes usar. —Un par de brazos rodearon la cintura de Andrew.

Andrew se sobresaltó al cortar la llamada con Nathan. No había oído a Rich colocarse detrás de él. Se dio la vuelta en los brazos de Rich y se inclinó para darle un beso.

—Oye, no oí que te levantarás. —Miró a su marido cuidadosamente, notando cuán demacrado estaba su rostro; las líneas seguían grabadas profundamente alrededor de los ojos y la boca—. Vuelve a la cama, amor. Podemos hablar más tarde.

Andrew lo condujo suavemente en dirección a la habitación. Rich parecía hundirse en sus brazos y dejarse arrastrar a la cama. Cuando Andrew salía de la habitación, Rich le dijo:

—¿Era Nathan?

Haciendo una pausa en la puerta, Andrew le contestó:

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? —Lo miró por encima de su hombro.

—Porque te amo. —Rich le sonrió—. Está bien que usen la casa, Drew.

—Gracias —susurró Andrew mientras abandonaba la habitación.

La breve conversación con Nathan puso en marcha todos esos sentimientos que había tratado tan duramente de suprimir. Amaba a Rich con todo su corazón, pero había una parte de él, una gran parte, tenía que reconocerlo, que nunca podría olvidarse de Nathan Peterson.

CAPÍTULO 14

NATHAN PERMANECÍA de pie en la fila para entrar a la discoteca, moviéndose impacientemente de un lado a otro mientras esperaba a que lo dejaran pasar. Iba solo, lo que lo hacía sentirse cohibido; Gabe le había enviado un mensaje de texto diciéndole que llegarían tarde, y él no podía quedarse quieto, desesperado por algo que solamente podía encontrar allí. Era consciente de la apariencia de la gente a su alrededor, de la brecha entre ellos y él. Se preguntó si algún día no lo dejarían entrar porque no parecía lo suficientemente «gay».

Se acordó de otra discoteca, otra fila, con un inquieto Andrew a su lado. En ese entonces no había entendido realmente cómo Andrew se sentía, la inquietud y el deseo que lo perturbaban. Ahora, sin embargo, comprendía muy bien esa sensación.

Había días en los que solo quería salirse de su propia piel y dejarla atrás. En esos días había una llamada a Gabe y una discoteca anónima en alguna parte: un lugar en el que podía abandonar su piel en la entrada y encontrar un hombre que fuera lo suficientemente alto y delgado. Si había suerte, tenía pecas. Podía intercambiar besos con los ojos cerrados y furtivas masturbaciones. En la oscuridad, nadie se daba cuenta de que únicamente susurraba un nombre.

Luego podía meterse de nuevo en su piel y ser lo que tenía que ser — esposo, padre y maestro—, en paz por un tiempo. Pero sabiendo que vería a Andrew en un par de semanas, que pasarían el fin de semana fingiendo ser una familia feliz, la inquietud había regresado y hubo otro mensaje para Gabe. Sin embargo, había sido un largo viaje solo para una mamada. Gabe había insistido en probar aquella discoteca en particular, lo que significaba

que Nathan conduciría durante horas en ambos sentidos. Le había costado negociar con Alex, y sabía que estaría agotado al día siguiente por la tarde.

Finalmente fue su turno de entrar. Gabe le dijo que se reuniría con él en el guardarropa. Nathan deseaba no tener que esperar demasiado tiempo. Había visto a un hombre delante de él en la fila, que se ajustaba a sus necesidades: alto y delgado, con el tipo de fisionomía que provocaba que su corazón dejara de latir. Tratar de encontrarlo de nuevo, en la tenue iluminación de la enorme discoteca, era otra cosa.

No podía ver a ninguno de sus amigos, y mientras esperaba para guardar su chaqueta, le envió otro mensaje a Gabe. Estaba esperando una respuesta mientras entregaba su abrigo. Parecía que el destino estaba de su lado. El hombre, su presa, aparentaba también estar esperando, y según lo que podía ver, no estaba con nadie. Solo necesitó que se girara para ver los ojos azules de Andrew.

Su teléfono sonó. Lo revisó automáticamente y notó que Andrew estaba haciendo lo mismo.

¡Divertíos, cabrones!

«Sí, muchas gracias, Gabe».

Otro pitido.

¡No lo estropeéis!

Alzó la vista y vio a Andrew mirándolo con recelo.

—Yo no sabía nada de esto —dijo a la defensiva.

Andrew asintió.

—Tampoco yo. Nos ha... tendido una trampa.

—Gabe.

—Rich —corrigió Andrew.

Nathan frunció el ceño. ¿Qué demonios estaba haciendo el esposo de Andrew enviándolo a una cita a ciegas con su examante?

—La versión corta. Rich está en Londres. Me dijo que necesitaba salir una noche y que llamara a Gary. ¿Tú llamaste a Gabe? —Nathan asintió y Andrew se encogió de hombros—. Cuando intercambian ideas...

—¿Pero por qué?

Andrew le tiró del brazo. Estaban deteniendo el avance de la fila. Nathan dejó su chaqueta y se volvió hacia Andrew. Casi pensando que si cerraba los ojos, Andrew desaparecería. Pero todavía estaba allí, apoyado contra la pared con una expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Por qué Rich y esos cabrones nos tenderían una trampa? Es decir, ¿a nosotros, en una salida nocturna?

—Sinceramente, no lo sé. Puedo decirte que no fue idea de Gary. Sabes cómo se siente acerca de nosotros, y Gabe no iría en contra de él. Lo único que puedo pensar es que Rich tuvo algo que ver con eso. Él y yo, no somos totalmente exclusivos, Nate.

Nathan se quedó boquiabierto.

—¿Quieres decir que...? ¿Tienes sexo con otras personas?

—A veces. En raras ocasiones. Y solo con su consentimiento. Somos homosexuales. No es lo mismo que las mamás y los papás: renunciando a todos los demás hasta que la muerte los separe. Ninguno de los dos buscamos abiertamente a otras personas, pero no es el fin del mundo si lo hacemos.

—¿Pero no conmigo?—«¡Yo no te compartiría!».

Andrew le sonrió con tristeza.

—Definitivamente no contigo. No es lo mismo que tener una mamada anónima en un rincón oscuro. —Asintió por la inmutación de Nathan, percatándose de que por primera vez este realmente entendía—. Tú no eres cualquier tipo en un rincón. Rich lo sabe, y sabe que contigo sería todo o nada, de lo contrario ya habría intentado acostarse contigo.

Y ese era un pensamiento que Nathan no quería explorar muy de cerca. Sí, había tenido esos pensamientos también. Verlos besarse le ocasionó sentimientos encontrados desde el cerebro hasta el pene.

—Así que, ¿por qué aquí y ahora? No tiene sentido. —Nathan estaba más confundido que nunca.

—No lo sé, y por el momento no me importa. Lo único que sé es que te ha dado su consentimiento y estamos aquí, juntos, por nuestra cuenta. —

Andrew dio un paso adelante, casi tocando a Nathan. A continuación levantó la vista hacia él—. ¿Vas a bailar conmigo o te vas a ir, Nate?

Nathan lo miró con desesperanza.

—Debo irme. —Su piel parecía demasiado grande para él.

—Vete entonces.

La brecha entre los dos se cerró infinitesimalmente. Los sentidos de Nathan estaban abrumados por los ojos claros y el aroma especiado.

Tenía que dar un largo paso hacia atrás; como de un kilómetro.

—Sabes que no me puedo ir. —La inquietud se había convertido en ratas que roían sus entrañas con dientes enormes.

Andrew no estaba ayudando con la situación al ponerse sobre las puntas de los pies y darle un corto beso en sus labios.

—Baila conmigo.

¿Nathan realmente había tenido alguna elección a partir del momento en que puso los ojos en él?

Lo siguió ciegamente a la pista de baile, abriéndose paso entre la multitud de jóvenes absolutamente despampanantes. ¿Andrew le prestaría atención una vez que empezaran a bailar? Lo había visto antes entrar en ese estado mental, donde nada importaba excepto su necesidad por bailar y tener sexo. La necesidad que Nathan tenía en ese momento.

Andrew encontró un hueco en la gente y se volvió para mirarlo. Por una fracción de segundo, Nathan pudo ver una vacilación momentánea en sus ojos, como si esperara que fuera a dejarlo al darle la espalda, y luego un destello de alivio cuando vio que seguía allí. Andrew extendió sus brazos y, sin poder evitarlo, Nathan se movió hacia ellos, sintiéndose como si estuviera siendo lazado con una cuerda. No existía la posibilidad de rechazarlo o alejarse del desastre que sin duda iba a suceder.

—Estoy en casa.

Nathan estaba seguro de que se suponía que no debía oír el comentario que Andrew susurró contra su hombro, pero hacerlo propagó calidez en su interior. Le habían dado una noche. No tenía que echarla a perder. Debía

sacarle el máximo provecho antes de recoger su vida real junto con su chaqueta. Ambos bailaron, moviéndose juntos como si no hubiera nadie más en la discoteca. Rápida o lenta, la música no tenía importancia. Lo que importaba era que Andrew no estaba a más de un dedo de su cuerpo.

Lo había visto bailar antes, en aquellos días en que la inquietud estaba en el cuerpo de Andrew en lugar del suyo. En aquel entonces le añadía una calidad frenética a sus movimientos que no estaba presente ahora. Andrew estaba bailando para Nathan, solo para él, y lo demostraba en cada sinuoso contoneo, en cada roce contra sus caderas.

Por el calor, el sudor resbalaba por sus cuerpos mientras bailaban, y las prendas se pegaban a sus torsos de una manera casi obscena. Andrew se quitó su camiseta dejando el pecho al descubierto, y la metió en el bolsillo trasero de Nathan.

A pesar de tener más años que la mayoría de los jóvenes que estaban en la discoteca, Andrew era deslumbrante. Su complexión aún era delgada pero muscular, y su piel estaba ligeramente bronceada. Nathan podía ver la atención que estaba recibiendo de los demás hombres, y tuvo que abstenerse de gruñir «Mío» cada vez que le dirigían una mirada indeseada o se humedecían los labios.

Andrew se le acercó y comenzó a desabrochar la camisa de Nathan. Las manos de Nathan volaron para cubrir las de él; no estaba seguro acerca de desnudarse en público. Su camisa se abrió cuando el último botón fue desabotonado, y Andrew la deslizó por sus hombros.

—Ahora van a humedecer su ropa interior —dijo Andrew mientras le quitaba la camisa.

Nathan no se atrevió a mirar a su alrededor. A diferencia de Andrew, realmente no le gustaba atraer la atención fuera del aula. Fijó la vista en el ombligo del otro hombre y el tenue rastro de vello que conducía a su pantalón de mezclilla. Quería caer de rodillas y...

—Mírame, Nate —ordenó Andrew en voz baja. Pero Nathan observaba el movimiento de las luces de colores sobre los abdominales de Andrew—. ¡Mírame! —Los ojos de Nathan fueron de abajo arriba y casi se abarcaron por la intensidad de la mirada de Andrew—. Mira a tu alrededor.

Todos te desean. Desean tocarte, tocar tu hermoso cuerpo, y si lo hacen... —Andrew se inclinó hacia delante—. Les arrancaré los brazos. ¡Esta noche eres mío! —susurró con fiereza.

Nathan no miró a su alrededor. No le importaba nadie más. Estaba siendo reclamado con cada mirada de deseo, con cada toque posesivo por parte de Andrew. Estaba marcando su territorio como si le hubiera orinado encima, y el mordisqueo en su estómago cesó como si las ratas hubieran sido sometidas bajo el dominio de la posesión de Andrew. ¿Las ratas podían ronronear? Estas seguramente podían porque eso era lo que hacían mientras Andrew lo reclama como suyo.

Bailaron de nuevo, pegándose aún más, deslizando las manos sobre la suave y sudorosa piel de sus costados. Una vez, solo una, un hombre trató de entrometerse pero fue forzado a retroceder por la ira en los ojos de ambos. Para todos los demás, era obvio que no tenía sentido tratar de unirse a la fiesta de ellos dos. De vez en cuando bebían agua; ninguno quería que el alcohol los desenfocara o les arruinara la noche, y después volvían a la pista de baile.

El trasero de Andrew se restregó contra Nathan hasta que este gimió en su oído. Al presionar su erección en la espalda baja de Andrew, Nathan se retorció lentamente para deslizarse entre los glúteos. Con sus manos extendidas sobre el pecho de Andrew, podía sentir que su respiración era entrecortada.

Andrew tomó una de las manos de Nathan y la pasó por su torso, empujándola hacia abajo hasta que los dedos estuvieron sumergidos debajo de la cintura de sus pantalones. La punta de su pene rozó las yemas de los dedos; estaba duro y goteando contra la piel. Andrew sacó la mano y chupó de esta su propio sabor.

Fue como si estrellas blancas explotaron en los ojos de Nathan. Quería inclinarlo allí en la pista de baile, e introducir el pene en su firme trasero hasta que ambos estuvieran gritando. No estaba seguro de si Andrew lo detendría, tuvieran audiencia o no.

—Tienes que detenerte —le dijo con voz tensa mientras él mismo trataba de contenerse.

—¿Detenerme? —El aliento de Andrew le hizo cosquillas en la palma de la mano—. ¿De verdad quieres que deje de tocarte, Nate? —Su boca le chupó firmemente los dedos.

Nathan gruñó; esa provocación iba más allá de su resistencia. Giró a Andrew en sus brazos y lo besó, empujando su lengua contra la de él, reclamándolo de nuevo. Lucharon por ganar el control del beso, olvidando el baile mientras seguían en la pista, perdidos en la necesidad de dominar al otro. Las uñas de Andrew arañaron su espalda, nunca lo suficiente como para dejar una marca permanente, pero sí como para hacer que el sudor le picara brevemente.

Andrew terminó la batalla, con su pecho agitado mientras llevaba aire a sus pulmones. Dio un paso atrás y le agarró del brazo, guiándolo a la parte trasera de la discoteca. Encontraron un espacio aislado y reanudaron su beso, solo que esta vez fue más lento, más profundo, sin ningún deseo de dominar, solo de probar y explorar y decirse con las manos, los labios y las lenguas, cuánto se habían echado de menos. El mundo se redujo a ese beso, un bálsamo para el dolor dentro de sí.

Nathan lo presionó contra la pared, con las manos ahuecadas alrededor de su mandíbula, sintiendo el roce de la incipiente barba en las palmas de sus manos. Estas eran lo suficientemente grandes como para acariciarle detrás de las orejas, así que notó el suave y sedoso cabello que se encrespaba en su cuello. Necesitaba empujarlo contra la pared para sentir su firme cuerpo muscular contra el suyo. Metió una pierna entre las de Andrew, provocándole un gemido que se tragó mientras ejercía una excitante presión en el pene de Andrew. Presionó de nuevo, deseando escuchar el sonido que algunas veces atormentaba sus sueños.

Andrew recorrió con sus manos el pecho y los costados de Nathan, la suave piel de los brazos; sus pulgares le frotaron los pezones, provocándolos para que se endurecieran, y después continuó hacia abajo, sumergiéndolas en la pretina de los pantalones para enredar los dedos en el grueso vello.

Nathan rompió el beso para confesar:

—Tus manos me están volviendo loco.

El pelo de Andrew le hizo cosquillas en la piel mientras asentía con la cabeza, tirando de él para otro beso.

Su piel parecía excesivamente sensibilizada. No importaba dónde fuera tocado por Andrew, la sensación iba directa como un relámpago a su pene. Necesitaba más que la ligereza con la que los dedos danzaban sobre el bulto en sus pantalones.

—Tócame —suplicó, friccionándose contra él.

Andrew bajó la cremallera de Nathan, y deslizó su mano en los calzoncillos de algodón; encontró que él ya estaba duro y deseoso. Nathan gimió en su boca mientras su miembro era acariciado, lentamente, con un pulgar frotando la cabeza de este. Palpó los pantalones de Andrew, queriendo tocarlo también. Las manos le temblaban mientras desabrochaba el botón e introducía la mano. Andrew no llevaba ropa interior así que sus dedos envolvieron el duro pene, fascinándose por el contraste de la suave y aterciopelada piel.

Se masturbaron mutuamente mientras se besaban; sus besos eran cada vez más apasionados, haciéndolos jadear en la boca del otro mientras se acercaban al orgasmo. Andrew estaba gimiendo en su boca, levantándose sobre las puntas de sus pies cuando comenzó a ser acariciado con más dureza. A Nathan le resultó difícil concentrarse cuando la mano alrededor de su pene bajó para sujetar sus testículos, y la otra mano retomó la labor de acariciarlo, moviéndose más rápido. Llegaron al clímax juntos, torrentes calientes se derramaron sobre sus manos mientras temblaban en los brazos del otro. Nathan levantó su mano y vio como Andrew lamía lo que había en ella; entonces hizo lo mismo, girando su lengua entre los dedos de Andrew y saboreando hasta que no quedó nada.

Fueron al baño para limpiarse; Andrew terminó antes, por lo que lo esperó afuera. Nathan salió y lo halló hablando con un hombre más joven. Lo miró por un minuto, mientras el hombre le entregaba un pedazo de papel.

La cosa era que Andrew recolectaba números de teléfono de la manera en que la mayoría de la gente lo hacía con menús de comida para llevar. Eran literalmente puestos en sus manos. Había visto suceder eso antes

cuando eran vecinos, en las discotecas y bares, y una vez incluso cuando se detuvieron en una pequeña tienda con Colin a su lado.

Aquel hombre le dio el número con una sonrisa confiada. Era joven, apenas un veinteañero, con cabello rubio y una sonrisa deslumbrante. Hacia a Nathan sentirse viejo y agotado a sus veintiocho años.

Andrew estaba inclinado hacia adelante mientras el hombre hablaba, y eso obviamente pareció una invitación porque el tipo se acercó para tocarlo. Nathan se puso detrás de Andrew y lo atrajo contra él, pasándole posesivamente un brazo sobre el pecho, enviando un mensaje sutil a su rival. Andrew se apoyó en él y le dio un beso bajo la mandíbula.

—¿Listo?

Nathan asintió.

—¿Quieres bailar otra vez?

—Siempre. —Andrew salió de sus brazos, pero luego lo tomó de la mano. Le sonrió al joven, quien ahora parecía un poco triste—. Encantado de conocerte, Kyle.

Nathan también sonrió a Kyle. Y a juzgar por la forma en que este se apartó a toda prisa, el gesto debió haberle parecido menos que amable.

—¿Asustando a la competencia, Nate? —preguntó Andrew mientras caminaban de regreso a la pista.

—¿Qué te hizo pensar eso? —murmuró Nathan.

—El hecho de que cortaste la circulación de mi mano. —Andrew levantó la mano para mostrar que la sangre había desaparecido de la parte donde había sido apretada con fuerza.

Nathan apresuradamente se disculpó, pero siguió con:

—Nadie más va a tocarte esta noche. ¡Nadie!

Vio como Andrew tiraba deliberadamente el número de Kyle en un cubo de basura.

—Solo tú —acordó Andrew felizmente, y se metió debajo del brazo de Nathan cuando empezaron a bailar de nuevo.

Nathan fue cuidadoso en no despegarse en absoluto de él durante el resto de la noche.

Hacia el final estaban abrazados. Moviéndose despacio, apenas arrastrando los pies en el mismo lugar. Andrew apoyó su cansada cabeza en el hueco del cuello de Nathan, colocando una de las manos en su trasero, con los dedos metidos en el bolsillo del pantalón. La otra mano estaba entrelazada con la de él y apoyada en su pecho, sobre el corazón de Nathan.

Nathan apretó los labios contra la frente de Andrew, saboreando la sal en esta. No quería que la canción terminara, no deseaba soltarlo y admitir que la noche había llegado a su fin.

—Te amo —susurró contra su piel.

Andrew suspiró, temblando ligeramente en sus brazos, y Nathan se maldijo por romper el hechizo. Solo había querido decirlo una vez, cuando no estuvieran enojados, emocionales o llorando.

Alzando la cabeza, Andrew lo miró a los ojos.

—Te he amado desde el momento en que puse los ojos en ti en esa estúpida parrillada. Y eso no va a cambiar pronto. —Agachó la cabeza de nuevo y Nathan lo apretó en sus brazos.

La canción se acabó y Nathan supo que todo había terminado; la vida real estaba esperándolo en la puerta. Tenía que ir a casa para que Alex pudiera llevar a Daniel a la fiesta de cumpleaños de otro niño mientras él cuidaba de Jessie.

Se detuvieron, todavía entrelazados, haciendo caso omiso de las luces que se encendieron y los agotados clientes que charlaban mientras avanzaban hacia la salida. Finalmente, Andrew le dio un ligero beso en el cuello y levantó la cabeza. Con la iluminación, Nathan podía ver su rostro, cansado, pálido y satisfecho, con una sonrisa en sus labios hinchados por los besos.

La fila para recoger los abrigos estaba casi vacía en el momento en que fueron por el de Nathan. El joven detrás del mostrador le entregó la chaqueta guiñándole un ojo.

Nathan sonrió al ver a Andrew moverse entre él y el mostrador.

—Relájate —le susurró al oído.

—¡Mío! —mintió Andrew, casi gruñendo al desafortunado chico.

—Siempre —mintió Nathan, con el dolor de la inminente separación comenzado a hacerle efecto.

Salieron tomados de la mano a la fría mañana. Andrew se estremeció en su delgada camiseta y Nathan lo rodeó con sus brazos, solo para posponer el momento un poco más. Andrew inclinó la cabeza para darle un beso, y permanecieron juntos bajo un anuncio que les prometía que el mundo que rendiría a sus pies únicamente si tenían aliento de menta fresca.

Su despedida fue simple; Nathan caminó hacia su auto y Andrew encontró un taxi que lo llevara a casa. Ninguno de los dos miró hacia atrás, a la noche que quedaba en el pasado.

El largo viaje de regreso, le dio a Nathan mucho tiempo para reflexionar acerca de aquello en lo que se había convertido, en lo que encontró tan peculiar en Andrew cuando se conocieron: un hombre atrapado en un matrimonio a causa de su familia.

CAPÍTULO 15

LA MÁQUINA de afeitar eléctrica zumbaba sobre su barbilla mientras Nathan se preparaba para ir a la escuela. El espejo mostraba una sombra negro mate bajo sus ojos, y bostezó con cansancio. Sería difícil no quedarse dormido en el transcurso del día. La fotos para su madre habían sido tomadas los dos días anteriores, y había sido uno de los fines de semana físicamente más agotadores que había tenido en mucho tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que había intentado una voltereta lateral, por amor de Dios? Pero al menos ahora todo había terminado, y tal vez podría olvidarse de la montaña rusa Big One por un tiempo.

¿De la Big One? Nathan sonrió mientras la afeitadora se hacía cargo de la barba debajo de su mentón; no se olvidaría pronto de esa hija de puta. Tenía ocho años cuando sus padres lo llevaron a la feria estatal. Para sus jóvenes ojos, era una vista increíble; el color, el ruido y la presión de tanta gente abrumándolo. Sostuvo firmemente la mano de su madre, mirando de un lado a otro, y fue entonces cuando la vio: la Big One. Era enorme, llena de giros y vueltas, curvas y espirales, y supo que tenía que subir en ella. Estaba allí esperándolo, llamándolo. Le rogó a su padre para que le permitiera subir a la montaña rusa, usó cada súplica que su joven mente pudo conjurar.

Su madre negó con la cabeza y dijo que era demasiado joven, pero para sorpresa y completo asombro de Nathan, su padre dijo que si era lo suficientemente alto, se le permitiría subir con ellos. Su madre abrió la boca para discutir, pero su padre tranquilamente le tendió la mano y le dijo a su esposa que era su decisión y que era firme.

Nathan miró a su madre, quien generalmente era la que mandaba en la familia, y luego a su padre, quien estaba contento de que fuera de esa

manera. Quería decir algo, pero un duro pellizco en su hombro por parte de Bob le dijo: «Cállate, obtuviste lo que querías», así que tomó la mano de su padre sin decir palabra.

Su madre le dirigió una mirada dura a su padre, que indicaba que aquello aún no había terminado, pero no dijo nada más, simplemente sujetó la otra mano de Nathan y lo acompañó en la larga, larga fila para la Big One.

Por un momento, mientras estaba formado y se acercaba cada vez más la hora de subirse a la montaña rusa, Nathan empezó a tener dudas. A pesar de ser alto para su edad, admitió para sí mismo que tenía un poco de miedo por el tamaño del artefacto.

Su madre había estado observando su rostro.

—No es demasiado tarde para salir de la fila, cariño. Podemos encontrar otra cosa a la que subirte —dijo astutamente, apretando sus hombros en un abrazo de madre e hijo.

Pero Nathan no iba a echarse atrás, sin importar cuán temible pareciera la enorme montaña rusa, que se alzaba amenazadora ante él, y una vez que estuvo allí, atado al lado de su padre, una vez que su estómago hubo caído en picado y gritado al dar la vuelta, se dio cuenta de que había aprendido una valiosa lección ese día.

No importaba cuán grande fuera la atracción, la anticipación era mucho peor que el acontecimiento real.

Así que las fotos de los Peterson que se tomaron en la casa de Rich junto al lago, habían sido solo otra Big One.

¿No era así?

Bueno, sí, hasta cierto punto lo fueron. Toda su relación con Andrew había sido como subir a la Big One: las subidas y bajadas de su amor, la revoltura en el estómago por sus peleas y separaciones, y los muy, muy escasos momentos de calma en su amistad. Pero Nathan había estado tratando con una sensación, una que no sabía de qué, una que se hizo más fuerte cuando la mañana del sábado de la sesión fotográfica había llegado. Y esta vez, no estaba cien por ciento seguro de qué era lo que anticipaba,

solo sabía que tenía todo el potencial para terminar saliéndose de los carriles y estrellándose en el suelo

Solo que no sucedió.

No acabó en un completo desastre. Nathan había esperado pasar el fin de semana con la sensación de muchos nudos en su interior, pero descubrió que había sido uno de los mejores que había experimentado en su vida, y la mayoría de eso fue debido a la hospitalidad de Rich y la profesionalidad de Andrew como fotógrafo. Por primera vez se dio cuenta de por qué Andrew era tan bueno en lo que hacía. Incluso si el bastardo le hizo dar volteretas laterales sobre la hierba.

También descubrió lo bien que besaba Rich.

Nathan pensó en el fin de semana mientras usaba el hilo dental. Era un caleidoscopio de imágenes, de perezosos días soleados y de los niños de Bob chillando de risa mientras Colin los perseguía por todo el patio. La visión de su madre soltando lágrimas de felicidad —y de tristeza cuando creía que nadie la estaba mirando— por ver reunidos a los restos de su familia. De Alex y Stephanie murmurando sobre la revista de bebés que sostenían mientras Stephanie apoyaba la mano sobre su vientre todavía plano; ella había dado la noticia del próximo nacimiento mientras estaban sentados a la mesa almorzando. Andrew con sus cámaras y las luces, Colin asistiéndolo con Daniel agarrado alrededor de su pierna, y todo el tiempo la presencia de Amy Peterson estuvo con ellos. Por primera vez en mucho tiempo, los Peterson hablaron de ella con amor y afecto, convirtiéndose de nuevo en parte de ellos.

El que la casa fuera grande fue algo bueno, ya que entre la familia Peterson y los Matthews, ocuparon una gran cantidad de espacio. Andrew había invitado a Stephanie, Joe y Colin para que pudieran ayudar a entretener a todos entre las fotografías. Personalmente, también le parecía que para Nathan y Alex podría ser menos incómodo con sus amigos allí. No había invitado a Gary y Gabe esta vez, puesto que se suponía que aquello era un asunto de familia. Resultó que Gary estaba de gira con la banda y de todos modos no habría podido ir. Rich se había puesto firme en no invitar también a Ruth y Nick. Su excusa era que no había espacio, pero todos

sabían que él no permitiría que su homofóbica suegra pusiera un pie en su casa.

Andrew tomó cientos de fotos formales e informales de los Peterson, determinado a darle un día memorable a toda la familia. Fotos de los nietos jugando, Nathan y Bob con sus esposas, Teresa y John con sus hijos. Andrew hizo que el proceso fuera divertido, incluso consiguiendo que los hombres dieran volteretas laterales sobre la hierba, logrando que todos huyeran de ellos por la manera en que sus extremidades se agitaban.

Rich había organizado una cena de gala a última hora de la tarde para que los niños pudieran unirse a ella. Y para impedir que Daniel y Jess estuvieran completamente cansados y fastidiosos, Alex había insistido en llevarlos a que descansaran en su habitación. Ambos estaban cansados por todo el juego, por lo que felizmente se sentaron a ver Plaza Sésamo durante un rato. Alex tuvo la oportunidad de bañarse y Nathan sacó a los perros a pasear alrededor del lago.

El sol se estaba poniendo, proyectando en el agua un resplandor entre naranja y rosado. Era muy hermoso y pacífico. Nathan aprovechó la oportunidad para quedarse allí durante unos minutos, observando la actividad de las aves en el lago.

—En momentos como este es cuando le doy gracias a Dios por esta vista.

Nathan se sobresaltó; había estado tan perdido en sus propios pensamientos que no había oído a Rich aproximársele. Se volvió para mirar al hombre, quien estaba mirando hacia el lago. Nathan se sorprendió de lo cansado que parecía; las líneas de su rostro estaban mucho más marcadas, haciéndolo parecer más viejo de lo que realmente era. Rich se giró para mirarle, y Nathan se sonrojó, avergonzándose por ser descubierto observándolo.

—Tienes suerte de tener esto —dijo rápidamente.

—Sí —convino Rich.

Se volvió para sentarse sobre un tronco caído justo detrás de ellos y le dio unas palmaditas al espacio junto a él. Un poco incómodo, Nathan se

sentó a su lado. *Tyler* y *Ruby* no parecían demasiado molestos por interrumpir su paseo y alegremente se entretuvieron en la orilla del agua.

—¿Te contó Andrew cómo terminé siendo dueño de esta propiedad?

La pregunta fue tan inesperada, que Nathan se limitó a mirarlo.

—Eh, no.

Rich sonrió y se recostó contra el tronco del árbol que estaba convenientemente detrás de su improvisado asiento.

—Mi pareja anterior, Paul, era el dueño.

—No sabía que habías estado antes en una relación formal con alguien —dijo Nathan con nerviosismo—. Realmente no lo...

—Discutiste con Andrew —interrumpió Rich—. Lo sé. No creo que estéis precisamente pensando en mí cuando estáis juntos.

¿Qué podía decir ante eso?

—Yo... eh... —«¿Estoy demasiado ocupado teniendo sexo con él, como para hablar de ti?».

Rich le dio unas palmaditas en la mano.

—Está bien, Nathan. Paul murió hace diez años.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Unos quince años. Era... Bueno, era VIH positivo. Los medicamentos dejaron de funcionar al final.

—Lo siento mucho, Rich. —Nathan quería poner su brazo alrededor de él, realmente lamentaba lo que había tenido que pasar, pero se contuvo, no sabiendo si hacerlo era apropiado.

Rich se encogió de hombros.

—Yo también. De todos modos, no es por eso por lo que estamos teniendo esta conversación.

—¿Vas a decirme por qué estamos teniendo esta conversación? ¿O es otra de esas enigmáticas sandeces gay que sigo teniendo con Andrew? —La paciencia de Nathan se estaba agotando.

Riendo, Rich dijo:

—¿Cómo diablos es que tú y Andrew alguna vez dejáis de quejaros el uno del otro?

—Quién sabe —admitió Nathan, con una leve sonrisa curvando su boca.

—Paul también heredó este lugar de su pareja anterior. Es una especie de legado de paz para nosotros. Un lugar para cuando el mundo exterior es demasiado. Voy a dejárselo a Andrew cuando yo muera.

—¿Qué?

—Oh, no estés tan asustado. No estoy a punto de fallecer. Solo te estoy hablando acerca de esta casa, de su historia especial. Vengo aquí cuando quiero pensar, ¿sabes?

Francamente, Nathan no lo entendía. Era una linda historia, pero ¿qué tenía que ver con él?

Rich se volvió hacia él. Nathan notó los penetrantes ojos grises que tenía.

—Si alguna vez tienes que pensar..., en algún lugar tranquilo..., puedes venir siempre aquí —añadió Rich.

—¿Qué te hace pensar que tengo que pensar?

—Hombre, podrías decir simplemente gracias.

Ambos levantaron la vista y vieron a Andrew, cámara en mano. Tenía una ceja arqueada y miraba a Nathan.

Un poco avergonzado, Nathan levantó la mano en señal de rendición.

—Lo siento, he sido un ingrato. Gracias. Si necesitó un lugar para pensar, te llamaré.

Rich asintió.

—La oferta siempre estará abierta, Nathan. Andrew, ¿tengo que volver?

—Todavía no. Los del servicio de comidas aún no han terminado. Dijeron que como en media hora. Iré a ducharme.

—Entonces caminaré con Nathan de regreso.

Andrew se inclinó y lo besó. Se despidió de Nathan con una inclinación de cabeza y se volvió por donde había venido.

—Los perros no han aprovechado mucho el paseo —dijo Rich mientras se ponía de pie.

—Han pasado toda la tarde persiguiendo a los niños alrededor del jardín. Creo que estarán bien. Ya no son jóvenes.

Los dos hombres siguieron a Andrew a la casa. Y cuando esta estuvo a la vista, Nathan se detuvo. Rich se dio la vuelta, sorprendido. Nathan tragó saliva un par de veces y después preguntó:

—Rich, ¿eres VIH positivo?

Rich no parecía ofendido por la pregunta.

—No. Paul supo que lo era antes de que estuviéramos juntos. Me mantuvo a salvo. ¿Por qué lo preguntas?

—Andrew... yo... Alex... los niños. —Nathan no podía conseguir una frase coherente, pero Rich pareció entender.

—Lo entiendo. No soy positivo, y nos hacemos la prueba con regularidad.

—Lo siento. —Nathan se sentía como un miserable, pero había tenido que preguntar.

—No lo sientas. Ha sido una pregunta justa. Tú y yo estamos unidos por nuestro amor a Andrew. ¿Crees que él te habría puesto en peligro o, Dios no lo quiera, a Alex y tus hijos? —cuestionó Rich, en un tono que sonó más agudo ahora.

Nathan suspiró y se pasó una mano por su cabello.

—No, por supuesto que no. Y siempre hemos usado condones. Es solo que nunca se me había ocurrido... la posibilidad del sida. Ya sabes, con toda esta otra mierda que ha pasado. Ha sido bastante difícil hacer frente a acostarme con un hombre y ser infiel.

—Cuando lo pones así... —dijo Rich secamente—. ¿Para qué demonios crees que eran los condones?

Nathan se sintió como un idiota. Abrió la boca para disculparse de nuevo, pero de repente Rich se encontró en su espacio personal, poniendo la boca sobre la suya. No estaba moviéndola, sino aguardando, y Nathan no sabía qué diablos hacer. Hasta que se dio por vencido y se acercó más aún, dejando a Rich a cargo. Y aquel hombre realmente podía besar, tanto con sus suaves labios como con la lengua. Justo cuando Nathan se adecuó al ritmo, Rich dio un paso atrás con un gemido de satisfacción, logrando que el más joven lo mirara con incertidumbre. Él tampoco parecía muy centrado mientras se tambaleaba ligeramente.

—Ya veo por qué le gustas tanto —dijo Rich.

—Mmm... —balbuceó Nathan incoherentemente al tiempo que llevaba un dedo a sus labios hinchados.

—Ven, vamos a cenar algo.

Rich le sonrió y retomó su camino, no esperando a que el cerebro y cuerpo de Nathan se coordinaran. Este observó al hombre entrar en la casa, y *Tyler* tocó su mano con el hocico como si estuviera sugiriéndole que se moviera. Acarició la cabeza del perro y siguió a Rich a la casa. En el momento en que llegó a su habitación, cualquier intención de pensar que hubiera tenido, desapareció con la algarabía de arreglar a dos niños para ir a la cena.

EL FIN de semana concluyó con un almuerzo, café y el último juego de los niños. A media mañana, los agotados adultos descansaban en el gran salón, con Colin y los niños jugando con un enorme tren sobre el piso de madera. Los padres de Nathan estaban sentados junto a él, con el ordenador portátil de Andrew sobre la mesa delante de ellos, revisando todas las fotos que se había tomado. Stephanie estaba descansando; las náuseas matutinas comenzaban a afectarla. Alex y Joe estaban leyendo en el porche. Bob, su esposa y sus hijos habían salido temprano esa mañana porque les esperaba un largo viaje. Nathan no estaba seguro de dónde estaban Rich y Andrew.

Un ruido extraño llamó su atención. Alzó la vista y se percató de que su madre deslizaba un dedo por sus ojos. Su atención se centraba por

completo en una foto de Bob y Nathan bajo uno de los gigantescos árboles, con sus hijos en el regazo y con los perros a sus pies.

—Mamá, ¿qué te pasa? —Nathan puso un brazo alrededor de los hombros de Teresa, sintiéndolos sacudirse un poco.

—A veces me pregunto si Amy tendrá hijos. ¿Cuántos años tendrían? ¿Niños o niñas? —Su madre sorbió ligeramente mientras miraba la pantalla —. ¿Alguna vez lo sabremos?

Sintiéndose inútil, Nathan miró a su padre sobre la cabeza de su madre. John negó con la cabeza y atrajo suavemente a Teresa a sus brazos.

—Vamos, cariño, vamos a ver a los demás antes de que vayamos a almorzar.

Andrew había prometido enviárselas a todos por correo electrónico, para que escogieran sus favoritas. Nathan y Bob iban a obsequiarles a sus padres una gran foto familiar enmarcada. Andrew les había ofrecido dárselas sin costo, pero ellos insistieron en pagar por la grande.

Teresa seguía mirando el resto de las fotos cuando se detuvo en una de Nathan. Había estado jugando a las peleas con Daniel; su pelo estaba despeinado y sus mejillas coloradas. Nathan pensó que parecía un idiota, pero su madre se detuvo, no haciendo clic con el ratón para pasar a la siguiente.

—Ese chico te quiere de verdad —dijo ella, todavía centrada en la fotografía.

—¿Mamá? —dijo Nathan con incertidumbre. Sabía que ella estaba al tanto de la relación entre él y Andrew desde antes de que Jess naciera, porque había sido lo suficientemente honesto como para pedirle su ayuda, pero desde entonces no le había hablado de él en absoluto. Estaba bastante seguro de que Alex tampoco había dicho nada, ya que aunque ella y sus padres se llevaban bien, no tenían una relación muy estrecha.

—Oh, Nathan, solo tienes que mirar esta foto para saber lo que siente por ti.

—Es solo una foto, mamá. Mírame. ¡Parece que acabo de levantarme!
—protestó Nathan.

—Te adora y eso se nota —respondió ella, y su padre asintió.

—Tu madre tiene razón, Nathan.

Teresa, de pronto, fijó su mirada en él y Nathan se sintió como si tuviera seis años otra vez y lo hubieran descubierto con las manos en la masa.

—¿Lo vuestro, todavía sigue?

Nathan abrió la boca para negarlo. Nada bueno vendría de ella si sabía la verdad.

—Sí. —Agachó la cabeza—. Lo siento mucho.

Su madre suspiró y se acercó a él, apretándole ligeramente el brazo.

—No es conmigo con quien deberías disculparte. ¿Alex lo sabe? ¿Y qué pasa con ese adorable hombre que está con él?

—Rich lo sabe. No sucede muy a menudo y solo es con su permiso. Y Alex... No hablamos de ello. Realmente ya no estamos tan unidos. —Fue una admisión enorme, era la primera vez que Nathan admitía a alguien que su matrimonio estaba fracturado, tal vez sin remedio, y pudo oír su voz temblar cuando pronunció las palabras en voz alta.

Su madre suspiró.

—¿Qué diablos os ha pasado? Estabais muy unidos, erais muy felices. Os mudasteis a Castleton y todo salió mal.

Era algo que Nathan pensaba a menudo. ¿Alex y él seguirían todavía felizmente casados si nunca hubiera conocido a Andrew? Quizás. Probablemente. Pero entonces, ¿Nathan se habría conformado con tener una tranquila y suburbana existencia durante toda su vida, en la que nunca pasara nada? ¿Habría tenido idea de que la Big One estaba allí?

—Vamos a solucionarlo, mamá. Tenemos que hacerlo, por el bien de Daniel y Jessie. Además, Andrew y yo solo somos amigos.

Miró al otro lado de la habitación. Andrew acababa de entrar. Llevaba puesto un suéter de color azul claro, el cual se ceñía su torso. La luz solar proveniente de los ventanales captaba las mechas rubias en su cabello. Andrew miró a su alrededor, vio a Nathan y sonrió; sus ojos se arrugaron en

las esquinas. Automáticamente este le devolvió la sonrisa, y por un breve momento pareció que eran las únicas personas en la habitación. Entonces Daniel corrió hacia Andrew y lanzó los brazos alrededor de sus piernas, y Andrew miró hacia abajo, rompiendo el hechizo.

Nathan miró hacia otro lado y encontró a su madre observándolo especulativamente.

—Creo que... —comenzó ella.

—¿Qué?

—Creo que realmente necesitas pensar en esto, hijo. Fuiste educado para hacer lo correcto. ¿Estás realmente siendo justo con Alex?

—¿Qué más puedo hacer, mamá? —preguntó Nathan con desesperanza.

Su madre lo atrajo hacia su hombro. Y él no quería hacer nada más que descansar la cabeza ahí, y dejar que ella lidiara con todos sus problemas.

—Es más difícil ahora, pero no es demasiado tarde para que encuentres una nueva vida, cariño. No te criamos para que engañaras a tu esposa. Eras muy joven cuando te casaste, y tal vez pareció que era lo correcto, por el bebé, pero Nate, no puedes seguir mintiendo a Alex. —Ella se aferró a él cuando trató de apartarse—. Tampoco te criamos para que te mintieras ti mismo. Amas a Andrew y él ciertamente te ama.

—Está con alguien más ahora —señaló Nathan.

—Andrew te ama —dijo su madre simplemente.

—Pero...

Para su sorpresa, su padre tomó la palabra. Normalmente le dejaba todos los asuntos de la familia a su esposa.

—No hay peros, hijo. Tienes casi treinta años. Es hora de madurar y ser un hombre. Ya sea que elijas a Alex o a Andrew, tendrás que cuidar de tu familia, y sabes que te ayudaremos lo mejor que podamos.

Nathan miró a Andrew y después a sus hijos jugando inocentemente en el suelo con los trenes. No era tan sencillo. Había vuelto a ponerse en la fila

para la Big One, y de alguna manera no creía que su madre le fuera a permitir desertar en esta ocasión.

LA BREVE discusión de Nathan con su madre, lo había dejado enojado e inquieto. Sabía en su corazón que ella tenía razón. Ya era hora de que pasara por otra cúspide de la montaña rusa y encontrara un nuevo trabajo, tal vez incluso consiguiera un ascenso. Había recorrido un largo camino desde sus primeros días en la escuela Castleton. Puede que ahora fuera el momento de salir de la zona y encontrar otra escuela y otro cuerpo de bomberos con el que tener trato.

Sonrió con tristeza mientras arreglaba su aula después de que la campana sonara. Tenía suerte de tener como director a una persona comprensiva. No muchos habrían tolerado la cantidad de veces que la alarma de incendio había sonado en los primeros días de su nueva profesión. Nathan tenía la impresión de que el director, el señor Skinner, había visto algo en él que era digno de apoyar, a pesar de su predilección evidente por la pirotecnia.

Andrew y él eran como magnesio y aire. Solo un breve contacto y las llamas emergían. No era que él quisiera dejar su casa y su trabajo. Era lo que deseaba... No, lo que necesitaba para reclamar su vida. Parecía que el mundo giraba alrededor de sus hijos y sus momentos fugaces con un hombre que lo tenía en su órbita de la misma manera que la Tierra giraba alrededor del Sol. Durante demasiado tiempo, Nathan solo se había sentido vivo cuando era envuelto por el calor de Daniel y Jess, o por la ardiente luz que Andrew representaba. Era el momento de alejarse de la atracción gravitatoria de esa relación destructiva.

Rayos. Había estado alargando el proyecto espacial demasiado tiempo. Incluso sus metáforas eran un cliché.

Limpió lentamente la pizarra y se aseguró de que su escritorio estuviera ordenado. Al salir del aula, la secretaria de dirección estaba caminando hacia él con una expresión de alivio.

—¡Nathan! Todavía estás aquí. Gracias a Dios. El director quiere verte en su oficina antes de que te vayas.

Frunciendo el ceño mientras miraba su reloj, Nathan preguntó:

—¿Es importante, Susan? Le prometí a Daniel que esta tarde lo llevaría con Colin al parque.

Susan había estado en la escuela durante años. El tiempo suficiente para recordar todavía al menos a uno de los males de su existencia. Se estremeció delicadamente mientras lo miraba por encima de sus lentes de armazón dorado.

—Matthews sigue manteniéndote entretenido, ya veo. Entonces él y Bobby no han logrado explotarse a sí mismos

Nathan sonrió.

—Todavía no, Susan. Se ha calmado mucho desde que salió de aquí.

Ella le devolvió la sonrisa, y luego puso su rostro serio.

—¿Y Andrew? ¿Cómo está? ¿Sigue bien?

Por un momento Nathan se quedó perplejo. ¿Cómo podía Susan conocer a Andrew, si habían tenido un contacto mínimo en las reuniones entre padres y maestros? Por no hablar de cómo podía saber que Andrew había estado enfermo. Entonces recordó que este solía tomar las fotografías escolares.

Percatándose de su expresión, Susan añadió:

—Hace un tiempo me encontré con Allison en la ciudad. Me contó que Andrew había estado... —Nathan observó como ella buscaba un eufemismo conveniente—. Desanimado.

«Apuesto a que no fue así como Allison lo describió», pensó con cinismo.

—Está bien ahora, gracias. Tiene un buen negocio en Los Ángeles y está casado.

Una de las cejas de Susan se elevó casi cómicamente.

—¿Casado? Pero me enteré de que estaba saliendo con alguien. Yo, eh, pensé que se trataba de un hombre.

Nathan reprimió un suspiro. Realmente no quería estar discutiendo la vida privada de Andrew con la secretaria en medio del pasillo, aunque

aparentemente este estaba desierto. Con un esfuerzo, mantuvo el control de su temperamento.

—Está casado con ese mismo hombre. Su nombre es Rich. Pensé que Allison habría esparcido ese chisme. Ahora, si me disculpas, iré a ver al señor Skinner a su oficina.

Se alejó sin aguardar a que Susan le respondiera, pero pudo sentir los ojos de ella clavados en su espalda todo el camino por el pasillo.

Eso simplemente confirmó su resolución de que había llegado el momento de abandonar Castleton.

Hasta que el director abrió la boca.

—¿Ascenso? —Nathan lo miró fijamente—. ¿Me quiere ofrecer un ascenso?

—No exactamente —corrigió su jefe—. Quiero que te presentes para la vacante. Tengo que entrevistar a todos los posibles candidatos. Simplemente estoy pidiéndote que la solicites.

—Pero ¿por qué yo?

Los labios del señor Skinner se contrajeron.

—¿No crees que eres lo suficientemente bueno para el ascenso?

—¡No! ¡Quiero decir, sí! Quiero decir... Oh, diablos, no estoy seguro de lo que quiero decir. —Nathan se pasó las manos por el despeinado cabello. Necesitaba con urgencia un corte. Pero entonces recordó las manos de Andrew moviéndose a través de los mechones mientras bailaban, mientras se besaban. Era un vínculo con esa noche, al igual que la camisa sin lavar que cuidadosamente había doblado y guardado en su armario. La sacaba de vez en cuando y hundía la nariz en la tela, tratando de detectar el último rastro persistente de la colonia Andrew.

—¿Nathan?

Fue traído de vuelta al presente por la voz de su director. Sonrojándose culpablemente, se disculpó por su falta de atención.

—Lo siento. Sí, me gustaría solicitar el trabajo. Gracias por pensar en mí.

Skinner asintió.

—Susan puede darte los impresos y detalles. Te entrevistaremos la próxima semana.

Nathan frunció el ceño.

—¿Tengo que repasar algo? —Quería estar lo más preparado posible para aquella entrevista.

—Estarás bien. Las preguntas que te harán no van más allá de tus capacidades actuales. No creo que te hayas dado cuenta de lo mucho que animas a sus compañeros docentes, particularmente a los involucrados con las ciencias y matemáticas. —El director le sonrió alentadoramente—. Has madurado hasta convertirte en un buen profesor.

Conmovido por la alabanza y la fe puesta en él, Nathan expresó su agradecimiento.

Recostándose en su asiento, Skinner le dirigió una mirada especulativa.

—¿Sabes?, no estuve tan seguro durante tu primer año... Oí rumores.

La expresión de Nathan se endureció.

—¿Qué clase de rumores? —dijo fríamente.

En cambio, el director permaneció igual.

—Que tu amistad con el padre de uno de tus alumnos era estrecha, tal vez demasiado.

—¿Qué significa eso? —Nathan quería que lo explicara. ¿De qué exactamente estaba siendo acusado?

—Nathan, Andrew es un amigo mío.

Estaba a punto de replicar, cuando comprendió lo que Skinner había declarado muy específicamente. Entonces levantó la vista.

—¿Un amigo?

El director asintió.

—Hemos sido amigos durante casi veinte años, aunque siempre he estado unos años por delante de él. Cuando estás en el instituto, no es difícil

descubrir quién es diferente. Lo mantuve en silencio porque quería enseñar sin ningún problema, y él se ató a un matrimonio con Stephanie. No es coincidencia que se mudara aquí con su familia.

—Pero usted y él... —De alguna manera eso parecía inapropiado

—No, definitivamente no. —Skinner tamborileó su dedo sobre la mesa —. Te lo cuento porque no soy tu enemigo y no estoy exponiendo rumores solo porque sí. Estoy hablando sobre lo que he escuchado de otros.

—¿Allison?

—La misma.

Nathan miró a su jefe a la cara.

—¿Cuánto sabe usted realmente?

El director soltó un pequeño suspiro.

—Lo suficiente para saber que habrías perdido tu trabajo, si no se hubiera detenido. La gente de por aquí no es tan tolerante.

—¿Me habría despedido por tener una relación homosexual? Eso es discriminación —señaló Nathan con dureza.

—Y tú no eres tan ingenuo —respondió el director, igualmente con dureza—. Te habría despedido por tener una relación adúltera con uno de los padres. Nathan, los chismosos como Allison se deleitan en meter su nariz en los asuntos de otras personas. Si no hubieras tenido otro bebé, te habría resultado muy difícil seguir trabajando aquí.

Nathan se tragó las palabras amargas porque sabía que Skinner tenía razón. Sabía que Allison estaba al tanto de esa relación, pero no había sido consciente de que ella hubiera esparcido chismes. Se había salvado por muy poco. Por supuesto, si se hubiera ido con Andrew, no se habría quedado en la zona de todos modos.

Skinner le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Eres un buen maestro, y Andrew es amigo mío. Pero la opinión pública te habría echado de aquí. Me alegro de que no fuera así. Y por si te sirve de algo, fuiste bueno para él. Lo hiciste por fin despertar para ver lo

que se estaba perdiendo. Ahora por lo menos está viviendo en una relación feliz y satisfactoria.

—Solo que no conmigo. —¿Cuántas veces había dicho eso?

—No contigo —concedió Skinner.

Nathan se miró las manos. Se dio cuenta de que temblaban ligeramente. Su vida parecía ser una serie de conversaciones surrealistas. Le habían ofrecido un ascenso y, ¿qué? ¿Le habían llamado la atención? Había sido una advertencia de no salir de las limitaciones habituales. Ah, estaba bien, entonces.

El director se puso de pie.

—Estaré esperando tu solicitud.

—Sí. —Nathan estrechó su mano y salió de la oficina del señor Skinner, sin estar seguro de si estaba contento o enojado por la conversación. Dondequiera que iba, parecía que una parte de la vida de Andrew lo seguía, y francamente, ya había tenido suficiente.

Estaba atrapado en una espiral sin saber cómo salir. Tan pronto sus padres estaban hablándole del divorcio, como que su jefe le estaba ofreciendo un ascenso si continuaba siendo un buen padre de familia. Todo ese tiempo, él permanecía atrapado en la atracción gravitatoria de Andrew Matthews.

Nathan sentía que la cabeza le daba vueltas. No podía pensar en nada más allá del hecho de que definitivamente era hora de liberarse de los grilletes de una relación gay que nunca había querido en primer lugar.

NATHAN ESTABA sentado en la parte inferior de las escaleras, jugando con Daniel y sus trenes, cuando sonó el timbre. Había tenido una conversación con Alex acerca de la posibilidad de un ascenso mientras ella cocinaba la cena y se aseguraba de que Daniel no la molestara. Fue emocionante tener algo tan interesante para compartir con ella, y pasaron una hora hablando de lo que podrían hacer con el dinero extra. No podía pensar en una separación todavía.

Cuando sonó el timbre, estaban a punto de sentarse a comer, por lo que Alex frunció el ceño con disgusto.

—Deshazte de ellos. La cena se enfriará si te entretienes.

—Lo haré.

Nathan se puso de pie, haciendo una pequeña mueca cuando sus músculos se estiraron, y fue a abrir la puerta dispuesto a pelear con quien estuviera al otro lado. Se trataba de Colin, con su nueva perra junto a él.

—Hola, Colin. Eh, no puedo salir a pasear a los perros ahora. Estamos a punto de cenar.

Colin sacudió la cabeza y Nathan notó que parecía muy angustiado.

—Por favor, señor P, ¿cuidaría a *Bailey* por unos días?

Asintiendo, Nathan le tendió la mano para sujetar la correa. Colin se la entregó, su mano temblaba un poco.

—Claro, no hay problema. Colin, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Tu mamá y Joe están bien? —Ahora Nathan estaba realmente preocupado. Stephanie estaba embarazada otra vez y había estado teniendo algunos problemas. Parecía muy relajada al respecto, pero era el primer hijo de Joe y él había sido menos optimista acerca de la serie de exámenes a los que ella se había sometido.

Daniel, quien había seguido jugando, de repente se precipitó hacia delante y apretó sus brazos alrededor de las piernas de Colin.

El niño mayor se agachó y lo recogió, enterrando su rostro en el cabello rizado de Daniel, amortiguando la voz al decir:

—Hola, Daniel.

Nathan desabrochó la correa del cuello de *Bailey* y la encerró en la sala con *Tyler* y *Ruby*. Después regresó a la puerta y colocó una mano sobre el brazo de Colin.

—Dime qué pasa, Colin. Por favor.

El chico levantó la cabeza, un toque de angustia torcía su boca, sus ojos estaban rojos y llenos de lágrimas. Nathan esperó, de pronto sabiendo que la montaña rusa tenía una última maniobra antes de que llegara a su fin.

—Tenemos que ir a Los Ángeles.

«¡Oh, Dios, no!».

—Papá y Rich tuvieron un accidente esta tarde. Gary ha llamado. Mi papá... —Las lágrimas se derramaron mientras decía—: Gary ha dicho... ha dicho que mi papá...

Su voz se convirtió en silencio y este solo fue roto cuando Colin comenzó a sollozar quedamente, mientras Daniel, quien solo comprendía que su amigo estaba molesto, suavemente palmeó su espalda.

Se suponía que la montaña rusa no iba a descarrilarse, ¿verdad?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16

ESTABA LLOVIENDO cuando al día siguiente Nathan salió de la casa para llevar a los perros a un temprano paseo matutino; la lluvia fría y desagradable que calaba hasta los huesos, coincidía con el fuerte dolor gélido en su corazón.

Nathan no había dormido desde que supo la noticia de la muerte de Andrew. Había permanecido acostado junto a Alex toda la noche, viendo transcurrir lentamente los minutos, incapaz de comprender el hecho de que nunca volvería a verlo. Había tratado de descansar un poco, sabiendo que los niños se levantarían temprano y a él le esperaba un día difícil en la escuela.

Cada vez que cerraba los ojos lo único que podía visualizar era a Andrew observándolo fijamente desde el césped, con la cámara cubriendo la mitad de su cara, con aquella estupefacta expresión de adoración en su rostro. La culpa se mezclaba con el dolor al darse cuenta de que su último pensamiento sobre Andrew había sido el enojo por cómo le había jodido su cómoda vida. Ahora no tenía que preocuparse por eso. El recorrido había terminado, el trayecto de la montaña rusa había acabado.

Cuando comenzó a hacer estiramientos, las lágrimas que había estado reprimiendo durante toda la noche, porque no quería molestar a Alex con su dolor, finalmente brotaron, fusionándose con las gotas de lluvia que caían desde sus pestañas. *Tyler* y *Ruby* se arremolinaban inquietos a sus pies, ansiosos por salir y conscientes de que su propietario se encontraba en un estado de angustia. *Bailey* permaneció atrás, no muy segura de lo que estaba pasando.

Persuadiendo a los perros de que fueran delante de él, Nathan corrió hacia el parque, batallando por mantener su respiración mientras sollozaba

con el aire frío de la mañana. El frío enviaba dolores punzantes a su pecho. Hasta que no llegó a las puertas, no que se dio cuenta de que el parque estaba lleno de recuerdos sobre Andrew, más en concreto, recuerdos de Andrew con él. La cima de la colina donde había tumbado a Andrew antes de aquel fin de año, su primer partido de fútbol, donde tuvieron sexo antes de que Andrew se fuera. En todas partes a donde corría, encontraba un momento con Andrew. Normalmente eso le daba consuelo, pero no aquel día.

Al girar en una curva, tropezó, incapaz de enderezarse cuando *Tyler* se interpuso en su camino. Aterrizó con fuerza en el suelo, raspando sus manos y rodillas en el proceso. Conmocionado y con dolor, Nathan le gritó al perro: «No te cruces», empujando al asustado animal cuando intentó acercarse. Trató de ponerse en pie y terminó arrastrándose hacia un lado para apoyar su espalda contra un árbol; mientras inclinaba la cabeza en sus brazos, atrajo las rodillas al pecho y lloró: las lágrimas corrían sin cesar por sus mejillas rojas y punzantes.

Se dio cuenta de que una mano se apoyaba en su hombro.

—Hijo, ¿estás bien?

Nathan levantó la cabeza y vio a una mujer de mediana edad que reconoció vagamente, mirándolo con preocupación. Sostenía la correa de un *bichon frisé* que estaba olfateándolo con curiosidad.

—¿Estás bien? —repitió ella.

Y entonces Nathan se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente.

—Sí, yo, eh... —Trató de levantarse, pero el tiempo que había pasado en el suelo frío lo había hecho entumirse. Se tambaleó y acabó cayendo contra la mujer.

—¿Estás borracho? —preguntó la mujer con desaprobación mientras lo ayudaba a ponerse en pie con cierta dificultad.

Nathan podría haber jurado que lo olió.

Soltó un bufido.

—Ojalá lo estuviera. —Ante el sonido de desaprobación de ella, añadió—: Lo siento. Recibí una mala noticia. Un amigo... murió.

El rostro de la mujer se dulcificó y le dio unas palmaditas en el brazo para consolarlo.

—Lo siento mucho. ¿Eran muy cercanos?

La garganta de Nathan se cerró mientras trataba de responder.

—Lo... lo amaba.

Esperaba otra mirada de desaprobación, pero en vez de eso su cara se suavizó más.

—Vete a tu casa, hijo. Aquí vas a acabar enfermo.

Nathan miró a su alrededor. Se había olvidado de los perros por centrarse en su dolor. Los tres estaban esperándolo pacientemente en la hierba. Lo miraron cuando se aproximó, y *Ruby* y *Bailey* menearon las colas. *Tyler* se quedó atrás, con las orejas hacia abajo; claramente no estando seguro de si debía acercarse a Nathan o no.

—Has entrenado a tus perros muy bien —dijo la mujer—. No se han movido en todo el tiempo que has estado apoyado en el árbol.

Nathan se arrodilló e hizo una mueca cuando la tierra lastimó las raspaduras de sus rodillas, y atrajo al perro más grande a sus brazos.

—Lo siento, muchacho. —Enterró su cabeza en el pelaje húmedo de *Tyler* y lo abrazó a modo de disculpa. El perro gimió y resopló en su oído.

—¿Quieres que te acompañe a la salida?

Nathan se sobresaltó, se había olvidado de que la mujer seguía allí, con su pequeño perro a sus pies. Con cansancio se levantó.

—Estoy bien, de verdad. Debería regresar a casa para ayudar a mi esposa con los niños.

Ahora las cejas de la mujer se alzaron cómicamente hacia su flequillo. Tal vez eso no fue lo más sensato que pudo haber dicho, pero al diablo: si ella lo desaprobaba, que lo hiciera. No estaba de humor para preocuparse. La mujer le dedicó una sonrisa amable y le reiteró su pésame. Para su alivio, ella se alejó, y él les silbó a los perros para que lo siguieran.

Nathan salió del parque, cojeando y dolorido rumbo a su casa. La lluvia había disminuido a una ligera llovizna, pero aun así hacía frío,

haciendo que se estremeciera en su ropa deportiva.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado en el parque, pero no podía ser tan tarde, porque Allison y Jim no se habían ido a trabajar; sus autos a juego todavía estaban estacionados en la entrada. Los perros estaban empapados y, como a Alex no le gustaba que los perros mojados anduvieran por la casa, los llevó por un lado para así poderlos secar con una toalla en el cuarto de lavado.

La puerta aún no estaba completamente abierta cuando Alex bajó corriendo las escaleras.

—¿Dónde demonios estabas? He estado tratando de llamarte. — Sonaba rara, casi emocionada.

—He llevado a los perros a su paseo habitual. ¿Por qué me has llamado? —Nathan estaba sosteniendo a *Bailey* firmemente mientras frotaba su grueso pelaje.

Alex se arrodilló junto a Nathan y le agarró la mano. Sorprendido por el inesperado contacto, levantó la vista hacia ella.

—Stephanie llamó hace una hora. Tiene algunas noticias.

RECOPRAR LA conciencia, fue lento y doloroso para Andrew. No fue fácil ni tampoco bienvenido. Sabía que Rich estaba muerto antes de que Steph le tendiera la mano y se lo dijera. Lo sabía porque estuvo muerto antes de que su auto se estrellara. Había muerto al volante, y no había absolutamente nada que pudiera haber hecho para prevenir eso o el accidente que lo siguió.

Recordó cómo se desvió el coche, el movimiento inesperado despertándolo de la ligera siesta en la que se había sumido, y luego al abrir los ojos vio a su esposo sobre el volante, con los ojos mirándolo fijamente. Sí, esa imagen estaba grabada vívidamente incluso allí, en aquel mundo a medias.

Después de eso hubo el choque del metal, vidrios quebrándose y el ruido que viviría con él hasta el final de sus días. Se alegró de haber cerrado los ojos y entrar en la oscuridad, lejos de esa mirada vacía.

Aquí había dolor y luz que lastimaba sus ojos, pero seguían queriéndolo traer de regreso a pesar de sus protestas. Les dijo que lo dejaran en paz, que lo dejaran morir, pero ignoraron todo lo que dijo. Pasó un rato antes de que se diera cuenta de que no había dicho ni una palabra y que las protestas fueron solo en su cabeza.

Sostuvieron su mano. Podía sentirlo. Era su vínculo con la realidad. La pequeña mano de su exesposa; la enorme de Joe, un tanto incómodo por el contacto; la de Colin, temblando en torno a la suya, agarrándose a él con desesperación sombría. Había otras manos que no reconocía, y una que no esperaba, enorme y cálida, que acariciaba sus dedos. Sabía que estaba a salvo en ese agarre, así que se durmió. A veces podía sentir esas manos sobre su cuerpo, el contacto familiar a lo largo de su espalda y sus piernas. Se preguntaba si soñaba con esos toques, pero realmente no importaba. De todos modos los aceptó con gusto.

Hablaban con él mientras estaban sentados junto a la cama. Al principio no podía entender lo que decían y eso era molesto, porque lo sacaba de su feliz e indolora oscuridad. Sin embargo, después de un tiempo, comenzó a entender sus palabras. Le decían mucho más de lo que ellos se daban cuenta, sentados en la habitación con solo un hombre inconsciente como compañía. Supo sobre las esperanzas y los temores de Steph acerca de su nuevo embarazo, de las preocupaciones de Joe sobre ser un papá primerizo.

Colin solo hablaba, aferrándose a su mano; iba de «Pensé que estabas muerto» a «Tú me abandonaste». Lo último afectó profundamente a Andrew. Su hijo nunca había verbalizado nada de esto, ni con él ni con su madre, y sin embargo ahora, cuando Andrew era incapaz de responder o abrazarlo, el rencor salía a borbotones.

Gary y Gabe se turnaban con comentarios sarcásticos sobre los tipos holgazanes que yacían en la cama todo el día, pero podía oír la preocupación en sus voces.

Nathan también hablaba con él. No podía entender por qué estaba en Los Ángeles, pero tomó su turno para sujetar su mano más de una vez. En un momento dado, Andrew luchó por emerger a través del dolor que amenazaba con sofocarlo y le escuchó decir lo mucho que lo amaba. Intentó

responder, pero debieron interpretarlo como un grito de dolor, porque sintió la oscuridad alcanzarlo de nuevo y se quedó dormido con el sonido de la voz de Nathan, rogándole que resistiera.

Todos le decían lo mismo, una y otra vez: «Pensábamos que habías muerto», y hablaban de su alegría al saber que había sobrevivido a los hierros retorcidos; el dolor de ellos se convirtió en esperanza cuando descubrieron que los primeros informes habían sido incorrectos.

No estaba muerto. Todavía no.

Nathan era el único que hablaba de Rich. Tal vez los demás no comprendían que Andrew quería oír hablar de su marido; su dulce, amable y apuesto esposo. Quería saber si se habían hecho cargo de él mientras Andrew no podía. Estaba seguro de que la secretaria de Rich, Ida, había organizado todo. ¿Y qué había sucedido con Ida ahora que ya no estaba Rich?

Pero Nathan, su amante ocasional, le hablaba de Rich con calidez y afecto, y eso consolaba a Andrew.

Andrew estaba muy agradecido a todos. Quería decirlo antes de marcharse, antes de reunirse con su esposo. Confiaba en que Dios dejara que fuera pronto, porque el dolor era cada vez más fuerte y parecía durar más tiempo antes de caer de nuevo en la inconsciencia.

Dios obviamente tenía otras ideas.

SE DESPERTÓ un día y se encontró a Nathan dormido a su lado, con su cabello, demasiado largo, cerca de la cara, haciéndole cosquillas en la mejilla. Estaba sentado en la silla de plástico al lado de la cama y había estado corrigiendo exámenes antes de que se quedara dormido, inclinado sobre la cama.

Con dificultad, levantó su brazo y pasó los dedos suavemente por el pelo enredado de Nathan. En verdad estaba ridículamente débil. El movimiento no despertó al hombre profundamente dormido; únicamente soltó un leve suspiro y movió la cabeza para acomodarse.

Andrew pensó que debía decirle a alguien que estaba despierto, pero el timbre estaba fuera de su alcance y no quería molestar a Nathan. Tal vez simplemente descansaría sus ojos durante unos minutos.

La siguiente vez que despertó, Colin lo saludó con un fuerte grito. Andrew miró a su alrededor. No había ninguna señal de Nathan y supuso que se había quedado dormido un poco más de la cuenta, ya que en ese momento el día estaba completamente claro.

—¿Estás despierto? ¡Estás despierto! ¡Mamá, mamá, realmente está despierto!

Andrew sonrió mientras su hijo adolescente parecía no saber si abrazarlo o correr en busca de ayuda, y terminó en equilibrio entre la puerta y la cama como una gacela a punto de emprender la huida.

Stephanie entró por la puerta, seguida de cerca por un enfermero y Joe.

—Oh, Dios mío, Andrew, estás despierto. Gracias, gracias Dios mío.
—Ella estaba llorando y sonriendo, las lágrimas corrían por su rostro mientras se inclinaba y lo abrazaba.

Andrew trató de hablar, pero tenía la boca seca. El enfermero vio su dificultad y le ofreció algunos trozos de hielo para calmar su garganta reseca. Andrew manifestó su agradecimiento con voz ronca mientras el hielo se derretía en su boca.

El enfermero —quien después Andrew supo que se llamaba Shane— se ocupó de revisarlo, mientras su familia celebraba su regreso a la tierra de los vivos. Andrew se esforzó por cooperar, pero estuvo agotado después de unos minutos, y al ver el bostezo de su paciente, Shane gentilmente condujo a todos afuera.

Mientras salían de la habitación, Colin protestó alegando que alguien tenía que sentarse con él. Cuando Andrew cerró los ojos, oyó que Stephanie le decía que eso no era tan importante ahora que Andrew estaba recuperándose. Sonrió cuando Colin le dijo, sin dejar lugar a dudas, que iba a volver a estar con su padre hasta que Nathan apareciera. Sintió que alguien sujetaba su mano mientras se deslizaba de nuevo en el sueño, reconfortado por el hecho de que no estaba solo y curioso por saber por qué

Nathan estaba en Los Ángeles. Les preguntaría cuando despertara, sabiendo a ciencia cierta que habría una próxima vez.

NATHAN VOLVIÓ al hospital el fin de semana. Andrew fue trasladado al hospital de Castleton una vez que estuvo lo suficientemente estable como para moverse; eso les habían hecho más fácil ir a visitarlo.

Alex había estado de acuerdo en que fuera a verlo si cuidaba de los niños por la tarde para poder ir de compras con algunas de sus amigas. Para su sorpresa, Daniel le pidió ir también, pero como Andrew estaba todavía bastante débil, le sugirió a su hijo que esperara un poco más. Daniel puso mala cara, pero se tranquilizó con la promesa de que iría al cine si Colin también podía ir. A veces Nathan pensaba que había conseguido otro hijo de forma indirecta, ya que Daniel rara vez iba a alguna parte a menos que supiera que Colin iría también.

El trayecto al hospital era fluido en una mañana de sábado, así que con mucha facilidad encontró un espacio para estacionar el coche. Estaba pasando por las puertas dobles de la sala cuando oyó la voz de Colin alzarse con ira al gritarle a su padre que dejara de tratarlo como a un niño.

Sonrió. Andrew debía estar mejor si Colin volvía a gritarle. Nathan evitó por poco ser lanzado contra la pared cuando la puerta de la habitación a la que Andrew había sido trasladado, se abrió de golpe y Colin salió.

—¿Colin? ¿Estás bien?

Corrió tras el chico que había llegado al ascensor y presionaba malhumoradamente el botón para bajar.

—¿Qué? —Colin levantó la mirada, perdido en su coraje.

—¿Estás bien? —repitió Nathan—. Oí gritos.

—Ah, sí, sí, era papá. Él es...

—No es tu culpa, cariño. Solo tuvo un mal día.

Nathan miró a su alrededor y vio que Stephanie caminaba hacia ellos, con una expresión agobiada en su rostro.

—¿Qué pasa con él? —Nathan estaba preocupado. Andrew había estado progresando bien desde que recuperó la consciencia.

—Me gritó por mover su televisión para que yo también pudiera verla. Entonces me gritó por derramar su agua como si yo tuviera seis años, y luego...

Pausó para tomar aire y Stephanie intervino.

—Hoy está cansado y con dolor. —Le dirigió una mirada significativa a Nathan.

Él asintió, entendiendo lo que ella no estaba diciendo.

Hasta ahora Andrew había estado muy animado, no de manera natural. Que Nathan supiera, no había mostrado ninguna emoción por la pérdida de Rich. Todos habían estado esperando a que se derrumbara.

—Ruth está con él —aclaró Stephanie.

¿La madre de Andrew intentando actuar maternal? Nathan arqueó una ceja mirando a Stephanie. Su madre era la última persona que Andrew necesitaba ver si él se encontraba de esa manera.

—No pude detenerla. No lo ha visto desde que recuperó la conciencia —añadió Stephanie a la defensiva.

—Tal vez no debería entrar. —Nathan sabía que Ruth estaba al tanto de su relación. Era poco probable que estuviera feliz de verlo y, conociendo a esa mujer, ella posiblemente diría eso.

Stephanie negó con la cabeza.

—Por lo menos ve a saludarlo. Es probable que le esté gritando a ella en este momento. Le darás a alguien más con quien ser desagradable.

—Gracias por eso —comentó Nathan mientras abría la puerta.

—Es la voluntad de Dios, Andrew. Rich está pagando por sus pecados, tal como tú seguramente lo harás. La próxima será tu familia ardiendo en el infierno si no te arrepientes.

Nathan se detuvo en la puerta, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Ruth estaba sentada junto a la cama de Andrew, sosteniendo su

mano sana. Él estaba sentado, con la cara pálida y la boca apretada mientras escuchaba la disertación de su madre.

—El pastor te dijo que Dios iba a sembrar el castigo por tu práctica abominable.

Nathan vio que Andrew parecía encogerse en las almohadas, con los ojos cada vez más opacos y sin vida.

—¡Fuera!

Por segunda vez en el espacio de cinco minutos, Nathan fue empujado a un lado cuando Stephanie irrumpió en la habitación.

Ruth la miró, frunciendo los labios mientras decía:

—De verdad, Stephanie, no hay necesidad de que me grites. Ah. —Su boca se apretó más cuando vio a Nathan—. Estás aquí. ¿Cómo está tu encantadora esposa? Deberías estar en casa con ella en vez de aquí con mi hijo.

Nathan rodeó la cama para poder poner su mano sobre el hombro de Andrew y así darle apoyo. Sintió que este se inclinaba desesperadamente hacia el contacto.

—Andrew es mi amigo.

—Aja, solo que tu idea de amigo no es la que la gente decente entiende. —Ella pronunció las palabras en un tono desagradable.

—¡Fuera!

Nathan vio con satisfacción cómo Ruth se estremeció ante la ira de su exnuera.

Stephanie quitó la mano de Andrew de la de su madre y la miró; todo su cuerpo irradiaba furia. Y entonces añadió:

—¿Cómo te atreves a venir aquí y darle un sermón a tu hijo con tus sandeces? Andrew necesita tu apoyo, no tu fanatismo. Perdió al hombre que amaba y él casi murió. Eres una mala mujer y una peor madre. Ahora, fuera de esta habitación y vuelve a tu casa. No eres bienvenida aquí, Ruth.

Nathan estaba animándola en su interior, pero mantuvo su rostro inexpresivo; solo al sujetar a Andrew percibió cómo temblaba este bajo su

toque.

Colin no fue tan diplomático. Había estado de pie en la puerta observando los efectos de su abuela predicándole a su padre.

—¡Deja a mi padre en paz, vieja bruja! —Se había olvidado de su propio berrinche de unos minutos antes.

El rostro de Ruth se puso rojo de ira y sus labios se comprimieron tanto que casi desaparecieron. Nathan supuso que a ella raramente le hablaban de esa manera; la mayoría de las veces que la había visto, ignoraban sus sermones lo más posible.

—¡Colin!

—¡No le hables a tu abuela así!

Tanto Stephanie como Andrew regañaron a su hijo, pero Nathan podía sentir el aumento de la tensión en los hombros del hombre bajo sus manos.

—Por qué no salimos y le damos un poco de paz y tranquilidad a Andrew —sugirió.

Fue interrumpido por Shane y otro hombre con la palabra «Seguridad» en su placa de identificación.

—¿Qué está pasando? Podemos oír el ruido desde el otro lado del pasillo. —Sin esperar una respuesta, Shane continuó—. Andrew, lo siento, pero hay gente muy enferma en las habitaciones de al lado. Tus visitas van a tener que salir ahora.

Andrew asintió débilmente mientras se recostaba en las almohadas. Nathan pensó que parecía más blanco que la propia ropa de cama, y era obvio que tenía dolor, por las profundas líneas alrededor de su boca.

—Lo siento, Shane. Los ánimos se calentaron un poco —se disculpó Stephanie, mientras conducía a Ruth y Colin fuera de la habitación, ignorando sus protestas—. ¿Puede Nathan al menos saludar a Andrew? Acaba de llegar. —Salió, empujando a la madre de Andrew y a Colin por la puerta.

—Si puedes hacer que se tome sus medicamentos y se asee, es todo tuyo —concedió Shane.

Nathan miró severamente a Andrew.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Estoy bien. No necesito más medicamentos —murmuró Andrew, ruborizándose bajo la mirada directa de Nathan.

—Claro que estás bien. Por eso tienes tan mal aspecto —declaró Nathan—. Shane, ¿dónde están los medicamentos?

El enfermero entró en la habitación. El hombre de seguridad se había ido después de que los otros tres lo hicieran, tal vez para asegurarse de que realmente salían del edificio.

—Están en la mesa, Nate.

Sintió, más que vio, la cabeza de Andrew girar hacia él. Si había algo que garantizara llamar su atención, era que alguien lo llamara Nate. Eso era personal y para uso de él. Sin embargo, Shane y Nathan había pasado muchas horas juntos mientras esperaban a que despertara. Shane probablemente sabía más de él que ningún otro en ese momento. Le parecía que había conseguido un amigo con esa experiencia.

Nathan le entregó las tabletas con un vaso de agua. Andrew abrió la boca para negarse, pero una dura mirada de Nathan y Shane le hicieron cambiar de idea y se las tomó mirándolos con furia.

—¿Satisfecho?

—Ahora necesita asearse. Huele mal —ordenó el enfermero.

Andrew cerró los ojos.

—Tal vez mañana.

—Realmente lo necesitas ahora, amigo. Shane tiene razón. Apesta.

—Pásame el paño. —Andrew lo agarró de Shane y se limpió la cara—. Ya está. ¿Satisfecho?

—Jessie puede hacerlo mejor que eso —aseguró Nathan.

—Estoy muy cansado. —Andrew se acostó contra las almohadas y cerró los ojos de nuevo, haciendo caso omiso de ambos.

—¿Por qué no dejas que Nate te ayude? Lo hizo mientras estabas inconsciente —sugirió Shane, dirigiéndose al baño.

Los ojos de Andrew se abrieron de golpe.

—¿Qué hiciste?

Nathan miró al suelo, sintiéndose intensamente incómodo. Andrew no parecía complacido por esa información.

—Yo, eh, te di baños de esponja mientras estabas inconsciente.

—¿Por qué?

—Te tranquilizaba. Parecía que te calmaba que lo hiciera él. Si cualquier otro trataba de hacerlo, te agitabas bastante —dijo Shane, saliendo del baño con un poco de jabón y una toalla.

El rostro de Andrew se encendió y apartó la vista de ambos.

—Deja de poner mala cara, princesa. —Nathan decidió usar el sentido del humor para romper la tensión—. Alguien tenía que darte un baño para detener a los bichos que habían empezado a infestarte. Se lo pidieron a Gary, pero no quería romperse una uña.

Andrew soltó un bufido, pero Nathan vio que intentaba reprimir una sonrisa.

Nathan no empezó a asearlo hasta que el dolor se redujo en el rostro de Andrew. Le dio el paño y lo observó mientras limpiaba su cara, esta vez correctamente. Andrew lo consiguió, pero incluso ese poco esfuerzo lo dejó debilitado.

Limpió su pecho e ingle, gruñendo un poco por el esfuerzo. Nathan fue a buscar un poco de agua para darle la ilusión de privacidad.

—Terminado.

Al darse cuenta de lo cansado que estaba, sin decir nada, Nathan le quitó el paño y secó su cuerpo. Por un minuto, Andrew pareció querer oponerse, pero luego su resistencia se vino abajo.

Le habló sobre su anterior día de trabajo para distraerlo, limpiándole lentamente el resto del cuerpo y rodándolo para ocuparse de su espalda y trasero. Andrew se dejó mover como un niño pequeño. Sus respuestas al

intrascendente parloteo de Nathan, se hicieron más lentas y silenciosas hasta detenerse por completo.

Nathan pensó que se había quedado dormido hasta que Andrew dijo:

—Madre..., lo siento.

Por un momento, Nathan creyó que le estaba pidiendo perdón a su madre, pero entonces se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era disculparse por el comportamiento de ella.

—No hay problema. —Nathan le acarició el cabello. No se lo había lavado desde el accidente y estaba grasiento al tacto.

Andrew se mantenía con la cara girada hacia el otro lado de donde estaba él y la sábana estaba un poco más abajo de sus caderas. Nathan podía ver que los moratones por el accidente iban lentamente desvaneciéndose en amarillos y marrones, y estaban atravesadas por las cicatrices de los golpes con el cinturón que le propinaron su madre y el pastor.

Tragó saliva, y dijo:

—Nunca es un problema. —Trazó las delgadas cicatrices blancas que desaparecían bajo las sábanas.

—Te sentí —dijo Andrew después de otra larga pausa.

—¿Qué?

—Que me limpiabas cuando estaba inconsciente. Sentía tus manos sobre mí. Tú eras el único que hablaba de Rich. Todos los demás evitaban hablar de él. —La voz de Andrew era suave, casi adormilada.

—Me pareció correcto —dijo Nathan simplemente.

—¿Crees que tiene razón?

—¿Quién?

—Mi madre. ¿Que Rich se murió porque soy gay?

Nathan no supo cómo responder durante un minuto.

—¿De verdad crees eso, Andrew? ¿De verdad crees que tu esposo murió de una enfermedad cardíaca debido a tus deseos de acostarte con hombres? —Sus palabras fueron duras, pero su tono fue tranquilo y firme.

Sin embargo, Andrew se estremeció. Nathan resistió la tentación de atraerlo a sus brazos. Cuando Andrew no respondió, le tocó el hombro. No estaba dispuesto a dejar que Andrew durmiera pensando de esa forma.

—No... no lo creo. —Andrew arrastró las palabras pero sonó seguro al responder finalmente.

Nathan le dio un beso en uno de sus omóplatos.

—Tampoco yo. Ahora duérmete.

Andrew durmió.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

LA FECHA para dar de alta a Andrew se retrasó por una infección que lo debilitó, frustró y que, cuando estaba despierto, lo volvía sumamente gruñón. En total, estuvo en el hospital durante un poco más de tres semanas, y cuando al fin iba a ser dado de alta, era obvio para todos, menos para él, que iba a necesitar ayuda por un corto periodo de tiempo.

Podía ingeniárselas para vestirse razonablemente bien con el yeso en su brazo, siempre y cuando se pusiera pantalones deportivos y camisetas holgadas, pero las actividades del día a día, como lavarse el cabello y cocinar, estaban fuera de su alcance, a pesar de sus protestas.

Su familia estaba haciendo planes para que fuera a vivir con ellos en vez de regresar al apartamento en Los Ángeles o a la casa junto al lago. Joe y Stephanie, junto con los padres de Andrew, Nathan y Alex, estaban conversando, tomando café y comiendo galletas que Ruth acababa de hornear en la enorme cocina de Stephanie. Esta había llegado a una tentativa tregua con la señora Matthews tras el arrebato en el hospital. Como era normal, Colin estaba jugando en el suelo con Daniel y Jessie.

Stephanie firmemente rechazó la sugerencia de Ruth de que Andrew volviera a Texas donde ella podía cuidar de él. No permitiría nunca que regresara a las garras de su madre. El consenso fue que Andrew volvería a su antiguo hogar en el sótano, mientras se recuperaba, y luego decidirían si estaba lo suficientemente bien como para volver a su casa.

Colin escuchó lo que decían en aquel consejo de familia con una expresión de asombro en su rostro.

—¿Ya le habéis preguntado a papá lo que quiere hacer?

Los seis adultos le miraron; el silencio y las expresiones culpables en sus rostros eran una clara indicación de que la opinión de Andrew no se había tomado en cuenta.

—¿Alguno de vosotros ha hablado con él? —preguntó Colin con incredulidad. A falta de una respuesta, se rio—. Os diré a todos que no; lo sabéis, ¿verdad?

—No seas ridículo, Colin —espetó la señora Matthews—. Es lo suficientemente sensato como para saber que necesitaré ayuda.

—Supongo que Colin tiene razón —dijo Joe—. Estamos aquí sentados haciendo planes y ninguno de nosotros le hemos preguntado lo que quiere hacer.

Alex partió una de las galletas y se comió las chispas de chocolate, dejando el resto en el plato. Nathan no estaba muy seguro de por qué ella estaba allí en absoluto.

—Yo habría pensado que él querría ir a casa. Probablemente también querrá ocuparse de todos los asuntos pendientes de Rich.

Nathan estuvo a punto de contestarle bruscamente, hasta que se acordó de que ella comprendía exactamente por lo que Andrew estaba pasando. Había perdido a toda su familia en un accidente, a excepción de una tía, y tuvo que resolver todo por sí misma. Si alguien lo entendía era ella. Colocó una mano sobre la de Alex y la apretó suavemente. Ella levantó la vista y le sonrió.

Colin frunció el ceño.

—Es demasiado pronto para deshacerse de las cosas de Rich.

—Eso no es lo que Alex ha querido decir —dijo Nathan, no soltándole la mano.

—El hecho es... —comenzó Nick, y todos se volvieron hacia él con sorpresa. El padre de Andrew rara vez intervenía en los asuntos de su familia. Rara vez hablaba, y en sus momentos ensombrecidos por la rabia contra Ruth, Nathan se había preguntado si durante su matrimonio ella había atormentado mental y físicamente el espíritu de su esposo—. El hecho es —repitió—, que hasta que a Andrew no le quiten el yeso,

necesitará ayuda. Todavía está muy débil y él, o bien se viene para acá, o regresa a Los Ángeles con una enfermera.

—O a Santa Fe. —Ruth apretó los labios—. Tú trabajas todo el día, Stephanie —señaló—. Colin tiene que ir a clase. Yo estoy en casa y puedo darle el apoyo que necesita, con la ayuda del Señor, por supuesto.

Stephanie soltó un bufido, y Joe y Nathan apresuradamente giraron sus caras para evitar reírse abiertamente.

—Se quedará aquí con nosotros —le dijo Stephanie a Ruth con firmeza, con un tono que le sugería a la mujer que era mejor olvidarse inmediatamente de la idea de Santa Fe.

Por desgracia, Ruth nunca sabía cuándo parar.

—Pero es tu exmarido, Stephanie, no está bien. —Apeló directamente a Joe—. ¿Cómo te sientes acerca de que haya otro hombre en tu casa? Seguro que no quieres que viva con vosotros.

Joe negó con la cabeza con firmeza. Nunca había tenido ningún problema con que Andrew viviera con ellos y se lo dijo sin rodeos.

Nathan escuchaba el debate con interés. Se preguntó si Andrew sabía cuánta gente se preocupaba por él. Entre su familia y sus amigos, había un montón de personas a las que les importaba.

—Entonces, ¿quién le va a decir que vendrá aquí? —preguntó Colin. Sonaba un poco cansado, después de haberle servido a Jessie de caballo para pasearla alrededor de la cocina con Daniel animándolo con gritos.

—Yo lo haré —respondió Stephanie—. Puede quejarse todo lo que quiera, pero necesita ayuda, y no hay nada más que hablar.

—Andrew querrá volver a Los Ángeles para la ceremonia conmemorativa del mes que viene —señaló Nathan, y se hizo un silencio repentino.

Andrew se había perdido el funeral de Rich mientras estaba en el hospital. No había manera de que fuera a perderse esa ceremonia. Había sido organizada por la secretaria de Rich, Ida. Ella había viajado a Castleton para discutir los arreglos con Andrew, dándoles la oportunidad de llorar juntos por su ser querido por primera vez. Ida adoraba a Rich y a Andrew

como los hijos que nunca deseó. Se enfrentó a un nuevo jefe por primera vez en más de una década y decidió retirarse porque no quería volver a empezar. Su última función en nombre de Rich y Andrew, fue organizar la ceremonia en Los Ángeles.

—También tiene que resolver lo de su negocio —dijo Joe.

Nathan podía entender por qué le preocupaba eso a Andrew. Su negocio fotográfico se había detenido después del accidente. Ida y Gary habían hecho todo lo posible para ayudarlo, pasando sus trabajos a sus amigos en el sector, pero Andrew no estaba obteniendo ganancias y no lo haría a corto plazo, con el brazo roto de por medio. El dinero no era un problema inmediato, y el seguro de vida de Rich lo había dejado en una posición acomodada, especialmente con las dos propiedades ahora a su nombre, pero había trabajado duro toda su vida para mantener a su familia. Ahora era como un barco sin timón: sin pareja ni trabajo. Toda su familia y sus amigos trataron de hacerle ver que contaba con mucho tiempo para tomar nuevas decisiones, pero la falta de enfoque lo consumía, contribuyendo a su mal carácter.

—Voy a hablar con Andrew esta noche —anunció Stephanie abruptamente—. No podemos aplazar esto por más tiempo. Shane dijo que los médicos piensan que estará lo suficientemente bien como para ser dado de alta a principios de la semana si la infección desaparece.

—Buena suerte con la charla. —Nathan le sonrió, agradecido de que él no fuera a ser el que tuviera esa conversación con Andrew.

—Gracias —dijo ella, sabiendo exactamente lo que él estaba pensando—. ¿Crees que pueda tomar prestado el casco y el escudo de Daniel?

Daniel levantó la vista cuando su nombre fue mencionado.

—¿Para qué los necesitas, tía Steph? ¿Irás a matar un dragón?

Los adultos se echaron a reír, aliviados de que se rompiera la tensión, mientras Colin sacudía la cabeza.

—Algo mucho peor que un dragón.

—¿Peor que un dragón? —Daniel parecía asombrado.

Colin asintió solemnemente.

—Mamá necesita tu espada y casco para matar a un ogro gruñón.

Daniel parecía tan escéptico como el niño de cinco años que era.

—¿Un ogro gruñón? ¿Cómo puede ser eso peor que un dragón que escupe fuego?

—¿Has visto *Shrek*?

El niño asintió.

—¿Quién atrapó al dragón?

Daniel abrió la boca.

—¿La tía Steph va a matar a Shrek? —Su labio inferior tembló por un momento y le lanzó una mirada acusadora a Stephanie.

—Bien hecho, Colin. —Stephanie suspiró y se puso en el suelo con Daniel—. No voy a matar a Shrek. Solo quiero protegerme del tío Andrew. Es un poco gruñón en este momento.

—¡Oh! —El alivio invadió la cara de Daniel, y él asintió—. Tienes que decirle a su mamá que le pegue en el trasero si no se comporta bien.

Debería haber sido divertido el comentario inocente de un niño pequeño. Ruth ciertamente se rio entre dientes, pero fue la única.

Nathan se preguntó si él era el único que quería llorar al pensar en lo que en realidad Ruth le había hecho al trasero de Andrew durante muchos años, dejando tras de sí las cicatrices. A juzgar por las caras de Stephanie y Colin, no creía que lo fuera. Incluso Nick parecía ligeramente asqueado.

—Es hora de irnos a casa, enano —le dijo a Daniel, tendiéndole los brazos. Daniel fue a ellos de buena gana y se dejó cargar junto con Jessie.

Colin ayudó a su madre a ponerse en pie, sonriendo por su gruñido al levantarse. Su pequeño cuerpo hacía que su barriga fuera perceptible antes de lo previsto, y estaba empezando a encontrar más difícil moverse.

—¿Cuándo vas a ir a verlo? —preguntó Alex mientras extendía las manos hacia su hija.

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. —Stephanie hizo una mueca. El estado de ánimo de Andrew era, en el mejor de los casos, malo. Aquella no era una conversación que deseara tener.

—Iré contigo —le aseguró Joe, y se levantó como si fueran a ir en ese mismo instante.

—Creo que Nathan debería ir también.

Nathan, Stephanie y Joe se giraron para mirar a Alex con asombro.

—¿Qué? —dijo ella a la defensiva—. Nathan parece ser el único al que escuchará en este momento.

—Es hora de llevar a dormir a los niños —señaló Nathan, haciendo caso omiso de su declaración. Alex estaba en lo correcto, pero no le parecía bien reconocerlo, no sin tener que pensar por qué.

—Pasaron las últimas semanas sin ti —dijo Alex—. Una noche más no hará ninguna diferencia, y estoy seguro de que Colin va a ayudar, ¿verdad?

—Claro. —El chico estuvo de acuerdo—. ¿Puedo ir con Bobby después? —le preguntó a Stephanie.

—Si estás de vuelta a las diez —accedió su madre. Cuando él parecía dispuesto a discutir, añadió—: Mañana tienes que ir a clase

—Bien —murmuró Colin, y se alejó.

Nathan negó con la cabeza.

—Quiero llevar a los niños a la cama. Allá los veo mañana si es que no ha sido dado de alta.

—Buenas tardes, amigos.

Gary estaba en la puerta, sonriéndoles. Su pelo estaba más largo que nunca y parecía un malhechor. Nathan tuvo que reprimir el impulso de esconderse.

—Gary —gritó Stephanie, corriendo a darle un beso.

Él envolvió sus brazos alrededor de ella y la abrazó con fuerza.

—Hola, mamá linda —dijo arrastrando las palabras, inclinándose para darle un beso en su suave mejilla.

Stephanie entornó los ojos y retrocedió.

—Pareces una mierda —soltó sin rodeos.

—¡La tía Steph ha dicho una palabra grosera! —le informó Daniel a su padre.

Nathan hizo un ruido desaprobatorio hacia Stephanie.

—Mala tía Steph —dijo, moviendo un dedo—. Aunque ella tiene razón. Tu aspecto es horrible.

Gary se encogió de hombros.

—He estado conduciendo un par de días para llegar aquí. No he dormido mucho en las últimas dos semanas.

Estaba de gira con su banda cuando recibió la llamada sobre el accidente de Andrew y Rich. Voló de regreso para verlo, y luego regresó a los conciertos.

—Entonces, ¿quieres dormir un poco antes de ir a ver a Andrew? —preguntó Stephanie—. Puedes pasar esta noche en la sala de entretenimiento. Solo tengo que poner algunas sábanas limpias.

—Ya he ido a verlo. —Gary le sonrió—. Está de mal humor y dice que está aburrido, pero se quedó dormido poco después de mi llegada.

—Parece que se trata de nuestro chico —comentó Stephanie—. Tal vez debería posponer la discusión hasta mañana.

Gary levantó una ceja.

—Suenas serio. —Buscó a su alrededor esperanzadoramente—. A quién se lo tengo que chupar para que... —se interrumpió al darse cuenta de que Ruth y Nick estaban en la habitación—. Ruth. —Le tendió los brazos—. Ven aquí y dame un abrazo. Te juro que pareces más joven cada vez que te veo.

Ella le dirigió una sonrisa forzada y negó con la cabeza, pero de todos modos se acercó para darle un abrazo. Gary era el único de los amigos de Andrew que hacía todo lo que Ruth aborrecía y, sin embargo, ella pensaba que era maravilloso.

En honor a la verdad, Gary nunca le había dicho lo que pensaba exactamente de su trato para con el hombre al que consideraba su mejor amigo.

Joe le ofreció una botella de cerveza con una sonrisa.

—Va por cuenta de la casa —dijo—. No es necesario nada a cambio. —Compartieron una sonrisa y Gary se volvió para saludar a todos los demás.

Alex le dio un beso, y él besó tenuemente la cabeza de Jessica.

—Estábamos a punto de retirarnos. Es hora de que los niños se duerman.

—Jessie ha crecido mucho —dijo Gary mientras la niña se agachaba y escondía su rostro.

—Es un poco tímida.

—Es hermosa, igual que su madre —le dijo Gary, y Alex se sonrojó ligeramente. Se volvió hacia Nathan y le saludó con una inclinación de cabeza—. Nathan. —Eso fue todo.

No importaba el tiempo que hacía que se conocían, Nathan tenía la sensación de que Gary nunca lo perdonaría por no ser suficiente, por no haber tratado a Andrew de la forma en que debió haberlo hecho. Nathan murmuró un saludo y lo dejó así.

Gary estrechó la mano de Nick, abrazó a Colin y con eso acabó los saludos. Alex y Nathan estaban a punto de despedirse cuando Gary dijo:

—Andrew mencionó que saldría del hospital la semana que viene.

Stephanie asintió e hizo una mueca.

—Eso es lo que tengo que hablar con él. En dónde va a vivir hasta que le quiten el yeso. Ha estado tan gruñón que ninguno de nosotros se ha atrevido a mencionar el tema.

Resoplando, Gary dijo:

—Sois todos unos maricas. —Ignoró el ceño fruncido de Ruth y continuó—: Ese enfermero, Shane, le dijo que no sería dado de alta a menos que obtuviera algo de ayuda.

Todos sonrieron ante eso. Shane era el único al que Andrew no le gritaba, sobre todo porque el enfermero le devolvía el grito. Andrew había aprendido a morderse la lengua cuando él estaba a su alrededor; solo

soltaba sus quejas de frustración cuando la puerta estaba cerrada y no podía ver la sonrisa de satisfacción de Shane.

—Piensa que lo vais a obligar a vivir aquí durante un par de semanas —comentó Gary.

Stephanie se encogió de hombros.

—Esa es la idea. ¿Alguna sugerencia mejor?

—No. Le dije que dejara de lloriquear y aceptara. Se vendrá conmigo para la ceremonia conmemorativa.

—¿Ya le dijiste eso? —Stephanie habló lentamente.

—Por supuesto. —Gary sonrió—. Le dije que la alternativa era alguien como Shane cuidando de él durante unas cuantas semanas. Se puso pálido ante la idea.

—Creo que Shane es genial —intervino Nathan.

—Es porque no lo tienes diciéndote qué hacer cada cinco minutos —indicó Gary—. Puede parecerse a Mary Poppins, pero tiene el alma de Hitler. —Hizo una pausa—. Ahora que lo pienso, Mary Poppins también la tenía. Andrew lo odia con pasión.

—Perfecto. —Stephanie sonrió, mirando a su alrededor, a los reunidos—. Voy a ir a verlo esta noche para confirmar las disposiciones. Gracias, Gary.

—Es un placer. —Gary bostezó, y su rostro sin afeitar se retorció por un segundo.

Joe observó a su invitado inesperado.

—Necesitas dormir —señaló—. Te daré sábanas y un edredón. Vamos.

Nathan y Alex aprovecharon ese momento para despedirse; Jessie estaba casi dormida en los brazos de Alex.

Mientras caminaban de regreso a la casa con el número veinticuatro, Nathan le dijo en voz baja:

—No te dije gracias.

Su mujer lo miró inquisitivamente.

—¿Por qué?

—Por dejarme visitar a Andrew. Sé que eso puso presión extra sobre ti.

Alex se tomó un tiempo para responder, cambiando a Jessie a su otro hombro antes de hacerlo.

—Sé lo que sentís el uno por el otro. Te habrías sentido muy abatido si no hubieras estado allí.

Nathan tragó saliva, le resultaba difícil articular las palabras.

—Yo, eh, sí, pero...

—Lo odio —dijo Alex con fiereza—. Odio el hecho de que lo amas a él y no a mí. —Jessie protestó en su sueño cuando los brazos que la rodeaban la apretaron demasiado fuerte—. Has hecho una burla de nuestro matrimonio. —Alex dio un suspiro tembloroso—. Pero te quedaste y eso significa algo, así que sí, te di eso.

Nathan quería decir algo para que mejorar la situación, ¿pero qué demonios iba a decir?

—Gracias —soltó sin convicción.

No dijeron nada más mientras caminaban de regreso a su casa.

ANDREW TOMÓ la noticia de las inminentes disposiciones sobre el lugar donde viviría, actuando como ya lo habían anticipado.

Se despertó de un sueño inquieto y se encontró a Stephanie sentada junto a su cama, leyendo una revista barata. No había ido al hospital la noche anterior, ya que sus planes se vieron afectados por una discusión con Colin sobre su toque de queda. Colin terminó castigado y de peor humor, y Stephanie estuvo haciendo guardia mientras él limpiaba los baños, todos los de la casa.

—¿Qué hora es? —murmuró Andrew; su voz era ronca mientras trataba de hablar.

—Las cuatro —le dijo Stephanie, ofreciéndole un vaso de agua que ya estaba servido en la mesita de noche.

Andrew se sentó y aceptó el vaso; bebió agua hasta que el recipiente estuvo vacío. Stephanie lo observó de cerca. Tenía mucho mejor aspecto, a pesar de que acababa de despertar. La mirada vidriosa en sus ojos se había ido y el rubor que cubría su piel se había desvanecido.

—¿Cómo te sientes? —inquirió.

—Mucho mejor —admitió Andrew, colocando el vaso en la mesita de noche—. El doctor me quiere dar de alta mañana.

—¡Eso es genial! —Stephanie le sonrió cálidamente—. Dios, debes estar deseando salir de aquí.

Andrew vaciló por una muy larga fracción de tiempo.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, extendiendo la mano para tocarle el brazo no cubierto con el yeso.

—Gary dijo que debía volver a tu casa. —Andrew sonaba molesto, y ella pudo ver el color aumentando de nuevo en sus mejillas.

Eligiendo cuidadosamente sus palabras, Stephanie dijo:

—¿Es eso un problema? Solo será por poco tiempo, hasta que te quiten el yeso.

—¿Todos piensan que soy incapaz de cuidar de mí mismo?

—¡No! —protestó ella—. ¡Ninguno de nosotros piensa eso! Pero, Andrew, sigues estando débil. —Haciendo caso omiso de su mirada, continuó—. Tienes el brazo enyesado y a lo más lejos que has ido en tres semanas es al baño. Vamos, Andrew, sé sensato.

Andrew se recostó sobre las almohadas y cerró los ojos por un momento. Los abrió de nuevo y vio a Stephanie mirándolo fijamente. Suspiró, sin querer admitir que tenía razón.

—Está bien, solo por un tiempo hasta que me quiten el yeso, y luego regresaré a nuestra... a mi casa. —Andrew se equivocó con las palabras, y tragó con fuerza el nudo en su garganta.

Stephanie no hizo ningún comentario, simplemente se acercó para poder acariciar su pelo de manera reconfortante.

—Lamento mucho lo de Rich. —Ya lo había dicho muchas veces, y la respuesta siempre era la misma.

—Sí, yo también. —Una respuesta suave, sin emociones.

—Andrew.

Era preocupante para todos que Andrew no parecía estar de duelo por la pérdida de su esposo. Habían pasado tres semanas desde el accidente y apenas había dado señales visibles de dolor. A Stephanie le preocupaba que estuviera reprimiendo sus emociones otra vez. Recordaba cómo había sido cuando él era adolescente, haciendo frente a su sexualidad y la extrema disciplina de su madre. Había sido como un polvorín, a punto de estallar en cualquier momento.

Stephanie vio cómo Andrew se tapaba la cara con un brazo, ocultándola de la mirada preocupada de su exmujer. Así fue como Shane y Nathan los encontraron unos minutos más tarde. Abrieron la puerta y se detuvieron bruscamente al captar la escena.

—¿Está todo...? ¿Andrew, estás bien? —Shane fue hasta la orilla de la cama, y colocó dos dedos en su muñeca.

—Estoy bien —murmuró Andrew, apartando su brazo.

Nathan vaciló en la puerta, sin saber qué hacer; entonces se dirigió hacia la cama y atrajo a Andrew en un gran abrazo, intentando no golpear su brazo roto. Andrew puso resistencia durante un minuto, pero se trataba de Nathan, así que se relajó, enterrando su cara enrojecida en el cuello de él. Nathan ignoró a los demás mientras murmuraba disparates reconfortantes en el oído de Andrew, protegiéndolo en sus brazos.

Andrew se dejó consolar durante unos minutos; luego se apartó, limpiándose la cara con la mano.

—Ten. —Shane le ofreció a Andrew un paño húmedo.

Pero Nathan lo tomó en su lugar y limpió el rostro de Andrew con ternura, como si se tratara de Daniel o Jessie.

—No soy un niño —gruñó Andrew.

Nathan dejó caer la cabeza hacia delante y rozó la oreja de Andrew.

—Mmm..., lo sé —susurró, sonriendo mientras Andrew se sonrojaba aún más.

—¿Eh, chicos?

Shane y Stephanie estaban mirándolos, con diversión sobreponiéndose a su preocupación.

Nathan se sentó, retirando el pelo sudoroso de la cara de Andrew.

—¿Mejor? —le preguntó; la preocupación oscurecía sus ojos.

Andrew asintió.

—Lo siento —le dijo a Stephanie.

Ella agitó una mano con indiferencia.

—No hay problema. —Y, Dios, en realidad no lo había.

Shane le sirvió otro vaso con agua y se lo ofreció junto con unas pastillas. Andrew lo miró con aversión extrema.

—Supongo que vas a hacer caso omiso si te digo que no las necesito, ¿verdad?

—Así es —afirmó Shane con alegría.

Andrew se las tomó de mala gana, frunciendo el ceño por las sonrisas apenas ocultas de Stephanie y Nathan.

—¿Feliz ahora? —demandó al dejar el vaso sobre la mesa.

—Buen chico. —Nathan le dio unas palmaditas en la cabeza y saltó hacia atrás cuando el yeso de Andrew salió volando hacia él.

—¡Ay, diablos! —A pesar de que no conectó con Nathan, el repentino movimiento fue suficiente para traer dolor al brazo de Andrew.

Las cejas de Shane se alzaron.

—Dime, Andrew, ¿siempre eres tan violento?

—Solo cuando me provocan.

Andrew resopló de nuevo, y todos se rieron de él. Entonces se frotó el brazo, sumergiéndose en lo que podría describirse mejor como un estado

hostil.

—¿Has decidido a dónde irás cuando salgas de aquí? —le preguntó el enfermero mientras recogía el vaso y el paño.

—¿No lo habéis decidido por mí? —siseó Andrew.

—Andrew. —Stephanie lo reprendió con suavidad.

Shane era obviamente un maestro en ignorar el malhumor de sus pacientes.

—¡Excelente! —dijo—. Con suerte mañana por la mañana obtendrás tu pase de libertad. ¿Puedes venir a por él? —preguntó, dirigiéndose a Stephanie.

—Claro —contestó ella.

—Estaré feliz de salir de aquí —dijo Andrew, pasándose la mano por el cabello, y haciendo una mueca al sentir la suciedad entre sus dedos.

—No puedo quedarme mucho más tiempo —dijo Nathan mientras miraba su reloj—. Pero si quieres podría lavarte el pelo antes de irme.

—¿Lo harías? —Andrew sonrió por primera vez, complacido ante la idea de tener el pelo limpio.

Nathan se había hecho cargo de ese tipo de cosas desde el accidente. Nadie se lo había pedido, pero Andrew no lo había detenido una vez que comenzó a sentirse mejor. La infección lo había dejado tan indefenso como un gatito y cualquier ayuda era bienvenida, aunque nunca lo hubiera admitido. En sus peores momentos, se sentía culpable por el placer del contacto íntimo que suponía tener las enormes manos de Nathan frotando su cuero cabelludo.

—Será mejor que me vaya. Joe estará pronto en casa. —Stephanie se levantó, frotándose la espalda que protestaba por la hora que había pasado en el hospital en aquella silla incómoda. Se inclinó y lo besó en la mejilla —. Hasta mañana, cariño. Llamaré para saber a qué hora te dejarán salir.

Andrew asintió.

—Nos vemos por la mañana.

—Mediodía —advirtió Shane cuando la acompañó hasta la puerta.

—Por supuesto. En realidad, Shane, ¿podemos hablar un momento?

Andrew alzó una ceja mientras salían de la habitación, con una expresión oscura cuando Stephanie se negó a mirarlo a los ojos.

—¿Más organización? —preguntó amargamente mientras miraba a Nathan.

—Vamos a cuidar de ti —lo tranquilizó Nathan, tomando la mano libre de Andrew en la suya.

—Es fácil para ti decirlo. Siento como que no tengo voz ni voto en lo que sucede.

—Es solo por unas cuantas semanas, después podrás irte a tu casa.

«Mi casa». Dios. Su casa era el apartamento de Rich o la que estaba junto al lago que también era de él. Supuso que ambos lugares eran suyos ahora, pero diablos, ¿dónde estaba su hogar? No en Castleton y tampoco en Los Ángeles.

—¿Andrew?

Este levantó la mirada y vio a Nathan observándolo con preocupación.

—¿Todavía quieres que te lave el pelo o prefieres dejarlo para cuando estés en casa? —preguntó Nathan.

Andrew tragó saliva, luchando contra el impulso de poner su cabeza en el ancho pecho de Nathan y dejar de lado todo el dolor y la miseria reprimidos en su interior.

—Ahora, por favor.

Sacó las piernas de la cama y se puso en pie, tambaleándose un poco; se dio cuenta de que los medicamentos estaban haciéndole efecto. Nathan puso una mano debajo de su codo y lo acompañó hasta el baño.

—Ven, vamos a hacer que te sientas un poco más limpio —murmuró Nathan.

El baño estaba cálido. Andrew se sentó en una silla de plástico cerca del lavabo. Nathan puso una toalla sobre sus hombros y Andrew se inclinó sobre el lavabo. No era la más cómoda de las posiciones, pero protegía su brazo.

Andrew suspiró mientras Nathan vertía una jarra de agua tibia sobre su cabello sucio. La sensación de los dedos largos desenredando su pelo era increíble. Empujaba hacia la presión a medida que Nathan lo enjabonaba, evitando las áreas que seguían siendo sensibles por los moratones.

—¿Mejor?

La única respuesta de Andrew fue un gemido.

Nathan se rio mientras enjuagaba el champú.

—Eres muy niña.

—Intenta no bañarte durante tres semanas —se quejó Andrew mientras se sentaba.

Nathan le envolvió la cabeza con una toalla y secó bruscamente su cabello. Terminado el secado, el pelo quedó levantado en todas las direcciones. Nathan se acercó al estante y agarró el peine de Andrew.

—Amigo, yo puedo peinarme mi propio cabello.

Andrew quiso quitarle el peine, pero Nathan lo apartó lejos de él, ignorando su gruñido de fastidio.

—Me gusta hacerlo, ¿de acuerdo?

Andrew cedió por la admisión de Nathan y dejó que le hiciera un ordenado peinado.

—Listo, muy limpio.

Nathan le dio un ligero beso en la parte superior de la cabeza y arregló el baño. Andrew no se movió, sintiéndose repentinamente agotando por el esfuerzo. Nathan lo ayudó a volver a la cama y él se recostó con alivio; sus músculos dolían hasta por el mínimo movimiento.

Descubrió a Nathan mirándolo astutamente.

—¿Comprendes ahora por qué queremos que cuentes con ayuda?

—Eso no significa que me tenga que gustar.

—Me temo que sí, solo por un tiempo.

Andrew cerró los ojos. Realmente necesitaba una siesta.

—¿Irás...? —Se detuvo, no queriendo presionarlo.

—¿Ir a dónde? —preguntó Nathan con curiosidad.

—¿Irás a la ceremonia de Rich?

Hubo una pausa, y Andrew se maldijo por preguntar, por mostrarse tan inseguro.

—Iré, Drew, te lo prometo.

Unos cálidos dedos le acariciaron la cara y Andrew se inclinó hacia ellos, aún sin abrir los ojos.

—Gracias —susurró.

—Duerme. Mañana será un gran día.

Andrew obedeció la suave orden; su último pensamiento consciente fue tener los labios de Nathan en los suyos mientras se quedaba dormido.

—¿LISTO PARA marcharte, compañero? —El gruñón susurro con acento le hizo abrir los ojos.

Andrew levantó la vista y vio a Gary de pie en la puerta de su habitación. Ya había empacado y estaba listo para irse. Lo había estado desde hacía una hora, y su impaciencia por dejar el hospital atrás era abrumadora. Cuando era el fotógrafo del ala de maternidad, había disfrutado de visitar el hospital; los sonidos y los olores añadían un extra a la experiencia de estar en un lugar especial. Ahora, sin embargo, solo lo asociaría con dolor y pérdida, lo que suponía que le pasaba a muchas personas.

—¿Dónde está Stephanie? —preguntó.

—Manteniendo a tu mamá lejos de aquí. —Gary arrastró las palabras, aún con ese exagerado acento.

—Gracias a Dios.

Gary recogió su maleta y salieron de la habitación, haciendo una pausa para darle a Andrew la oportunidad de despedirse de las enfermeras; recibió un beso en la mejilla de la mayor parte de ellas y un abrazo de los demás.

—Shane lamentará haberse perdido tu partida —le dijo una joven enfermera uniformada de rosa—; has sido su paciente favorito. Pero eso significa que tendré el placer de empujar tu silla de ruedas.

Tratando de no hacer una mueca mientras se sentaba en la silla de ruedas, Andrew dijo:

—Es una lástima. Pero ya me ha visto lo suficiente mientras he estado aquí.

Llegaron a la entrada del hospital, y Gary lo ayudó a ponerse en pie.

—Bueno, cuídate, Andrew. —La enfermera le dio un beso en la mejilla y Gary lo guió hacia estacionamiento.

Andrew caminó tan rápido como sus débiles piernas se lo permitieron.

—Entonces, ¿Shane echará de menos tu lamentable presencia o a tu encantador y constante visitante? —Gary sonrió con picardía mientras salían del lugar.

—¡Cállate! —gruñó Andrew, haciendo caso omiso de la risa de Gary.

Andrew se desplomó en la esquina de la camioneta, agradecido de estar lejos de aquellas cuatro paredes. Se durmió tranquilamente mientras conducían, asombrado de lo cansado que estaba aun después de lo que pareció un mes de estar durmiendo. Incluso un poco de esfuerzo lo agotaba.

—Despierta, despierta, Bella Durmiente, ya salió el sol.

Andrew abrió los ojos y descubrió que la camioneta estaba estacionada en la entrada del número doce. La puerta principal se abrió y Colin salió corriendo, seguido de cerca por Ruth.

—¡Hola, papá!

—Jesús... Lo siento señora, déjale bajar de la camioneta, hijo. —Solo Gary podría hablar así y disculparse por los sentimientos ultrajados de la señora Matthews en una sola frase. Ella resopló un poco, pero no se lanzó a su reprimenda habitual por usar el nombre del Señor en vano.

Andrew ignoró a Gary, envolviendo a Colin en un abrazo, sintiendo a su vivaz y cálido hijo en sus manos.

—Hola.

Colin lo soltó para que saludara a su madre y luego condujo a Andrew a la cocina. Stephanie lo estaba esperando con una gran taza de café. Andrew se sentó en un taburete con gratitud. Por nada del mundo iba a mostrar que sus piernas se tambaleaban, pero Stephanie lo adivinó y le dirigió una mirada de complicidad.

—Siéntate antes de que te rompas una pierna.

Le pasó la taza y él la tomó con gratitud; se bebió la mitad del líquido, amargo y caliente, en un solo trago. Fue como si una energía inmediata se difundiera a través de su cuerpo, y Andrew suspiró con satisfacción.

Gary entró en la cocina, seguido por Nick.

—Andrew. —Sus ojos se iluminaron al ver a su hijo sentado en la cocina.

Andrew se puso en pie mientras su padre se dirigía rápidamente hacia él. Nick le dio un breve abrazo y después lo empujó suavemente para que se sentara de nuevo.

A pesar de sus traumáticos años de adolescencia, realmente amaba a su padre, quien lo había hecho lo mejor posible, aunque falló en evitar que Ruth infligiera sus extremistas puntos de vista sobre él. Cuando era adolescente, se había resentido amargamente por la manera en que Nick siempre se ponía de lado de su madre en la forma en que manejaba su sexualidad. Hasta años más tarde no se dio cuenta de que su padre sí había intervenido. Podría haber sido mucho, mucho peor.

Ruth estaba inquieta a su alrededor, reprendiendo a Stephanie por darle café en vez de té de hierbas y hacer que se sentara en un taburete duro en lugar de llevarlo a la cama.

—No estoy enfermo, mamá —espetó Andrew—. Aunque lo estaré si me obligas a tomar cualquiera de esas estúpidas infusiones. —No ayudó que por el rabillo del ojo pudiera ver los gestos de alegría de Gary y Colin.

Ella tenía la expresión de «Solo estoy tratando de ayudar» que Andrew odiaba. Nick le estaba dirigiendo una mirada suplicante, y él tuvo que suspirar y disculparse, consciente de que a su manera, ella solo estaba tratando de ser maternal.

—Esta es la primera taza de café decente que tengo en semanas, y me hace mucho bien —dijo Andrew—. Después de beberla me comprometo a acostarme. —Fingió un bostezo que rápidamente se convirtió en uno real.

—Ten, toma otra taza y vete a dormir.

Stephanie le estaba entregando una dosis adicional cuando la puerta de la cocina se abrió y Daniel entró corriendo, seguido por Alex y Jessie.

La esposa de Nathan no lo había visitado en el hospital y, pese a que el hombre le aseguraba que ella lo alentaba para que fuera a visitarlo regularmente, Andrew fue sumamente consciente de la repentina tensión cuando ella lo miró.

Ajeno a la atmósfera, Daniel chilló de alegría cuando vio a Andrew. A pesar de que no lo había visto muchas veces, sabía que Colin adoraba a su padre y por eso este era alguien especial.

—¡Tío Andrew! —empezó a decir, y entonces se detuvo, arrugando la cara. Se volvió hacia Stephanie acusadoramente—. No se parece a Shrek —le dijo con firmeza.

Andrew arqueó una ceja mirando a Stephanie, observando risueño cómo ella se sonrojaba.

—¿Shrek?

—Pude haber... eh... dicho que eras algo gruñón —admitió Stephanie.

—Tía Steph dijo que eras un ogro y que tenía que tomar prestados mi espada y casco —le contó Daniel.

Sus labios temblaron cuando Andrew notó la incomodidad de Stephanie. Gary se reía abiertamente mientras que Colin asentía hacia Daniel. Andrew se arrodilló para estar a la misma altura que el pequeño, aunque había una clara posibilidad de que necesitara ayuda para levantarse.

—Me he parecido un poco a un ogro —admitió—. Pero sin la piel verde.

—Definitivamente.

Andrew resopló al ver los signos de asentimiento de los presentes, pero ellos simplemente estaban de acuerdo con él.

—Voy a ir a dormir —anunció—. Con mi café. —Apretó este contra su pecho; esperaba que no hubiera sonado tan débil como se sentía.

—Ojalá que tú y tu café seáis muy felices juntos, bizcochito.

Andrew sonrió débilmente al oír, detrás de él, el escandalizado grito de Ruth:

—¡Gary!

Andrew se despidió de Alex con una inclinación de cabeza y se dirigió a las escaleras del sótano.

Eso estableció la rutina de los siguientes días. Dormía, subía brevemente para tomar café y dormía un poco más. Si lloraba por Rich, lo hacía en privado, y los otros no presenciaban su duelo. En uno de esos días, Gary se fue para reunirse con su banda con un «Nos vemos», y un fuerte abrazo que le indicó a Andrew cuán preocupado había estado por él. En realidad, el cerebro adormecido de Andrew no había deparado en que Nathan no había ido a verlo en absoluto, hasta que despertó y lo encontró sentado en el extremo del sofá cama.

Abrió los ojos, consciente de una extraña sensación entre sus omóplatos, como si alguien estuviera observándolo. Se dio la vuelta, parpadeando mientras enfocaba el enorme cuerpo de Nathan, quien le sonreía.

—¿Nathan? —Andrew trató de incorporarse, haciendo un gran esfuerzo por el yeso.

—Hola —dijo Nathan, poniendo una mano sobre el estómago de Andrew—. Quédate así. Perdona que te despierte.

Recostándose de nuevo en las almohadas, Andrew volvió la cabeza para ver el reloj. Pasaba de mediodía. De alguna manera se había quedado dormido otra mañana. Tragó saliva, probando el sabor rancio en su boca.

—Ten. —Nathan le ofreció café en un vaso para llevar.

Andrew lo aceptó con avidez y tomó un sorbo, saboreando el moca asquerosamente azucarado. Estaba muy caliente, fuerte y negro.

Nathan percibió la mirada inquisitiva de Andrew.

—Quería verte, pero no atraer la atención de los de la casa. Pensé que si te traía una ofrenda de paz, no te importaría que me hubiera colado.

—¿A quién estabas evitando? ¿A mí o a Gary?

—Alex me dijo que se fue ayer —admitió Nathan, el rubor se extendió por sus mejillas.

—¿Entonces pensaste que era seguro venir? —Andrew no pudo evitar el tono divertido en su voz.

Bajando la cabeza, Nathan se ruborizó más.

—Supongo que eso me hace bastante patético, ¿eh?

—Bueno. —Andrew fingió considerarlo—. Tiene la mitad de tu tamaño.

—¡El tipo es realmente terrorífico! —protestó Nathan—. Además, no creo que le agrade mucho.

—Es solo sobreprotector —admitió Andrew.

—Me alegro de que haya alguien así en tu vida —dijo Nathan suavemente—. Tienes amigos especiales.

Andrew asintió.

—Sí, los tengo —convino, colocando una mano sobre la de Nathan, todavía en su estómago. La palma de Nathan estaba parcialmente apoyada en su cálida piel, donde su camiseta se había levantado. Permanecieron así sentados por un momento, porque no querían romper la conexión entre ellos.

Finalmente Andrew se movió porque necesitaba ir al baño. Nathan apartó la mano y esperó a que volviera.

—¿Te gustaría ir al parque con los chicos? —dijo mientras Andrew salía del baño, dirigiéndose directamente a su café.

Andrew frunció el ceño mientras tomaba un trago.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado. ¿Por qué?

—Dios, ¿he estado dormido durante toda la semana?

—Amigo, has estado durmiendo durante un mes —indicó Nathan.

Andrew se frotó la mandíbula. Estaba cubierta con una delgada barba rojiza. Nathan lo había afeitado un par de veces en el hospital, hasta que Andrew pudo pasar una maquinilla eléctrica por su propia barbilla.

—¿Entonces, parque, pelota, perros, o de nuevo plancharás la oreja en las sábanas? —insistió Nathan.

—Café, cama y dormir más. No creo que esté listo para perseguir una pelota todavía.

—Vamos, Drew. Necesitas un poco de aire fresco —declaró Nathan.

Sacudiendo la cabeza, Andrew se terminó el café y lanzó el vaso térmico a la basura. Falló y este rebotó en el borde. Pero se encogió de hombros y volvió a la cama.

—Realmente no estoy listo, Nate. Tal vez mañana. —Se recostó y cerró los ojos.

—Mañana entonces. Te tomo la palabra —advirtió Nathan. Le dio un ligero beso en la sien y se bajó de la cama.

—Mañana —acordó Andrew, casi durmiéndose.

Solo que no fue al día siguiente ni el día después de ese. Esa mañana, Andrew amaneció temblando y dolorido. Lo único que podía hacer era tomar Tylenol y agua, y esperar que el sueño enviara lejos la miseria que estaba invadiendo su cuerpo.

Natán lo visitó en algún momento, pero con toda sinceridad, no podía saber cuándo. Solo supo que Nathan tocó su brazo y le acarició el pelo, y luego se quedó dormido de nuevo.

Tuvieron que pasar otros cuatro días para que Andrew pudiera mantenerse despierto durante algo más que unos minutos. Para cuando llegó el fin de semana, fue capaz de permanecer despierto el tiempo suficiente para ver una película con Colin, y Stephanie había dejado de merodear a los pies de su cama.

Colin pasó la mañana del domingo en la cama de Andrew, viendo programas infantiles en la televisión y comiendo su ración mensual de osos de gomita. Andrew aguantó un par de horas y luego se quedó dormido

oyendo de fondo a extrañas criaturas peleando entre sí sin ninguna razón aparente.

Se dio cuenta de que estaba pegado a un cuerpo caliente y que Colin estaba hablando con alguien. Andrew se giró y encontró a Nathan y Daniel en su cama, también mirando la pequeña televisión. Daniel tenía metida la mano en una bolsa con dulces Twizzlers y su rostro cubierto de azúcar. El cuerpo caliente pertenecía a Nathan, quien estaba ligeramente curvado en torno a sí para no caerse de la cama.

—Oigan —dijo con voz áspera, y luego se aclaró la garganta para volver a intentarlo—. Estamos un poco amontonados. ¿No hay otro lugar en el que podáis acostaros?

Nathan le sonrió.

—Solo vinimos a por vosotros para ir al parque.

Andrew gruñó.

—Marchaos. Buscad a otra persona a quien molestar. —No le importaba qué hora era, realmente necesitaba dormir más.

—No es bueno para ti estar encerrado aquí todo el tiempo. La habitación apesta, hombre. Realmente necesitas ventilarla.

Andrew se dio la vuelta apartándose de Nathan.

—¿Por qué no invitas a Shane? Estoy seguro de que le encantaría ir contigo —murmuró con indiferencia.

—¿Quién? ¿Shane? Andrew, ¿de qué demonios estás hablando? —La voz de Nathan se había agudizado.

Colin se levantó de la cama y le tendió la mano a Daniel.

—Ven, Danny. Mi mamá hizo tortitas. ¿Una carrera hasta la escalera?

Los dos chicos corrieron ruidosamente por las escaleras hasta la cocina, dejando a los dos hombres en un incómodo silencio. Uno que Nathan era el encargado de romper.

—¿Qué quieres decir con que podría invitar a Shane?

Andrew se dio la vuelta para enfrentarse a Nathan.

—Shane. El guapo enfermero. Tu nuevo mejor amigo.

—Sé quién es Shane, Drew. ¿Pero mi nuevo mejor amigo?

Así que sí, tal vez ahora se sentía como un fenómeno, ya que Nathan lo miraba como si le hubieran crecido dos cabezas.

—Andrew, ¿estás celoso de Shane? ¿A qué diablos se debe eso?

—Hablabas de ti como si fuerais amigos.

Nathan asintió lentamente.

—Hablamos mucho mientras estabas inconsciente. Hablé con todas las enfermeras. Y los médicos y la maldita señora de la limpieza. ¿También estás celoso de ellos?

—No seas ridículo.

—¿Estás celoso de un enfermero y me llamas ridículo!

—Es guapo y alegre. —Andrew se mordió el labio—. Te llamó Nate —espetó.

Los ojos de Nathan se agrandaron.

—¿Está teniendo un berrinche porque alguien que me dio consuelo en un momento difícil, me llamó por un nombre que por lo menos media docena de personas usa?

—Jódete.

—Jódete tú, Andrew —soltó Nathan. Sus ojos eran fríos y duros mientras lo miraba—. Estás siendo un idiota y un egoísta. Necesitaba a Shane. Me escuchaba hablar de ti cuando tenía miedo de que no fueras a despertar. Me dejó divagar sobre lo mucho que te amaba y de que tuve que ver cómo te casabas con otro hombre, mirar cómo lo besabas cuando lo único que yo quería era que me besaras a mí. ¿Con cuántas de las personas que conozco puedo hablar de esto?

—¡Basta, por favor! —Las manos de Andrew fueron a sus orejas—. No puedo escuchar esto. —Estaba tratando de esconderse de Nathan, pero no había ningún lugar a donde ir.

—Tú has empezado —señaló Nathan, exhalando una profunda respiración—. No quiero a Shane. Te quiero a ti.

Andrew se acurrucó hecho una bola, con las manos sobre las orejas, tratando de esconderse de las palabras que había provocado. Nathan le separó las manos y tiró de él para que se sentara. Con una mano lo sostuvo de la mandíbula, obligándolo a que lo mirara a los ojos; el color avellana casi había desaparecido por la ira.

—¿Eres tan estúpido que no puedes ver que no se trata de Shane? Solo hay un hombre para mí, Andrew Matthews. —Su voz se convirtió en un susurro—. Esperé a que despertaras, aterrorizado de que nunca lo hicieras.

—No quería despertar —admitió Andrew—. Todavía no quiero hacerlo. —Vio el destello de dolor en los ojos de Nathan, pero sabía que era demasiado tarde para detenerse—. Al menos en mis sueños no estoy solo.

—¿Rich está ahí?

Andrew asintió, sus manos se curvaron alrededor de los bíceps de Nathan.

—Y tú también. Ambos estáis ahí, y es cálido y seguro. Y aquí... —Agitó una mano alrededor—. Rich está muerto, tú estás con Alex y yo estoy solo otra vez. Prefiero quedarme dormido.

—Andrew. —La voz sonó ronca gruesa, como si Nathan estuviera conteniendo las lágrimas. Le soltó la mandíbula y apoyó la frente en la de él.

Debajo de las rodillas de Andrew crujieron unas envolturas de dulces, y algo se pegó en sus pantalones, pero estaba tan inmovilizado por Nathan, que no podía retirarlo de sus ropas.

—Él no quería que te ocultaras así —murmuró Nathan—. Querría que volvieras a vivir.

—Es demasiado pronto, ni siquiera han pasado dos meses —protestó Andrew—. Necesito más tiempo.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Andrew fue instado a sentarse sobre el regazo de Nathan, con la cabeza apoyada en el hueco de su cuello, cálido y seguro. Una de las manos de Nathan estaba en su cabeza y la otra trazaba patrones suaves en la parte baja de su espalda. A Andrew le pareció que podía quedarse dormido así.

—Vendrás con nosotros un rato —dijo Nathan después de unos instantes. Cuando Andrew se tensó, dispuesto a discutir, añadió—: No tienes que quedarte mucho tiempo, pero Stephanie quiere limpiar la habitación y cambiar las sábanas. Te llevaré en coche mientras Colin y Daniel pasean a los perros. Créeme, te sentirás mejor, y entonces podrás dormir esta noche.

Andrew estaba dispuesto a protestar cuando otra voz interrumpió.

—¿Papá está bien?

—Está bien —le aseguró Nathan a Colin, pero no soltó a Andrew de inmediato.

—Estoy bien. Solo... —dijo Andrew, sentándose en la cama para frotar su cara. Colin no le dejó terminar. Trepó a la cama y lo abrazó.

—Está bien, papá, lo entiendo.

El chico olía a caramelo y sudor, y mientras Andrew apoyaba su cabeza en el hombro delgado de Colin, la calidez de Nathan todavía estaba cerca de él; no deseaba nada más que eso. Estaba hundido en el dolor de perder a Rich, todavía atado a la culpa de amar a Nathan, pero aún era amado por su familia y sus amigos, así que tenía que recordarse eso a sí mismo cuando los sentimientos negativos amenazaban con abrumarlo y arrastrarlo a la depresión.

Fue una buena idea ir al parque. Pero no lo admitiría delante de nadie, especialmente de Nathan. Después de cinco semanas de estar en cama y aún con el yeso en el brazo, Andrew no podía correr. Se sentó en un banco viendo a los chicos y a los perros jugar enérgicamente a perseguir a *Tyler* para recuperar el balón, sintiendo la tenue brisa refrescando su cara del calor del sol y aspirando el aire fresco.

Nathan se dejó caer en el banco junto a Andrew, dando una profunda respiración.

—¿Estas haciéndote viejo? —le preguntó Andrew con ganas de reír.

—Jódete —se quejó Nathan, a pesar de que habría tenido más contundencia si no hubiera jadeado mientras hablaba.

—Ya, ya. —Andrew le palmeó la rodilla con condescendencia.

Nathan iba a golpearlo pero se detuvo, consciente de que los ojos de Daniel estaban fijos en él.

—Papá, ¿el tío Andrew se ha portado mal? —le preguntó su hijo.

Andrew recordó repentinamente cuando Colin tenía cinco años, cómo le preguntó furiosamente por qué si Andrew le había pegado en el trasero cuando le había roto una de las lentes de su cámara, ahora él no podía hacer lo mismo con la hermana de Bobby cuando ella había destruido su Buzz Lightyear. Siendo francos, Andrew no pudo responder a eso, y había sido muy cuidadoso cuando usaba castigos físicos con su hijo.

—Solo estamos jugando a las luchas —explicó Nathan mientras empujaba a Andrew.

El movimiento repentino tomó a Andrew por sorpresa, y un rayo de dolor le atravesó el brazo en proceso de curación. Siseó y fulminó con la mirada a Nathan, a pesar de que no había enojo real en él.

Nathan pareció inmediatamente arrepentido.

—Lo siento, amigo —se disculpó—. Se suponía que únicamente sería un ligero golpe.

—La próxima vez recuerda que eres como un gigante —se quejó Andrew mientras sostenía su brazo cerca del pecho.

—En serio, ¿te he hecho daño?

Andrew sacudió la cabeza.

—No, solo está herido mi orgullo, por ser tan débil.

—Mi padre, el gallina —canturreó Colin mientras ponía a Daniel sobre sus hombros y corría sin rumbo fijo.

Nathan miró especulativamente a Andrew.

—Ni siquiera lo pienses. Ya te lo he dicho, ni siquiera pienses en ello. ¡Nathan, bastardo! —chilló Andrew cuando fue alzado para ser puesto en el hombro de Nathan mientras este perseguía a Colin alrededor, y los perros ladraban descontroladamente por el entusiasmo. Aun en medio de las fuertes e ignoradas protestas, se dio cuenta cuán cuidadoso Nathan era con él.

Nathan se detuvo, jadeando por el esfuerzo, y Andrew se bajó hasta quedar sobre sus pies; sus lentes estaban torcidos, su pelo despeinado y su dignidad por los suelos. Se tambaleó por un momento, con su equilibrio afectado; no estaba seguro de si vomitaría o no. Nathan lo sostuvo hasta que fue capaz de ver con claridad y su estómago se había sosegado a un leve rugido.

—Te odio —murmuró Andrew.

—No, no es cierto.

Andrew sacó la lengua infantilmente. No iba a admitir que Nathan tenía razón.

No se le permitió regresar a la cama hasta la noche. En el momento en que entró por debajo de la colcha, estaba agotado por el esfuerzo físico. Se durmió con una facilidad que no había tenido en las últimas dos semanas. Sí, había dormido durante horas, pero nadie había estado allí cuando yacía despierto en la noche, mirando al techo, con los ojos llenos de miseria e insomnio.

Durmió hasta el lunes al mediodía, y solo se despertó cuando su teléfono vibró en sus oídos.

—¿Qué? —logró decir.

—Es hora de levantarse. —La voz, demasiado alegre de Nathan, sonó en su oído.

—Púdrete. —Presionó para finalizar la llamada y se giró. El bastardo lo estaba molestando desde el trabajo.

El teléfono vibró de nuevo.

—¡Basta! —soltó esta vez.

—Levántate, entonces, y te dejaré en paz.

—Ya me he levantado.

—Mentiroso.

—¡Dios, eres un tirano!

—Deberías estar agradecido de que soy yo, y no Gary o Gabe. Tenían planes que incluían agua helada. Oh, me tengo que ir. ¡Ben, deja las trenzas

de Suzie en paz!

Andrew escuchó la trifulca en el otro extremo de la línea, con una mezcla de diversión y molestia.

—¿Puedo colgar ahora?

—Solo si vas a sacar tu perezoso cu... trasero de la cama.

—Por supuesto. —Andrew cortó la llamada y se dio la vuelta, hundiendo la cabeza en las almohadas. Iba a levantarse. Muy pronto.

Volvió a darse la vuelta y tomó el teléfono de nuevo. Apagarlo sería la única manera de garantizar la paz.

Funcionó hasta que una fuerte y estridente alarma sonó en su oído.

—¡Por el amor de Dios!

Andrew buscó a tientas hasta que encontró la fuente del ruido. Alguien había colocado un anticuado reloj despertador en su mesita de noche.

—Ya me he levantado. Ya me he levantado. ¡Dejadme en paz, maldita sea! —Su grito de protesta fue más allá del sótano, pero nadie le respondió.

Sentado en la cama, rascándose el estómago, contempló volver a dormir, pero sabía que si lo hacía, algo más fuerte y desagradable sonaría en su oído.

Se levantó de la cama y fue al baño: soltó gruñidos de alivio al orinar.

Mientras se lavaba las manos, echó un vistazo a su reflejo en el espejo. Dios, eso fue un sobresalto. Su cabello estaba grasoso, la piel pálida con profundas marcas púrpuras bajo sus ojos, y tenía una apariencia de total miseria en su rostro. ¿Así era su aspecto todo el tiempo?

Necesitaba desesperadamente una ducha. Fue a la habitación en busca de una bolsa de plástico. Y allí había una sobre la mesa. Sacó el contenido de esta y metió su brazo lastimado; más o menos le cubría la escayola. Perfecto. Ahora necesitaba amarrársela.

Cinco minutos después estaba bajo el chorro de la ducha, disfrutando de la sensación del agua caliente corriendo por su cuerpo. Había echado mucho de menos esto. Andrew gimió en agradecimiento mientras se inclinaba en el rocío del agua. Esta comenzó a enfriarse antes de que saliera

de la ducha. Se secó por encima con una toalla, y se quitó la bolsa una vez que la mayoría del agua había desaparecido.

Enrolló la toalla en su cintura y regresó a la habitación en busca de ropa limpia. Hasta ese momento no había notado la cantidad de pantalones deportivos y camisetas que había apilados en una de las sillas. Rebuscó hasta dar con algo que quisiera usar. En la parte inferior de la pila había una nota.

«El café está arriba, en la cocina».

Andrew se quedó mirando las palabras por un minuto; en realidad no comprendía qué era lo que decía. Entonces se le ocurrió. Había sido sutilmente echado de la cama por un grupo de...

—Bastardos —siseó, incapaz de detener la sonrisa en su rostro.

Efectivamente, el café estaba recién hecho en la cafetera. Se sirvió una taza y fue con esta hacia la mesa. Había otra nota esperándolo.

«Andrew, ni siquiera PIENSES en ir a la cama. Prepara la cena. Besos. Stephanie.

»P. D. Pasta estará bien.

»P. D. 2 La salsa está en el refrigerador».

Andrew iba a matar a todos, uno por uno, muy lentamente. Tan pronto como averiguara cómo lograrlo sin ser arrestado. Mientras tanto, iba a beber un poco de café, y luego tal vez otra taza. No iba a hacer pasta para nadie, excepto tal vez para sí mismo.

Más tarde. Mucho más tarde.

—MI ESTÓMAGO va a estallar —se quejó Colin mientras se recostaba en la silla.

—Tres porciones le ocasionan eso a una persona —espetó Stephanie, incluso cuando ella había terminado su segundo plato de pasta y miraba los restos con avidez.

Joe seguía comiendo. No dijo nada.

Andrew los miró risueño, mientras mantenía sus manos rodeando una gran taza de café. Su apetito se había reducido a un pequeño plato de pasta, pero fue testigo de cómo el resto de la comida desaparecía con rapidez.

—Echaba de menos tu comida —protestó Colin con aprecio—. ¿Qué le has puesto a la salsa de mamá? Nunca sabe así cuando ella la sirve.

Stephanie le lanzó una mirada a Colin, pero era evidente que ella también estaba esperando la respuesta.

—Vino y hierbas —respondió Andrew—. Nada más. A Rich le gustaba.

Hubo un repentino silencio, y entonces Stephanie dijo:

—No me sorprende. Es deliciosa.

La fuente de servir estaba vacía cuando declararon que habían comido suficiente; Colin y Joe la rebañaron para obtener el último par de bocados.

Andrew anunció que, como había cocinado, no iba además a lavar los platos. Regresó al sótano después de desearles buenas noches a todos. Y al salir de la habitación, pudo oír a Colin comenzar una discusión acerca de quién exactamente iba a limpiar la mesa.

Cerró la puerta ante la respuesta de Joe, agradecido de no estar involucrado. Al igual que la noche anterior, estaba exhausto y lo único que quería hacer era dormir. Se lavó los dientes y se metió en la cama, agarrando el libro que estaba leyendo. Entonces, un pensamiento se le ocurrió.

De ninguna manera se iría a dormir antes de que las dos puertas que daban al mundo exterior estuvieran cerradas. Nadie, y en verdad nadie, lo despertaría con llamadas telefónicas o alarmas al día siguiente por la mañana.

CAPÍTULO 18

LA CEREMONIA en honor de Rich tuvo lugar en la casa junto al lago. No había sido un hombre religioso, a pesar de su educación baptista, así que Andrew quería un evento en el que quien deseara decir algo, tuviera la oportunidad de hacerlo. Había gente de todo su círculo social: laboral y personal, amistades de muchos años y recién formadas. Todos ellos fueron invitados a tomar parte de la ceremonia, en la que Gary era el encargado de la música.

No había invitado a sus padres, al no poder hacer frente a la desaprobación de su madre por la falta de un sacerdote y de que gran parte de la congregación era homosexual, pero allí había un contingente de Castleton: Stephanie, Joe y Colin, por supuesto; además de Jim, Michael, y Nathan. Todos ellos fueron juntos; Andrew los invitó a que se quedaran en la casa para evitar los gastos de alojamiento, así como los de los alimentos. No estaba allí cuando llegaron, pero hubo una comida aguardándolos a su llegada el viernes por la noche. Cenaron y se acostaron agradecidos en la cama, conscientes de que el sábado sería un largo día.

Acostumbrado a despertarse temprano, Nathan se encontró mirando el reloj a las cinco y media de la mañana. Cuando lentamente pasaron quince minutos, se levantó; necesitaba estirar las piernas o comer, simplemente hacer algo. Se puso unos pantalones deportivos y una delgada sudadera con capucha; después buscó sus zapatillas deportivas. Finalmente las encontró, debajo de la cama a donde las había pateado cuando se las quitó la noche anterior. Cinco minutos después estaba en el frío aire matutino, tratando de recordar cuál era el camino que iba hacia el lago.

Después de vagar por algunos minutos, encontró el camino y comenzó a trotar a ritmo rápido a pesar de la tierra desigual. El lago era

impresionante a la luz plateada del amanecer, con una niebla que emergía del agua y las telarañas que se delineaban por el rocío de la mañana.

Nathan corrió alrededor del perímetro del lago, levantando a su paso pequeñas polvaredas de arena. Estaba regresando cuando vio una figura observándolo desde el otro lado del lago. No le hacía falta mirar muy de cerca para saber de quién se trataba.

Andrew esperó a que corriera hasta donde estaba parado.

—Pensé que podrías estar despierto —lo saludó.

Ambos dudaron en dar el primer paso. Entonces, Nathan alargó la mano y atrajo a Andrew dándole un abrazo; solo recordó que estaba caliente y sudoroso por correr, después de que lo tuvo contra él. Aunque Andrew no parecía oponerse, ya que incluso soltó un pequeño suspiro.

—Buenos días —murmuró contra su cuello.

—Buenos días —respondió Nathan, con sus labios rozando la parte superior del pelo corto de Andrew.

—Dios, necesitaba esto.

El resoplido de alivio de Andrew contra su piel hizo sonreír a Nathan. Él también lo había necesitado, necesitaba a Andrew.

Había tenido miedo de perderlo una vez que el hombre volviera a Los Ángeles y a su otra vida. Mientras Andrew estaba en Castleton, había sido fácil fingir, solo durante esos pocos minutos que estaban juntos todos los días, que Andrew era suyo. No le gustaba la realidad, el hecho de que pronto los dejaría otra vez y comenzaría de nuevo.

Nathan se estremeció ante la idea y Andrew se retiró, preocupado.

—Ven —murmuró Nathan; no quería romper el contacto.

Obediente, Andrew regresó a los brazos, adentrando sus cálidas manos bajo la delgada sudadera para extenderlas sobre la espalda de Nathan. Era reconfortante y cariñoso, así que los dos hombres se relajaron el uno en el otro.

—Hoy va a ser un día difícil —dijo Andrew, con la voz ahogada por el cuello de Nathan.

—Lo sé, lo sé —lo tranquilizó Nathan—. Pero estamos aquí para apoyarte. —Su mano trazó tranquilizadores círculos en su espalda y Andrew se acercó más a él.

Andrew retrocedió, respirando profundamente. Miró a Nathan y fue solo entonces cuando este pudo ver la tensión alrededor de sus ojos. Su brazo se estiró para frotar suavemente, con el pulgar, la delgada piel debajo de los apagados ojos azules.

—¿Cómo estás sobrellevándolo, Drew?

—¿La verdad? —Andrew se inclinó contra la mano de Nathan—. Mal.

—Deberías haberte quedado en Castleton con nosotros.

Sacudiendo la cabeza, Andrew dijo:

—No, no podía. Necesitaba volver a mi casa. Necesitaba tiempo para despedirme de Rich.

Nathan lo instó a que se sentara en el tronco de un árbol caído cercano a ellos.

—¿Crees que él lo sabía? ¿Que estaba enfermo?

—Sí, creo que sí. Estoy seguro de que lo sabía. —Andrew apoyó su cabeza en el hombro de Nathan—. Tú, yo, la manera en que continuó presionándonos para que estuviéramos juntos. Lo sabía. En las revisiones médicas debieron habérselo dicho.

—Pero nosotros no estamos. Juntos, quiero decir.

—No, no lo estamos. —La voz de Andrew se entrecortó ligeramente—. Pero siempre fue un optimista.

—Te quería mucho.

Los enormes ojos de Andrew se suavizaron y Nathan se sintió culpable por la punzada de celos que tuvo al ver la expresión de adoración en su rostro.

—Sí, me amaba, y realmente entendía lo nuestro. Probablemente era el único. ¿Alguna vez te contó algo sobre Paul?

Nathan frunció el ceño, pensando en la conversación que Rich y él compartieron no muy lejos de allí.

—¿Que Paul era su pareja anterior?

Andrew asintió.

—Sí. Estuvo con él durante unos quince años, pero Paul estaba con otra persona cuando lo conoció.

—¿Fue ese el tipo que le contagio el VIH?

—Fue en esa época —dijo Andrew simplemente—. Una época mala.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Rich conoció a Paul y fue lujuria a primera vista. Según Rich, estaban tratando de evitarse el uno al otro porque Paul amaba a su pareja y se sentía muy culpable por sentir algo por alguien más. Por supuesto, cada vez que se encontraban, terminaban haciéndolo como conejos.

Nathan no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Por Dios, no me extraña que no tuviera problemas con lo nuestro.

—Bueno, él entendía cómo es que yo no era capaz de mantener mis manos lejos de tu cuerpo. A él y Paul los descubrieron haciéndolo sobre el escritorio del despacho de Rich cuando Paul fue a verlo por una reunión de negocios. Esa fue la primera vez que se vieron.

—¡Oh, diablos! —Nathan se aferraba a sus costados—. ¿Tu madre sabía que él era así de fácil?

—No, y me daba una gran satisfacción cada vez que ella hablaba de cuán respetable era... para ser un homosexual. —Andrew torció la cara con un poco de amargura.

La imagen mental de alguien tranquilo como Rich jodiendo con otro sobre un escritorio, de repente fue reemplazada por la imagen de Andrew extendido debajo de él, con su pálido trasero levantado, tomando cada centímetro del pene de Nathan.

Sacudió la cabeza para borrar la imagen, pero un pensamiento similar debió haber pasado por la cabeza de Andrew, porque este se sonrojó súbitamente. Se miraron el uno al otro, ambos atrapados en la excitación del otro.

—Rayos —maldijo Andrew en voz baja, apretando los dedos en su pantalón deportivo.

Nathan siguió el movimiento con la mirada, podía ver la tienda de campaña formada en el fino material.

—Drew...

—¡No! Hoy no. No puedo... No hoy. —Andrew tragó saliva convulsivamente. Se puso de pie, y Dios, eso fue aún peor. Nathan podía tirar de él, y morder y trazar con la boca ese suave bulto—. Voy... voy a volver a la casa. Hacer las preparaciones tomará mucho tiempo.

—Drew...

—Nathan, ¿eres tú? ¿Has visto a Andrew?

La voz de Stephanie penetró la neblina de la mente de Nathan. Levantó la vista cuando ella venía hacia él.

—Ah, aquí estás. Andrew, la compañía del servicio de comida quiere saber dónde colocar las cosas.

Él asintió bruscamente y con una última mirada a Nathan, partió de regreso a la casa. Stephanie observó su retirada y luego se giró hacia Nathan, quien se sonrojó bajo su fija mirada.

—¿Necesitó saber lo que pasa? —Ella no sonó acusatoria, sino más bien resignada a la situación.

Nathan negó con la cabeza y se estremeció, de pronto percatándose de que tenía frío.

Stephanie notó el escalofrío.

—Deberías volver para que te duches.

—Lo haré. —Nathan se dio la vuelta y entonces se detuvo—. Steph...

Sorprendida, Stephanie lo miró; el que usara el diminutivo había captado su atención.

—¿Sí?

—No estoy seguro de lo que le dijiste a Alex, pero gracias. —Nathan hizo un gesto con la mano—. Por esto. Habría odiado no estar aquí para

apoyarle.

El rostro de ella se suavizó.

—Está bien. Nos necesitaba a todos aquí. Desearía...

—Sí, yo también —la interrumpió Nathan.

Nathan le tendió la mano. Ella la tomó y regresaron a la casa juntos, esquivando el pequeño ejército de gente que deseaba instalar el servicio.

Al aproximarse a la casa, Stephanie puso una mano en el brazo de Nathan. Él se puso tenso, sin saber lo que iba a decir. Ella lo miró, mordiendo el labio nerviosamente.

—No puedes seguir así, Nate. No es justo para Alex y Andrew... Todavía está de luto por Rich, pero no lo estará por siempre.

—Lo sé, pero mis hijos...

—Ellos lo superaran. Son lo suficientemente pequeños para hacerlo. —Stephanie le apretó el brazo con suavidad—. El asunto es, ¿lo harás tú?

LA CEREMONIA se llevó a cabo con la puesta del sol sobre el lago. Más de cien personas se sentaron y compartieron sus recuerdos de Rich en cada parte de sus vidas. Gente de negocios sobriamente vestida estaba mezclada con algunos de los personajes más extravagantes que Nathan hubiera visto en su vida; todos ellos sostenían una foto de Rich tomada por el hombre que lo amó.

Nathan se sentó en la parte trasera, prefiriendo observar en vez de participar, ya que no lo había conocido realmente bien. Era un asunto completamente irreverente, la mayoría de los comentarios se centraban en el amor que Rich le tenía a la vida y a su retorcido sentido del humor, liderado por supuesto por Gary. Básicamente, Nathan se limitó a observar las reacciones de Andrew a los discursos.

Conforme Nathan escuchaba a las personas hablar sobre el hombre al que habían conocido, poco a poco aprendió por qué Rich había sido tan bueno para Andrew. Aquel era un hombre que nunca había sentido vergüenza de quién o qué era. Nunca lo había ostentado por la calle, pero

tampoco lo había escondido, ya fuera en casa o en el trabajo. Si alguien le había mostrado a Andrew que estaba bien ser gay, ese fue Rich. Nathan se vio obligado a admitir que él no podría haber hecho eso. Era difícil aceptar el hecho de que Andrew había necesitado más a Rich que a él. Claro, no podía negar que Andrew lo había amado durante años, pero Rich había sido el hombre idóneo para amarlo en el momento en que había estado más vulnerable.

Durante una pausa en la ceremonia, Gabe llegó. Su amistad con Nathan había sufrido bajo la presión de su relación continua con Gary. Este último le había dejado claro que no sentía ningún respeto por Nathan, y Gabe había encontrado sus lealtades atrapadas entre su viejo amigo y su amante.

Se deslizó en el asiento junto a Nathan.

—Nate, amigo.

—No esperaba verte aquí —susurró Nathan, frunciendo el ceño.

Gabe se encogió de hombros.

—Yo tampoco, pero Gary me lo pidió, así que aquí estoy. Podría decir lo mismo de ti.

—Andrew nos preguntó si nos gustaría venir.

—¿A ti? —Gabe le miró con escepticismo.

—Así es. Bueno, a mí y algunos otros del vecindario.

—¿Y Alex y los niños?

—Están en casa. Ella saldrá el siguiente fin de semana con Stephanie.

—Deliberadamente, Nathan se mordió las uñas, no queriendo encontrarse con los ojos de Gabe—. No hicimos nada, si eso es lo que te preocupa.

—Eh, uh...

—No lo hicimos.

—No es asunto mío si lo hiciste —señaló Gabe—. No voy a meterme nunca más.

Nathan lo miró.

—¿Por qué no te creo?

Gabe le sonrió.

—¿Porque me conoces demasiado bien?

—¿Qué es lo que quieres, Gabe? Aparte de venir a molestarme.

—¿Cuántas personas te han dicho que dejes de quejarte y tomes una maldita decisión?

—Cuatro, cinco, más...

—¿Y...?

—Los niños... —A Nathan le pareció que estaba empezando a sonar como un disco rayado.

Gabe, obviamente, estuvo de acuerdo. Se quedó mirando a Nathan durante un largo rato.

—¿Cuándo vas a dejar de usarlos como excusa?

Hundiéndose en el asiento, Nathan se mordió de nuevo una uña. Miró hacia donde estaba sentado Andrew. Se estaba riendo de algo que uno de los compañeros de trabajo de Rich acababa de decir y su rostro estaba bañado por el cálido resplandor de la puesta del sol.

—Lo miras como si fuera tu mundo entero.

Nathan levantó la vista al oír las palabras de Gabe y le dirigió una sonrisa triste.

—No todo, pero es bastante especial.

Su amigo asintió y se volvió hacia Andrew.

—Me pregunto si ya podemos emborracharnos.

Parecía haber una pausa en los altavoces, y Andrew se puso de pie. Nathan se dio cuenta de que estaba cuidando de su brazo izquierdo. Le habían quitado el yeso, pero seguía recibiendo fisioterapia para recobrar totalmente la movilidad. A juzgar por la forma en que se estaba abrazando a sí mismo, Nathan estaba seguro de que Andrew había olvidado tomar sus medicamentos para el dolor.

Andrew dio las gracias a sus invitados por acudir y compartir sus experiencias de Rich. Les ofreció quedarse para comer y beber, y el grupo de personas fue conducido a la casa.

Gabe se puso de pie para seguirlos. Puso una mano en el hombro de Nathan.

—Te conozco desde hace mucho tiempo. Nunca has mirado a Alex de esa manera. Bueno, esa es mi opinión.

Nathan permaneció sentado un largo rato después de que Gabe se marchara, con los ojos fijos en el rostro de Andrew. Había notado que este no dejaba de mirar hacia su sitio durante toda la ceremonia, buscándolo como para asegurarse de que seguía allí.

Acercándose a él, Andrew le tendió la mano derecha.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto. —Sin tomar la mano, Nathan se puso de pie—. Entonces, ¿dónde te duele? —Pasó las manos por los brazos de Andrew.

—Casi en todas partes.

Al menos estaba siendo sincero.

—¿Quieres ir a tomar tus medicamentos? ¿Dónde están?

Andrew frunció el ceño mientras trataba de recordar.

—Eh, en mi habitación en la mesita de noche, creo. Pero los tomaré más tarde. Tienden a darme sueño.

—No. —Nathan sacudió la cabeza y empezó a arrastrarlo hacia la casa—. Vas a tomártelos ahora. Puedo ver cuánto te duele, ven conmigo.

—Tengo invitados.

—Tienes a Gary. Tus invitados están bien. Ahora cállate e iremos a por tus medicinas.

Nathan puso su brazo alrededor de Andrew y lo condujo por el largo pasillo. Nadie les dirigió otro gesto que no fuera una sonrisa, y Nathan se dio cuenta de que, allí con esa gente, podía ser abiertamente afectuoso con Andrew y a nadie le importaba.

Podía sentir a Andrew vacilante, mirando hacia el lugar donde los invitados estaban aceptando bebidas del personal del servicio de comidas sobriamente vestido.

—Medicamentos. Ahora. Muéstrame el camino.

—Te vas a quedar ahí y verme tomarlos, ¿no es así?

—Sí. Eso haré —afirmó Nathan—. Ahora, muévete o voy a llevarte en brazos a tu habitación.

—Bastardo mandón —dijo Andrew, pero Nathan notó la sonrisa situándose en sus labios.

Fiel a su palabra, Nathan se puso frente a Andrew mientras se tomaba las pastillas. No permitiría que volviera abajo hasta que las líneas de su rostro se suavizaran y pareciera más tranquilo. Eso le dio tiempo para mirar alrededor de la habitación principal. Era una sala luminosa, espaciosa, decorada en color azul pálido y crema, con muebles de madera clara. No era exactamente lo que esperaba, pero tampoco sabía realmente lo que había estado esperando. Aunque se adaptaba a la casa. Nathan se preguntó si aquel era el gusto de Rich o el de Andrew.

Andrew lo observó mientras él miraba alrededor.

—Nunca modifiqué realmente este lugar. Me gustó bastante la forma en que lo decoró. Esta siempre fue la casa de Rich.

—Es un lugar maravilloso —admitió Nathan.

—Sí, lo es, y ahora supongo que es mío.

Nathan no había pensado en eso.

—¿Qué vas a hacer con él? ¿Vas a conservarlo?

Andrew trazó un patrón en el edredón con un dedo.

—No estoy seguro —confesó—. Me siento un poco perdido en este momento. Es demasiado pronto para tomar una decisión. —Miró a Nathan y después desvió la mirada; sus pestañas rozaban sus mejillas.

—Más que demasiado pronto —coincidió Nathan, luchando con fuerza contra las emociones que incluso la más mínima mirada provocaban en él.

Dios, incluso después de todo aquel tiempo, Andrew solo tenía que estar cerca de él para que su cuerpo comenzara a vibrar.

—¿Por qué no me dijiste que te habían ofrecido un ascenso? —preguntó Andrew repentinamente.

Nathan parpadeó. No esperaba eso.

—No fue una oferta como tal, solo la oportunidad de solicitar el trabajo. Me olvidé de ello después de tu accidente.

—Perdón por echar a perder tu oportunidad —dijo Andrew.

Sacudiendo la cabeza, Nathan le sonrió.

—No es importante. Habrá otras.

Había sido importante y fue la causa de que existiera más tensión entre Alex y él, pero Andrew no tenía por qué saberlo.

Andrew parecía dudarlo, pero dijo:

—Me siento mejor ahora. Tenemos que reunirnos con los demás. —Se puso de pie y le sonrió. Su rostro tenía más color y las líneas se habían relajado.

—Está bien. —Nathan lo siguió fuera de la habitación e inmediatamente se topó con el cuerpo sólido de Gary.

El hombre más bajo lo fulminó con la mirada antes de decir:

—Andrew, ¿dónde has estado? Hay gente aquí, ¿lo recuerdas? ¿O es que te distrajo este machote?

Ansiando plantar su puño en medio de su cara, Nathan dio un paso adelante, pero Andrew le puso una mano firme en el brazo.

—Nathan estaba haciendo de doctor mientras yo tomaba mis medicinas. Me olvidé de ellas cuando comí.

—Lo que me preocupa es que estuviera jugando a los médicos contigo —gruñó Gary.

—Escucha, imbécil... —empezó Nathan, pero fue interrumpido a media frase.

—Esta es la ceremonia conmemorativa de mi esposo. Creo que eso hace que mantenga mis pantalones puestos por hoy, gracias —dijo Andrew con frialdad, y se alejó de ambos.

—¡Rayos! —Gary habló por lo bajo.

—Eres un idiota, Gary —dijo Nathan mientras se alejaba para seguir a Andrew.

Fue detenido en seco por una mano tirando de él. Gary era un poco más bajo, pero era más fuerte de lo que Nathan esperaba.

—¿Por qué simplemente no lo dejas en paz? No necesita de tus idioteces de nuevo.

Nathan estaba muy cansado de esas interminables conversaciones. Gary estaba irritado, enrojecido, y sus ojos azules, endurecidos, mientras aguardaba la respuesta de Nathan.

—Lo amo.

—Eso no ha sido suficiente, ¿o sí? Siempre has puesto a tu familia en primer lugar, y todavía tienes un problema con eso de ser gay.

—Tengo hijos. Por supuesto que voy ponerlos en primera lugar, y sí, la idea de ser gay, perder a mis hijos y mi trabajo... Tengo un problema con eso. Pero lo amo y él lo sabe. Puedes ser su perro guardián. —De repente Nathan entró en el espacio personal de Gary. Estaba cansado de ser amenazado por aquel tipo, así que utilizó su altura para hacer que el hombre diera un paso atrás—. Y él necesita de buenos amigos. Pero me ama, y ninguno de estos interminables enfrentamientos va a cambiar eso.

Gary se quedó en silencio por un momento.

—No me agradas.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Nathan secamente.

—Él es vulnerable y ahora está solo. Si lo lastimas otra vez... —Hubo una advertencia implícita en el tono de Gary, y Nathan asintió a ella.

—No lo haré, pero aún no es el momento indicado. Todavía tiene que superar su pérdida.

Gary asintió.

—Quién sabe por qué aguanta tu lamentable existencia.

—Me he preguntado lo mismo de ti muchas veces, Keenan.

Gary soltó un bufido y rodó sus hombros, aflojando los músculos de su postura de pelea.

—Él necesita que le examinen la cabeza. Y yo un maldito trago.

Nathan definitivamente estuvo de acuerdo con eso.

Al entrar en la habitación donde la mayor parte de los invitados estaban, Andrew se excusó con la pareja con la que había estado hablando y se les acercó, mirándolos con cautela.

—¿Alguna herida que no esté visible? —preguntó.

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Yo lo amenacé de nuevo y él me mandó otra vez al carajo. Como siempre —le informó Gary.

Andrew hizo un gesto de exasperación.

—Dios, vosotros dos sois unos idiotas. No sé por qué os aguanto. Id a tomar algo y comportaos bien con los invitados.

Se alejó sin esperar una respuesta. Gary lo miró marcharse, con una expresión de preocupación en su rostro.

—Todavía no se derrumba. Sigo esperando, pero no sucede.

—Lo hará —dijo Nathan suavemente—. Creo que está esperando algo.

Gary frunció el ceño.

—¿Cómo qué?

—No estoy seguro, pero tengo esa sensación.

—Solo espero que alguien esté allí para recoger los pedazos cuando lo haga.

Nathan miró a Andrew, quien estaba hablando con un hombre vestido con un traje impecable.

—Creo que quizás está esperando a estar solo.

Gary se mordió el labio.

—Creo que tal vez tienes razón.

EL LAGO brillaba, el aire era intenso y limpio, y Andrew soltó un suspiro tembloroso. En el fondo, las montañas cubiertas de nieve reflejaban la puesta del sol.

Había regresado a la pequeña aldea italiana donde Rich lo había llevado para su luna de miel. La pareja propietaria del hotel recordó su primera visita y, cuando descubrieron lo que había pasado, lo trataron como si se tratara de su hijo, envolviéndolo en la calidez y el amor que él no había recibido de su propia madre.

Una noche, tomó una manta de su cama y, envolviéndose en ella, buscó el banco donde Rich y él habían pasado muchas horas juntos, contemplando la vista. Cuando Andrew observó el sol ocultarse detrás de las montañas, descubrió lágrimas corriendo por sus mejillas. No se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que una gota cayó sobre su mano.

Lloró durante mucho tiempo, solo y por fin capaz de dejar salir su dolor. Lo había dejado vacío y cansado, pero en paz por un rato, envuelto en los recuerdos de un hombre que había cambiado su vida.

CAPÍTULO 19

ANDREW TROPEZÓ mientras corría a abrir la puerta principal, y sus lentes patinaron por el suelo. Era la una y media de la mañana y había estado esperando desde que recibió una angustiada llamada hacía varias horas. Se subió el pantalón de pijama, que se le había resbalado por su todavía demasiado delgado cuerpo, y se colocó los lentes en la cara.

«¡Diablos!». Casi le dan un puñetazo en el rostro al abrir su apartamento. La persona en el otro lado había levantado su puño para tocar de nuevo.

—Nathan, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Era evidente que Nathan no lo estaba. Tenía un aspecto horrible. Su piel estaba enrojecida al igual que sus apagados ojos. Apestaba a alcohol y se apoyaba contra el marco, como si fuera lo único que lo sostuviera.

Andrew no había visto a Nathan durante casi cuatro meses después de su viaje a Italia. Había estado demasiado ocupado en Los Ángeles para ir a Castleton. Supo por Stephanie que las cosas no iban bien entre él y Alex y, para ser sincero, había estado esperando aquella llamada.

Cuando Natán habló, su voz sonó apagada y monótona.

—Quiere el divorcio. Dijo que finalmente se acabó. —La voz de Nathan se hizo más fuerte mientras soltaba las palabras.

Teniendo en cuenta la hora y los vecinos, Andrew tiró de él hacia el vestíbulo.

—Ven —le dijo, guiándolo con sus brazos por el estrecho recibidor.

El hombre casi se derrumbó contra él cuando cerró la puerta.

Lo empujó suavemente hasta la habitación principal y luego el sofá; se sentó a su lado, con el brazo alrededor de sus hombros.

—Comienza de nuevo. ¿Alex te ha echado? —preguntó.

Nathan asintió.

—Tuvimos una pelea —empezó.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Se veía venir desde hace ya un tiempo. Rechacé otro ascenso en la escuela y se enojó.

Mientras le frotaba la espalda de manera tranquilizadora, Andrew sintió a Nathan soltar una profunda y temblorosa respiración antes de continuar.

—Estaba tratando de explicarle que no me sentía preparado para ese papel y de repente se puso a gritarme que yo era un repugnante maricón que únicamente la usaba para criar a mis hijos. Es solo que... el trabajo, no era adecuado para mí. Era sobre hacer papeleo y me apartaría de dar clases a los niños. Lo odiaría, pero no pude hacerla entender eso, y entonces empezamos a gritar y todo se descontroló.

Andrew luchó fuertemente contra la creciente ira en su interior y respiró hondo. Después de todo, ¿qué diablos iba a decir? Nathan y Alex habían estado felizmente casados antes de que se hubieran mudado, antes de que lo conocieran. Él había sido un nuevo profesor, felizmente casado y con un hijo en camino, y ahora, había que verlo.

Su mano se deslizó bajo la chaqueta de Nathan, y notó cuán frío estaba a pesar de las templadas temperaturas en el exterior.

—Sabes que eso no es cierto. A pesar de nosotros, has sido un buen padre y un buen marido.

Nathan levantó la cabeza y lo miró con incredulidad.

—He estado acostándome con otros hombres desde el comienzo de nuestro matrimonio. ¡Eso no me convierte en el esposo del año!

—No te fuiste cuando te enteraste de que había fingido estar embarazada.

Nathan dejó escapar un jadeo.

—¿A dónde diablos habría ido? ¡Tú no me querías!

—Yo no podía... ¡Nunca he dejado de quererte, pero estaba casado!

—También yo. Pero eso no te impidió arruinar mi matrimonio —
espetó Nathan con amargura.

Andrew observó su cara, retorcida por la desesperación.

—Tú empezaste esto, Nathan —señaló—. No yo.

—¡No me detuviste!

—Estaba enamorado de ti —dijo Andrew en voz baja—. No era lo
suficientemente fuerte como para decir que no.

—Me atrapaste, y ahora estoy muy jodido.

—¿Eso es lo que realmente crees? —Todo el odio que fue arrojado
sobre él hizo que fuera difícil para Andrew pasar las palabras por el nudo en
su garganta—. ¿A qué le tienes tanto miedo, Nathan? La última vez que me
fijé, no era ilegal ser homosexual. Tu familia te apoya. A tus amigos no les
importa. Demonios, incluso tu puto jefe te apoya. ¿Cuál es tu problema,
diablos? No es una maldita enfermedad.

La boca de Nathan se movió silenciosamente, y luego se dejó caer
contra él. Andrew le acarició el pelo, acercándolo más. Nathan enterró su
ardiente rostro en el pecho de Andrew como si estuviera tratando de
ocultarse.

Permanecieron sin decir palabra durante un largo rato. Andrew casi
saltó cuando Nathan volvió a hablar, las palabras rompieron el silencio.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

Nathan levantó la cabeza.

—De todo. Perder a mis hijos, mi casa, mi trabajo. Y ahora no tengo
una profesión. Renuncié a mi trabajo esta tarde.

Andrew lo miró boquiabierto.

—¿Pero por qué?

—Skinner me dijo que iba a perder mi puesto cuando dejara a Alex por ti. Todos me decían que tomara una decisión. Pero eso implicaba perder todo lo que siempre quise. —Sus dedos se estaban clavando en el muslo de Andrew—. Pero quiero decirte que te amo tanto que deseo morir al pensar en la vida sin ti.

Rayos. Andrew acababa de decirle lo que él había querido oír durante años, y se sentía como un desgraciado porque en algún lugar había una mujer llorando sin su esposo y dos niños sin su papá.

Andrew puso su mano debajo de la mandíbula de Nathan, obligándolo a mirarlo.

—No estás diciendo esto porque ella te echó, ¿verdad? Tienes que estar seguro sobre esto. No hay vuelta atrás esta vez.

—Es demasiado tarde. No quiero volver con Alex. Solo quiero estar contigo y mis hijos. —La voz de Nathan se trabó mientras hablaba, y nuevas lágrimas rodaron desde sus ojos.

—Vamos a solucionarlo, te lo prometo. Puedo hacerme cargo de ti para que puedas mantener a tu familia —prometió Andrew, extendiendo la mano para secar las lágrimas que rodaban por las mejillas de Nathan.

Nathan se soltó y negó con la cabeza.

—No voy a vivir a costa tuya. Tendré que encontrar un trabajo, y quiero ver a Daniel y a Jess con regularidad.

—Lo harás. Podemos mudarnos cerca de ellos si lo deseas. Ya no necesito vivir aquí —prometió Andrew, con la esperanza de que Alex no impidiera que Nathan viera a sus hijos—. Pero deja que te ayude un poco, ¿sí? Yo quiero... necesito cuidar de mi pareja.

La mirada en los ojos de Nathan se suavizó, oscureciéndose mientras se lamía los labios.

—Tu pareja. Eso me gusta. He esperado mucho tiempo para oírte decir eso.

Andrew le acarició el cabello, desenredándolo con sus dedos. No quería decir lo que estaba a punto de soltar, pero tenía que hacerlo.

—Necesito que me asegures que esta es la decisión correcta, Nate, porque si vas a alejarte de mí otra vez, será la última. Alex tiene razón. Se merece algo mejor que lo que le estás dando ahora. Puede encontrar a alguien que realmente la ame. —Puso un dedo sobre los labios de Nathan, cuando abrió la boca para protestar—. Pero ella sigue siendo tu esposa. Sea lo que sea lo que quieras hacer, te voy a apoyar. Si eso significa alejarme y dejarte solo, entonces voy a hacerlo. Si estás seguro de que quieres estar conmigo como mi amante, te voy a apoyar y puedo ayudarte a ti y a Alex a mantener a tus hijos. Rich me dejó el dinero suficiente para hacerlo.

Nathan besó el dedo y lo apartó.

—Esto será difícil, así que no voy a decir que todo será maravilloso. Apenas he metido en mi cabeza la idea de ser bisexual y estoy teniendo dificultades para lidiar con eso, pero estoy enamorado de ti. Vivir lejos de mis hijos es lo más difícil que he hecho nunca, pero no me estás pidiendo que lo haga. Por fin estoy tomando esta decisión por mí mismo. Te amo, y ya hemos esperado demasiado para estar juntos.

—Entonces encontraremos la manera de que sea maravilloso. —Andrew atrajo a Nathan con sus brazos, besando sus labios, sus húmedos ojos y las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Nathan se estremeció bajo sus manos y lo acercó aún más.

—Te necesito mucho, Drew. Tengo la cabeza llena de mierda, pero solo me siento vivo cuando estás a mi lado.

—Voy a estar contigo, Nate. Te lo prometo. —Andrew le alzó la camiseta, necesitando sentir la piel bajo sus manos.

Obviamente estaban en la misma sintonía; Nathan se quitó la chaqueta y la camiseta por la cabeza. Andrew estaba repentinamente desesperado por tenerlo en sus manos para atraerlo a su cuerpo. Salió un profundo gruñido de su garganta y escuchó uno en la de Nathan como respuesta.

—Necesito...

—Sí.

—Solo déjame... —Andrew estaba desabrochando el cinturón del pantalón de Nathan, sus dedos batallaban con la hebilla. Fue detenido por él

al poner las manos sobre la suyas.

—No creo... No estoy seguro... —Nathan se detuvo, frustrado—. ¿Podemos ir a la cama? Solo quiero estar cerca de ti, este ha sido un día muy largo.

—Por supuesto. —Andrew tiró de Nathan hasta que estuvo de pie.

Sin ceremonia se quitaron el resto de sus ropas.

Nathan lo observó con el ceño fruncido.

—Todavía estás demasiado delgado —lo regañó cuando pasó un dedo por las visibles protuberancias de sus costillas.

—No como mucho —admitió Andrew. Aunque no estaba dispuesto a revelar que algunos días se olvidaba de comer del todo. Solo Rich lo había hecho cocinar y comer regularmente.

—Eso va a cambiar.

Andrew hizo un gesto de exasperación.

—Hombre, no puedo creer que me tengas desnudo y estés regañándome por mis hábitos alimenticios.

Nathan tiró de él para que el cuerpo de Andrew quedara pegado al suyo; su vientre caliente atrapó el pene de Nathan entre ellos.

—Tendrás que reponer tus fuerzas... después —dijo Nathan arrastrando las palabras, y Andrew supo que Nathan podía sentir el repentino rubor que inundó todo su cuerpo. La risita baja en su oído lo confirmó.

Se sonrojó todavía más, pero no se dirigieron a la habitación hasta que él se movió y Nathan gimió por la presión en su pene.

A pesar de que los dos hombres estaban duros, lo ignoraron y rodaron bajo las sábanas; Nathan enterró de nuevo su rostro en el cuello de Andrew mientras se acomodaban con sus extremidades entrelazadas. Durante un rato —Andrew no sabía cuánto tiempo pasó y no le importaba— se quedaron en la misma posición. No estaba seguro de si Nathan se había quedado dormido, pero su respiración se había normalizado al calmarse. Él mismo estaba cansado, aunque demasiado nervioso para dormir. Estaba

empezando a entender la enormidad de lo que había pasado y no acababa de asimilarlo. Sin embargo, al final el calor del cuerpo de Nathan lo relajó lo suficiente como para cerrar los ojos.

No estaba seguro de a qué hora despertó y tampoco se molestó en girar la cabeza hacia el reloj de la mesita de noche. Andrew quería dormir, pero su mente seguía funcionando frenéticamente.

—Puedo escuchar qué estás pensando —murmuró Nathan adormilado, cerrando sus dedos alrededor del brazo de Andrew. Y sus labios rozando la base de su mandíbula.

—Lo siento. —Andrew lo besó en la parte superior de la cabeza—. No quise despertarte con mis pensamientos ruidosos.

Nathan se sentó y atrajo las rodillas a su pecho, apoyando la cabeza en ellas. La sábana se arremolinó en su cintura, y Andrew sintió la pérdida de su calor inmediatamente. Se sentó y tomó una de las grandes manos de Nathan entre las suyas.

—Te amo.

—Yo también te amo, Andrew. —La voz de Nathan era ronca y gruesa—. No puedo creer que por fin esté aquí.

—Yo tampoco. —Andrew se pegó a la espalda de Nathan y lo envolvió en sus brazos.

Nathan se apoyó contra él, y Andrew podía sentirlo tratando de reprimir sus sollozos.

Andrew lo sostuvo con más fuerza.

—Shhh... Cariño, suéltalo. No me importa. Simplemente suéltalo.

—Lo siento mucho —susurró Nathan; su aliento se trabó mientras las palabras se convertían en un sollozo.

—No debes pedirme disculpas —le dijo Andrew con fiereza—. Sé que esto es aterrador. Has renunciado a todo. Pero todo saldrá bien, te lo prometo.

—¿Lo prometes? —preguntó Nathan con voz temblorosa, y Andrew le dio un beso en la parte posterior del cuello.

—Lo prometo. Todo tiene solución; solo tomará algún tiempo, eso es todo.

Andrew lo derribó y se puso encima de él, a horcajadas sobre sus muslos. Vio los enormes ojos de Nathan, enmarcados por pestañas llenas de lágrimas. Dios, ese hombre era su todo, y por fin estaba allí debajo de él. Quería tirar de las mantas sobre sus cabezas, como lo había hecho en su primera noche, y esconderse en la cama para siempre. Nathan lo atrajo y besó tiernamente. Se besaron durante mucho tiempo, besos suaves que significaban consuelo, amor, calor y nada más. Cuando las caderas de Nathan comenzaron a presionar contra él, y pequeños jadeos escaparon entre los besos, Andrew se enderezó.

—¡Rayos!

No estaba seguro de cuál de los dos dijo eso, pero estuvo de acuerdo. Andrew se deslizó por los muslos de Nathan para mirar al hombre extendido debajo de él. Nathan estaba duro otra vez y había pasado mucho tiempo, demasiado tiempo. No perdió más en provocaciones. Se inclinó hacia adelante, lamió el líquido preseminal que surgía de la punta y, a continuación, capturó la cabeza del pene con su boca.

—Oh, Dios, Andrew. —Nathan rascó con sus dedos el pelo corto de Andrew, alzando sus caderas.

Andrew lo soltó, ignorando las súplicas apasionadas de Nathan. Empujó la cara entre sus muslos, lamiendo y besando la suave piel, chupando y rodando el saco, y lamiendo su perineo. Nathan abrió las piernas para darle mejor acceso.

—Diablos, estás más guapo que cuando nos conocimos. —La boca de Andrew se secó mientras miraba la imagen frente a sí. Le levantó las piernas, separándolas más y simplemente observó.

Nathan se ruborizó ligeramente, avergonzado por la admiración imperturbable en el rostro de Andrew, pero no había duda de que el rubor se extendía por su cuello y pecho.

—¿Únicamente vas a mirarme o realmente vas a hacer algo?

—Déjame ver lo que es mío —dijo Andrew, arrodillado sobre sus talones. Podía mirar y tocar sin sentirse culpable o preocupado. Vio como

una gota de líquido preseminal brotaba por la ranura y bajaba por la cabeza—. Dios —susurró mientras la atrapaba con su dedo y lo llevaba a los labios de Nathan. Este lo chupó, y la sensación fue directamente al pene de Andrew.

Andrew apoyó la cara en el pliegue del muslo de Nathan, lamiéndole el sudor. Lentamente enloqueció a Nathan con sus ligeros besos y lametones. Tenían toda la noche y no estaba dispuesto a apresurarse. Alzó la vista y lo vio recostado con un brazo sobre sus ojos.

—Nate, mírame —exigió, y Nathan hizo lo que se le dijo—. Quiero que me mires.

—Dios mío. —La declaración de Nathan salió de su boca mientras los labios de Andrew se deslizaban por su pene—. Andrew, por favor.

Andrew lo liberó con un obsceno sonido haciendo gemir de nuevo a Nathan.

—¡Jode mi boca! —Envolvió sus labios alrededor de la bulbosa cabeza del pene y aguardó. Quería que Nathan tomara la iniciativa, que deseara eso.

—Andrew... Yo...

Andrew apretó sus manos en el trasero de Nathan y lo atrajo más, no soltando su pene.

Unas manos se enredaron en el cabello de Andrew y Nathan lo miró, captando su mirada. Los ojos de Andrew estaban claros y firmes sobre los suyos. Nathan empujó sus caderas hacia arriba. Y Andrew lo tomó. Pareció que algo se liberaba en Nathan y lo instalaba en un ritmo constante; se movió en la boca gentilmente hasta que Andrew tiró de él, tratando de acercarlo más.

Nathan coreó una liturgia de «*porfavorporfavorporfavor*» hasta que estuvo empujando sin control. Saliva corría por la barbilla de Andrew y no podía respirar, pero no iba a detenerse, no iba a soltarlo hasta que... Con un grito ahogado, Nathan se vació en su garganta.

Andrew yacía jadeante a su lado mientras Nathan se recuperaba de su orgasmo.

—Eso fue... Cristo, Andrew... Yo nunca había, nunca...

Andrew sonrió. Había absorbido la coherencia de Nathan Peterson. Se sentía muy satisfecho.

Rodando sobre su costado, Nathan lo miró; su pene estaba duro y reposando contra su estómago.

—¿Qué hay de ti?

—Tócame.

La voz de Andrew era ronca, apenas podía hablar, pero la orden fue inconfundible. Nathan tragó saliva y se inclinó hacia adelante, poniendo su mano en la piel caliente sobre el corazón de Andrew. El hombre se estremeció bajo sus caricias.

Se movió hasta estar alineado con el cuerpo de Nathan, presionando sus labios en la áspera barba de su cuello, sintiendo el pulso de la sangre debajo de sus labios. Nathan estaba evidentemente recuperándose de su monumental orgasmo, puesto que ya estaba medio duro contra el muslo de Andrew.

Se masturbaron juntos durante unos minutos, sin poder pronunciar más allá de «así» y «ahora». Nathan desplazó sus manos por Andrew, tentando con sus largos dedos los pezones oscuros de Andrew y deslizándolas por las firmes costillas.

—Dios. —Andrew temblaba bajo sus manos—. Por favor, Nate, quiero que me jodas.

—Lo que tú desees, cariño —concedió Nathan. Lo levantó y se giró junto con él, poniéndolo boca abajo—. Te voy a joder. ¡Te voy a llenar con tanta fuerza que vas a estar gritando!

—Mucho parloteo, pero poca acción, Nate —opinó Andrew, empujando con fuerza contra él, pidiéndole con su cuerpo que se moviera.

Sintió una mano de Nathan en su espalda baja, tocándolo, y a la otra comenzando a rodear su entrada. Andrew no pudo evitar soltar quejidos y gemidos mientras Nathan lentamente le introducía un dedo.

—¿Mejor?

—Ajá.

—¿Quieres que...?

Andrew lo miró por encima del hombro.

—Nathan, quiero ese gran pene tuyo en mi trasero en los próximos dos segundos.

Nathan se impulsó dentro, abriéndose paso con la cabeza del su pene en el cuerpo de Andrew.

—Oh, Dios mío... —gimió Andrew dejando caer la cabeza entre sus omóplatos mientras presionaba contra Nathan—. Por favor, Nate, estoy tan cerca, tan cerca... —Empujó de nuevo en el pene, tratando de aliviar la presión que se acumulaba en su interior.

Las manos de Nathan apretaron los hombros de Andrew, atrayéndolo a su pene, haciéndolo gritar.

—Ahora es mi turno de joderte hasta hacerte gritar.

—Dios, sí. Eso quiero —le rogó Andrew.

La nalgada que le dio la mano de Nathan, lo hizo apretarse duramente alrededor del pene, provocando siseos en ambos.

—Eres mío.

—¿Lo soy? —Andrew lo miró por encima de su hombro—. No digas eso si no es en serio. —Todavía necesitaba esa confirmación.

—Lo digo en serio. Eres mío, solo mío. No habrá nadie más, nunca. —Nathan empujó a Andrew hacia abajo en el colchón, cubriéndolo por completo.

—Solo tuyo —afirmó Andrew.

—Yo no quiero a nadie más.

—Ni toqueteos, ni discotecas, nada.

—Solo tú, para siempre. —Fue tan solemne como un voto.

—Eres mío —repitió Nathan. Podría haber puesto una marca en el corazón de Andrew.

—Siempre lo he sido.

Y, Dios, sintieron que les cayó encima el peso de los últimos siete años, al saber la verdad.

Nathan se echó hacia atrás hasta que la cabeza de su pene estuvo casi en la apertura. Andrew se quejó por la pérdida.

—Está bien, cariño —lo tranquilizó Nathan, mientras acariciaba su costado.

—Por favor.

—¡Mío! —Sus caderas fueron bruscamente hacia adelante cuando Nathan reclamó su derecho.

—¡Tuyo! —respondió Andrew como si hubiera sido una pregunta.

Una de las manos de Nathan se enfundó en el pene de Andrew, sosteniéndolo con firmeza.

—Te amo, Andrew.

—Yo también te amo, Nathan.

Andrew lo sintió morderle en el cuello, y él presionó contra el mordisco.

—Quiero tu cuerpo, tu mente, y a ti, cada minuto de cada día.

—No tienes que pedirlo. Me tienes —le aseguró Andrew.

Y entonces encontró difícil respirar mientras Nathan gruñía:

—No estaba pidiéndotelo.

Por primera vez, Nathan parecía tener completamente claro lo que quería. Sin ocultarlo y sin sentir culpas, sabía muy bien lo que deseaba. Sus dedos se clavaron cruelmente en las caderas de Andrew, y ambos gritaron cuando Nathan le golpeó la próstata una y otra vez. Esta no era una gentil consumación de su relación; eso vendría después. Era sexo duro y ambos lo necesitaban.

El orgasmo de Andrew le fue arrebatado, sus testículos se apretaron dolorosamente, y Nathan lo siguió con una última y profunda estocada, causando que ambos gritaran. El movimiento hizo que los brazos de Andrew cedieran al peso y se desplomaran sobre la cama, sus extremidades se apilaron, plagados de sudor y cubiertos por el semen. Andrew se dio

cuenta de que habían olvidado usar un condón; una omisión estúpida, pero eso decía mucho acerca de su estado de ánimo.

Evidentemente ese pensamiento también se le ocurrió a Nathan, porque bajó la mano y tocó el calor emergiendo de Andrew.

—Ni siquiera pensé en ello —comentó.

Andrew se inclinó y lo tocó allí, enredando sus dedos juntos.

—Tal vez deberíamos hacernos unos análisis, solo para estar seguros.

—Está bien —aceptó Nathan—. No quiero nada entre nosotros. —Era una manera de unirlos, reconociendo que no estarían con nadie más.

Andrew trató de alcanzar la boca de Nathan. Se besaron, con besos húmedos, indefinidos y dulcemente desesperados. Sintió a Nathan bajarse de su espalda y atraerlo contra su pecho, regresando a sus posiciones de antes. Se relajaron en los brazos del otro durante unos minutos, pero Nathan, obviamente, todavía podía sentir la tensión presente en el cuerpo de Andrew.

—¿Drew? ¿Cuál es el problema?

Andrew levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre el pecho de Nathan. No quería destruir esa sensación entre ellos, pero...

—¿Vas a alejarte de mí?

Nathan suspiró fuertemente, en un desahogo inmediato y ruidoso.

—¡No! Dios, no, claro que no. —Sus brazos envolvieron a Andrew y lo apretó con fuerza. Andrew tosió y él lo soltó—. Anoche vine aquí sabiendo que estaba dejando a mi familia atrás. Sabiendo a lo que estaba renunciando.

El ceño de Andrew se frunció y abrió la boca para hablar, pero Nathan se le adelantó.

—Sé lo que estoy obteniendo. A ti. —Le acarició la mejilla con la mano y Andrew se inclinó hacia esta, tal como Nathan lo había hecho antes—. Eres lo único que quiero.

—¿Y tus hijos? ¿Tu profesión? Sería mucho más fácil si continuaras siendo un hombre heterosexual y casado. —Andrew quería creerle, pero

simplemente no podía.

—Un bisexual, miserable e infiel hombre casado que está enamorado de otra persona —corrigió Nathan—. Alex y yo lo resolveremos. No somos la primera familia que se separa, y vamos a solucionarlo. Soy un gran maestro y Skinner me prometió darme una buena referencia. —Hablaba valientemente, pero Andrew podía oír la preocupación subyacente.

—¿Así de grande es tu ego? —comentó, pero todavía seguía preocupado.

—Así es. —Nathan tiró de Andrew de modo que este estuviera acostado completamente encima de él; sus flácidos penes se deslizaron entre sí y provocaron un siseo por parte de Andrew—. Te diré en qué más soy bueno.

Andrew arqueó una ceja.

Decidiendo que las acciones decían más que las palabras, Nathan deslizó una de sus manos en la parte trasera de la cabeza de Andrew y tiró de ella hacia abajo. La sonrisa de Andrew fue capturada en un beso cuando sus labios se encontraron. Los sonidos de besos suaves llenaron el aire y Andrew se perdió en el tacto y el olor de su hombre, quien lo envolvía. Por primera vez desde que conoció a Nathan, se sentía como en casa en sus brazos.

Nathan suspiró, el sonido quedó capturado entre ellos. Andrew se apartó ligeramente.

—¿Realmente estás bien, Nate?

—En realidad no. Solo dame un poco de tiempo.

Andrew asintió y volvió a recostarse. No hubo más palabras mientras hacían el amor una vez más; el rígido calor contra los huesos de sus caderas, sudor y semen surgieron conforme se besaban, presionándose entre sí mientras sus manos se exploraban mutuamente, trayendo a sus orgasmos casi accidentalmente. La necesidad de estar piel contra piel era lo que ambos ansiaban.

Pero para Andrew, no era el sexo lo que importaba. Ni siquiera el quedarse dormidos juntos, aunque estuvieran entrelazados con mucha

fuerza, como si tuvieran miedo de separarse. Para Andrew, era el momento en que se despertó por segunda vez y descubrió a Nathan en sus brazos, parpadeando para verlo; eso era lo que le daba una sensación de intensa felicidad en lugar del dolor que normalmente tenía cuando estaba con él.

—Buenos días. —La voz de Nathan era suave y somnolienta.

—Buenos días.

Andrew le dio un beso, recorriéndole perezosamente la espalda con la mano. Resopló y se acercó más, deslizando una pierna entre las de Nathan; la leve fricción con el fino vello en sus piernas los hizo temblar a ambos.

—No puedo creer que todavía estés aquí —dijo Andrew, con la voz ahogada contra el pecho de Nathan—. Pensé que te habrías ido cuando despertara. Pensé que había soñado todo.

—No voy a ir a ninguna parte —le aseguró Nathan, apretando sus brazos alrededor de él—. Esta vez no.

EPÍLOGO

ANDREW MIRÓ a la pareja, notando las sonrisas en sus caras mientras charlaban con Allison. El hombre la acercó a él, metiéndola bajo su brazo, con su diminuto cuerpo apenas alcanzándole el hombro. Andrew vio los anillos a juego cuando sus manos estuvieron extendidas sobre su plano estómago. Ella estaba hermosa, la felicidad le daba un resplandor que había estado ausente durante mucho tiempo. Andrew metió la mano para sacar otra botella de la cubeta con cervezas, y tiritó cuando un hilito de agua helada corrió por su brazo. Echó un vistazo al reloj de la cocina y en silencio vitoreó en su interior. Media hora más y podría escaparse.

Saltó cuando un brazo se deslizó alrededor de su cintura, y brevemente unas uñas largas se clavaron en su costado.

—Parecen felices —le dijo Stephanie al ver a los recién casados.

—Ella está radiante —opinó Andrew, mientras tomaba otro trago de su cerveza.

—Sí, así es —convino Stephanie en voz baja—. Él ha sido bueno para ella. —Miró a Andrew con una expresión especulativa—. ¿Y vosotros? ¿Cómo estáis?

—Estamos bien. —«La mayoría de las veces».

Ella le lanzó una mirada de «Oh, por favor». Él suspiró para sus adentros, sabiendo que nada podía escapársele a su exesposa. Stephanie lo conocía casi mejor que nadie, incluyendo a Nathan.

—Le resulta difícil estar lejos de los niños por tanto tiempo —explicó Andrew—. Y justo cuando pensamos que las cosas se habían calmado, nos lanzan esta sorpresa.

Stephanie asintió.

—Ella me lo dijo ayer. Dos años, ¿no es así? Y en Londres.

—Dos años por ahora. Podría ser más. El último destino de Evan duró casi cuatro años. —Andrew vio a Evan dar un paso atrás cuando Allison comenzó a agitar su tabla sujetapapeles. Alex había conocido a Evan poco después de que ella y Nathan se hubieran separado. Él trabajaba para un banco de inversión extranjera—. Nate está muy afectado. Es más difícil ahora que Daniel va a la escuela. Tiene que establecerse en un lugar, no estar yendo y viniendo entre nosotros. Al menos Colin tenía la edad suficiente para que se lo explicáramos. Daniel no está tan mal, pero Jessie realmente no tiene ni idea de por qué su papá sigue llevándola lejos de su propia cama. Al menos Nathan y Alex se hablan ahora, en lugar de a través de sus abogados.

Stephanie le dio una palmada de manera comprensiva.

—¿Y qué hay del nuevo trabajo de Nate? ¿Cómo va?

Andrew sonrió.

—Bien, gracias a Skinner. El nuevo director es un amigo. —Stephanie sabía lo que eso significaba—. Le dijo a Nathan que no llamara la atención, que no hiciera explotar la escuela y que representara el papel de padre cariñoso como si su vida dependiera de ello.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y cómo explicáis lo de vosotros?

—Compañeros de piso.

—¿Cómo te sientes con eso?

«¿Sentirme con eso?». Lo odiaba. Era como retroceder para ser de nuevo un adolescente después de unos cuantos años de libertad con Rich. Pero si era la diferencia entre vivir solo y vivir con el hombre que significaba su todo, en realidad no había elección. Se encogió de hombros. Ella lo conocía lo suficientemente bien, como para que no tuviera que responder.

Stephanie buscó a su alrededor una nueva botella de vino. Era el primer evento en el barrio desde que había dado a luz a otra niña, en el que podría beber alcohol. Andrew vio lo que ella estaba haciendo, por lo que se

inclinó hacia atrás y agarró una botella medio llena colocada en el mostrador que estaba tras él.

—Ten, te mereces esto —le dijo, llenando su vaso hasta el borde.

—¡Dios, sí!

Andrew observó divertido como la mitad del contenido fue vaciado de un trago.

—¿Joe se encargará de las niñas esta noche? —Ella no daba abasto con dos pequeñas de menos de tres años a su cuidado.

Stephanie sonrió, mirando al susodicho en la distancia.

—Lo hará toda la semana —dijo triunfante—. Quiere irse contigo y Nathan en ese fin de semana para chicos, así que obtuve esta semana para mí, bueno, sin contar esto. Mañana Alex y yo vamos a un *spa* para mimarnos por un día, sin niños.

Andrew silbó con aprobación.

—Bien por ti, Steph. Sácale el máximo partido.

—Tengo toda la intención de hacerlo, cariño. ¿Dónde está tu hombre?

—Nate estaba jugando a Mario Kart con Daniel, Colin y Jess. No estoy seguro de dónde está ahora.

—Nunca vamos a separar a esos chicos, ¿verdad?

Andrew sonrió a su exesposa.

—¿Daniel y Colin? Nunca. Están unidos por la cadera. —Entonces la sonrisa desapareció de su cara—. ¿Te preocupa que Colin no traiga chicas a casa?

Ella volvió a llenar su vaso antes de contestar.

—Un poco. No está realmente interesado en las chicas, ¿o sí?

—No. Eso sí, tampoco parece interesado en los chicos. Las únicas cosas que le entusiasman son las cámaras fotográficas y los helados.

Stephanie se encogió de hombros y dijo:

—Se interesará en alguien pronto. Lo amaré no importa lo que elija.

—De todos modos, será más fácil si le gustan las mujeres. —Dios, ¿cómo iba a enfrentarse a su madre si Colin también resultaba ser gay?

—No te pongas paranoico y deja de pensar en tu madre.

Andrew la miró con asombro. Stephanie añadió:

—Te conozco, y también a tu madre. Es más, ella me conoce. Si dice algo respecto a mi hijo, Ruth nunca pondrá un pie en esta casa.

—Pero...

—Pero nada. No puede ponerle un dedo encima. Oye, ven aquí.

Hasta que Stephanie lo abrazó, Andrew no se dio cuenta de que estaba temblando. Tenía treinta y tantos años y todavía le afectaba su madre. ¿Cuán patético era eso?

—Al menos sabemos que nuestro hijo nunca tendrá que pasar por las mismas cosas que tú pasaste. —Stephanie lo abrazó con fuerza durante unos minutos y luego se apartó para mirarlo—. ¿Estás bien ahora?

Él asintió y estaba a punto de hablar cuando Joe se acercó.

—Por favor, sálvame de la tabla sujetapapeles de Allison —rogó.

Andrew decidió no señalar que se estaba escondiendo de una mujer casi medio metro más baja que él.

—¿Qué hicimos mal esta vez? —preguntó Stephanie, con una mueca en su cara. La nueva maternidad no parecía haber mejorado su tolerancia por las mujeres controladoras.

—*Bailey* eligió como baño un lugar inapropiado —citó Joe.

—¿Orinó en su jardín? —conjeturó Andrew.

Ellos asintieron. Su perra se negaba rotundamente a hacerlo en su patio y solo lo hacía después de esperar durante horas, generalmente en los buzones de correo de la calle si es que no llegaba a tiempo al parque. La mayoría de los vecinos eran bastante tolerantes, pero Allison se ofendía por los hábitos de *Bailey* y constantemente estaba quejándose en el umbral de los King.

Andrew miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de la perrita errante.

—¿Dónde está *Bailey*? Íbamos a llevarla con nosotros al parque.

—Está en el sótano con *Tyler* y *Ruby*, escondiéndose de la tabla sujetapapeles. Oye, ¿cuánto tiempo falta para irnos? —La mirada de alivio en el rostro de Joe ante la perspectiva de escapar, era palpable.

El reloj de la cocina le mostró a Andrew que quedaban otros diez minutos antes de la hora asignada por Allison a los hombres, niños y perros, para escapar al parque.

—¿Crees que podríamos irnos ahora? —murmuró Joe.

—¡Ah, no! —Stephanie sacudió la cabeza y tomó la mano de Joe en un firme agarre—. No me vais a dejar a solas con esa mujer por más tiempo del necesario. Es una pesadilla.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —sugirió Andrew, con una sonrisa traviesa jugando en sus labios—. No hay razón por la que no puedas jugar al fútbol.

Stephanie se estremeció delicadamente.

—No, gracias, querido. Podéis llevaros a los niños y a los perros durante un par de horas. Además, ahora es una tradición. Estaré bien. Alex y yo podemos distraer a Allison por un rato para daros un descanso.

—Es hora de irse, Andrew.

Nathan y Colin estaban agitando sus manos desde la puerta de la cocina; Daniel sostenía la mano de su padre. Andrew podía ver a Jim y Michael junto a otros vecinos caminando alrededor con impaciencia; Jim sujetaba un balón de fútbol en una mano y una nevera portátil en la otra.

Andrew sonrió a Stephanie.

—Tu reloj debe estar retrasado —sugirió, poniendo una inocente expresión totalmente falsa, cuando ella lo fulminó con la mirada.

Joe rio por lo bajo, y ella también lo miró a él. Andrew aprovechó la oportunidad para sonreírle a su hombre.

—¿Estás bien, cariño? —musitó.

Nathan asintió y le tendió la otra mano. Andrew la tomó, entrelazando sus dedos. Nathan tiró de él en un abrazo y por un momento, su nariz fue

aplastada en la camisa de Nathan. Inhaló profundamente, disfrutando del aroma de su hombre; del olor a detergente, gel de baño y sudor limpio que pertenecía a Nathan. Volvió a respirar hondo y dio un paso atrás, sonriéndole a su hijo. Su sonrisa se desvaneció un poco al pensar en la conversación que acababa de tener con Stephanie.

—¿Va todo bien, papá? —preguntó Colin, perplejo. A sus diecisiete años, Colin era más alto que su padre, pero seguía siendo esbelto. La fase gótica había quedado atrás, y su pelo era suave y lacio, más parecido al color de Stephanie que al de Andrew, aunque sus claros ojos azules eran como los de su padre.

—Todo bien. Vámonos antes de que nos detenga. —Andrew le revolvió el pelo y lo empujó suavemente hacia la puerta.

Nathan le dirigió una mirada especulativa. Andrew articuló un: «Te lo diré más tarde», y él asintió.

Tirando de la mano de Nathan con impaciencia, Daniel dijo:

—Vamos, papá. —E hizo que siguieran a Colin.

Acariciando a escondidas el trasero de Andrew, Nathan dijo:

—Como los chicos han dicho, Drew, vámonos. Ya es hora de que mi hijo y yo os hagamos picadillo.

—Como si pudieras —se burló Andrew, inclinándose hacia la caricia—. Evan, ¿vienes con nosotros?

El nuevo esposo de Alex pareció sorprendido pero contento por recibir la invitación.

—¿A dónde vamos?

—Obtuviste tu pase de libertad —se quejó su esposa, pero ella también parecía complacida por la inclusión de Evan, y se acercó para unirse a Stephanie.

Los hombres comenzaron a caminar hacia el parque, y Andrew y Nathan se desviaron para ir a por los perros. Siguió a los otros a un ritmo más lento, tomados de la mano mientras caminaban, sin importarles quién los viera o cualquier otra cosa que no fuera su tarde juntos, con sus familias y amigos.

Andrew no estaba solo. Realmente nunca lo había estado. Stephanie y Rich siempre habían estado apoyándole. Pero no se había dado cuenta de ello. Seguían siendo parte de él, de lo que era. Y allí estaba su hijo, con toda su vida por delante. Ahora tenía a Nathan, el hombre del que se había enamorado tantos años atrás; era el hombre en cuyos brazos se quedaba dormido y quien le daba un beso al despertar cada mañana.

Nathan levantó la vista y se encontró con la mirada de Andrew fija en él. Le guiñó un ojo y le miró de una manera tan intensa y sensual que hizo que Andrew se estremeciera. Andrew le devolvió la sonrisa y se acercó a ellos.

Mientras se reunía con su amante y su hijo, en un vigoroso partido de fútbol bajo el sol de la tarde, Andrew se dio cuenta de que la letra de la canción estaba equivocada. La aguja del tocadiscos no volvería al comienzo de esta. Simplemente seguiría tocando.

SUE BROWN pertenece a sus dos hijos y a su perro. Cuando no está acatando sus órdenes, puede ser encontrada en la universidad escuchando conferencias acerca de teólogos que murieron hace mucho tiempo. Sin embargo, en su cabeza está tramando cómo juntar a sus vaqueros en la cama; solo espera que el conferenciante no le haga preguntas.

Sue descubrió el homoerotismo en el momento en que se despertó y encontró a dos hombres besándose en su serie de televisión favorita. La serie era aburrida, pero el beso no. Tal vez comenzó tarde en el género, pero lo ha compensado desde entonces, escribiendo *fanfiction* hasta que fue lo suficientemente valiente para aventurarse en el mundo de la ficción original.

OceanofPDF.com



Para más novelas
de romance
homosexuales, visite



^{1} N. de T. La canción a la cual se hace referencia aquí y más adelante es *Nothing Ever Happens* (*Nunca pasa nada*) de Del Amitri.

OceanofPDF.com

Table of Contents

[Título página](#)

[Copyright](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Author](#)

[*OceanofPDF.com*](#)